DIARIO DE UNA CAMARERA (1900)

Octave Mirbeau

INTRODUCCIÓN

LAS MÁS BELLAS COLERAS DE MIRBEAU BAJO EL CIELO DE NORMANDÍA

> En la sólida Normandía, los hombres, robustamente organizados, guardan mejor que en ninguna otra parte la posesión de sí mismos.
>
> *BARBEY D'AUREVILLY*

> Basta que esclavo a ser venga,
> sin serlo de quien lo sea
> de otro que en servir se emplea.
> El que es rey, que rey no tenga.
>
> *MARCO VALERIO MARCIAL*

En el siglo XVIII, los más grandes literatos franceses

eran también los más destacados ideólogos, pero esta concordancia dejaría de producirse durante el siglo siguiente: la influencia política de la Revolución francesa hizo que los hombres cultos de aquel tiempo fuesen antes que nada pensadores y, sobre todo oradores y polemistas. A esta tradición francesa del intelectual —escritor o no— como polemista es a la que pertenece Octave Mirbeau. El polemista es esencialmente un individualista, como subraya el enunciado kantiano de que el uso polémico de la razón es la defensa de las expresiones subjetivas en contra de toda clase de negaciones dogmáticas. La negación de la negación es, en este sentido, la base de un cierto radicalismo por el que se define no una posición intransigente contra tal o cual cosa, sino más bien la actitud de someter a revisión, o de negar, todo lo que sea una *afirmación constituida*.

Octave Mirbeau, como buen polemista, dedicó gran parte de sus actividades al periodismo. Era normando, impulsivo y sentimental, que es tanto como decir que poseía el clásico temperamento del retador. Su trayectoria ideológica y sentimental así nos lo indica: en un principio fue boulangerista y después se adhirió al anarquismo, para acabar siendo nacionalista en 1914, al producirse la invasión de Francia por los alemanes. Este itinerario aparentemente contradictorio —bastante similar, por cierto, al de otros dos. normandos «geniales»: Barbey d'Aurevilly y Georges Sorel— no es,

sin embargo, el itinerario de un oportunista o de un llamado al poder, sino el de un hombre arrebatado por sus creencias, acertadas o no, de cada momento.

Jules Lemaître dijo del autor del *Diario de una camarera* que poseía «una gran imaginación trágico-burlesca para expresarse bajo la forma de las más bellas cóleras». En efecto, el estilo de Mirbeau denota mucho más un sentimiento que una actitud. Obsérvese, por ejemplo, la textura de una frase como la siguiente: «Un burgués ha muerto. Ignoramos su nombre, pero ¿qué importa? ¡Conocemos su alma! Señores, era un venerable burgués, obeso, rubicundo y que se sentía feliz... ¡Su vientre era la envidia de los pobres!» Es la forma de expresión casi incivil, propia de un orgullo muy seguro de sí mismo, pero que, a la vez, no puede ocultar una especie de vaga generosidad. La misma impresión se tiene al leer un texto tan insólito como la célebre «Oda al cólera», en la que Mirbeau daba la bienvenida a la peste que acababa de presentarse en París. El autor suplica a la peste que, puesta a eliminar gente; elimine a determinadas personas, cuyos nombres cita y explica, además, las causas por las que él creía que no debían seguir vivas. La vehemencia es el denominador común de las «bellas cóleras» de Mirbeau, tanto cuando escribe *Sebastien Roch*, su novela contra los jesuitas, como cuando se muestra acérrimo defensor de Dreyfus, cuando deja de ser anarquista a causa del asesinato de Carnot o cuando

escribe sus personales críticas sobre arte... De hecho se explica muy bien que Mirbeau fuese una de las más características y relevantes personalidades del mundo periodístico y literario de París en los años de tránsito del siglo XIX al XX. Georges Bataille, al citar el caso clínico de un joven francés de treinta años que, el 11 de diciembre de 1923, se automutiló su dedo índice izquierdo en el bulevar Ménilmontant, precisa que dicho joven, «además de su oficio de diseñador de bordados, ejercía en sus horas libres el de pintor; de él se sabía también que había leído ensayos del crítico de arte Mirbeau y que entre sus inquietudes figuraban temas como los de la mística hindú y la filosofía de Nietzsche».

El siglo XIX, que fue el siglo de la rebeldía, desembocaría en una centuria marcada por la consigna de «la justicia y la moral», términos que iban a ser mal tolerados por algunos *espíritus fuertes,* ya que éstos sabían perfectamente que se puede obrar mal con mucha moral y que, en materia de justicia, los valores acaban siendo siempre intercambiables. Había que estar alerta, pero ¿contra quién? ¿Contra la creciente colectivización de la sociedad industrial? ¿Contra el creciente poder del capitalismo? ¿Contra las tendencias comunizantes y aniquiladoras de la individualidad del hombre? Nietzsche acabó estando contra todo, incluso contra Wagner. Estaba en lo cierto. Los tiempos lo exigían todo y él acabó optando por la «pasión de la

sinceridad». Rimbaud ya había acertado a comprender que, *antes* de cambiar el mundo, había que cambiar al hombre. Lautréamont trastocó todo el sentido de la cultura con una obra de doscientas páginas escasas. Barbey d'Aurevilly había intuido la necesidad de un «ateísmo económico». Y Georges Sorel, siguiendo a Bergson, demostraría que no hay verdades absolutas, puesto que toda «verdad» es siempre un mero instrumento creado con el fin de realizar tal o cual acción propuesta de antemano, lo que ocurre no sólo en el campo de la ciencia, sino también en el de la moral y en el de la historia. El abandono de la virtud y el rechazo de toda salvación hicieron posible la aparición tanto de los regicidas rusos como de la filosofía de Nietzsche. En cuanto a Mirbeau, diría, refiriéndose al pintor Renoir, que «era necesario pensar en la muerte con la tranquilidad de un gran artista».

Esta marginación consciente de toda una serie de valores tradicionales no entrañaba, sin embargo, la caída en una cierta gratuidad cínica, sino que, por el contrario, haría posible incluso una estética propia y el dominio de una bien templada ironía que, pese a su función liberadora y desmitificadora, en el plano artístico no siempre cuajaría en un acierto total. Este es el caso, por ejemplo, de la obra de Octave Mirbeau, una obra indudablemente irregular, esmaltada aquí y allá de excesos y exageraciones, pero plena, al mismo tiempo, de una vibrante palpitación humana que deja fuera de

toda duda la sinceridad del escritor. La sinceridad se convierte a veces en una exigencia tan implacable como peligrosa para quien la practica, razón por la que resulta siempre problemático tildarla de sospechosa. ¿Podría calificarse, según esto, la obra de Mirbeau como discutible e irregular al mismo tiempo que apasionadamente sincera? Todo hace pensar en una respuesta afirmativa... En cualquier caso y a tal respecto, *Diario de una camarera* es quizá uno de sus libros más representativos.

La primera edición del *Diario de una camarera* apareció justamente en 1900, fecha cronológicamente crucial por muchos conceptos. El antisemitismo, entre otras «razones» políticas, servía de excusa a las fuerzas más «tradicionales» de Francia para reavivar un cierto patriotismo militarista. En junio de 1899, un grupo de intelectuales —reunidos alrededor de Henri Vaugeois, Maurice Pujo y Charles Maurras— habían fundado una revista, llamada *Action Française*. Este nuevo grupo, este «laboratorio» como lo llamaría Barres, surgió precisamente al abrigo del malestar creado por el casó Dreyfus entre los medios conservadores, que se adhirieron así, al más amplio grupo de la Liga de la Patria Francesa, creada, a su vez, pocos meses antes. La *Action Française* se reveló en seguida como un grupo

activista de gran empuje y Maurras como un filósofo indiscutible. Inspirándose en ciertos pensadores del siglo XIX y particularmente en Bonald (gran maestre de la Tradición), en Le Play (sociólogo conservador y apóstol de la Paz social), en Auguste Comte (fundador del positivismo), y también en Taine, Renan y Barrés, Charles Maurras habría de elaborar muy pronto una metafísica política dirigida directamente contra «el error de 1789», cuyo principio fundamental no era otro que el de la adhesión total a la monarquía tradicional en la «plenitud del cuadro nacional». En la visión de Maurras, Francia era como una especie de entidad natural de la que nadie debía renegar: la patria, la tierra de los padres, era una «obra de la naturaleza». La metafísica maurrasiana, como todo pensamiento de derechas, se proyectaba con una perspectiva histórica cerrada. En este sentido, la ideología de la *Action Française* era anticapitalista, pero la crítica del capitalismo —digamos liberal— era hecha tan sólo en nombre de un principio anterior al capitalismo: el del Estado monárquico. El antisemitismo pretendía desterrar al capitalismo financiero, mientras que el nacionalismo corporativo, reemplazaría al internacionalismo del dinero y la contrarrevolución restauraría a los Borbones. Esto no quería decir, por supuesto, que la *Action Française* pretendiera un feudalismo renovado, ya que el propio Maurras ponía especial empeño en despreciar toda clase de

ensoñaciones aristocráticas y se oponía tanto a poner el poder en manos de una casta privilegiada como a dispersar la fuerza de las individualidades «fuertes» del país en ninguna clase de liberalismo económico. De hecho, la doctrina de Maurras veía en los dos polos del principio monárquico el rey y el pueblo— la posibilidad de reunir a Francia. La igualdad de todos ante la autoridad única del rey permitiría desterrar por completo la herencia de 1789 y reconciliar a la Francia revolucionaria con la Francia del siglo XVII. El empíreo de la *Action Française* haría posible reunir bajo un mismo techo a Juana de Arco y a San Luis, al igual que Auguste Comte se conciliaba con Bonald en la filosofía de Maurras.

Como sabemos hoy, a pesar de la coherencia de sus ideas, la *Action Française* no consiguió restaurar la monarquía, pero de forma directa o indirecta influyó en el desarrollo político de Francia durante más de un cuarto de siglo. Por ejemplo, los años que van de 1902 a 1909 serían calificados como un «período heroico del sindicalismo francés» a causa de la fuerte presión ejercida por las fuerzas conservadoras sobre el creciente movimiento obrero. Como contrapartida, algo más tarde, el mito del antifascismo se convertiría en un arma para cierta clase de políticos cada vez que la izquierda se sentía amenazada. En otras palabras, la paradoja y la confusión marcaban muy a menudo la pauta de los acontecimientos en aquellos tiempos, aun cuando esto

no ocurriera porque las cosas no estuvieran claras en el fondo, sino porque las diferentes posturas e ideas aún no habían sido «puestas a prueba» por la historia. La Revolución rusa y las dos guerras mundiales que se avecinaban se encargarían de ello. Entretanto, era el ritmo del can-can el que daba tono a la bien o mal llamada *belle époque* en toda Europa, mientras que los anarquistas y los comunistas se llamaban entre sí «reaccionarios» y los miembros de la *Action Française* se autocalificaban de «revolucionarios».

Esta atmósfera de malentendidos y de crispaciones de *grand guignol* es justamente la que se siente y se respira en la mayoría de las obras de Mirbeau, y especialmente en el *Diario de una camarera,* donde algunos de los datos ambientales son más los de una crónica que los de una creación literaria... En El Priorato, la casa de Normandía donde Célestine, la protagonista, entra a servir, se lee el periódico *La Libre Parole*, cuyo director era, desde 1892, Edouard Drumont, el cual ya había publicado en 1896 su escandaloso libro *La France Juive*. El periódico nos es presentado por Mirbeau como «independiente y antisemita», y Joseph, el jardinero-cochero de El Priorato, lo lee de una forma asidua y habitual. Es su periódico y no admite que pueda leerse ningún otro. Joseph tiene sobre el lecho de su habitación los retratos de Drumont, del general Mercier y del Papa, y engloba en un mismo odio a los judíos, a los protestantes, a los

francmasones y a los liberales. En cuanto a Zola, opina que era «un inmundo traidor que había vendido el ejército francés y el ruso a los alemanes y a los ingleses». Célestine, por su parte, es también una «patriota», puesto que se ha negado a servir como camarera en casa de Labori, uno de los defensores de Dreyfus... Mirbeau, hacia el final de la novela, incluso evoca el retorno de Dreyfus a Francia: Joseph, que se ha convertido en el dueño de un pequeño café de Cherburgo, establecimiento que ha dedicado «al ejército francés», tal como reza en un espectacular letrero, se sube a una mesa y, refiriéndose a Dreyfus, les grita a los clientes: «¡Si el traidor es culpable, que se le vuelva a embarcar! ¡Si es inocente, que se le fusile!» Su proposición despierta en la concurrencia «un entusiasmo rayano en el paroxismo», y en el tumulto que sigue se oyen los enardecidos gritos de: «¡Viva el ejército! ¡Muerte a los judíos!»

Estos detalles, entre muchos otros, nos hacen pensar que *Diario de una camarera* es una novela fechada *políticamente* con una gran precisión, lo cual no es obstáculo para que, al mismo tiempo, sea algunas cosas más. Su tono general no es, en realidad, el de una narración *ideológica,* por así decirlo, sino más bien el de una «bella y encolerizada» sátira de costumbres..., cuando no el de una «distanciada y panorámica» descripción de la burguesía. Un determinado pesimismo corrosivo, la atrocidad naturalista y el marcado trazo

satírico con que Mirbeau nos presenta su *Diario,* no nos permite limitarnos a la simple perceptiva del «drama de ideas». El cuadro que nos describe es demasiado lúcido, y los retratos de sus personajes demasiado perfilados incluso dentro de un deliberado esquematismo psicológico, cómo para que el lector no cobre una cierta impresión de universalidad. Ciertamente que ni a Rabelais ni a Brecht les «sentaría demasiado bien» este desenfadado relato de las peripecias de una muchacha de servicio, pero también cabe pensar que, al menos parcialmente, es muy posible que no renegaran de él ninguno de los dos.

¿Qué es, pues, en realidad el *Diario?* ¿Una sátira? ¿Una pintura de costumbres? ¿Una diatriba social? La «advertencia» de la primera página nos indica ya que el autor se halla dispuesto a interpretar su papel con negación y estilo, ya que aparenta ser tan sólo el encargado de transcribir el diario redactado por su propia protagonista. Célestine le «pide» a Mirbeau que corrija y supervise sus recuerdos..., y el escritor no puede, al final, negarse a tal ruego porque «Célestine es muy bonita y porque él, después de todo, es un hombre».

Célestine comienza a redactar su diario cuando llega a un pequeño pueblo de Normandía para trabajar como

femme de chambre en casa de los señores Lanlaire... Hasta entonces ha ejercido siempre su profesión en Paris; es, por tanto, la primera vez que trabaja en provincias. En su diario se entremezclan dos partes: los acontecimientos que le van ocurriendo y los recuerdos de sus experiencias pasadas que aquéllos le suscitan. Célestine ha llevado una vida «interesante», pues ha sabido divertirse y sacarle partido a la situación de estar siempre en contacto con personas adineradas y de buen gusto, pero su falta de sentido práctico la desasosiega cuando piensa en un porvenir que todavía no ha sido capaz de asegurarse. Es joven aún y está de perfecto acuerdo con su desenfadada y temperamental inconsciencia, pues esto le permite vivir apasionadamente, pero su ya amplia experiencia la sume cada vez más a menudo en una especie de amarga lucidez, y así escribe en su diario: «Una sirvienta no es un ser normal, un ser social. No es que, sea un disparate, es algo peor: un híbrido humano monstruoso... No pertenece ya al pueblo, de donde ha salido, ni tampoco a la burguesía, entre la que vive y en la que aspira a integrarse... Reniega del pueblo, del que ha perdido su sangre generosa y la fuerza de su ingenuidad, mientras que de la burguesía tan sólo ha adquirido sus vicios más vergonzosos, sin haberse podido procurar los medios para satisfacerlos.» Esta certidumbre de una realidad implacable, agravada por la necesidad de abandonar París y de tener que convivir

con el grosero ambiente provinciano, acaba por hacer reaccionar a Célestine.

El lugar adonde vemos llegar a Célestine es un pequeño pueblo del Bocage, la parte más anodina de Calvados, que, a su vez, es la provincia más caracterizada de la ruda región normanda. A tal respecto, no es casualidad que Mirbeau situara la acción de su novela en Normandía y no en cualquier otra región francesa: el normando suele ser de carácter muy apegado a la tradición, de espíritu fuerte, reflexivo, desconfiado, con una gran capacidad para la ironía sardónica y, por lo regular, muy inclinado a lo material, si bien esto último no lo hace por avaricia, sino para «sentirse al abrigo de la necesidad». Flaubert solía preguntarles a, los forasteros que llegaban a la región: «¿Conoce usted Normandía, esta vieja y clásica tierra de la Edad Media, donde cada campo ha tenido su batalla, cada piedra guarda su nombre y cada ruina atesora un recuerdo?» Diríase, efectivamente, que todo lo que rodea al normando le impulsa hacia la adquisición de una personalidad muy individualizada y radical. Esta especie de radicalismo subjetivo, como es lógico, puede convertirse tanto en una virtud como en un defecto, según que inspire a la inteligencia o a la estupidez, a la nobleza o a la mezquindad, a la sinceridad o a la hipocresía... Célestine, por la voluntad de Mirbeau, y también por la misma textura de los ambientes en los que se ve obligada a moverse, tendrá que convivir con

los que podría calificarse como una innoble carnada de seres: una patrona frígida que le pide autorización a su confesor para «cortar el doloroso cumplimiento de sus deberes conyugales, reemplazándolos por ciertas caricias»; un patrón estúpidamente libidinoso, capaz de «implorar el amor» incluso a una cocinera medio idiota; un militar retirado que devora toda clase de animales crudos; un sacristán dedicado a la «sagrada» labor de difundir la propaganda antisemita; las comadres del lugar entregadas al excitante placer dominical de criticar a todo el mundo; una tendera especializada en hacer abortar a las jóvenes que cometen «errores» irreparables... El único personaje que parece destacar por encima de tanta mediocridad es Joseph, el jardinero-cochero de los Lanlaire. Joseph es capaz de tener una paciencia secreta y es fuerte de voluntad. Hace tiempo que se formuló unos planes muy concretos, y al final le vemos alcanzar su propósito. Contra la inmoralidad de la estupidez, Joseph creará su propia moral a fuerza de cinismo, razón por la cual resulta, de alguna manera, un personaje fascinante. El lector llega a sospechar que es de esta viril facultad de la que se siente prendada Célestine, así como Mirbeau, si tenemos en cuenta que éste trata a Joseph como a un personaje «triunfador», no sólo sobre las personas que le rodean, sino también sobre las ideas que aparentemente le obsesionan.

A través de diversas escenas, irónicas o violentas;

por medio de múltiples conversaciones, sostenidas en la sordidez de las cocinas o en el silencio amortiguado de los cuartos de aseo y de los dormitorios; cuando no utilizando la figuratividad física de un pequeño pueblo, contrapuesta al lujo cosmopolita parisino, la verdad es que Mirbeau consigue siempre que cada *imagen narrada* sea para el lector una ilustración, no ya de una clase social, burguesa o no, sino de una forma de vivir que, por incapacidad o por cobardía, se complace en la rutina de unos valores admitidos y fundados en el mediocre éxito que pueden proporcionar la codicia o la hipocresía... La anécdota central, que en cierto modo determina toda la acción del *Diario de una camarera,* es la violación de una muchacha en los alrededores del pueblo. Tanto para los gendarmes como para las gentes de la comarca, el crimen queda en el más absoluto de los misterios. Todo el mundo sospecha de todo el mundo, pero nadie está seguro de nada, salvo Célestine... Se piensa en algunos transeúntes, incluidos dos capuchinos de «extraño aspecto y barba muy sucia», y también en el padre de la pequeña víctima. La señora Lanlaire sospecha de su propio esposo, y un vecino acusa a éste abiertamente, mientras que *La Libre Parole* denuncia a «los judíos» como autores del hecho y afirma que se trata de un crimen ritual. En cuanto a Célestine, una especie de instinto femenino la lleva a sospechar de Joseph desde el primer momento. Pero no lo denuncia, al darse cuenta de que está enamorada de

él, lo cual le permite comprender, además, por qué «ciertas mujeres, como las prostitutas, pueden llegar a todo cuando se enamoran perdidamente de *su hombre*». El «fuego» que siente en su cuerpo ante la sola presencia de aquel hombre hace que Célestine, con los ojos brillantes y la respiración entrecortada, se ofrezca en un momento determinado a Joseph…, quien la rechaza, puesto que no es su placer lo que busca al pretenderla, sino que la quiere toda entera y para siempre. Desea casarse legalmente con ella y hacerla copropietaria del café que piensa adquirir en Cherburgo…, con no se sabe qué dineros. Joseph le confiesa a Célestine que, a su juicio, ambos son iguales. Y tiene toda la razón. «Nuestras almas son gemelas», le dice. En efecto, estos dos turbios personajes, cuyos delitos quedan impunes, saldrán triunfantes de la mediocridad que les rodea y conseguirán establecerse en el soñado café de Cherburgo. Célestine se convertirá en una «señora» y no vacilará en calificar de haraganas y desvergonzadas a sus sirvientas. La veremos como una burguesa, como una propietaria, con sus correspondientes criadas…, aun cuando ella misma no haya logrado abandonar por completo la servidumbre, pues deberá acceder a «disfrazarse» de alsaciana, según los deseos de Joseph, para atraer más clientela al establecimiento. Pero no importa; Célestine se siente feliz así, pues sabe que le es imposible oponerse a la voluntad de Joseph. La última confesión que nos hará

en su diario será la de que, si Joseph se lo pidiera, ella podría llegar incluso hasta el crimen.

Es inútil hablar aquí de la belleza de estas dos almas demoníacas, o entregarse a florituras poéticas a costa del pecado o de la contradicción del mal. Mirbeau va más lejos, sin que ello implique abandonar el plano inmanente de su relato. Su mordacidad es evidente. Para el autor del *Diario de una camarera,* el mundo era una especie de ciénaga y la sociedad un caos. Lo único que consideraba salvable era el individuo, pero a condición de que no fuese un ser normal, es decir, un ser sumido en la bajeza flaubertiana de las *ideas admitidas*. La inmoralidad de Joseph y de Célestine se convierte en una moral, porque les sirve para salir de su situación inmoral. La *adaptación* no es aquí la imposición de unas formas de vida, sino la adopción por la vida misma de unas *nuevas formas* que representan, antes que nada, la solución a un problema humano planteado por la constitución de lo externo. En este sentido, cabría decir que de hecho existen tantas «morales» como individuos. La actitud de Joseph y Célestine está cargada de unos claros acentos nietzscheanos, ya que los dos protagonistas de Mirbeau nos demuestran que lo que confiere a la vida una orientación determinada no es nunca una «simple acción mecánica» de las causas exteriores, sino el impulsó interior del individuo. A tal respecto, la consecución de un resultado no puede ser nunca el

«producto de una finalidad» común a otros muchos individuos, sino la consecuencia de un *acto de voluntad* que, visto desde fuera, puede parecer la dispersión de una infinidad de elementos, pero que, desde dentro, se nos presenta como un simple conjunto de obstáculos vencidos.

Un cierto espíritu de la picaresca podría definir la actitud de Joseph y Célestine como la de dos individuos que «van a la suya». Esto es suficiente para Mirbeau. ¿Para qué calificar nada de inmoral en nombre de otra moral, que, a su vez, puede ser considerada como una inmoralidad desde otra posición distinta? Se sabe que Mirbeau odiaba a los «racionalistas» del siglo XVIII. Y se explica. El autor del *Diario de una camarera* era de los que creen que la inteligencia y la razón no podrán servir jamás para inspirar acuerdos entre los hombres, ya que lo que éstos necesitan como el aire que respiran es el *estímulo del desacuerdo*, a fin de que sus cualidades morales puedan manifestarse como entidades vivas capaces de generar vida. En el fondo se trata de una ley muy elemental, que Bergson parecía conocer bien al asegurar que «la naturaleza debe tender siempre a defenderse del poder disolvente de la inteligencia...» Es el viejo dilema que, por encima de toda moral, se le presenta indefectiblemente al hombre cada vez que éste tiene que elegir entre la pasión y la razón.

JULIO C. ACERETE

CRONOLOGÍA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

1848

Octave Henri-Marie Mirbeau nace el día 16 de febrero en Trevières (Calvados). Su familia era de la buena burguesía y su infancia es la normal dentro de su clase social y del ambiente de la provincia francesa de la época.

1858-1866

Mirbeau es llevado al colegio que los jesuitas tenían en Vannes (Bretaña). Por esta época, el futuro escritor y crítico demostró ya que tenía un espíritu indisciplinado y rebelde. Los «abominables días» pasados en el colegio de Vannes serían más tarde descritos en su novela *Sebastien Roch*.

1867

Después de cursados los estudios de segunda enseñanza, Mirbeau se traslada a París para estudiar la carrera de leyes. Es la época en que el futuro escritor pensaba mucho más en una carrera política que literaria.

1870

Mirbeau toma parte en la guerra franco-prusiana como teniente del ejército del Loire.

1872

En este año Mirbeau comienza a colaborar en el periódico bonapartista *L'Ordre,* escribiendo artículos literarios y de critica.

1877

Mirbeau, que no había dejado de pensar en la posibilidad de una carrera política, es nombrado subprefecto de Saint-Girons, pero abandona el cargo al poco tiempo... para dedicarse ya por entero a la literatura, escribiendo artículos en los principales periódicos de Francia, casi siempre en defensa de la que

entonces se tenía por «nueva escuela pictórica y escultórica», personificada en Monet, Degas y Rodin.

El estilo polémico que habría de caracterizar toda la obra de Mirbeau se nota ya en estos artículos, donde puede apreciarse su forma de escribir directa, como cuando habla del pintor Monet, diciendo: «Vamos, Monet: póngase de una vez por todas frente a la realidad. Impóngale una disciplina humana a su razón. Que se diga, en todo caso, que hay sueños que un alma fuerte no debe intentar..., porque son irrealizables. Es cierto que no se puede ir más lejos que adonde llega el mundo sensible, pero al mismo tiempo no es menos cierto que lo que usted siente, y lo que ve, significa un dominio tan amplio como infinito de posibilidades.»

1882

Por esta época Mirbeau formaba parte de la redacción de *Le Figaro,* que tuvo que abandonar a causa del escándalo que produjo su célebre folleto *Le comédien,* el cual ocupó la atención del mundo teatral durante varias semanas.

1883

Mirbeau funda, junto con Hervieu, Capus y

Grossclaude; una revista semanal, que se llamaría *Les Grimaces*, en la que sus colaboradores, y principalmente él, atacan despiadadamente a todas las falsas reputaciones y todos los vicios de la sociedad de la época. La publicación sólo subsistió unos cuantos meses y costó innumerables complicaciones a su principal fundador.

Uno de los mayores escándalos de *Les Grimaces* se produjo cuando el propio Mirbeau escribió su «Oda al cólera», un artículo en el que no sólo daba la bienvenida a la peste que acababa de declararse en Paris, sino que, además, le suplicaba que, «ya que se había puesto a matar gente», matase también a determinadas personas «para que su labor fuese verdaderamente eficaz»..., y a continuación citaba el autor del escrito una lista de nombres tan concretos como reales.

1885

Mirbeau publica *Lettres de ma chaumière,* una colección de cuentos en los que se destacaba cierto realismo, que hizo que los críticos comparasen a su autor con Maupassant.

1886

Aparece *Le Calvaire,* la primera novela de Mirbeau y, para muchos, su mejor obra, pues el autor, «si bien en otros libros posteriores conseguiría mayor habilidad técnica, nunca conseguiría darnos una nota de color y de tristeza como aquí». Su héroe, Jean Mintié, de carácter débil y sensual, va dejando en manos de su amante, Juliette Roux, todas las fibras de su alma y todas las energías de su cuerpo. En *Le Calvaire,* reunió también sus recuerdos de la guerra franco-alemana, a los que dedicó un magnífico capítulo, describiendo con un admirable verismo la derrota del ejército francés.

En este año Mirbeau contrajo matrimonio con Alice Régnault, actriz de teatro y novelista, después de lo cual el escritor vivió definitivamente en su finca de Poissy (Seine-et-Oise).

1887

Publicación de *Jean Marcellin,* el segundo libro de ficción importante de Mirbeau.

1888

Aparece *L'Abbé Jules,* obra con la que Mirbeau consigue irritar profundamente a ciertos sectores de la crítica, y que es calificada de «artificial y literaria, más

que real y observadora».

1890

Mirbeau publica *Sebastien Roch*, narración de corte autobiográfico, donde el autor «recuerda» esos «abominables días» de su niñez que pasó en el colegio de jesuitas de Vannes, lo que hace con un crudo verismo no exento de mordacidad, a fin de escribir esa tristeza de un internado religioso, con su vida monótona, seca, reglamentada y fastidiosa, carente de toda espontaneidad y propicia a la fermentación de las más sórdidas pasiones.

1893

Aparece *La société mourante et l'anarchie,* obra teórico-política de Jean Grave, cuyo prefacio lo escribe Mirbeau, pudiéndose considerar como la profesión de fe del escritor en favor del anarquismo, pues en las pocas páginas de que se compone hace afirmaciones concluyentes a ese respecto: «El Estado mata las facultades intelectuales del hombre desde su nacimiento, o las falsea administrativamente, que viene a ser igual. Asesino o ladrón, es lo mismo; estoy plenamente convencido de que el Estado es una especie de doble criminal... La anarquía, por el contrario, es la

reconquista del individuo, es la libertad del desarrollo del individuo, en un sentido normal y armónico».

La amistad de Mirbeau con Grave y otros escritores anarquistas se consolidó cuando el novelista empezó a colaborar en algunas publicaciones de inspiración libertaria, como *La Revolté* y *En Dehors*.

1894

El 24 de junio fue asesinado en Lyon el presidente de la República, Sadi Carnot, siendo reconocido como autor del magnicidio Santo Geronimo Caserío, un joven italiano de filiación anarquista. Este atentado, con el que culminaba una serie de «hechos terroristas», cometidos todos en la década de 1890, extremó el celo de los gobiernos, poniendo a su vez en tela de juicio, entre los intelectuales anarquistas, la validez de la violencia como arma política.

Esta discusión, promovida a raíz del asesinato de Carnot y de la consiguiente acusación de que fueron objeto algunos jefes anarquistas, como Grave, Faure y Pouget, fue lo que hizo precisamente que Mirbeau se apartase de los círculos libertarios, aunque en su literatura siguiera manteniendo los principios de rebeldía e individualismo en toda actitud «positiva» de sus personajes.

1897

A Mirbeau, sin embargo, no deja de preocuparle la política, y cuando a finales de éste año la batalla del caso Dreyfus toma derroteros más favorables para los demócratas, al igual que Zola con su famoso *J'accuse,* él también publica en *L'Aurore* vehementes artículos en defensa del oficial francés y contra los antisemitas como Drumont y Déroulède.

En este año Mirbeau debuta como autor teatral con una pieza titulada *Les mauvais bergers*. Consigue un relativo éxito y la crítica le halla semejanzas con Hauptmann.

1899

En junio es juzgado de nuevo Dreyfus en Rennes, pero sus enemigos eran tan insistentes y poderosos que consiguieron que fuese condenado nuevamente, a pesar de la existencia de un claro fraude en las pruebas de la acusación. Como se sabe, Dreyfus no obtendría la absolución completa hasta 1906.

Mirbeau publica una nueva novela, *Le jardin des supplices,* que supone un nuevo escándalo, ya que, según algunos críticos, «a veces su lectura es imposible». Esta obra es en realidad «un diálogo entre amigos», que filosofan sobre lo arraigado que está el

instinto del crimen en los hombres, considerándolo no menos fundamental para nuestra especie que el instinto genésico. Uno de ellos, por ejemplo, comenta que un asesino violaba y mataba a las mujeres al mismo tiempo... «Su deporte favorito —dice el comentador de Mirbeau— consistía justamente en eso: en hacer que el espasmo de su placer coincidiese con el espasmo de la muerte de su víctima.» La lectura del libro prosigue, en forma dialogada y amena, «comentando» una serie de relatos acerca de crímenes y crueldades refinadísimas llevadas a cabo en el jardín de Claire, una mujer dedicada a experimentar con auténtica vocación los suplicios que aprendió en China, poniendo al servicio del mal todos los recursos de ingenio, imaginación y agudeza propios de un temperamento femenino complejo y morboso. «La mujer —escribe Mirbeau en esta obra— tiene una fuerza invencible de destrucción, al igual que la naturaleza, pues siendo matriz de la vida, es por eso mismo la matriz de la muerte.»

L'épidémie sería el título de la segunda obra teatral de Mirbeau, que estrenó con cierto éxito.

1900

Mirbeau insiste en escribir para el teatro y estrena una nueva pieza, titulada *Vieux ménages*. Este año publica también *Le journal d'une femme de chambre*

(Diario de una camarera), que habría de ser su obra maestra y la que más fama le daría. En su intento de ver la sociedad de su época desde el «cuarto de los sirvientes», consigue ser convincente a fuerza de mordacidad e ironía, alcanzando a veces la filigrana.

1901

Aparece *Les 21 jours d'un neurastenique,* la novela de un neurótico obsesionado por la muerte, que viaja huyendo en vano de la idea que le tortura y persigue. El personaje de Mirbeau llega a Roma y comete toda clase de extravagancias, incluida la de contagiar su obsesión a un amigo, hasta que él mismo acaba por creer que está muerto desde hace veinte años. Aquí Mirbeau siguió en cierta forma la moda naturalista, que solía complacerse en presentar a sus personajes como casos clínicos.

1902

Mirbeau va siendo cada día más conocido en los medios teatrales, y durante esté año estrena dos nuevas piezas, tituladas *Scrupules* y *Le portefeuille*.

1903

A fuerza de insistir, Mirbeau acabó obteniendo un auténtico y casi multitudinario éxito teatral con *Les affaires sont les affaires, un* drama de tendencias sociales que cautivó, irritó y emocionó al público. En cualquier caso, la obra triunfó, siendo traducida inmediatamente a varios idiomas.

Ante este éxito, Mirbeau publicó *Farces et moralités,* una serie de pequeños dramas.

1905

Después de cuatro años de actividad teatral, Mirbeau vuelve a la novela, y publica *Dans l'antichambre*.

1907

Aparece *La 628-E8,* una colección de recuerdos e impresiones, obtenidos por Mirbeau en sus largos y varios viajes en automóvil.

1908

Mirbeau estrena la que habría de ser su última obra teatral, *Le Foyer,* escrita en colaboración con Natanson.

1909-1913

En estos años Mirbeau fue abandonando toda actividad literaria. Sin embargo, en 1913 publicaría la que sería su última obra, *Dingo,* un capricho de escepticismo literario, donde el protagonista es un perro que tranquilamente le explica al lector cuál es su filosofía y de qué manera desprecia al mundo y a los hombres.

1914-1917

Al declararse la Primera Guerra Mundial, Mirbeau no quiso dejar su casa de campo, pero el avance de los alemanes le obligó a trasladarse a París.

La única actividad que se conoce de Mirbeau en estos últimos años de su vida es la redacción de una especie de testamento, que constituye un documento entre extraño y patético, que sirve al autor del *Diario de una camarera* y de otras obras igualmente críticas para insistir en su visión de una sociedad compuesta por «un conjunto de debilidades, bajos instintos de lucro y vergonzosas lacras». No obstante, «al ver de lo que era capaz una conciencia colectiva en caso de guerra», Mirbeau dejó entrever al final de su existencia cierta fe en el porvenir, fe que nunca había tenido... En el

aspecto político, el antiguo anarquista que fue Mirbeau terminó siendo una especie de nacionalista, pero no por reacción política, sino como una «necesidad» moral del momento frente a la invasión alemana de aquellos años.

Octave Henri-Marie Mirbeau murió en Paris el día 15 de febrero de 1917.

AL SEÑOR JULES HURET

Mi querido amigo:

Ha sido mi deseo inscribir su nombre al principio de estas páginas, por razones muy concretas. En primer lugar, como testimonio del aprecio que siento por usted. Y después —lo digo con sosegado orgullo por que creo que este libro le agradará, a pesar de sus defectos, ya que está escrito con sinceridad y presenta la vida tal como usted y yo la entendemos... Aún siguen vivos en mi mente, mi querido Huret, todos los personajes que en su día desfilaron por sus distintas encuestas sociales y literarias. En realidad, me obsesionan, porque nadie ha sido capaz de sentir mejor que usted, ni más profundamente, la tristeza y la comicidad que habitan tras la máscara del ser humano... Una tristeza que hace reír y una comicidad que hace llorar. Usted podrá volver a encontrarse aquí con una y otra...

OCTAVE MIRBEAU

Mayo, 1900.

NOTA DEL AUTOR

Este libro que ahora publico con el título *Diario de una camarera* ha sido escrito por Célestine R..., camarera de profesión, quien me pidió que leyera el manuscrito y lo corrigiese, reescribiendo los pasajes que juzgase convenientes. Una vez leído, me negué a la segunda parte de su petición, pues estimé que, a pesar de su tono descuidado, este diario tenía una originalidad, un sabor muy particular, y que yo no podía hacer otra cosa que banalizarlo con «mi aportación». Pero Célestine era muy bonita... Insistió y yo acabé por ceder, pues a fin de cuentas soy un hombre...

Ahora confieso que cometí un error, y mucho me temo que, al hacer el trabajo que ella me pidió, y precisando aquí y allá ciertos detalles, no haya conseguido sino alterar la mordaz gracia del original, disminuyendo así su melancólica fuerza. Y sobre todo temo también que haya podido reemplazar, por simple literatura, lo que había en estas páginas de auténtica emoción y vida...

Hago esta advertencia para responder por anticipado a las objeciones que no dejarán de hacer

determinados críticos, tan dignos como sabios... y nobles.

O. M.

I

14 de septiembre

Hoy, 14 de septiembre, a las tres de la tarde, con un tiempo suave, gris y lluvioso, me hice cargo de mi nueva colocación. Es la duodécima en dos años. No cuento las anteriores a ese período porque me sería imposible hacerlo. En cambio, puedo vanagloriarme de haber visto durante todos mis años de profesión las casas; los rostros y las almas más impuras. Pero esto aún no ha terminado, no vayan a creerse... De forma realmente vertiginosa, he rodado de aquí para allá, de las agencias a las casas y de las casas a las agencias, del Bois de Boulogne a la Bastille, del Observatoire a Montmartre, de las Ternes a los Gobelins..., sin haber conseguido quedarme definitivamente en ninguna parte. ¡Y es que nadie puede imaginarse lo difícil que es hoy servir a la gente!

En esta ocasión no traté personalmente con mi nueva señora, pues todo se arregló por medio de la sección de anuncios de *Le Figaro*. Llegamos a un acuerdo por correo. Las cartas constituyen un azaroso

medio de comunicación que puede reservar sorpresas a ambas partes. Debo confesar, sin embargo, que las de mi nueva señora están bien escritas, aunque revelan un carácter pueril y meticuloso, evidenciado en comentarios y toda clase de porqués. No sé si es tacaña, pero lo cierto es que no es pródiga al adquirir el papel de sus cartas, comprado en el Louvre... Por mi parte, aunque no sea rica, tengo más coquetería... y escribo sobre un hermoso papel, azul unas veces y otras veces rosa, que huele a aromas de España. Lo fui coleccionando a mi paso por las casas de mis antiguas señoras. Algunas de las hojas incluso tienen grabada una corona condal...

En fin, ya estoy aquí, en Mesnil-Roy, Normandía, lugar de mi nuevo trabajo. La propiedad de mi actual señora se llama El Priorato y no está muy lejos del núcleo urbano más próximo. Es todo lo que por el momento sé del sitio donde voy a vivir de ahora en adelante...

La decisión de venir a encerrarme en este lejano rincón provinciano la tomé quizá un poco bruscamente. Tal vez por eso no puedo evitar ahora sentirme llena de inquietudes y temores, al pensar en lo que puede ocurrirme aquí..., que, como de costumbre, no será nada bueno. Los inconvenientes son siempre los mismos. Las

molestias son la única cosa segura en nuestra profesión. Por cada una de nosotras que triunfa, casándose con un buen muchacho o amancebándose con un viejo, hay un gran número, la mayoría, que acaban siendo arrolladas por el torbellino de la miseria... En cuanto a mí, y en la situación a que me refiero, no podía elegir, de forma que acabé haciéndome la reflexión de que más valía aquello que nada...

No es la primera vez que he aceptado un empleo en provincias, desde luego, pues recuerdo como si fuese ayer una aventura que viví hace cuatro años.., en unas circunstancias realmente excepcionales. Aquello no duró mucho... Aun cuando los detalles resulten un tanto atrevidos, incluso horribles, referiré el episodio..., pues mi intención, al escribir este diario, es hacerlo sin ninguna clase de reticencias, tanto por respeto a mí como hacia los demás. Escribiré, por tanto, sobre lo ocurrido con mi habitual y espontánea franqueza, con la crudeza y la brutalidad que a veces tiene la vida. Si las almas puestas al desnudo exhalan tan fuerte hedor a podredumbre, no es por mi culpa.

He aquí los hechos, tal como sucedieron.

Como tantas otras veces que me había quedado sin trabajo, fui a una agencia de colocaciones, donde se me contrató para servir de camarera en casa del señor

Rabour; en Touraine. Hube de tratar con una obesa ama de llaves y, de acuerdo con lo convenido entre las dos, tomé el tren en la estación a la hora y el día previstos. Una vez en mi destino, y después de entregar mi billete al guarda de la salida, me encontré en la puerta de la estación con un cochero de facciones toscas y rubicundas, que me preguntó:

—¿Es usted la nueva sirvienta del señor Rabour?

—Sí, yo soy.

—¿Tiene usted equipaje?

—Sí...; traigo un baúl.

—Déme el resguardo y espéreme aquí...

El cochero atravesó el andén y yo advertí que los empleados de la estación le llamaban «señor Louis» con una especie de amistoso respeto.

Louis sacó mi baúl y lo hizo llevar en un carrito inglés hasta la salida.

—Bien... ¿Quiere usted subir?

Me senté a su lado en el pescante y nos pusimos seguidamente en marcha.

El cochero me miraba de reojo. Y yo también lo examinaba a él. Me di cuenta rápidamente de que tendría que tratar con un rústico campesino, un torpe sirviente que no había trabajado nunca en mansiones distinguidas. Aquel hombre carecía de estilo, y esto me fastidiaba. Hay pocas cosas que me apasionen tanto como las bonitas libreas, los pantalones cortos de blanca piel y los nerviosos muslos masculinos debidamente

moldeados. A Louis estaba claro que le faltaba *chic*, pues llevaba un traje demasiado largo de droguete gris azulado, una brillante gorra de cuero adornada con un doble galón de oro... y sus manos carecían de los adecuados guantes para conducir. Su aspecto, aunque enfurruñado y esquivo, parecía evidenciar buen fondo en aquella persona. Conozco a muchos individuos así. Al principio abundan las dificultades con ellos, pero después acaban resolviéndose las cosas hasta mejor de lo que una desearía. No obstante, de lo que en aquellos momentos tenia clara idea era de que me hallaba en un pueblo de provincias y estaba considerablemente alejada de la civilización.

Durante largo rato, Louis y yo no nos dijimos ni una palabra. Lo que más le importaba a él en aquellos instantes era darse importancia y producirme la impresión de que era un gran cochero. Llevaba las riendas en alto y de vez en cuando hacia restallar el látigo. En cierto modo, daba risa contemplarlo. En cuanto al paisaje, tenía poco de particular: campos, árboles y casas, como en todas partes. No obstante, me entretuve en mirar toda aquella vulgaridad adoptando un aire importante.

Un poco antes de ascender una cuesta, Louis puso su caballo al paso, y me preguntó con una burlona sonrisa:

—¿Ha traído usted, al menos, una buena provisión de botines?

—Claro que sí —le contesté, más sorprendida por el tono que por el significado del interrogante, por lo demás, muy poco oportuno—. Es una pregunta tonta... Dígame, ¿por qué me la ha hecho?

Entonces me golpeó ligeramente un brazo con el codo y, con una mirada entre irónica, regocijada, y obscena, se mofó de mí, diciendo:

—¡Vamos, farsante! Es inútil que disimule...

Después azuzó al caballo haciendo chascar la lengua, y lo puso de nuevo al trote.

Estaba intrigada. ¿Qué habría querido decir Louis con aquellas palabras? Posiblemente, nada. El cochero era sin duda un simple, y estaba claro que carecía de argumentos para hablar con las mujeres, por lo que consideré oportuno no proseguir aquella conversación.

La propiedad del señor Rabour era muy bonita y de una considerable extensión. La casa estaba pintada de un color verde claro y se hallaba rodeada de unos alegres macizos de flores y de un bosquecillo de pinos que contribuía a perfumar el ambiente. El campo me gusta..., pero al mismo tiempo me entristece, ya que me sume en una especie de melancólico sopor.

Cuando entré en el vestíbulo de la casa, donde me esperaba la propia ama de llaves, con la que había hablado en Paris, me sentía un poco atontada. Ahora recuerdo que aquella mujer, antes de contratarme, me había hecho un sinfín de preguntas sobre mis costumbres íntimas y sobre mis gustos... A partir de

entonces debería haber desconfiado, pero... la verdad es que acaba una acostumbrándose a ver y a soportar; sin embargo, esto no alecciona. En la agencia ya no me había gustado la gobernanta del señor Rabour, y una vez en la casa de éste descubrí que en el fondo me asqueaba el repugnante aspecto de aquella mujer pequeña, gorda, como inflada de amarillenta grasa, poseedora de un pecho enorme y unas manos fofas, transparentes como la gelatina, que de vez en cuando metía entre unos cabellos lacios y grises, peinados con una raya en medio. Sus ojos, que eran también grises, revelaban una depravada y fría maldad. En cuanto a su mirada, tranquila y cruel, parecía indagar de tal forma en el alma de los demás que una no podía evitar ruborizarse. Me llevó en seguida a un saloncito, y después salió, volviendo para anunciarme que esperase allí porque el señor deseaba verme antes de que comenzara mi trabajo.

—Tenga en cuenta que su obligación es agradarle... —me advirtió la gobernante.

Me fijé en la habitación donde me encontraba. Los cobres, los muebles, el suelo y las puertas: todo estaba limpio y relucía como un espejo. La decoración, aunque sin los adornos ni los pesados cortinajes que se ven en algunas casas de Paris, revelaba cierto confort; algo así como una sobria dignidad de vida provinciana, holgada y tranquila..., si bien acabé llegando a la conclusión de que vivir allí debía resultar particularmente tedioso.

El señor entró al fin en la estancia. ¡Cómo me divirtió desde el principio aquel extraño hombrecillo!... Se trataba de un viejecito muy acicalado y recién afeitado, con la tez rosada como la de una muñeca, erguido, vivaz e insinuante... Parecía caminar a saltitos, como un saltamontes en un prado. Me saludó con la mayor cortesía.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —me preguntó.

—Célestine, señor.

—¿Célestine? —dijo, en un tonillo que denotaba leve contrariedad—. ¡Diablos! Es un bonito nombre, sin duda, pero demasiado largo... Si no le importa, mi querida muchacha, le llamaré Marie. ¿De acuerdo? Es un nombre también bonito, y más corto... Es que a todas mis sirvientas las he llamado siempre así..., y no quisiera perder esa costumbre. En caso contrario, preferiría prescindir de sus servicios.

La verdad es que hay muchos señores que tienen la manía de no llamarla a una por su nombre. A mí, que he sido bautizada con casi todos los nombres del santoral, no podía sorprenderme aquello.

—¿Así pues, no le disgusta que la llame Marie...? —insistió el señor Rabour—. ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto que sí, señor...

—Es usted muy bonita... y tiene buen carácter... Bien, eso está bien.

El señor Rabour me había dicho todo aquello en un tono entre respetuoso y regocijado, pero sin mirarme

apenas, sin parecer que quisiera desnudarme con la vista, que es lo primero que acostumbran a hacer los hombres. En cambio, y desde el primer momento, sus ojos no habían dejado de fijarse en mis botines.

—¿Tiene usted otros? —me preguntó, después de un breve silencio.

La mirada del señor Rabour se había hecho más brillante en el transcurso de muy pocos segundos.

—¿Otros nombres, señor?

—No, muchacha; otros botines...

El señor Rabour parecía en aquellos momentos como las gatas cuando se relamen complacidas, pasándose la lengua sobre los labios. No le contesté en seguida... La palabra «botines» me sorprendió un poco, pero de pronto recordé la burlona expresión del cochero cuando me hizo una pregunta similar.

¿Qué sentido podía tener aquello...? Como tardé en contestar, el señor Rabour me acosó con repetidas y apremiantes preguntas sobre el mismo tema, hasta que al final, con voz turbada y ronca, como si me viera obligada a confesar un pecado, le contesté:

—Si, señor; tengo otros...

—¿Y son de charol?

—Si, señor.

—¿Con mucho brillo?

—Pues... sí, señor.

—Bien, bien... Y dígame: ¿Los tiene también de cuero marrón?

—Lo siento, señor, pero de ese color no tengo...

—Pues debería tener; pero es igual... Los compraremos.

—Gracias, señor.

—Bien, está bien... Eso es todo.

No sabía por qué, pero sentía una especie de miedo, pues de pronto había advertido en los turbios ojos del señor Rabour un extraño brillo, algo así como el rojo resplandor de una llamarada; al mismo tiempo vi cómo rodaban por su frente unas gotas de sudor. Su aspecto era tal que estuve a punto de gritar, pidiendo socorro..., pero reflexioné y no lo hice. Además, todo pasó en seguida.

El señor Rabour no tardó mucho en recobrar la calma, y me dijo con voz ya tranquila, mientras se humedecía con saliva las comisuras de los labios:

—No es nada... Ya pasó todo. No debe asustarse, Marie. Debo confesar que soy un viejo algo maniático...,pero confío en que usted sabrá comprender que, a mi edad, eso es algo casi natural. ¿No es cierto? Por ejemplo, no puedo tolerar que las mujeres limpien los zapatos..., ¡y mucho menos los míos! Yo respeto de forma especial a las mujeres, mi querida Marie, y no soporto una cosa así... Deberá dejarme, por lo tanto, que yo me cuide de sus botines... Esa será mi tarea. Todas las noches, antes de acostarse, deberá traer sus zapatos a mi habitación y los colocará cerca de mi cama, sobre una mesita, pasando a recogerlos todas las mañanas,

cuando venga a abrir las ventanas...

No pude disimular mi sorpresa, y como el señor Rabour la advirtió en mi rostro, se apresuró a sacar dos luises de uno de sus bolsillos, y al mismo tiempo que me los entregaba añadió:

—Bueno, espero que comprenda que lo que le pido no es nada del otro mundo... Bien pensado, es simplemente una niñería. Por lo demás, le prometo que si usted es buena y obediente, le haré regalos con cierta frecuencia. ¿Me comprende? El ama de llaves le pagará todos los meses su salario... Pero yo, Marie, le prometo que le haré pequeños regalos de una forma particular. ¿Qué es lo que le pido a cambio...? Apenas nada, o al menos nada extraordinario...

El señor Rabour parecía cada vez más exaltado, pues según hablaba se iban moviendo más aprisa sus párpados, que parecían hojas de árbol agitadas por un fuerte y tormentoso viento.

—¿Por qué no dices nada, Marie? —me preguntó, tuteándome de pronto—. Di algo, por favor... O, mejor aún, concédeme el placer de verte andar..., para que pueda admirar cómo se mueven y cómo *viven* tus botines...

El señor Rabour se arrodilló entonces y comenzó a besar mis botines, acariciándolos con sus dedos al mismo tiempo que los desataba y los manoseaba.

—¡Oh, Marie! ¡Oh, Marie! —decía, con la voz suplicante de un niño que llora—. ¡Tus botines!

¡Dámelos en seguida! Los quiero ahora mismo, inmediatamente... ¡No quiero esperar a mañana!

La estupefacción me tenía paralizada, y me sentía sin fuerzas para decidir nada. Lo cierto es que no podía distinguir si estaba soñando o despierta... Los ojos del señor Rabour eran como dos pequeños globos blancos, estriados de rojo, mientras su boca se iba impregnando poco a poco de saliva espumosa.

Acabó por llevarse mis botines a su habitación, donde permaneció encerrado con ellos lo menos durante dos horas...

—Está visto que usted le agrada al señor... —me decía poco después el ama de llaves, mientras me mostraba la casa—. Debe procurar que todo continúe así durante el mayor tiempo posible, pues a fin de cuentas es una buena colocación...

Cuatro días después, cuando por la mañana entré a la hora de costumbre en la habitación del señor, para abrir las ventanas, faltó muy poco para que me desmayara... ¡El señor Rabour estaba muerto! Yacía tendido en medio de la cama y mostraba la característica rigidez cadavérica. Estaba completamente desnudo y al parecer no se había debatido ni lo más mínimo... Quiero decir que parecía haber expirado de forma tranquila, pues ni siquiera tenía las manos crispadas. Las ropas de la cama estaban en orden. Se hubiera creído que aún dormía a no ser por su rostro, que tenía ese horrible tinte violáceo de las berenjenas.

De cualquier modo, el espectáculo no dejaba de ser aterrador, sobre todo por el aspecto de su rostro... El señor Rabour tenía entre los dientes uno de mis botines, y lo tenía tan fuertemente apretado que, tras los inútiles esfuerzos que hice para arrancárselo con las manos, me vi obligada a cortar el cuero con una navaja de afeitar.

No es que yo sea una santa. He conocido a muchos hombres, y sé por experiencia que son capaces de todas las locuras y obscenidades, pero de un hombre como el señor Rabour jamás hubiese creído que... La verdad es que resulta curioso que existan tipos así. ¿Para qué tanto rebuscar en la imaginación, cuando lo más sencillo es quererse... como todo el mundo?

En fin, creo que en esta ocasión no va a sucederme nada parecido... Tengo la impresión de que aquí todo es distinto, aunque no sé si mejor o peor.

No obstante, hay algo que me atormenta, y es la idea de que hace ya tiempo que tal vez debería haber cambiado de trabajo, pasando de la domesticidad a la galantería, tal como han hecho tantas y tantas de mis colegas que valían menos que yo... Y que conste que esta última afirmación la hago sin ninguna clase de fatuidad. Aun no siendo demasiado bonita, soy, sin embargo, mejor porque soy más vigorosa y poseo cierta elegancia... que muchas de las mujeres mundanas que

andan por ahí me han envidiado ya en diversas ocasiones. Soy más bien alta y delgada, bien formada y flexible... Tengo unos hermosos cabellos rubios, bonitos ojos azules, excitantes y picarescos, además de una boca audaz... Y sobre todo poseo espiritualidad y originalidad, y soy a la vez vivaz y lánguida, cosa que agrada extraordinariamente a los hombres. Hubiera podido triunfar, desde luego, pero perdí demasiadas oportunidades que probablemente ya no se repetirán. En los momentos decisivos tuve miedo...; miedo de no sé qué. ¡He visto tantas miserias y he oído tantas confidencias! Y, además, está el depósito de cadáveres..., que es el destino de muchas de esas mujeres a quienes me refiero; de aquellas que consiguen escapar del infierno de Saint-Lazare. Esta perspectiva produce escalofríos y obliga a reflexionar. Después de todo, ¿quién podría asegurarme que como *mujer* habría tenido el mismo éxito sexual que tuve como sirvienta? El particular atractivo que ejercemos sobre los hombres no depende tan sólo de nosotras, por bonitas que seamos, sino más bien del ambiente en que vivimos: del lujo, del vicio, incluso de las propias señoras y del deseo con que excitan a sus maridos. Cuando los señores nos aman, siempre piensan con un poco de misterio en ellas.

Pero hay otra cosa aún... A pesar de una desvergonzada experiencia, resulta que todavía guardo en el fondo de mí cierto sentimiento religioso, en gran

parte sincero, que me preserva de alguna manera de las caídas definitivas, haciendo que a veces me sea posible no pasar... del borde del abismo. ¡Ah!, si hubiera carecido de la religión en los momentos de angustia, si no hubiera podido contar con la Santísima Virgen o con San Antonio de Padua, estoy segura de que, a estas alturas, la desgracia ya hubiera hecho presa en mí de una forma irremediable. Sólo el diablo podría decir dónde me encontraría en estos momentos si no hubiera sido por tal ayuda.

Lo más grave es que, contra todo lo que pueda parecer, no tengo ni la menor defensa contra los hombres. Estoy convencida de que siempre seré víctima de mi desinterés tanto como de su placer... Soy apasionada, me gusta demasiado el amor como para ser capaz de sacar cualquier provecho de él, y en este sentido me resulta imposible pedirle dinero a quien, procurándome la dicha, me abre las puertas del éxtasis... Cuando esos monstruos que son los hombres me hablan, y siento su cálido aliento y su barba punzante sobre mi nuca, debo confesar que soy incapaz de reaccionar en ningún sentido... y que siempre son ellos los que acaban consiguiendo lo que desean de mí.

En fin, ahora estoy aquí, en El Priorato, esperando como tantas otras veces... no sé qué. A veces pienso que lo mejor quizá sea dejar que las cosas ocurran como vengan... ¡Con tal que mañana no tenga que irme de nuevo a otro sitio, ya sea a causa de una palabra de la

señora o por un simple capricho de esa mala suerte que parece perseguirme...! ¡Los cambios cada vez me pesan más; entre otras cosas porque desde hace tiempo siento vagos dolores en el vientre y en la cintura, además de un extraño cansancio en todo el cuerpo. A veces siento también dolores de estómago y como si la memoria se me debilitara, al mismo tiempo que mi carácter se vuelve progresivamente más irritable y nervioso. Hace un momento, por ejemplo, al mirarme al espejo, he observado la clara huella de la fatiga en mi rostro. Mi tez ambarina, de la que tanto me enorgullecía hace unos años, es ahora casi siempre cenicienta... ¿No será que estoy envejeciendo? La verdad es que en París no queda tiempo para nada, ni siquiera para cuidarse. La vida en la capital es febril y tumultuosa. Hay demasiada gente, demasiadas cosas, demasiados placeres, ocurren demasiados acontecimientos imprevistos... Por el contrario, aquí hay calma, silencio, y el aire es puro. Si fuera posible, aunque resulte un poco aburrido, me gustaría descansar un poco.

Lo primero que tengo que hacer es desconfiar, aun cuando la patrona haya demostrado ser de muy buena fe, puesto que me ha felicitado por mi ropa y mis informes... ¡Si supiera que los informes son falsos! Lo que más parece asombrarla es mi elegancia. Pero no me extraña demasiado tal actitud, pues sería sorprendente que estas gentes del campo no fuesen amables ni siquiera el primer día... Al principio todo es nuevo y

bonito, pero yo no me engaño, porque sé que después las cosas cambian. Por ejemplo, no me ha pasado desapercibido que la señora tiene los ojos duros y fríos de las personas avaras. Parece que estuvieran llenos de agudas sospechas y no se preocuparan más que de hacer una especie de investigación policíaca... No me gustan tampoco sus labios finos, secos y escamosos; ni el tono en que habla, breve y tajante, que convierte en insulto o humillación cualquier palabra, aunque ésta signifique una amabilidad. Al preguntarme sobre mis aptitudes y mi pasado, me ha mirado con ese descaro sereno y fingido de los viejos aduaneros, que por lo demás es peculiar de todas las señoras. «Estoy segura —me he dicho en seguida— de que esta patrona es una de tantas, que lo guarda todo bajo llave, que por la noche cuenta los terrones de azúcar y los granos de uva, y que hace señales en las botellas de la leche y del aceite.»

Desde luego no cabe hacerse ilusiones en ese sentido, pero entiendo que hay que mantenerse a la expectativa, pues al principio nunca, se sabe dónde pueden estar las ventajas ni las desventajas. Sé demasiado bien que no es conveniente dejarse llevar por la primera impresión. He oído tantas voces y he sentido tantas miradas hurgar en mi alma, que tal vez por eso no pierdo la esperanza de encontrar algún día la palabra amiga y la mirada piadosa... Después de todo, nada se pierde con esperar, a condición de que una tampoco se confíe excesivamente, pues es bien sabido que las

apariencias siempre engañan.

Cuando llegué a El Priorato, recuerdo que me sentí casi por completo aturdida a causa de las cuatro horas de ferrocarril que había tenido que soportar, además de que nadie se preocupó de darme algo que comer. La señora me paseó por todo el edificio, desde los sótanos hasta el granero, a fin de informarme sobre lo que sería mi trabajo. ¡La casa es enorme! Para tenerla en las debidas condiciones harían falta lo menos cuatro personas de servicio... Además de una extensa planta baja, en la que hay dos pequeños pabellones en forma de terraza, tiene dos pisos, y deberé subir y bajar de uno a otro incesantemente, ya que la señora parece que ocupa un pequeño salón al lado del comedor, y tuvo la feliz idea de situar la lencería, que es donde yo tendré que trabajar, en el último piso; es decir, debajo del tejado y junto a las habitaciones del servicio.

No estoy segura de no perderme en ese laberinto de armarios, estantes, cajones, cómodas... que la señora me ha mostrado. Cada vez que me enseñaba una cosa, se preocupaba de advertirme:

—Deberá tener mucho cuidado con esto, hija mía, pues verá que es tan bonito como costoso...

Al oírla, no podía dejar de preguntarme por qué no me llamaría por mi nombre..., en vez de emplear aquel continuo «hija mía», tan hiriente y descorazonador. En realidad, esas dos palabras, en apariencia tan cariñosas, ponen más distancia entre una patrona y una sirvienta...

¿Qué habría ocurrido si yo la hubiese llamado *madrecita?* Además, me fastidiaba también que todo le pareciese «muy caro», ya que lo único que pretendía con su actitud era coaccionarme para que tuviese cuidado con las cosas. Para esta clase de mujeres todo es «caro», incluidas las baratijas de dos centavos. En este sentido, resulta a veces increíble la vanidad de las señoras. Por ejemplo, mi nueva ama puso especial interés en decirme que tuviera cuidado con una lámpara «porque sólo se podía arreglar en Inglaterra, caso de que se estropeara»..., pero la tal lámpara era de lo más vulgar y corriente. Bien sabe Dios que de buena gana le habría preguntado: «Dígame, *madrecita*, ¿su orinal también es muy valioso y debe mandarlo a Inglaterra para arreglarlo cuando se agrieta?»

La verdad es que las señoras tienen esto en común: les gusta hacer un lío de nada, y la mayoría de las veces sólo es para humillar a las sirvientas.

Por lo demás, y en lo que a la nueva casa se refiere, no hay motivo para que su dueña se sienta tan orgullosa, pues si exteriormente tiene cierta apariencia, gracias a su arbolado, al jardín y al arroyo, su interior es más bien triste y anticuado, y exhala un penetrante olor a cerrado que casi marea... No entiendo cómo se puede vivir durante años en un sitio así. Las escaleras de madera crujen, los nidos de ratas abundan, los peldaños están desgastados, los corredores son oscuros y de techos bajos, las baldosas están mal unidas y son

resbaladizas, los tabiques están hechos de madera seca, lo que hace que las habitaciones parezcan cajas de violines... El mobiliario no puede decirse que sea de estilo parisiense, y muchos de los sillones y armarios están carcomidos o desvencijados. Las alfombras aparecen raídas y descoloridas a causa de lo que las han pisado, y los divanes tienen los muelles y el tapizado en un claro estado de abandono y desidia... Se comprenderá que todo esto me resulte tan deprimente, cosa que le ocurriría a cualquiera, cuanto más a mí, que me gustan los cortinajes claros, los amplios divanes donde una puede tumbarse voluptuosamente, los muebles lujosos y las habitaciones luminosas y alegres. En casas como ésta me siento deprimida, debido a su lúgubre ambiente. En fin, mucho me temo que no podré habituarme a esta escasez de comodidades y elegancia, ni estos rastros del pasado que me rodean por todas partes, incluido el antiquísimo polvo acumulado en la mayoría de los rincones.

La señora viste con escasa elegancia, y parece que desconoce la existencia de los grandes modistos, parisienses... ¡Por lo menos lleva diez años de retraso con respecto a la moda actual! El caso es que físicamente no está mal; pero no es femenina, y tampoco inspira la menor simpatía. Tiene unos rasgos

que pueden considerarse regulares, cabellos rubios muy bonitos, además de un bello rostro rebosante de frescura, de una frescura posiblemente excesiva... La experiencia me ha enseñado que esa clase de cutis oculta a veces graves enfermedades. Sus poseedoras se mantienen erguidas, caminan y viven oprimidas por ceñidores, vendajes hipogástricos, pesarios y un montón de secretos y complicados mecanismos... Esto no les impide coquetear, por supuesto, ni flirtear por los rincones, colorearse la cara, mover los ojos de forma sugerente o menear ostentosamente las caderas, pero... ¡qué desgraciadas! ¡Si supieran lo antipáticas que resultan y las pocas ganas con que se las sirve!

En cuanto a mi actual señora, ya sea por su temperamento o por su físico, mucho me sorprendería que en sus relaciones sexuales sea capaz de obtener satisfacciones medianamente normales... Lo que quiero decir es que el amor, con sus encantos y su suavidad; con sus deseos apasionados y su dulzura, no se compagina bien con un rostro de gestos duros o un cuerpo crispado y tieso. En fin, yo diría que mi actual patrona tiene la personalidad de la vieja solterona agriada, disecada, momificada, lo que, por otra parte, no deja de ser extraño en las mujeres rubias. ¡Ah, desde luego no sería ella como la lánguida heroína de *Fausto!* No cabe pensar que una mujer así pueda desvanecerse de voluptuosidad en los brazos de un hombre. Además, tampoco es de esa especie de hembras que, siendo feas,

el deseo sexual pone sobre sus rostros una especie de seducción y belleza... De todos modos, no hay que fiarse nunca de las apariencias, porque también he conocido patronas que, a pesar de su severidad y su mal carácter, eran unas obsesivas busconas que tenían relaciones con todos sus criados relativamente jóvenes.

Aun cuando mi nueva señora se esfuerza por ser amable, es evidente que posee un mal carácter y un corazón de extrema dureza. Es regañona y desconfiada, está siempre fiscalizando, haciendo mil preguntas y molestando por cualquier insignificancia. En cierto modo, resulta verdaderamente insoportable... con su retahíla de interrogaciones: «¿Es usted cuidadosa? ¿Rompe las cosas...? ¿Es ordenada y limpia...? Sepa que muchas cosas las dejo pasar, pero en materia de limpieza soy muy exigente, ¿comprende? ¿Lo tendrá en cuenta?»

No puedo soportarlo. ¿Por quién me debe tomar? ¿Creerá que soy una campesina o una sirvienta de provincias? ¡La dichosa limpieza! ¡Ya conozco el estribillo! Todas dicen lo mismo, pero cuando una examina sus objetos particulares, sus ropas íntimas..., ¡qué cosas hay que ver, Dios mío! Más de una vez me he sentido incapaz de contener las náuseas. La experiencia me ha demostrado que se debe desconfiar por sistema de la limpieza de las señoras... Cuando mi nueva patrona me enseñó el cuarto de aseo, vi que allí no había tocador ni bañera, elementos indispensables para toda

mujer que es realmente cuidadosa de su higiene íntima... ¡Ah, qué pobreza de frascos de perfume y de potingues! ¡Con lo aficionada que soy a revolver esas cosas...! Me gustaría ver a la señora desnuda. Estoy segura de que me divertiría de lo lindo.

Esta noche, mientras preparaba la mesa para la cena, entró el señor en el comedor. Al parecer, venía de caza. Es un hombre alto, de espaldas anchas, gran bigote negro y rostro bastante moreno. Parece un niño grande, y sus modales son un tanto torpes y ordinarios. Desde luego no tiene el talento del señor Jules Lemaître, en cuya casa de la calle Christophe-Colomb serví durante cierto tiempo, ni tampoco es elegante como el señor de Janzé... No obstante, es simpático, y sus abundantes cabellos rizados, su cuello de toro, sus pantorrillas de luchador, o sus labios sonrientes y carnosos revelan cierta fuerza y buen humor. Es un hombre abiertamente sensual, lo advertí en seguida, tanto por su nariz husmeante como por el brillo de sus ojos. Nunca vi unas cejas tan tupidas, tan agresivamente espesas, ni unas manos tan velludas. Todo ello denota un temperamento extremadamente varonil. Como la mayoría de los hombres poco inteligentes y muy musculosos, también es tímido. Después de examinarme de una manera extraña, con cierta benevolencia, noté en su mirada una especie de alegre sorpresa, en la que había una mezcla de picardía..., pero sin esa obscenidad con que algunos hombres desnudan

con los ojos a las mujeres. Es evidente que el señor no está habituado a sirvientas como yo. Sin duda le he producido cierta impresión, puesto que se ha quedado un poco sorprendido.

—Ah... ¿Es usted la nueva sirvienta? —me ha dicho, con cierta perplejidad.

Yo me he erguido, he hinchado el pecho, para que mis senos resaltasen, he bajado los ojos con modestia y, en un tono lo más dulce posible, le he contestado:

—Si, señor...; yo soy.

—Así que por fin llegó... Muy bien..., muy bien... —ha balbuceado entonces.

Con toda seguridad le habría gustado decirme alguna otra cosa rápidamente, pero debido a su cortedad no se le ocurrió nada más. Aquella falta de desenvoltura me divertía.

—¿Así que viene de Paris? —me ha preguntado, después de un corto silencio.

—Sí, señor...

—Muy bien..., muy bien... —ha repetido, algo más animado—. Y dígame..., ¿cómo se llama usted?

—Célestine..., señor.

—Célestine... Es un bonito nombre —ha comentado, al mismo tiempo que se frotaba las manos—. Es un bonito nombre y muy poco corriente... La señora tiene la manía de los nombres y es muy posible que se lo quiera cambiar.

—Estoy a disposición de la señora... —le he

contestado, sumisa y con dignidad.

—No hay duda..., no hay duda, pero debe reconocerse que se trata de un bonito nombre.

Durante un momento he temido estallar de risa, a fuerza de contenerme... El señor se ha puesto a andar por la sala, y luego se ha sentado, alargando las piernas y mirándome como en un gesto de ruego.

—Está bien, Célestine... Sepa que yo siempre le llamaré Célestine... —ha dicho entonces—. Y ahora, por favor, ayúdeme a quitarme las botas... Espero que no le moleste...

—Claro que no, señor...

—¡Malditas botas! Siempre que me las pongo, ocurre lo mismo.

Me he arrodillado frente a él con un movimiento armonioso y provocativo. Mientras tiraba de sus botas mojadas y llenas de barro, he notado que su nariz se excitaba con el olor de mi nuca y que sus ojos seguían con el mayor interés los contornos de mi busto, y todo lo que podía suponer de mi cuerpo a través del vestido.

—¡Caray, Célestine! —ha exclamado de pronto—. Huele usted muy bien...

—¿Yo, señor? —le he preguntado, ingenuamente y sin levantar los ojos.

—¡Claro que usted, demonios! ¿Quién iba a ser? No voy a creer que el grato olor procede de mis pies, ¿no le parece?

—¡Oh, señor...! —le he dicho entonces, en tono de

amigable reprimenda, para animarlo.

No sé si habrá comprendido o no mis verdaderas intenciones, pero creo que sí, porque en seguida ha repetido, con amable balbuceo:

—Célestine..., huele usted muy bien..., muy bien...

Me he sentido un poco asustada por su insistencia, pero no he dicho nada..., pues he comprendido que no corría ningún peligro, ya que el señor desconoce las habilidades femeninas, como me lo estaba demostrando su timidez, pues incluso ha debido temer que había pecado de audaz, ya que rápidamente ha procedido a cambiar de táctica, diciéndome:

—¿Se acostumbra a la casa, Célestine?

Esta pregunta, teniendo en cuenta que sólo hacía unas pocas horas que yo había llegado, me obligó a morderme de nuevo los labios para no estallar en una carcajada. Desde luego, este nuevo señor no deja de ser un poco tonto, con sus rarezas de tímido, aunque debo confesar que no me disgusta, pues a pesar de su vulgaridad hay algo que emana de él: un cierto olor varonil, cálido y penetrante, que me agrada mucho.

Después de quitarle las botas, y para causarle buena impresión, he creído oportuno preguntarle:

—Por lo qué veo, al señor le gusta la caza... ¿Cómo le ha ido hoy?

—No cazo nunca nada... —me ha contestado, sacudiendo la cabeza—. Si salgo al campo es para no permanecer aquí encerrado, para caminar y hacer

ejercicio... Así no me aburro tanto.

—Ah... Entonces, ¿el señor se aburre en casa?

Después de un corto silencio, me ha contestado en un tono de galantería y como rectificando:

—Bueno, no me he expresado bien... Me aburría, porque ahora supongo que...

A continuación ha habido un nuevo silencio, que ha vuelto a romper él, para decir con una sonrisa tonta:

—Célestine...

—Señor...

—¿Quiere traerme las pantuflas? Si eso la molesta, le ruego que me perdone...

—Pero, señor, si es mi trabajo... —le he contestado.

—Sí, es cierto... Están debajo de la escalera, en un pequeño cuarto oscuro..., a la izquierda.

Si no me equivoco, creo que con un tipo así podré hacer todo lo que se me antoje... Los hombres como éste no son astutos. Se entregan y ceden en seguida... Si fuese necesario, podría llevarlo muy lejos.

La cena ha transcurrido en medio de la mayor tranquilidad. En cuanto al contenido de los platos, diré que ha sido más bien escaso. Eran restos de comidas anteriores... El señor come con voracidad y la señora da la impresión de que estuviera picoteando en los platos, y mientras hace esto se va atiborrando de píldoras,

gotas y jarabes... No parece que tengan la costumbre de hablar entre ellos, pues apenas han hecho unas pocas alusiones a la gente y a las cosas del lugar, comentarios que no tenían ningún interés para mí. He podido comprender únicamente que no son muy amigos de visitas, lo que por otra parte es evidente.

Puede decirse que se han pasado la cena observándome, aunque con una curiosidad diferente: la señora, entre severa, despreciativa y hostil, como meditando ya en los trucos y las trampas en que me haría caer, y el señor, sin dejar de lanzarme significativas miradas, que procuraba disimular fijando su atención en mis manos... Es lo que ocurre siempre... No sé lo que tienen mis manos, pero es con lo primero que se excitan los hombres que me desean. He procurado demostrar que no advertía su atención, y me he comportado con dignidad y reserva mientras iba y volvía con los platos. Mi actitud ha sido la de una discreción distante... ¡Ah!, si cualquiera de los dos hubiese podido escuchar mi alma, tal como yo podía ver y escuchar la de ellos...

El trabajo de servir la mesa siempre me ha gustado mucho, porque en el momento de estar comiendo es cuando suelen aflorar a la superficie toda la bajeza y la suciedad de los amos. Al principio acostumbran a mostrarse prudentes, vigilándose mutuamente, pero después acaban paulatinamente por revelarse tal como son, olvidándose de toda clase de composturas y de que

hay alguien a su alrededor que está captando sus defectos y el gran número de infamias que se incuban en sus respetables cerebros. Una de las alegrías de mi oficio consiste justamente en coleccionar las opiniones de los amos, clasificándolas y reteniéndolas en la mente a la espera del momento propicio para usarlas como un arma terrible y justiciera... Esas ocasiones constituyen la hora de las reivindicaciones, pues sólo entonces nos es posible vengar todas las humillaciones que se nos infligieron.

Este primer contacto con mis nuevos señores me ha permitido recoger impresiones precisas y formales, pudiendo deducir en seguida que el matrimonio no funciona correctamente y que el amo manda muy poco en casa, pues tiembla como un niño ante cada decisión de la señora. Estoy segura de que el pobre hombre pasa muchos días sin tener un solo motivo para reír... A juzgar por estos primeros detalles observados, casi podría adivinar el tiempo que seguiré aquí.

En el momento de servir los postres, la señora, que no ha dejado de oler mis manos y mis vestidos durante toda la cena, me ha dicho con voz clara y cortante:

—No me gusta que la servidumbre se perfume...

He simulado que no oía su frase, pero ella ha insistido:

—¿Me ha oído usted, Célestine?

—Sí, señora...

Entonces he mirado al señor, al que sé que le gustan

los perfumes en general... y el mío en particular. En apariencia parecía indiferente, con los codos apoyados sobre la mesa, pero yo he podido deducir que se sentía humillado, mientras seguía con la vista el vuelo de una mosca sobre el frutero... En el comedor, inundado por las últimas luces del crepúsculo, reinaba un triste silencio, una especie de melancolía que parecía caer a plomo sobre los dos comensales... No he podido evitar el preguntarme qué hacen o para qué pueden servir dos personas así en este mundo.

—La lámpara, Celestine.

La voz de la señora se me ha antojado aún más agria de lo que es a causa del sombrío y silencioso ambiente... Me he sobresaltado en exceso.

—Está viendo usted que se hace de noche... No debería haber tenido que pedirle la lámpara; debía haber comprendido usted misma que era necesario encenderla... Que sea ésta la última vez que tenga que pedirle una cosa así.

Mientras encendía la lámpara, esa dichosa lámpara que sólo puede arreglarse en Inglaterra, he sentido unos terribles deseos de gritarle al señor: «Espera un poco y no te preocupes... Te prometo que vas a oler todos los perfumes que tanto te gustan y de los que estás tan privado. Y te aseguro también que los olerás como debe ser, en mis cabellos, en mi boca, en mi cuello... y en toda mi piel. En fin, puedo prometerte que entre los dos le vamos a hacer unas cuantas jugarretas a esta pécora que

tienes por mujer.»

Al dejar la lámpara sobre la mesa, he procurado materializar en lo posible mi muda invocación, para lo cual he rozado suavemente el brazo del señor, y después me he retirado...

El resto del servicio no puede decirse que sea muy alegre. Hay dos criados más: Marianne, una cocinera que está siempre de mal humor, y Joseph, una mezcla de jardinero-cochero, que apenas habla. Son dos rústicos campesinos... con un aspecto increíble. Ella es gorda y fofa, sin la menor gracia, y con un cuello de triple papada que le sale de una sucia pañoleta, con la que parece haber fregado todas las ollas de la casa a diario; su blusa de algodón azul, salpicada también de grasa, moldea la exagerada protuberancia de sus dos enormes y deformes senos, y su falda corta deja ver unos gruesos tobillos y unos pies anchos calzados con unas viejas pantuflas de lana gris. En cuanto al jardinero-cochero, lleva una camisa y su delantal de trabajo, usa zuecos, y luce un rostro afeitado, pero rudo y nervioso, surcado por un desagradable rictus que se concentra en sus labios, y parece distenderlos grotescamente de una oreja a otra, y afectando incluso su andar tortuoso y sus solapados movimientos de sacristán... Estos son mis dos compañeros de trabajo en

la casa.

Debo decir que no hay comedor para el servicio, y que tanto el jardinero como yo y la cocinera comemos en la misma mesa; que Marianne prepara sus inmundicias culinarias allí mismo donde corta la carne, limpia el pescado y prepara las verduras con sus dedos gordinflones que tanto me recuerdan las morcillas... Sinceramente: no resulta nada agradable. Cuando la cocina está encendida, la atmósfera se hace sofocante, y a ello se suman los olores de la grasa, de las salsas rancias y de los continuos fritos. Por añadidura, mientras comemos hay un fétido olor característico que procede de la olla donde la cocinera hierve el rancho de los perros. Aquella peste no sólo provoca unas náuseas terribles, sino que hace toser. Lo cierto es que a veces pienso que se respeta más a los presos en las cárceles que a los perros en sus perreras...

La cena ha consistido en una mezcla de pollo con tocino, a lo que se ha añadido un pedazo de queso hediondo; la bebida, en un poco de sidra agria... y nada más. La vajilla se compone de unos platos de barro que tienen el esmalte saltado y que huelen a bazofia, completados, como total servicio de mesa, con unos tenedores de plata.

Naturalmente, no he presentado ninguna queja. ¿Para qué? La experiencia me ha demostrado que, cuando se es nueva en una casa, es inútil reclamar ningún derecho. De la única forma que he demostrado

mi disconformidad ha sido negándome a comer... No podía aceptar contribuir conscientemente a la ruina de mi estómago, ya de por sí bastante maltrecho en los últimos tiempos.

—¿Por qué no come? —me ha preguntado la cocinera.

—No tengo apetito... —me he atrevido a contestar con cierto tono de dignidad.

—¿Acaso esperaba comer trufas.., la señorita? —ha gruñido entonces Marianne.

—Pues más de una vez he comido trufas, cosa que no todo el mundo podría decir por estos parajes... —le he contestado sin enojarme, pero con cierta altanería.

Después de estas palabras, la cocinera ya no se ha atrevido a replicarme.

Entretanto, el jardinero-cochero se dedicaba a llenarse la boca con trozos de tocino, mirándome de soslayo de vez en cuando. Me he fijado que este hombre tiene una mirada inquietante y que su silencio me turba. Aunque ya no es joven, me admira la agilidad y la elasticidad de sus movimientos, y las ondulaciones de su cuerpo hacen pensar en las de un reptil. Entraré en más detalles... Todo en él contribuye a darle un extraño e indefinible aspecto: sus rebeldes cabellos grises, su angosta frente, su ancha y recia mandíbula, su mentón pronunciado y carnoso... No sé por qué, pero el jardinero-cochero es uno de esos tipos de hombre que me impresionan. ¿Es un necio o un cínico? De cualquier

forma, debo reconocer que estas primeras impresiones mías siempre acaban por atenuarse o por transformarse. Es un problema que me crea constantemente mi poderosa y novelesca imaginación, al hacerme ver las cosas y las personas muy bellas o muy feas... por lo que pienso que quizá, en el caso de este rústico campesino, esté creando también un ser superior imaginario.

Al terminar la cena, Joseph se ha sacado de un bolsillo un ejemplar de *La Libre Parole*, y se ha puesto a leerlo con la mayor atención, en el más absoluto silencio, y Marianne, que se había bebido dos jarras de sidra durante la cena, de pronto se ha enternecido y se ha convertido en un ser amable. Arrellanada en su sillón, con las mangas recogidas, dejando al descubierto sus brazos desnudos, y el gorro ladeado sobre su cabeza de despeinados cabellos, ha comenzado a preguntarme de dónde era, cuáles fueron mis anteriores colocaciones, y si estaba a favor o en contra de los judíos... Durante largo rato hemos estado hablando amigablemente. Yo le he hecho algunas preguntas sobre la casa: si los señores tenían costumbre de recibir visitas, la clase de personas que frecuentaban, si a la señora le daba por tener amantes... y si el señor era aficionado a las criadas.

Esto último ha provocado en el rostro de la cocinera un gesto de sorpresa absoluta. En cuanto a Joseph, no ha podido evitar el interrumpir su lectura para mirarme... Su aspecto de personas escandalizadas me

ha parecido terriblemente ridículo. Por lo visto esta gente se asusta de cualquier cosa. Es como si no supiera ni comprendiera nada... Sin embargo, juraría que ambos, él con su aspecto de palurdo y ella con sus modales de virtuosa despechugada, se acuestan en la misma cama... En este caso, lo que debe ocurrir es que ella, si se conforma con un tipo así, es que tiene muy pocos hombres para elegir.

—Ya se ve que viene usted de París... —me ha reprochado agriamente la cocinera.

—Ya lo creo —ha añadido entonces Joseph, meneando la cabeza y volviendo a su lectura.

Marianne se ha levantado para retirar la olla del fuego, y no hemos hablado nada más...

Entonces yo me he acordado de mi última colocación, en especial de Jean, el ayuda de cámara, en su distinción, su bonita piel blanca, tan cuidada por su dueño como el cutis de una mujer, y sus negras patillas... ¡Ah, qué buen mozo! Y sobre todo qué alegre, comprensivo y discreto. Qué encantador era cuando por la noche se ponía a leernos *Fin de siècle,* contándonos después las más pícaras y conmovedoras historias e informándonos de las cartas del señor... ¡Qué diferencia entre aquel ambiente y éste! ¿Cómo es posible que yo haya venido a parar a este rincón? Cuando lo pienso. me entran unas ganas terribles de llorar.

Escribo estas lineas en mi habitación, un pequeño cuartucho situado a un paso del alero del tejado y abierto a todos los vientos; es decir, tanto al frío del invierno como al calor del verano.

Dispongo de una horrible cama de hierro y de un armario ropero aún más feo, que fue construido en sus tiempos con una deslucida madera blanca; sus puertas no cierran debidamente y apenas si hay sitio en él para colocar mi ropa. Toda la luz con que cuento es una vela que huele muy mal y que gotea sobre un candelabro de cobre... En el caso de que siga escribiendo este diario, que desee leer las novelas que me he traído o que decida contestar las cartas que reciba, tendré que comprarme velas.., que la señora me obligará a pagar con mi dinero, pues ella tiene las suyas bajo llave.

Mañana terminaré de arreglar mis cosas. Colgaré sobre la cabecera de la cama mi pequeño crucifijo de cobre dorado, pondré sobre la chimenea mi Virgen de porcelana pintada, mis *bibelots* y las fotografías de Jean, y espero que este cuartucho adquiera un poco el aspecto de un lugar habitado merced a esos detalles personales y alegres.

El cuarto de Marianne está junto al mío. Nos separa un delgado tabique, a través del cual se oye prácticamente todo. Esperaba que Joseph vendría a acostarse con Marianne... pero me he equivocado. Ella ha estado dando vueltas por su habitación y la he oído toser y escupir, arrastrar sillas y mover cosas. Ahora

duerme ya, pues oigo sus ronquidos. Sin duda es durante el día cuando Joseph y Marianne se hacen el amor. Estoy segura.

En el campo, a lo lejos, ha comenzado a ladrar un perro. Mi vela está a punto de acabarse, por lo que no tengo más remedio que acostarme. De todos modos son ya las dos, pero lo cierto es que no tengo sueño... Es como si en esta casucha me hubiera vuelto de repente más vieja. Es verdaderamente horrible.

II

15 de septiembre

Aún no he hecho ninguna alusión al nombre de mis nuevos señores. Tienen un apellido ridículo y bastante cómico: Lanlaire*. Señor y señora Lanlaire... ¡El señor y la señora! «¡Que Se Vayan a Hacer Gárgaras!» Piénsese en todas las bromas que un apellido así es susceptible de provocar... En cuanto a sus nombres, yo diría que todavía son más ridículos. El señor se llama Isidore y la señora Euphrasie... ¡Isidore y Euphrasie!

En la mercería, donde he ido a comprar un poco de seda, la dueña me ha facilitado algunos informes, que desde luego no son nada divertidos. No he conocido jamás una mujer tan perversa y charlatana como la mercera. Si los proveedores de mis nuevos señores hablan así, cabe pensar lo que debe decir de ellos aquella gente que no tiene ninguna relación interesada con el inefable matrimonio... De todos modos, ¡vaya

---

* En francés: *envoyer faire lanlaire* es «mandar a hacer gárgaras».

lengua la de estos provincianos!

Parece que el padre del señor Lanlaire era fabricante de tejidos y banquero en Louviers. El tal señor debió hacer una quiebra fraudulenta que vació las arcas de la comarca, y fue condenado a diez años de prisión. Una leve condena, a juicio de los perjudicados, dada la gran cantidad de cargos acumulados contra él. Murió en Gaillon mientras purgaba todos sus fraudes, abusos de confianza y apropiaciones indebidas. No obstante, el padre del actual señor Lanlaire tuvo la habilidad de poner a buen recaudo cuatrocientos o quinientos mil francos, hábilmente hurtados a los acreedores arruinados, con los que su hijo ha podido salir adelante en la vida... Cuando una se entera de cosas como ésta, siempre piensa que indudablemente se puede ser rico a condición de que se proceda con astucia.

La historia del padre de la señora aún es peor. No es que fuese encarcelado, ya que más bien murió respetado por todos... pero empleó su vida en comerciar con hombres. La dueña de la mercería me ha contado que, durante el reinado de Napoleón III, no todos hacían el servicio militar... Si les tocaba hacerlo, podían, eximirse pagando una determinada cantidad de dinero, para lo cual se dirigían a un agente, quien por mil o dos mil francos, según la amenaza de guerra del momento, aceptaba buscar un sustituto quien, por el dinero citado, corría con los posibles riesgos. Al igual que en África se hacía la consabida trata de negros, en Francia se hacía

esta otra con los blancos. Había un mercado de hombres como los hay de animales, sólo que el de hombres estaba destinado a una más cruenta carnicería que de bestias. Esto me ha sorprendido, pero no debería haberme causado sensación alguna, porque... ¿acaso las casas públicas y las agencias de colocaciones no son una especie de feria para esclavos?

Cree la dueña de la mercería que aquel negocio era muy lucrativo, porque el padre de la actual señora Lanlaire había conseguido tener a la comarca en el puño, y ser una persona importante, cobrando cada vez una prima mayor por sus gestiones... Al parecer hacía ya diez años que había muerto, después de ser alcalde de Mesnil-Roy, suplente del juez de paz, consejero general, presidente de una de las fábricas de la localidad y, además, dueño de El Priorato, que había comprado por una irrisoria cantidad, dejando al morir no menos de un millón de francos, seiscientos mil de los cuales se sabía que los había heredado mi actual señora, quien tenía un hermano, pero del que no se tenían noticias... Aquél era un dinero mal ganado, evidentemente, pero para mí no hay más que una cuestión en el mundo: ser pobre o ser rico. Lo demás es ya otro problema, pues en mi experiencia, aún no he podido conocer a ningún rico que haya conseguido su fortuna honradamente.

Los Lanlaire resultan mucho más asquerosos que cualesquiera otros, pues aun reconociéndoseles una fortuna superior al millón, no hacen más que ahorrar,

ya que, a juzgar por lo que he podido ver y por lo que se me ha dicho... no gastan ni siquiera la tercera parte de sus rentas. Lo escatiman todo, discuten las facturas, incumplen lo que han prometido y no reconocen sino lo que han firmado y rubricado con siete sellos. Antes de llegara un acuerdo con uno de ellos, hay que cuidar muy bien todos los detalles. Se aprovechan de cualquier cosa con tal de no pagar, especialmente a los pequeños proveedores, que, al carecer de medios y de iniciativas, no suelen iniciar proceso legal alguno para reclamar lo que es suyo. Tampoco hacen ninguna clase de donaciones, salvo a la Iglesia, pues son muy devotos. La puerta de El Priorato está cerrada para toda clase de pobres y menesterosos, quienes saben que es inútil gemir o implorar ante ella.

—En mi opinión —me ha dicho la mercera—, esa gente, si pudiese, no tendría el menor remordimiento en despojar a los pobres de sus alforjas... en vez de socorrerlos.

Durante nuestra conversación, la dueña de la mercería me ha referido una de las hazañas típicas, según ella, de los señores Lanlaire.

—Nosotros, la gente que nos ganamos la vida con nuestro trabajo, al devolver el pan bendito, lo hacemos con bollos, porque lo consideramos como una cuestión de decoro y de amor propio... En cambio, los señores Lanlaire, ¿qué dan? Simplemente pan... y no el de mejor calidad. ¡Es algo vergonzoso! Un día la mujer de

Paumier, el tonelero, oyó cómo el cura le reprochaba semejante tacañería a la señora Lanlaire, y ella le replicó. que «aquel pan era ya lo suficientemente bueno para la gente a que iba destinado».

Al parecer, según he podido observar, a la señora Lanlaire se la considera de modo distinto que a su marido, de quien se tiene la opinión de que no es tan orgulloso ni mala persona, sólo que el pobre no tiene voz ni voto frente a su esposa. Se dice de él que «manda menos que los criados». El caso del señor Lanlaire no es único. Se trata de uno más de tantos maridos que van claudicando poco a poco y perdiendo su autoridad de dueños de su casa, al mismo tiempo que su dignidad de hombres.

En tales casos es siempre la señora quien dirige, regula, organiza y lo administra todo, desde la caballeriza a la bodega, sin excluir el jardín y la leñera. Es muy difícil hacer las cosas según los deseos de estas marimandonas, pues son muy listas y desconfiadas, ya que creen que todo el mundo está pensando robarles... Pagan las facturas, perciben los alquileres, deciden las compras y son tan bribonas como el más astuto tasador y tan faltas de delicadeza como el más sucio alguacil. Como es lógico, cuidan de su bolsa con una ferocidad pasmosa y no desatan sus cordones si no es para meter en ella más dinero y aumentar el que ya contiene.

La señora Lanlaire es así también, y a su pobre marido no le da dinero más que para que compre

tabaco. El pobre hombre, a pesar de su riqueza, pasa más privaciones que cualquiera de nosotros; sin embargo, no se rebela y obedece. La verdad es que resulta verdaderamente extraño el espectáculo de ver a un hombre con ese aspecto tan triste y sumiso. Nunca decide nada... Es igual que se trate de un proveedor que presenta una factura, de un mendigo o de un sirviente... Hoy he visto al señor Lanlaire en una de esas típicas escenas, y era cómico verlo revolviendo sus bolsillos y ruborizándose.

—No tengo billetes pequeños... —se ha excusado—. Sólo tengo de mil francos en este momento... ¿Tiene cambio? ¿No? Pues lo siento; tendrá usted que volver.

«Sólo tengo en este momento de mil francos.» Y pensar que hasta el papel para escribir una carta se lo tiene que pedir a su esposa, que lo guarda bajo llave, como tantas otras cosas. Al parecer, nadie comprende tan indignante debilidad, ni cómo puede dejarse dominar el señor Lanlaire por esa arpía que lo trata como si fuese un perro. Todo el mundo sabe que son como dos extraños, que no pueden tener hijos, y que la señora no quiere ni oír hablar de tal tema, pues la pone frenética... A este respecto, parece que circula por ahí una historia muy graciosa, según la cual un día, en el confesionario, la señora Lanlaire le preguntó al cura si podría «trampear» con su marido...

—¿Y qué entiendes tú por «trampear», hija mía? —le preguntó el párroco.

—La verdad es que no lo sé, padre... —respondió la señora Lanlaire, algo turbada—. Quiero decir si ciertas caricias...

—¿Ciertas caricias...? Tú no ignoras, hija mía, que ciertas caricias son pecado mortal...

—Por eso, padre, solicito la autorización de la Iglesia...

—Sí... sí... Ya comprendo, pero veamos... Eso de las caricias, ¿sería muy a menudo?

—Mi marido es un hombre robusto, padre, y con muy buena salud... ¿Podría ser dos veces por semana?

—¿Dos veces por semana...? ¡Ah, no! ¡Es demasiado! ¡Eso es libertinaje! Por robusto que sea un hombre, no necesita que le hagan dos veces por semana «ciertas caricias», como tú dices, hija mía...

El cura se quedó perplejo unos momentos, y después agregó:

—De todos modos, está bien... Te autorizaré esas «ciertas caricias» dos veces por semana con dos condiciones: primero, que tú no gozarás de ningún placer culpable...

—Se lo juro, padre.

—Y segundo... que todos los años darás doscientos francos para el altar de la Santísima Virgen...

—¿Doscientos francos por eso? ¡Ah, no! ¡De ninguna manera! —exclamó la señora Lanlaire, muy excitada.

Y dejó al párroco con la palabra en la boca.

Al terminar de contarme esta anécdota, la dueña de

la mercería me ha dicho:

—¿Por qué será tan cobarde el señor Lanlaire con esa arpía, que por dinero le niega hasta el placer? Si fuera otra clase de hombre, ya le habría dado una lección hace tiempo...

En efecto, cuando el patrón, hombre robusto y con buena salud, desea echar una cana al aire o hacer una limosna de tipo personal, parece que se ve obligado a tener relaciones sexuales con una cualquiera o a pedir prestado el dinero que quiere dar Cuando un caso de éstos es descubierto por la señora Lanlaire, inevitablemente se produce una terrible escena, y el enojo entre ambos puede durar meses enteros. En tales casos, el señor Lanlaire empieza a andar por el campo, gesticulando como un loco y hablando solo, lo mismo si arrecia el siento que si llueve o nieva, no volviendo a casa hasta la noche, entrando más mohíno, tembloroso y vencido que nunca... Lo más triste de esta historia, según me han contado, es que todas estas miserias corren de boca en boca y de casa en casa, lo cual me hace pensar que también a los Lanlaire se les envidia aunque no se les quiera. A pesar de sus existencias inútiles y absurdas, de su negación social y la vergonzosa procedencia de su fortuna, es justamente su odioso millón el que les confiere esa aureola de respetabilidad y de casi gloria que les rodea. La sucia covacha donde viven es denominada jocosamente «castillo» por las gentes de la comarca. Si vinieran

turistas en busca de las curiosidades de la región, estoy segura de que la gente del lugar, incluida la rencorosa mercera, respondería poco más o menos: «Tenemos una bonita iglesia, una bonita fuente... y algo que quizá es lo más interesante: los Lanlaire. Los Lanlaire tienen un millón y un castillo. En el fondo son una gente insoportable, pero aquí estamos todos muy contentos con ellos.»

¡La adoración del dinero! ¡Más de un millón en unas solas manos! Esta admiración es un sentimiento bajo, no sólo común entre los burgueses, sino también entre los más pobres y humildes. Hasta yo misma... debo reconocer que no escapo a esa seducción, pese a mi tendencia a destruirlo todo. A este respecto debo decir que yo, una mujer oprimida por la riqueza ajena, a la que debo todas mis penas, mis vicios, mis odios, las más amargas humillaciones, mis sueños imposibles y todos los tormentos de mi vida, cuando me hallo ante una persona adinerada, acostumbro a mirarla como a un ser excepcional, como a una especie de maravillosa divinidad, de forma que incluso en contra de mi voluntad acabo por sentir en lo más hondo de mi ser una oleada de admiración hacia ese ser afortunado, que la mayoría de las veces es un imbécil... y hasta un criminal. ¿Por qué me ocurrirá esto? Es algo que no entiendo muy bien... Tal vez sea porque todo en la vida es así de absurdo.

Después de abandonar la mercería y a su repulsiva

dueña, que no pudo proporcionarme la seda que buscaba, me he sentido descorazonada por todo lo que esa mujer me ha contado de mis nuevos señores... Lloviznaba, y el cielo estaba tan sucio como el alma de aquella coleccionista de chismes. Me sentía, al andar por el pavimento pegajoso de la calle, furiosa contra la dueña de la mercería, contra el matrimonio Lanlaire, contra mí misma, contra el cielo gris de la provincia, contra el barro que pisaba y en el que sentía chapotear mi corazón... Estaba furiosa sobre todo contra la tristeza incurable del pueblo, no cesando de repetirme: «¡No me faltaba más que esto! ¡A buen sitio he venido a parar!»

Así es: a buen sitio he venido a parar... En las últimas horas he descubierto otras novedades. La señora Lanlaire se viste y se peina ella misma, y para hacerlo se encierra con doble cerrojo en el cuarto de aseo. Sólo Dios puede saber lo que además hace allí dentro durante el tiempo que permanece encerrada.

Esta noche, no pudiendo soportarlo más, he golpeado con decisión la puerta, y entre la señora y yo ha habido la siguiente conversación:

—¿Quién está ahí? —ha preguntado en seguida.

¡Oh, esa voz! La señora Lanlaire tiene una voz agria y chillona. Cuando una la oye, el primer deseo que se siente es hacer que vuelva a tragársela su dueña,

dándole un puñetazo en la boca con toda la fuerza posible.

—Soy yo, señora... —le he contestado.

—¿Qué desea?

—Vengo a limpiar el cuarto de aseo...

—Está limpio... Váyase. ¡Y no venga aquí mientras yo no la llame!

Por este episodio se podría decir que ni siquiera soy aquí una vulgar criada. La verdad es que hasta el momento no sé de una forma concreta cuáles son mis atribuciones... Digo esto porque la verdad es que, en mi profesión, lo que más me gusta es vestir, peinar y desnudar... Me gusta enormemente tocar y acariciar los camisones, las cintas de seda, revolver la ropa blanca interior, los sombreros, las puntillas, las pieles, y masajear a las señoras después del baño, empolvándolas y apomazando sus pies, perfumando sus pechos y tiñendo sus cabellos, porque en el fondo disfruto conociéndolas en su intimidad, para lo cual no hay nada mejor que verlas desnudas.

Es el procedimiento más rápido para que se hagan amigas de una, cuando no cómplices o esclavas. Depende de sus debilidades, pues en seguida hacen a su camarera confidente de una gran cantidad de cosas: de sus penas, de sus vicios, de sus decepciones amorosas, de sus enfermedades, de los íntimos secretos matrimoniales... Además, cuando se es hábil, una puede enterarse de muchos detalles que las señoras ni siquiera

sospechan que se les han escapado. En estos casos se suele sacar aún más provecho y resulta increíblemente divertido... Es así como yo entiendo mi profesión.

Resulta difícil imaginar desde fuera la gran cantidad de indecencia que hay en la intimidad de las personas, incluso en la de aquellas que para el mundo aparecen como un ejemplo de virtud y austeridad. ¡Ah!, cuando caen las caretas en los cuartos de baño, todo es muy distinto. Es el momento en que se suelen agrietar y desmoronar las más altaneras fachadas.

Recuerdo que conocí a una señora con unas costumbres muy particulares... Todas las mañanas, antes de ponerse la camisa, y por las noches, después de quitársela, se quedaba un buen rato mirándose al espejo: hinchaba el pecho, echaba hacia atrás la cabeza, levantaba bruscamente los brazos hacia arriba de modo que sus colgantes senos se levantaran un poco, y me decía: «Célestine, mire un momento mis senos... ¿Verdad que aún están consistentes?»

Era para estallar de risa, ya que su cuerpo no era más que un pingajo de carne, una ruina humana que sólo podía inspirar lástima. Después de quitarse la camisa y libre de toda clase de corpiños, se tenía la impresión de que iba a desparramarse sobre la alfombra como un líquido viscoso. El vientre, las caderas y los senos eran como odres desinflados, como bolsas vacías de las que sólo quedaban unos cuantos pliegues de grasa flotante. En cuanto a sus caderas, temían la

inconsistencia blanda de las esponjas gastadas por el uso. Pues a pesar de todo, en aquella ruina de formas subsistía aún como una especie de doloroso encanto...; mejor dicho, el recuerdo del encanto de una mujer que sin duda había sido bella y había dedicado por entero su vida al amor. La providencial ceguera que suele llegar con la vejez era lo que no le permitía ver la realidad, aquella realidad marchita de la que ya no era posible retroceder... La buena señora se esforzaba en multiplicar sus afeites y su refinada coquetería, para atraer el amor, y hay que reconocer que a veces el amor acudía a semejante llamada, pero... ¿desde dónde acudía? ¡Qué espectáculo tan triste y aleccionador!

A veces, antes de la cena, llegaba aquella señora, entre sofocada y avergonzada, y me decía: «Vamos, Célestine... Ayúdeme a desvestirme, voy con mucho retraso... ¡Oh, qué tarde es!»

¿De dónde podía venir con aquel rostro terriblemente cansado y ojeroso? En aquellas ocasiones parecía tan agotada que yo temía que se fuera a desmayar, cayendo como una masa en el suelo del cuarto de baño... ¡Qué desorden en su ropa interior! La camisa estaba arrugada y sucia, las enaguas sujetas a toda prisa, el corsé torcido y a medio atar, las ligas sueltas y las medias caídas. En cuanto a los cabellos, no podían estar más despeinados, notándose aún sobre ellos alguna que otra huella del almohadón, y los besos que sin duda había recibido en la boca y en las mejillas

le habían quitado parte del maquillaje, dejando al descubierto, como llagas, las implacables arrugas de su piel.

Aún recuerdo que, para desviar mis sospechas, aunque sin mucha convicción, solía decirme como en un lamento: «No sé qué es lo que me ha ocurrido hoy en casa de la modista... Aún me siento mal; me dio una especie de desmayo y me desvistieron... para que me recuperase.»

Por lo regular, ganada por la compasión, yo fingía creer aquellas estúpidas explicaciones.

Una mañana estaba yo en las habitaciones de la señora, cuando de pronto llamaron... El criado había salido y tuve que abrir yo misma la puerta. Me encontré ante un joven de aspecto dudoso, sombrío y vicioso; uno de esos tipos que oscilan continuamente entre el ocio y el delito... y a los que se les puede encontrar a montones en los bailes de Dourlans. Esta clase de individuos acaban viviendo del crimen o del amor. Aquél tenía un rostro muy pálido, un pequeño bigote negro y llevaba una corbata roja. Era estrecho de hombros, pero aún lo parecía más al ir metido en un ancho vestido. De acuerdo con una especie de rito, se movía mucho al andar. Nada más entrar, comenzó a inspeccionarlo todo, con ojos sorprendidos y turbados por el lujo que podía apreciarse ya en la antesala. No hacía más que mirar las alfombras, los espejos, los cuadros, los cortinajes... Después me entregó una carta para la

señora.

—Espero respuesta… —me dijo en voz baja, pero en tono imperioso.

¿Aquel hombre venía por su cuenta. o era un enviado? Lo miré detenidamente… y acabé descartando la segunda posibilidad. Las personas que van a un sitio por cuenta de otras son menos autoritarias en la forma de hablar y en sus modales.

—Voy a averiguar si está la señora… —dije, con la carta en la mano.

—Está…—replicó—. Dígale que no me gustan los embustes y que tengo prisa.

Cuando la señora leyó la carta, observé que palidecía, adquiriendo su rostro una expresión de temor.

—¿Este hombre está en casa? —preguntó con un ligero balbuceo—. ¿Lo ha dejado solo en la antesala? No lo comprendo. ¿Cómo habrá sabido mi nombre y dirección?

Durante un momento guardó silencio. como reflexionando, y después pareció despreocuparse un poco de sus temores, y añadió con aparente naturalidad:

—Bah… Es un caso de tantos. Un desconocido, pero él me conoce a mí y viene a pedirme ayuda… No tiene medios y parece que su madre está muy grave.

Al mismo tiempo que decía esto, abrió un cajoncito de su escritorio y sacó un billete de cien francos, luego añadió:

—Dele esto, Célestine... ¡Pobre muchacho!

—La señora se siente muy generosa... —comenté yo—. Podría decirse que hoy la gente necesitada está de suerte con usted...

Al decir esto, puse la mayor intención en aquello de la «gente necesitada».

—Ande, ande...; vaya pronto a entregarle esos cien francos a nuestro visitante —agregó la señora, impaciente.

Cuando regresé de nuevo a su habitación, ella ya había roto la carta, cuyos pedazos ardían en la chimenea.

Nunca supe a ciencia cierta quién era aquel joven, ni volví a verlo más, pero sí recuerdo que la señora no se miró aquel día al espejo... ni me pidió mi opinión sobre sus pechos. Estuvo muy agitada durante toda la mañana, muy nerviosa, como presa de una tremenda inquietud.

A partir de entonces, cuando la señora se retrasaba en volver a casa, siempre me asaltaba el temor de que fuese asesinada en algún cuchitril. Cuando comentaba mis temores en la cocina, el mayordomo, un viejecito muy cínico que tenía una mancha en la frente, siempre hablaba groseramente de la señora.

—¿Y qué si la descuartizan un día...? —solía decir—. Lo tendría bien merecido esa puerca. ¿Por qué no se busca un amigo de confianza, en lugar de andar siempre con esa clase de gentuza?

—¿Acaso sugiere que debería elegirle a usted? —le pregunté un día bromeando.

Todos en la cocina rieron, pero el mayordomo se engalló y se apresuró a decir:

—Pues sí. ¿Por qué no…? A mí me bastaría con muy poco dinero y estoy seguro de que ella quedaría satisfecha.

Aquel hombre era una alhaja…

La historia de mi penúltima señora era ya otra cosa… ¡Había que oírla después de la cena, luego de un buen vaso de vino! Hoy comprendo que en el fondo no era mala persona. Era una mujer dulce y generosa, pero muy desdichada. A mí, por ejemplo, me colmaba de regalos. Debo confesar que a veces en nuestro oficio somos excesivamente malvadas y criticamos a las señoras, aun cuando se porten bien con nosotras.

El marido de la señora en cuestión, un científico que pertenecía a no sé qué Academia, la tenía un poco abandonada. No era que ella fuese fea, sino todo lo contrario. Era una mujer agradable a la vista, y él no era un hombre mujeriego, ya que su comportamiento podía calificarse en todo momento de ejemplar. Aún era joven pero parecía poco aficionado a los placeres sexuales, pues se pasaba semanas enteras sin que fuera en busca de su mujer. Yo ayudaba a la señora todas las noches,

que se preparaba adecuadamente: camisones transparentes, excelentes perfumes, buena disposición..., pero todo resultaba inútil. El señor llegaba rara vez, con gran desesperación de la señora, que no hacía otra cosa que preguntarme:

—¿Cree usted que vendrá esta noche, Célestine? ¿Qué puede estar haciendo en estos momentos?

—El señor está en la biblioteca... Está trabajando.

—¡Dios mío!, siempre está en la biblioteca —suspiraba entonces la señora con acento de fastidio—. En fin, tal vez venga más tarde...

Al terminar de acicalarla, recuerdo que me sentía orgullosa de mi obra, miraba a la señora con admiración, y llegaba incluso a entusiasmarme.

—Lástima, si el señor no viene esta noche —comentaba—. Estoy segura de que no se aburriría...

—¡Oh, Célestine...! ¡Cállese, por favor!

Como tantos y tantos días, la escena al día siguiente siempre era la misma: tristeza, llantos y quejas por parte de la señora.

—¡Ah, Célestine! —me decía—, anoche tampoco vino el señor. Lo esperé hasta el amanecer, pero fue inútil... Creo que no vendrá más. Le debo de aburrir..., o tal vez ya no tengo ningún atractivo para él.

Yo trataba de consolarla lo mejor que podía, diciéndole las palabras que en el fondo esperaba oír:

—Lo que sucede es que el señor tiene mucho trabajo... y por la noche se siente demasiado cansado.

La gente que trabaja con el intelecto no tiene tanta energía para estas cosas... Yo creo que la señora debería recurrir a algún truco...

—¿Qué quiere usted decir, Célestine?

—Pues eso... Por ejemplo, debería probar el truco de las láminas. Hay algunas que son muy excitantes, ante las que ni siquiera los hombres más fríos... se resisten.

—¡Oh no! Es demasiado humillante.

—¿Y si la señora utilizara la comida...? Por ejemplo, según se dice, los cangrejos dan muy buen resultado...

—¡No...! —decía, sacudiendo la cabeza. Todo es inútil; estoy segura... No le importo ya nada.

Y entonces, tímidamente y sin ninguna clase de enojo, me preguntaba en tono implorante:

—Célestine, sea sincera conmigo. El señor..., ¿no ha intentado nunca nada con usted? ¿No ha querido abrazarla nunca? ¿No le ha hecho ninguna proposición?

—¡No! ¡Qué ideas tiene usted, señora...!

—Dígame la verdad, Célestine...

—Le aseguro que no me ha insinuado nunca nada, señora... Estoy segura de que al señor no le interesan esas cosas. Ya sabe mi opinión: está demasiado absorbido por su trabajo... Además, ¿cree que yo sería capaz de hacerle una cosa así a usted?

—Si ocurriera, tendría que decírmelo, Célestine... —me insistía, suplicante—. Usted es una buena chica, con un hermoso cuerpo y unos ojos muy amorosos.

En esos momentos, siempre acababa comparando

su cuerpo con el mío. Para ello hacía que le acariciara las piernas, el pecho, los, brazos, las caderas, de forma que, olvidando todo recato, acariciaba ella también mi cuerpo... Algo molesta, y sintiendo un natural pudor, yo me preguntaba a veces si todo aquello no sería una treta de la señora, y si bajo aquel pesar de mujer «abandonada por su marido», no estaría disimulando un escondido deseo hacia mí... Por lo demás, no cesaba nunca de lamentarse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamaba—. Sin embargo, no soy aún una mujer vieja... No soy fea, ni barriguda, y mis carnes aún son firmes y suaves. ¿Por qué, entonces, esa falta de interés en mi marido? Si usted supiera, Célestine, cuánto amor hay escondido aún en mi corazón...

En esas ocasiones, siempre acababa estallando en sollozos. Se arrojaba sobre un diván, hundía la cabeza en un almohadón para ocultar sus lágrimas, y comenzaba a balbucear:

—No ame nunca a nadie, Célestine... Se lo aconsejo. ¡No ame a nadie jamás! ¡Se siente una tan desdichada...!

Un día era tan grande la crisis de llanto, que me vi obligada a decirle:

—Señora..., ¿por qué no se busca un amante? Es usted aún muy bonita para soportar una situación así...

—¡Cállese! ¡Cállese! —gritó, como asustada de mis palabras.

—Sin embargo, todas las amigas de la señora tienen

amantes y no creo que por ello...

—¡Cállese, por favor! —me interrumpió de nuevo—. Le suplico que no me hable de esas cosas...

—Conociendo los sentimientos de la señora... —continué diciendo.

Y con tranquila desvergüenza deslicé en su oído el nombre de un joven muy elegante que frecuentaba la casa. Se trataba de un hombre muy amable, hábil y delicado con las mujeres.

—¡No! ¡No! Por favor, Célestine, le ruego que se calle. No sabe lo que dice...

—Está bien, como quiera la señora... Pero sepa que, si hablo así, es porque en el fondo desearía verla feliz...

Como cada noche, el señor seguía trabajando en la biblioteca, mientras ella, también como cada noche, no cesaba de repetir:

—Quizá venga hoy...

Por las mañanas, en la cocina, la pregunta de los demás sirvientes siempre era la misma:

—Célestine, ¿cómo anda la cosa? ¿Se portó anoche bien el señor? ¿Hay novedades?

—No... Todo sigue igual.

Desde luego, el tema era propicio para las más pesadas bromas, las más obscenas alusiones y las risas más insultantes... Entre la servidumbre de aquella casa se llegaron a hacer apuestas sobre el día que el señor se decidiría a «visitar» a la señora.

La historia de aquel empleo acabó de la siguiente

manera: después de una fútil discusión a propósito de algo de lo que yo era culpable, abandoné la casa de una forma vergonzante, arrojándole a la señora toda aquella serie de lamentables episodios, incluidas todas las intimidades y confidencias que su alma casi infantil, dolorida y sedienta de amor, me había confiado... Le aireé toda aquella ridiculez con el solo deseo de que se sintiera enlodada... y hasta la culpé de un vergonzoso libertinaje impulsado por indignas pasiones. Fue una escena realmente bochornosa.

Debo confesar que esta forma de comportamiento se convierte a veces para mí en un deseo, en una necesidad de ultrajar, viéndome arrastrada por esta especie de perversidad, haciendo de cualquier nadería algo que acaba siendo irreparable. Es inútil que me resista a ello, pues aun cuando sé que obro contra mis intereses, sigo hasta el final..., que es siempre el mismo.

En aquella ocasión fui tan lejos en mi insultante actitud que, incluso cuando ya estaba fuera de la casa, hice un paquete con diversos objetos, al que adjunté una nota, y lo envié a la señora. que acababa de abandonar.

En aquella nota escribí lo siguiente:

Señora: Por la presente le anuncio que, libre de gastos, le devuelvo todos sus regalos... Soy pobre, pero aún tengo dignidad, y por ello le devuelvo todas sus sucias prendas que en su día tuvo a bien regalarme, dándomelas a mí en

vez de arrojarlas a la basura. No quiero que imagine ni por un momento que, porque no tengo un céntimo, puedo consentir en llevar sus odiosas enaguas, gastadas y amarilleadas por sus orines... No obstante, tiene el honor de saludarla...

CÉLESTINE

Con aquello consideraba que me tomaba una especie de revancha, y en cierto modo así era, pero hoy comprendo que tal actitud era completamente idiota, sobre todo si se tiene en cuenta que aquella señora se había mostrado siempre muy generosa conmigo, hasta el punto de que hubo muchas prendas de las que me había regalado que no le devolví... y que vendí al día siguiente, sacando cuatrocientos francos de una ropavejera. Era una forma de dar salida al despecho un poco tonto, lo sé; pero, como tantas otras veces, no pude contenerme. Durante cierto tiempo me sentí apesadumbrada, tanto más cuanto que aquélla era una casa excepcionalmente agradable, en la que todo era abundante, pudiendo sisar todo lo que me apetecía... y donde una sirvienta como yo vivía igual que una princesa.

Pero el pesar por mi comportamiento no tardó en desaparecer. Consideré que, después de todo, no era fácil ser justo con los señores... Una sirvienta no puede permitirse semejante lujo. Si pagan justos por

pecadores, tanto mejor.

Pero ¿qué voy a hacer en este nuevo empleo? ¿Qué posibilidades se me pueden ofrecer en este rincón provinciano, con una patrona tan astuta... y sin la menor oportunidad de distracciones? Habré de limitarme alas tareas domésticas, y en especial a la costura, que es algo que me agobia terriblemente. ¡Ah!, cuando recuerdo los sitios donde he trabajado, mi actual situación me resulta insoportablemente triste... y me entran unas ganas terribles de mandarlo todo a paseo y marcharme de este lugar de salvajes.

Hace un rato me he cruzado con el señor Lanlaire en la escalera. Al parecer volvía de la caza.

Me ha mirado picarescamente y me ha preguntado:

—¿Qué, Célestine...? ¿Se acostumbra a esto?

El hacerme esta pregunta parece una manía del patrón. Le he contestado:

—Aún no lo sé, señor...

Pero he añadido con cierta audacia:

—¿Y el señor? ¿Se acostumbra el señor a esto?

El señor Lanlaire, sin poderlo remediar, ha soltado una sonora carcajada. Le gustan tanto las bromas, que reacciona como si fuese un niño.

—Pues debe habituarse, Célestine... Debe acostumbrarse a esto, porque de lo contrario...

Llevando mi audacia más allá, le he respondido:

—Haré todo lo posible por conseguirlo, a condición de que el señor procure también ayudarme...

Yo creo que el señor Lanlaire deseaba contestarme con una audacia parecida, pues sus ojos brillaban como ascuas... Pero de pronto ha aparecido la señora Lanlaire en lo alto de la escalera, y el señor ha desaparecido por un lado, mientras yo lo hacía por el otro. Ha sido una verdadera lástima.

Después, algo más tarde, he oído a través de la puerta del salón cómo la señora Lanlaire, con su habitual y característico tono amable, le decía a su esposo:

—Ya sabes que nunca me ha gustado que se sea familiar con mis criados...

¡Sus criados!... ¿Acaso la servidumbre de la señora no es también la del señor?

III

18 de septiembre

Hoy es domingo y esta mañana he ido a misa.

He de confesar que, aun sin ser devota, tengo cierta dosis de fe. Después de todo, y por más que se diga, la religión será siempre la religión. Los ricos pueden pasarse sin ella, pero a los pobres nos es necesaria. Sé que mucha gente la utiliza en una forma un poco extraña, como los sacerdotes y las monjas, que no siempre le hacen el debido honor..., pero creo que esto no es demasiado importante. Cuando se es desdichada, y en esta profesión mía suele ocurrir bastante a menudo, la religión atenúa las penas, y lo mismo hace el amor... En efecto, yo opino que el amor también es una forma de consuelo. He de advertir que, cuando trabajé en casas donde los señores eran ateos, tampoco faltaba a misa. En primer lugar, el ir a la iglesia siempre ha sido para mí una «salida»; es decir, una especie de distracción, un tiempo que se le quita a los pesares cotidianos... Además, allí se suele encontrar una con compañeras de la profesión y se hacen nuevas

amistades, aparte de que siempre se conocen nuevos chismes. ¡Ah!, si en cierta ocasión, a la salida de una capilla de los Asuncionistas, hubiese hecho caso a unos viejos señores que me susurraban unos extraños salmos al oído, estoy segura de que ahora no me. encontraría en este rincón de provincias.

Hoy ha cambiado el tiempo. Ha salido el sol, y aunque se trata de un sol pálido, invita a pasear y hace menos pesadas las tristezas. No sé por qué causa, pero bajo la influencia de esa clase de mañanas de cielo azul, yo siento cómo se alegra mi corazón... La iglesia está a unos mil quinientos metros de la casa de los Lanlaire y se llega a ella por un pequeño y ondulante sendero que pasa cerca de las vallas. En primavera supongo que ese sendero estará lleno de flores, cerezos silvestres y esa especie de cardos blancos que a mí tanto me gustan y que huelen tan bien... Todo ello, sin poderlo remediar, hace que venga a mi memoria el recuerdo de mi infancia.

El campo es aquí como en todas partes, pues no tiene nada de extraordinario. El paisaje se circunscribe a un ancho valle, en cuyo extremo se divisan unas colinas. Por el lecho del valle discurre un arroyo y en las colinas hay un bosque cubierto por un velo de bruma transparente, que oculta parte del paisaje, que imagino debe adquirir toda su nitidez y esplendor en el verano.

Puede parecer curioso, pero me siento fiel a mi naturaleza bretona. Es como si la llevara en la sangre.

Ninguna otra me parece tan bella, ni habla de una forma tan confidencial a mi espíritu. En medio de la campiña normanda, siento la nostalgia de la landa y de ese mar trágico y espléndido al lado del cual nací... Este recuerdo, evocado. repentinamente, ha puesto una nube de melancolía en la alegría que sentía reverdecer en mi alma esta mañana, mientras me dirigía a la iglesia.

En el camino he encontrado mujeres y más mujeres. Casi todas llevaban un misal debajo del brazo y también iban a misa. La mayoría eran sirvientas, gordas y pesadas, que caminaban lentamente y se balanceaban como bestias. ¡Qué vestidos de fiesta llevaban, Dios mío! No hay más que verlas para poder asegurar que jamás salieron del campo y que nunca trabajaron en una ciudad. A mí me miraban con una curiosidad simpática y al mismo tiempo desafiante. Sobre todo miraban con envidia mi sombrero, mi ceñido traje y mi paraguas con su funda de seda verde. Sin duda lo que más les asombraba era mi ropa de señora, y mi forma coqueta y elegante de andar; estoy segura de que su manera de abrir la boca y los ojos aludía directamente a mi insólito aspecto. En cuanto a mi forma de andar, ágil y ligera, casi ondulante, es lógico que choque a estas gentes de aquí, y más si mis pies van calzados con unos zapatos de punta y bajo mi vestido se adivina el crujido de mis sedosas enaguas... He de confesar que me halaga muchísimo sentirme admirada por los demás.

Al pasar una de esas mujeres por mi lado, he oído

que le murmuraba a una compañera:

—Es la nueva criada de los Lanlaire...

Otra de ellas, baja, gruesa y rosada, que lucía un enorme vientre y padecía de asma, me ha abordado con gesto amable y una viscosa sonrisa sobre sus viejos labios aldeanos.

—¿Es usted la nueva sirvienta de El Priorato? —me ha preguntado—. ¿Es la que se llama Célestine... y que llegó hace unos días de París?

Me he dicho que aquella mujer lo sabía todo, pues parecía estar tan al corriente de mis cosas como yo misma. La mujer del enorme barrigón, tan parecida a un odre ambulante, llevaba un gracioso sombrero de fieltro y alas anchas, adornado con unas plumas que se le balanceaban al viento.

—Yo me llamo Rose... —ha continuado diciéndome—.Estoy sirviendo en casa del señor Mauger, un capitán retirado... Supongo que usted ya le conoce, porque somos vecinos...

—No, señorita... No me he fijado.

—Pues habría podido verlo muy bien por encima de la valla que separa las dos propiedades... Se pasa horas enteras cuidando el jardín. Aún es un hombre bien parecido, ¿sabe usted?

Entonces he tenido que acortar el paso, pues notaba cómo Rose se sofocaba al andar debido a su peso. Por su garganta ha comenzado a salir una especie de silbido, como les ocurre a las bestias cansadas. A cada

aspiración, su pecho se levantaba y caía, para volver a levantarse...

—Es mi crisis... —me ha explicado—. ¡Ah, es increíble lo que el mundo sufre hoy...! A propósito, espero que vendrá usted a verme alguna vez, hijita... Cualquier cosa que necesite, un buen consejo o alguna información, no tiene más que venir a verme. Debo decirle que me gusta mucho la gente joven... Muchas compañeras jóvenes de los alrededores vienen a visitarme... Mientras charlemos, tomaremos un vaso de buen vino, se lo prometo...

De pronto se ha detenido un instante para tomar aliento, y en tono bajo y claramente confidencial, Rose ha añadido:

—Quisiera ofrecerle algo muy particular, señorita Célestine... Desearía comunicarle... En fin, pienso que podría necesitar la garantía de cierta discreción, y si es así, le participo que puede usted hacer que le dirijan su correspondencia a mi casa... Es una medida de prudencia que le aconsejo, pues tengo entendido que la señora Lanlaire lee todas las cartas que se reciben en su casa. En cierta ocasión, incluso fue llevada a juicio, y poco faltó para que la condenaran gravemente... Bueno, señorita Célestine, espero que no la habré molestado con mis palabras.

Le he dado las gracias por su ofrecimiento y hemos seguido andando. Aun cuando su cuerpo seguía balanceándose, me ha parecido que aquella especie de

viejo barco respiraba después con mucha menos dificultad...; tanto es así que hemos podido seguir hablando como dos comadres mientras nos dirigíamos hacia la iglesia igual que tantas otras de nuestras compañeras.

—Estoy segura de que esto le resultará muy duro.., comparado con la capital —me ha explicado Rose—. En primer lugar, las camareras duran muy poco en El Priorato... Si la señora no las despide, es el señor quien las deja embarazadas. El señor Lanlaire es realmente terrible en ese sentido, pues a todas las deja en estado, sean bonitas o feas, jóvenes o viejas... Por otra parte, en esa casa se come muy mal. Lo sabe todo el mundo. La señora Lanlaire no deja vivir a nadie, y entre gritos y vigilancias, ese lugar se convierte en un auténtico infierno. Al verla a usted tan discreta y educada..., se comprende en seguida que no es digna de servir a esos miserables.

En realidad, Rose no ha hecho más que repetirme todo lo que ya me había dicho la dueña de la mercería, sólo que sus palabras describían aún peor la situación. La necesidad de chismorrear es tan fuerte en Rose, que ha acabado por olvidar sus dolencias. Es come si su asma fuese el producto de su maldad. Me ha informado también de otras habladurías referentes a la comarca, y me ha causado un efecto tan deprimente... que ha conseguido ponerme triste.

He considerado todos estos antecedentes, y creo que

lo mejor que podría hacer en estos momentos sería marcharme de aquí... ¿ Qué puedo esperar de un lugar como éste y de semejante gente? ¿Por qué exponerme a sufrir una experiencia así, sabiendo que estoy vencida de antemano?

Algunas mujeres, no pudiendo reprimir su curiosidad, se han acercado a Rose y a mí, poniendo atención en lo que hablábamos, y hasta subrayando con oportunos «así es» las manifestaciones de su compañera, que parecía cada vez más calmada de su asma.

—El señor Mauger es un buen hombre... —ha proseguido Rose—. Está solo, hija mía, y usted debe saber que esto es para, las de nuestra profesión, como ser las amas; ¿comprende lo que quiero decir? Un hombre que se ha pasado la vida en los cuarteles, en el fondo no sabe lo que es una casa. Le agrada que le atiendan, que le mimen, que cuiden su ropa, que se le respeten sus manías, que le cocinen buenos platos... y demás caprichos. Si el señor Manger no tuviera a su lado una persona de confianza como yo, estoy segura de que lo estafaría todo el mundo... Puedo asegurarle que no faltan granujas por estos alrededores.

El tono de sus frases cortadas y sus guiños han acabado por completar la descripción del verdadero papel que la dichosa Rose juega en casa del capitán Manger... La miraba y no he podido por menos que reflexionar sobre lo afortunada que en el fondo era

aquella mujer. Trabajar en casa de un viejo es repugnante..., pero Rose puede sentirse tranquila, ya que tiene asegurado el porvenir. Cada vez que imaginaba a esa pareja bajo los cobertores de una cama, me entraban unas ganas irreprimibles de reír a carcajadas.

En nuestra marcha hacia la iglesia, hemos cruzado el pueblo..., y la verdad, no es bonito. Desde luego no hay ni una sola calle que se parezca al bulevar Malesherbes. Todas son estrechas y sucias, y no digamos de las plazas, donde las casas apenas si parecen tenerse en pie... Son casas sombrías en su mayor parte, construidas de vieja madera que está ya medio podrida, y cuyos altos frontispicios amenazan caer sobre las calzadas.

La gente que pasea por las calles del pueblo es fea y mal encarada. No he podido ver aún ni un solo rostro agradable. La industria más floreciente de la comarca parece ser la fabricación de zapatillas con orillo, y la mayoría de los habitantes del pueblo las confeccionan en su casa, pudiéndose ver rostros demacrados detrás de los cristales, y espaldas encorvadas y manos negras que golpean las suelas del calzado... A todo ello debe agregarse la lúgubre tristeza del lugar, de forma que su descripción correspondería casi con exactitud a la que podría hacerse de una cárcel.

La dueña de la mercería, al pasar por delante de su tienda, me ha saludado con cierta , cordialidad.

—¿Van a la misa de las ocho? —nos ha preguntado, dirigiéndose tanto a Rose como a mí—. Ah, yo he madrugado más. He ido a la de las siete... Les sobra tiempo, ¿por qué no entran un momento?

Rose se lo ha agradecido amablemente, pero no ha aceptado, advirtiéndome luego que la mercera es una mala mujer que habla pestes de todo el mundo... Después ha seguido alabando al capitán y su colocación.

—¿Es que el señor Mauger no tiene familia? —le he preguntado yo entonces.

—Pues claro que sí,.. y le aseguro que se trata de una buena familia. Un montón de sobrinos, todos ellos unos haraganes, que no tienen ni un céntimo. Antes de llegar yo, no hacían más que estafarle y robarle... ¡Era horrible! No sabe lo que me costó limpiar la casa de toda esa gentuza..., pero al final impuse el orden. Podría decirse que, sin mi ayuda, el capitán posiblemente estaría ya en la ruina... ¡Si viera lo feliz que se siente ahora!

He proseguido con mi intención irónica, que por otra parte era incapaz de percibir Rose, y le he preguntado sobre sus posibilidades para llegar a ser la heredera del capitán.

—El señor Manger es libre y puede hacer lo que le parezca... —me ha contestado prudentemente—. Yo no le pido absolutamente nada, ni siquiera el sueldo que me corresponde. Soy abnegada y él sabe bien quién lo quiere de verdad y quién no... Aunque algunas personas

como la señora Lanlaire dicen cosas desagradables del señor Mauger, puedo asegurarle que él es muy listo y sabe perfectamente lo que le conviene, además de tener mucho carácter...

Hemos llegado a la iglesia cuando terminaba esta elocuente semblanza del capitán.... Rose no se ha separado de mí, y me ha ofrecido una silla al lado de la suya. Después se ha puesto a musitar sus oraciones, haciendo numerosas genuflexiones y persignándose a cada momento.

La iglesia está atravesada por unas toscas vigas que sostienen su insegura bóveda y hacen que se parezca más a una granja que a cualquier otra cosa, y los fieles se pasan todo el rato tosiendo, escupiendo, tropezando con los bancos y arrastrando las sillas... Eso es: parece una mezcla de granja y de café provinciano. No he podido ver allí más que rostros embrutecidos por la ignorancia, bocas con un rictus de amargura y miradas crispadas por el rencor; pobre gente que, como en todas partes, acude ante Dios para pedirle algo que perjudica a alguien... Me ha sido imposible recogerme en mí misma para meditar, y al final lo único que he sentido ha sido un frío terrible mientras miraba de una forma casi inconsciente todos aquellos rostros. Lo más extraño es que no hay en la iglesia ni siquiera un órgano... Para poder rezar debidamente en una iglesia, necesito oír sonar un órgano, a fin de que sus melodías inunden mi pecho y todo mi ser... para que mi alma sienta el amor

a lo divino. Si pudiera estar oyendo constantemente música, creo que jamás llegaría a pecar.

En lugar del órgano, hay en la iglesia del pueblo una vieja de gafas oscuras que teclea un piano desafinado... Pero de nada serviría que lo hiciera mejor, porque siempre hay alguno de los asistentes que tose o hace un ruido estridente, ahogando las salmodias del cura y las respuestas de los niños del coro. ¡Además, qué olor tan desagradable! Allí olía a estiércol, a establo, a paja, a tierra, a cuero mojado... y también a incienso estropeado. ¡Qué poca educación y sentido de la urbanidad hay entre las gentes de provincias!

A medida que seguía la misa... me iba sintiendo cada vez más aburrida. Me sentía también como humillada en medio de una gente tan ordinaria, que apenas me prestaba atención. No advertía ni un solo vestido digno de ser mirado con el que poder recrear la vista. Creo que jamás, como en tales momentos, podré comprender de una forma tan clara que soy una mujer hecha para la coquetería y la elegancia. En vez de exaltarse, como en las misas de París, aquí mis sentidos se sienten ofendidos, protestando todos a la vez contra el ambiente que me rodea. A fin de distraerme, he decidido seguir las evoluciones del sacerdote ante el altar. Es un cura joven pero bastante vulgar, con el rostro color de ladrillo, los cabellos desgreñados, los labios gordezuelos, la mandíbula de ave de presa y unos ojos obscenos... No me ha costado mucho clasificarlo. Lo que

debe comer en una mesa bien servida... Y en el confesionario, las palabras con que se debe explayar mientras oye a las mujeres y les mira las faldas...

Rose se ha dado cuenta de que lo miraba y me ha dicho al oído:

—Es el nuevo vicario... Se lo recomiendo. Nadie como él sabe confesar a las mujeres. No es tan severo como el párroco.

Después, Rose ha chascado la lengua, ha inclinado la cabeza y se ha vuelto a ensimismar en su plegaria... Eh cuanto al nuevo vicario, insisto en mi intuición: no me gusta; tiene aspecto de sucio y de bruto. Parece más un carretero que un clérigo. Lo que a mí me agrada es la delicadeza, la poesía y las manos blancas. Por eso me gustaba tanto el señor Jean, porque es un hombre de modales suaves.

Una vez terminada la misa, Rose me ha arrastrado hasta la tienda de comestibles... Mi nueva amiga me ha advertido que es conveniente estar en buena relación con la dueña del establecimiento, agregando de una forma un tanto misteriosa que todas las sirvientas de la comarca le rinden pleitesía.

Se trata de otra mujer rechoncha... Me parece que estoy en la región de las mujeres gordas. Tiene el rostro lleno de pecas, el cabello corto y del color del cáñamo, y un cráneo sobre el cual, rígido como una piña, tiene un pequeño rodete. Al menor movimiento, bajo su blusa de paño oscuro, su pecho se mueve como el líquido de una

botella. Sus ojos, bordeados por un círculo rojo, se rasgan débilmente, y la forma de su boca hace que sus sonrisas parezcan muecas.

—Señora Gouin... —ha dicho Rose—, le presento a la nueva sirvienta de El Priorato...

La tendera me ha observado con atención, y he podido observar cómo su mirada se dirigía a mi talle y a mi vientre con una molesta obstinación. Después se ha limitado a decir:

—Sepa, señorita, que tiene aquí su casa... ¿Puedo decirle que es usted muy bonita? ¿Es parisiense quizá?

—Así es, señora Gouin; he llegado de Paris...

—Se ve... en seguida. No es necesario mirarla dos veces. ¿Sabe una cosa? Me gustan las mujeres parisienses porque..., porque saben vivir. Yo también trabajé en París cuando era joven... Trabajé con una partera, la señora Tripier, que vivía en la calle Guénégaud... ¿La conoce usted por casualidad?

—No...

—Bueno, no importa. Pero entren ustedes, por favor; no se queden ahí en la puerta.

Nos ha hecho entrar a Rose y a mí de una forma un poco ceremoniosa en la trastienda, donde ya había otras cuatro mujeres.

—Ya me figuro cómo deben zumbarle los oídos, señorita —se ha lamentado la tendera, al mismo tiempo que me ofrecía una silla—. Y conste que no es porque en el «castillo» no me compren nada, sino porque en el

fondo esa casa es un infierno... ¿No lo creen ustedes así?

—Así es —han respondido casi al unísono las demás mujeres allí reunidas, haciendo todas las mismas muecas y los mismos gestos.

—Gracias. —ha proseguido la señora Gouin—. La verdad es que no desearía ser la proveedora de unas gentes así por nada del mundo... Siempre están regateando y especulando con la desconfianza... De hecho, no se fían de nadie. Por mí, que vayan a comprar donde mejor les plazca.

—Eso es, que vayan donde mejor les plazca —ha contestado servilmente el coro de sirvientas.

Y la señora Gouin, dirigiéndose entonces particularmente a Rose, ha añadido con firmeza:

—La verdad es que nadie necesita ir tras ellos, ¿verdad, señorita Rose? Gracias a Dios, nadie necesita nada de esa clase de personas.

Rose se ha limitado a levantar los hombros, poniendo en su gesto todo el odio que sin duda alberga en su alma, y el movimiento ha sido tan brusco que hasta su sombrero de anchas alas se ha balanceado con violencia.

—Bah, no hablemos más de esa gente... —ha dicho Rose después de un corto silencio—. Cada vez que hablamos de los Lanlaire acaba doliéndome el estómago.

Una trigueña algo delgada, con hocico de rata y frente granulenta, además de tener unos horribles y

legañosos ojos, ha gritado coreando las risas de todas:

—Estoy segura de que...

Y con sus palabras ha empezado una especie de avalancha chismosa... Una auténtica oleada de basura ha salido por aquellas sucias bocas, tan hediondas como una cloaca.

Durante un momento me ha parecido como si la trastienda se hubiese convertido en un antro pestífero. Esta impresión se ha ido agravando a medida que me acostumbraba a la oscuridad del ambiente, pues los cuerpos parecía que iban adquiriendo deformaciones fantásticas... Allí no había más luz que la escasa que se colaba por una angosta ventana que daba a un mugriento patio rodeado de paredes llenas de musgo. Además, no sé de dónde emanaba un desagradable olor, mezcla de la salmuera de los arenques ahumados y las legumbres fermentadas... Era insoportable. Pero nadie parecía notarlo, porque todas las mujeres se han dedicado gustosas y por turno a contar cada una un escándalo o una villanía, cuando no un crimen... Me he sentido cobarde y he preferido reírme con ellas; hasta las he aplaudido. Pero ahora no puedo evitar el sentir cierto asco al recordarlo. Deseaba irme, pero no he podido. Me he quedado allí como una idiota, mientras notaba cómo se me secaba la boca y me latían las sienes... He acabado haciendo los mismos gestos que ellas mientras escuchaba sus agrias voces, tan parecidas al agua de lavar los platos cuando se va por los

vertederos con su característico gorgoteo.

Comprendo muy bien que es necesario defenderse contra los amos, y no me considero la última en hacerlo, ni muchísimo menos, pero de esto a la escena de hace unas horas en aquella infecta trastienda... hay un abismo. Todas aquellas mujeres me han parecido odiosas, y las detesto, pues creo que no tengo nada en común con ellas... La educación, el trato con la gente elegante, el gusto por las cosas bellas y la lectura de las novelas de Paul Bourget me han salvado de tal clase de ignominias. ¡Ah, qué bonitas y divertidas eran las bromas entre los sirvientes de París..., pero qué lejanas me parecen ya!

Pero volviendo al presente.

Aún parece que estoy viendo a Rose en el centro de la trastienda, llevando el peso de la conversación y diciendo con labios húmedos de placer:

—Bah, todo eso no es nada comparado con lo que sucede en casa de la señora Rodeau, la mujer del notario... Allí sí que suceden cosas.

—Hace tiempo que yo venía sospechándolo... —ha dicho una de las mujeres.

—Es inútil que esa mujer ande siempre alrededor de los curas, porque en el fondo es una cochina...

Aquí he podido notar que todas las miradas se aguzaban, al mismo tiempo que los cuellos se extendían hacia Rose, que ha comenzado su relato así:

—Parece que el señor Rodeau se había ido el viernes

al campo a pasar allí todo el día...

Rose, para informarme debidamente sin duda, ha hecho un paréntesis en mi honor, y me ha explicado:

—El señor Rodeau es un hombre de conducta algo dudosa, un notario «poco católico», por así decirlo... Un perfecto embaucador. Su despacho es un almacén de trampas y de transgresiones legales... Menos mal que yo convencí al capitán para que retirara de allí sus fondos... Pero volvamos al asunto, pues la verdad es que mi historia no se refiere precisamente al señor Rodeau.

Una vez cerrado el paréntesis dedicado al notario, Rose ha reanudado el tono general de la conversación, diciendo:

—El caso es que el día a que me refiero el señor Rodeau se encontraba en el campo, adonde va muy a menudo. ¿A qué va el señor Rodeau tanto al campo? Ah, nadie lo sabe. En resumen, que ése día se hallaba la señora Rodeau sola en casa, que hizo llamar al joven ayudante de su marido, a ese Justine, con el pretexto de que le ayudara a barrer el dormitorio... Una rara forma de barrer, os lo puedo asegurar. Cuando llegó el pobre muchacho, se encontró con la honorable señora del notario casi desnuda y con los ojos extraviados, como si se tratase de una perra de caza... Lo llamó en seguida a su lado, lo abrazó, lo acarició, y diciéndole que le buscaba las pulgas, lo desvistió..., y después, ¿saben lo que hizo? Pues echárselo encima y tomarlo a la fuerza... A la fuerza, como lo oyen. ¡Oh!, si supieran cómo se

apoderó del pobre muchacho...

—¿Cómo? —interrogó la sirvienta trigueña, al mismo tiempo que su hocico de rata se alargaba golosamente.

En el rostro de todas se reflejaba una viva ansiedad, pero Rose, poniéndose púdica de pronto, repuso:

—Una cosa así es imposible de explicar ante señoritas.

Luego se han oído repetidas expresiones de decepción, pero Rose las ha neutralizado al proseguir, entre indignada y conmovida, con su chismoso relato:

—¡Un muchacho de quince años! Parece increíble, pero es cierto. Un guapo e inocente muchacho, un querubín. ¡Pobre mártir! Cuando ya no se sabe respetar la infancia, es que todo va muy mal en el mundo, porque hay que ser muy viciosa para... Bueno, la cuestión es que el pobre chico ha vuelto a casa temblando y llorando, con el alma destrozada... ¿Qué me dicen ustedes de una cosa así?

Lo que ha seguido a esta pregunta ha sido una auténtica avalancha de obscenidades, una explosión de insultos tan duros que Rose ha tenido que esperar bastante tiempo para que recobrasen la calma, diciendo luego:

—Fue la madre quien vino a contármelo todo... Mi consejo fue que debía poner tanto al notario como a su mujer ante la realidad de los hechos... y después actuar debidamente.

—Eso, eso es lo que debe hacer esa pobre mujer.

—Eso es…

—La ley debería castigar con mucho rigor estos casos de lujuria senil.

—Claro que sí.

—Sí, pero Justine se muestra vacilante… —ha agregado Rose—. Parece que ha intervenido el cura en el asunto, y todo el mundo sabe que todas las semanas cena una noche en casa del notario… En fin, que Justine ha cogido miedo… ¡Ah, si estuviera yo en su lugar! Es cierto que soy una mujer religiosa, pero les aseguro que en un caso así no habría cura en la tierra que me pudiera detener… Les haría escupir dinero a montones. ¡Miles y decenas de miles de francos!

—¡Eso es!

—¡Así debería ser!

—¡Y tanto que sí!

—¡Es una necedad perder una ocasión como ésa!

Una vez más las palabras de Rose han recibido la aquiescencia de la reunión, haciendo que su sombrero se tambaleara de nuevo como un toldo bajo el viento huracanado.

Sin embargo, he podido observar que la dueña de la tienda de comestibles permanecía casi en silencio, como si estuviera molesta. ¿Qué le sucedía? Sin duda es proveedora del notario, como ha demostrado el hecho de que ha empleado toda su habilidad para interrumpir las imprecaciones de Rose.

—¿Por qué no hacemos una pausa? —ha dicho de pronto—. Creo que ha llegado el momento de beber algo, ¿no les parece?

Y dirigiéndose a mí, ha añadido:

—Espero que la señorita Célestine aceptará también un vasito de grosella... ¿Y usted, Rose?

Esta invitación ha tenido la virtud de calmar repentinamente todas las cóleras. La tendera ha sacado de un armario los vasos y una botella, que Rose ha dispuesto sobre la mesa, mientras todos los ojos se iluminaban y las lenguas se regodeaban sobre los golosos labios.

Al despedirnos, la dueña de la tienda se ha sentido en la obligación de decirme:

—Célestine, no debe preocuparse si sus señores no me compran... Usted puede venir por aquí cuando le plazca; ¿comprende? Espero que así lo haga...

He emprendido el regreso a casa también en compañía de Rose, que ha terminado de completarme la crónica de los últimos acontecimientos de la comarca. Yo había creído que con la historia del notario había acabado el catálogo de sus chismes, pero me equivocaba... Los recursos de esa mujer para practicar la calumnia no son imaginables. Su lengua es prácticamente incansable, y no encuentra obstáculo para el comentario solapado o el insulto directo. Es sorprendente comprobar cómo en muy pocos minutos una mujer así puede arrojar al lodazal a la persona más

honorable y la virtud más intachable.

Rose me ha acompañado hasta la misma puerta de El Priorato, como si no quisiera abandonarme. ¿Qué buscaba aún en mí? Parecía dispuesta a no dejar de hablar, como si pretendiera de una forma obsesiva envolverme y aturdirme con su amistad y su abnegación... La verdad es que me ha dejado la cabeza como un bombo. Tengo la sensación de estar a punto de explotar, recargada con tanta historia y tanta charlatanería.

Una vez más, al hallarme en El Priorato, he sentido una gran desazón y un hondo descorazonamiento... ¡Ah, ese césped sin flores! Y esta casa, que parece más bien una cárcel o un cuartel, como si detrás de cada ventana hubiesen siempre unos ojos espiando.

El sol era cálido y la bruma había ya desaparecido cuando he regresado de la iglesia. La lejanía del paisaje podía divisarse de una forma completamente nítida. Más allá de la llanura, hacia las colinas, podían verse unos villorrios lejanos, con el sol reflejado sobre sus techos rojos, mientras el arroyo discurría por la llanura amarilla, brillando como una línea plateada. En el cielo había algunas nubes, pero se hubiera dicho que estaban puestas allí como un simple motivo decorativo, como si formaran parte de un encantador cuadro al óleo... Sin embargo, no he sentido ningún placer al contemplar todo esto, pues sólo abrigo en estos momentos un deseo, casi obsesivo, y es el de marcharme cuanto antes

de aquí. Huir de ese sol, de esa llanura, de esas colinas, y sobre todo de mujeres gordas y chismosas como Rose, cuyas palabras acabarán convirtiéndose en una tortura para mí.

Al fin se ha decidido Rose a abandonarme. Me ha cogido la mano, la ha apretado afectuosamente entre sus gruesos dedos y me ha hecho una última advertencia:

—Ya sabe, hijita, que la señora Gouin es una mujer muy amable y hábil... Hará bien si va a verla con cierta frecuencia.

He pensado que, después de estas palabras, se iría, pero me equivocaba. Se ha detenido aún, para agregar en un tono algo misterioso:

—¿Puedo comunicarle que la señora Gouin ha quitado «grandes pesos» de encima a muchas señoritas de estos contornos? Cuando una nota algo anormal, la visita... y ya está. Esa mujer sabe mucho, y, además, es muy discreta.

He vuelto a creer que ya estaba a punto de marcharse, pero me he equivocado una vez más. Rose es incansable y ha insistido sobre sus últimas palabras.

—La señora Gouin es tan hábil como discreta —ha repetido—. Puedo asegurárselo, Célestine... Yo digo muchas veces que es algo así como la providencia de la región. Esperaremos su visita... ¿Verdad que vendrá a vernos? Hasta pronto, Célestine; hasta pronto.

¡Por fin se ha marchado! La he mirado mientras se

alejaba, balanceándose a lo largo de la valla, hasta que al final ha desaparecido de mi vista...

He entrado en casa y he pasado por delante de Joseph, que estaba rastrillando el césped. He presentido que deseaba hablarme..., pero no lo ha hecho. Se ha limitado a mirarme de una forma particular, que en cierto modo me ha hecho sentir temor. ¿Por qué? No sabría explicarlo.

—Hace un bonito día, ¿verdad, Joseph? —le he dicho.

Pero él se ha limitado a refunfuñar algo entre dientes. Sin duda se ha irritado porque me he permitido pasar por la avenida que él acababa de arreglar... Esto es lo que he supuesto mientras iba pensando que Joseph es un hombre muy raro. ¿Por qué habla tan poco? ¿Por qué no contesta correctamente cuando se le dirige la palabra?

Al llegar a las habitaciones de la señora, he visto en seguida que no estaba de buen humor. Me ha recibido hostilmente, diciéndome:

—Célestine, he de decirle que en lo sucesivo espero que no se retrase tanto... al volver de la iglesia.

Mi primer impulso ha sido replicarle, pues sus palabras me han enojado y puesto nerviosa, pero afortunadamente he podido contenerme..., limitándome a refunfuñar alga para mis adentros.

—¿Qué dice, Célestine?

—No digo nada, señora.

—Eso es mejor... A propósito, mucho le agradecería, o mejor dicho, le prohíbo terminantemente que se pasee por ahí y cotillee con la sirvienta del señor Mauger... Le advierto que no es una buena amistad para usted... ni para nadie. Por cierto, ¿se ha dado cuenta de que a causa de su dilación va hoy retrasada en sus faenas?

—¡Basta, basta ya! —me he dicho, replicándole en mi interior a la señora Lanlaire—: Hablaré con quien me parezca... y tú, esperpento de los demonios, no me dictarás ninguna ley ni me ordenarás absolutamente nada.» Me ha bastado oír su agria voz, ver sus asquerosos ojos y oír sus órdenes tiránicas para que se me haya pasado en el acto la mala impresión que me habían causado las amigas de Rose. Tenían razón. Y la mercera también la tiene.

Desde este mismo momento me hago el propósito de volver a ver a Rose... y a las demás. Lo haré cuantas veces se me antoje. Visitaré a la odiosa mercera y a la sibilina tendera... aunque sólo sea porque me lo prohibe la señora Lanlaire. Está decidido... ¡Bestia! No es más que una bestia. Jamás he servido a una patrona tan repugnante.

—No hace falta decir que me habría sentido más aliviada si todo esto hubiera podido arrojárselo en pleno rostro..., pero la experiencia me ha enseñado que en esta profesión no sirve de nada precipitarse. Soy una mujer que sabe esperar.

Después de la comida del mediodía, los señores han salido en coche. Todo ha quedado cerrado con llave, lo mismo los armarios que los aparadores y los escritorios. No hay forma de distraer ni un solo terrón de azúcar, ni de leer una carta indiscreta.

Ante tal panorama, he decidido quedarme en mi habitación y me he entretenido escribiendo a mi madre... y al señor Jean. He leído también *En famille,* que es un bonito libro... muy bien escrito. Es curioso: me gusta oír historias sucias, y hasta hacer comentarios más o menos obscenos, pero no me gusta leerlos en los libros. ¿Por qué? No sabría explicarlo... Los libros que más me gustan son los que consiguen hacerme llorar.

Para la cena la cocinera ha hecho cocido... Los señores Lanlaire estaban disgustados por algo, puesto que él se ha puesto a leer *Le Petit Journal* con una provocante ostentación... Sus dedos se crispaban sobre el papel, pero sus ojos seguían siendo dulces y un poco cómicos. Aun cuando esté encolerizado, sus ojos no cambian de expresión.

Al final, y como para entrar en conversación, aunque sin levantar en ningún momento la nariz del periódico, ha exclamado:

—¡Vaya! ¡Otra mujer despedazada!

La señora no ha dicho absolutamente nada. Ha seguido con su actitud fría y rígida, austera en su vestido de seda negra, mientras parecía pensar en algo, a juzgar por su frente arrugada. ¿En qué podría estar pensando?

Lo más probable es que sea por mi culpa por lo que la señora Lanlaire está enfadada con su esposo...

IV

26 de septiembre

Desde hace una semana no he podido escribir ni una sola línea en mi diario... Cuando llega la noche me siento terriblemente cansada, y no pienso más que en acostarme y dormir... ¡Dormir! ¡Si pudiera estar siempre durmiendo!

¡Oh, qué barraca ésta, Dios mío! Nadie, sin conocerlo, podría hacerse una idea de lo que es realmente esto... La señora me hace subir o bajar los dos pisos por cualquier cosa y no tengo tiempo de descansar ni un mal momento. A ella no la inquieta ni la preocupa si una está indispuesta... Los días en que lo estoy me duele terriblemente la cintura y siento como si me fuera a romper en dos partes, además de que sufro unos fuertes retortijones que casi me hacen gritar de dolor... Pero eso no le importa a la señora Lanlaire. Creerá que no hay tiempo para estar enferma, ni tiene una el menor derecho a sufrir. Parece que el sufrimiento es un lujo que sólo pueden permitirse los señores. La servidumbre, aunque esté a punto de desfallecer, debe mantenerse

constantemente en pie... Y si cuando se nos requiere, no corremos a obedecer, entonces vienen los reproches, las escenas y las represalias.

—Vamos, vamos... ¿Qué estaba usted haciendo que no ha venido cuando la he llamado? ¿Es usted sorda? Hace una hora que la estoy llamando.

¿Y todo para qué? A veces por un simple pretexto... Se oye el timbre, o la campanilla, una salta de la silla como impulsada por un resorte, llega adonde está la señora... quien se limita a ordenar:

—Tráigame una aguja...

—Aquí tiene, señora.

—Bien... Tráigame ahora el hilo.

—Aquí tiene.

—Ah, se me olvidaba. Búsqueme también un botón...

Se va en busca del botón, y entonces...

—¿Qué botón es ése? No le pedí un botón así... ¿Usted no comprende que necesito uno blanco y del número cuatro? ¡Vamos, dese prisa!

La señora Lanlaire disfruta enormemente con este tipo de órdenes sin lógica... Así es casi natural que me sienta rabiosa y que la maldiga. A veces, cuando regreso llevándole lo que ha pedido, ya no lo necesita.

Entonces no es de extrañar que haya días que acabe magullada y con las rodillas como anquilosadas. Hoy es uno de esos días. No puedo más... Pero estoy segura de que a esa puerca la satisface verme en este estado. ¡Y pensar que existen sociedades dedicadas a la protección

de los animales!

Pero esto no es todo, pues a veces la señora Lanlaire, cuando por la noche pasa revista a la lencería, suele decirme con su característico tono agresivo:

—¿Por qué razón no ha hecho nada hoy aquí, Célestine? Sepa que no le pago para que se pase el día haraganeando...

Esas injusticias me sublevan, y entonces ya no puedo evitar contestarle, aunque sea con una simple observación como ésta:

—La señora me ha estado mandando cosas durante todo el día...

Pero ella me responde:

—¿Cómo? ¿Qué dice?... En primer lugar, Celestine, le prohíbo que me conteste; no le admito la menor objeción; ¿lo comprende? Sepa que yo sé siempre muy bien lo que digo.

Después están los portazos, los constantes refunfuños, las malas miradas... En los pasillos, en la cocina, en el jardín... Durante la mayor parte de las horas del día no oigo más que a la patrona, chillando, renegando y despotricando contra todo el mundo. ¡Ah, es incansable! ¡Si por lo menos se quedara un buen día sin habla!

La verdad es que resulta inútil tomársela en serio, porque nunca se sabe lo que quiere, y sus órdenes responden la mayoría de las veces a simples caprichos. Lo que más me intriga es no descubrir la razón de ese

descontento... ¿Qué debe tener esa mujer en el cuerpo para estar siempre tan irritada? Bien sabe Dios, que de buena gana la dejaría plantada..., si supiera que iba a encontrar pronto otra colocación.

Hace un momento que estaba sufriendo lo indecible, mucho más de lo acostumbrado, pues tenía tal dolor, que era como si una fiera me estuviera desgarrando las entrañas... A media mañana ya había tenido alguna pérdida de sangre, y hasta me desmayé. ¿De dónde he podido sacar las fuerzas para seguir trabajando durante todo el día? No lo sé. En la escalera he tenido que apoyarme varias veces en el pasamanos para respirar y no caer. Me he mirado al espejo... y me he visto verde, al mismo tiempo que sentía un frío sudor que me empapaba hasta el cabello. No me faltaba en esos momentos más que aullar de dolor.

La verdad es que soy fuerte ante el sufrimiento físico y que puedo tener el orgullo de soportar lo que sea antes de que un patrón me oiga quejarme. Por ejemplo, la señora Lanlaire me ha sorprendido en el momento en que estaba a punto de desfallecer, cuando todo giraba a mi alrededor: escalones, barandillas, paredes, techos...

—¿Qué le ocurre? —me ha preguntado con su habitual rudeza.

—Nada, señora Lanlaire... No me ocurre nada.

He tratado por todos los medios de adoptar una actitud normal: Yo sabía que en aquellos momentos era algo imprescindible... Y lo he conseguido.

—Si no le ocurre nada, ¿por qué esa actitud? Debe saber, Célestine, que no me gustan las caras de entierro... A tal respecto, le diré que sus modales son en cierto modo desagradables.

A pesar de mi dolor, de buena gana la hubiese abofeteado...

En medio de todos estos inconvenientes, propios del oficio, siempre es un consuelo para mí recordar mis anteriores colocaciones... La que evoco hoy de una forma especial es la que tuve en la calle Lincoln. Allí ocupaba el puesto de segunda camarera y casi no hacía nada. Me pasaba prácticamente el día en la magnífica habitación dedicada a la lencería, cuyo suelo estaba alfombrado de fieltro y los roperos de caoba tenían cerraduras doradas. Una podía reírse y divertirse, podía decir tonterías, leer y hasta remedar las recepciones de la patrona, todo bajo la vigilancia de un ama de llaves que nos preparaba un excelente té, el mismo que tomaba la señora y que compraba en Inglaterra.

Algunas veces el mayordomo nos traía a escondidas pastelitos, caviar, jamón y otras cosas por el estilo... ¡Era comida de señores!

Recuerdo que una tarde mis compañeras me convencieron para que me pusiera un elegante traje del señor, del «coco», según le llamábamos. A veces nos

dedicábamos a juegos quizá un poco arriesgados, pues fuimos bastante lejos con nuestras bromas... Estaba tan rara con aquel traje de hombre y tanto me reí, que, no pudiendo aguantarme más..., dejé cierta humedad en aquel vestido que no me pertenecía.

¡Aquélla sí que era una buena colocación!

He comenzado a conocer ya al señor Lanlaire. Tengo razones para asegurar que es una excelente persona, y tan generoso que..., si él no lo fuera, es difícil que pudiera encontrarse en todo el mundo un canalla peor ni un ladrón más perfecto. Digo esto porque la necesidad que tiene de ser generoso lo lleva a cometer acciones que no pueden calificarse precisamente de ejemplares. Si la intención es loable en él, no lo es en los demás, por lo que el resultado de sus actos suele ser a veces desastroso... Es necesario reconocerlo así: su bondad es la causa de pequeñas villanías, como en el caso que voy a referir.

El pasado martes, un hombre bastante viejo, el señor Pantois, trajo a casa unas rosas que el señor Lanlaire, según pareció, le había encargado... sin que lo supiese la señora.

Estaba ya para anochecer y yo había bajado a buscar agua caliente para lavar unas ropas. La señora había salido de compras, creo, y aún no había regresado... Yo

estaba charlando con Marianne en la cocina cuando entró allí el señor, cordial y comunicativo, con el señor Pantois, y haciendo que le sirviéramos en seguida pan, queso y un vaso de sidra, comenzó a hablar con él.

Aquel hombre me inspiraba lástima por lo flaco y lo mal vestido que iba, pero sobre todo por lo agotado que parecía. Sus pantalones eran un puro remiendo, su gorra no podía tener más suciedad, y su camisa desabrochada dejaba al descubierto un pecho lleno de arrugas y ennegrecido como un cuero viejo... El buen hombre se puso a comer con voracidad.

—¿Qué, señor Pantois? —dijo de pronto el patrón—. ¿Se siente ya mejor?

—Ya lo creo, señor Lanlaire —le agradeció el anciano con la boca llena—. Es usted muy bueno... Si supiera que no he comido nada, lo que se dice nada, desde que salí de casa esta mañana...

—Está bien, está bien... Siga comiendo lo que quiera, señor Pantois.

—Es usted muy buena persona, señor Lanlaire...

El anciano cortaba trozos de pan y estaba mucho rato masticando, pues casi no tenía dientes. Después, cuando ya pareció que había aplacado el hambre, miró al señor Lanlaire, quien le preguntó:

—¿Y las rosas, señor Pantois?... ¿Son realmente bonitas?

—Las hay bonitas y menos bonitas; las hay de todas clases. Comprenda usted que no se pueden elegir y que

cuesta mucho arrancarlas, aparte de que el señor Porcellet es contrario a que las cojan en su jardín. Hay que ir lejos, muy lejos, para encontrarlas... Si le dijera que vengo del bosque de Raillon, a más de cinco leguas de aquí, quizá no me creería, señor Lanlaire..., pero ésa es la verdad.

Mientras el anciano hablaba y comía, el patrón se sentó a su lado. Con gesto alegre, dio unas palmadas en la espalda del viejo, diciéndole:

—¿Cinco leguas?... ¡Bendito señor Pantois! Siempre tan joven y tan jovial... Es increíble.

—No lo crea, señor Lanlaire...

—Entonces... diré que siempre está de tan buen humor y que se parece a un viejo turco. Hoy ya no quedan hombres como usted, puedo asegurárselo... En nuestro tiempo los hombres ya no se hacen de roca vieja como está hecho usted.

El anciano sacudió la cabeza, que tenía el color de la madera vieja, repitiendo:

—No lo crea, señor Lanlaire. Si usted supiera... La verdad es que las piernas me flaquean, mis brazos están ya débiles y en la cintura... ¡Ah, benditos riñones! Apenas me quedan fuerzas, y mi mujer sigue enferma en cama... Los medicamentos son demasiado caros y no puede terminar de curarse. Es casi imposible ser feliz en esta vida... ¡Si al menos uno no envejeciera! Creo que esto es lo peor de todo.

El señor Lanlaire suspiró, hizo un vago gesto y

después, resumiendo filosóficamente lo que había oído, añadió:

—Así es la vida, señor Pantois... No se puede ser y haber sido... Sí, eso es.

—Por supuesto... Es necesario comprender.

—Eso es.

—Todos tenemos una pena u otra, señor Pantois... Es irremediable.

—Eso es cierto, sólo que...

Siguió un silencio. Marianne picaba perejil y la noche caía ya sobre el jardín. Los dos grandes girasoles, que se veían a través de la puerta abierta, iban perdiendo su color, envueltos en las sombras... El señor Pantois continuaba comiendo. Su vaso estaba ya casi vacío, y el patrón volvió a llenárselo.

—Dígame, señor Pantois, ¿cuál es el precio de las rosas este año? —preguntó el señor Lanlaire.

—¿Las rosas dice usted? ¡Ah, sí! Este año valen veintidós francos el ciento... Es un precio alto, desde luego, pero le juro, señor Lanlaire, que me es imposible hacer este trabajo por menos dinero...

Entonces el patrón, como hombre generoso que no da importancia a la cuestión de dinero, ha interrumpido al anciano, que sin duda estaba dispuesto a darle las razones que justificaban aquel precio.

—Está bien, está bien, señor Pantois... Lo comprendo perfectamente. ¿Le he regateado nunca un franco? Sepa que no pienso pagarle esos veintidós

francos por sus rosas, sino que le pagaré veinticinco... ¿Está conforme?

—¡Ah, señor Lanlaire, es usted demasiado bueno!

—No, no... Soy simplemente justo con quien trabaja, y la prueba es que voy a cambiar otra vez de propósito. Le pagaré treinta francos...

El anciano levantó sus asombrados ojos hacia el patrón, balbuciendo agradecido:

—¡Ah, trabajar para ciertas personas es un auténtico placer! Usted, señor Lanlaire..., sabe lo que es trabajar.

—Entonces, de acuerdo... —dijo el patrón, cambiando de tono—. Iré yo mismo a su casa el domingo para pagarle, o sea, dentro de cinco días... ¿Le parece bien, señor Pantois?... Le prometo que llevaré mi fusil. ¿De acuerdo?

Las expresiones de reconocimiento se apagaron de pronto en el anciano, quien se quedó turbado, dejando incluso de comer.

—Es que... —añadió, con timidez—. Es que, señor Lanlaire, yo necesitaría el dinero hoy mismo... Aunque me pague usted a veintidós francos, preferiría...

—Vamos, vamos, señor Pantois —contestó el patrón—. Nada de eso. Le pagaré lo que hemos acordado, y lo haré inmediatamente... Lo único que pretendía era aprovechar la ocasión para hacerle una visita...

El señor Lanlaire empezó a registrar sus bolsillos, como buscando el dinero, pero después de unos

segundos fingió una gran sorpresa, y dijo:

—Vaya, ahora resulta que no llevo dinero suelto encima... No tengo más que billetes de mil francos... Pero supongo, señor Pantois, que tiene cambio de mil francos...

Al ver cómo sonreía el patrón, el anciano también sonrió, y contestó, con forzada alegría:

—Por favor, señor Lanlaire... No bromee. La verdad es que nunca vi un billete de ésos.

—Entonces..., hasta el domingo. ¿De acuerdo? —dijo el patrón:

El señor Lanlaire se había servido un vaso de sidra y se disponía a brindar por algo... cuando entró la señora como un huracán, sin que nadie oyese que se acercaba.

Al ver a su marido en aquella actitud con el anciano, se le pusieron blancos los labios y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Puede saberse qué sucede aquí?

—Son las rosas, querida... —le dijo el patrón—. Las ha traído el señor Pantois... Ya sabes que los rosales se secaron este invierno, y he pensado que...

—¡Aquí no se necesita ninguna clase de rosas! —exclamó irritada la señora.

Lo dijo en un tono tajante, dio media vuelta, soltando toda clase de injurias, y salió de la estancia, cerrando violentamente la puerta. Estaba tan colérica que ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba allí.

El patrón y el señor Pantois se levantaron algo

turbados, mirando con temor hacia la puerta por donde la señora había desaparecido, no atreviéndose a decir una palabra. Fue el señor Lanlaire quien al final rompió el silencio, diciendo:

—Entonces, quedamos así... Hasta el domingo, señor Pantois. No me olvidaré... Le pagaré a treinta francos.

—De acuerdo... Hasta el domingo, señor Lanlaire.

—No tiene usted por qué preocuparse.

—Es usted una buena persona, señor Lanlaire.

El anciano abrió la puerta, y con la espalda encorvada y las piernas vacilantes empezó a andar, perdiéndose en la oscuridad del jardín.

¡Pobre señor Lanlaire! Se puede suponer que recibió una dura reprimenda de su esposa.

En cuanto al señor Pantois, si alguna vez cobra el dinero de sus rosas, será como si le cayera la lotería.

No deseo darle la razón a la patrona, pero creo que el señor Lanlaire hace mal hablando de esa forma tan familiar con la gente que está por debajo de su condición social. Es así como se pierde la dignidad. Cualquiera puede comprender que su vida no es muy alegre, que digamos..., y que se defiende como puede contra el aburrimiento y la ociosidad. Para él la casa es como una tumba. Hay veces que llega de cazar y lo hace

cantando; se le nota que está contento. Pero así que entra, comienza la señora Lanlaire a chillarle y a hacerle toda clase de reproches.

—¡No sabes lo tranquila que estoy todo el día... no viéndote!

—Pero, querida...

—¡Cállate!

Lo que sigue a estas discusiones siempre es lo mismo... Ella se enfurruña para todo el día y adopta un gesto de extrema dureza, y él va detrás de ella a todas partes, balbuceando excusas con voz temblorosa.

—Pero, querida, tú sabes bien que...

—¡Cállate y haz el favor de dejarme en paz!

Al día siguiente el señor Lanlaire no sale de casa, creyendo que es lo mejor que puede hacer para no aumentar la irritación de su esposa, pero entonces ella, en el momento más inesperado, le grita:

—¡Oh, eres insoportable!... ¡No puedo verte dar vueltas por la casa como un alma en pena! ¿No se te ocurre nada que puedas hacer?

—Pero, querida...

—¡Ah, de verdad que no puedo soportarte! ¿Por qué no te marchas de ahí? Lo mejor que podías hacer es irte de caza. ¡Aquí siempre, me sacas de quicio!

El señor Lanlaire oye siempre los mismos reproches o parecidos, lo que le hace dudar de todo y adoptar cierto aire estúpido. El temor y la incertidumbre le impiden opinar o hacer las cosas con decisión. Para él,

hacer el menor gesto o tomar la menor determinación son problemas terribles... que siempre resuelve de la misma forma: huyendo de casa. Luego su esposa le gritará, pero así no la oye mientras está fuera.

La verdad es que el señor Lanlaire inspira una gran lástima.

La otra mañana, mientras tendía un poco de ropa, vi al señor Lanlaire trabajando en el jardín. El fuerte viento de la noche anterior había derribado algunas dalias y él las estaba volviendo a su posición natural.

Lo más frecuente es que, si el patrón no sale antes de comer, se ponga a trabajar en el jardín, librándose así de la pesadilla que es para él entonces la casa. La mañana a que me refiero parecía estar tranquilo, pues se le veía risueño y tenía brillantes los ojos. Según he observado, cuando tiene este aspecto es que está profundamente alegre. Dentro de la casa no me habla, y es como si me ignorara; pero fuera de ella no pierde oportunidad para dirigirme frases amables, aunque siempre se asegura de que la señora no le esté espiando. Cuando no me habla, me mira..., y entonces su mirada es más elocuente aún que sus palabras. Debo decir que me divierte mucho excitarle de la forma que sea, aun cuando no haya tomado todavía ninguna decisión al respecto.

La mañana a que me refiero, al pasar cerca de donde se hallaba inclinado sobre las dalias, acorté con toda intención el paso, y le dije:

—¡Oh, cómo trabaja el señor esta mañana!

—Ah, sí... Ya lo ve —respondió—. Aquí estoy con estas benditas dalias.

Después me indicó que me detuviera un momento y me dijo:

—Bien, Célestine... Espero que ya se haya acostumbrado a esto.

Era su manía de siempre. Y también su misma dificultad para iniciar la conversación. A fin de no ponerlo en evidencia, le contesté en seguida:

—Creo que sí, señor... Creo que me voy acostumbrando.

—Vaya, menos mal. Le aseguro que es una suerte...

Al decir esto se puso de pie, repitiendo varias veces las mismas palabras. ¿Qué era lo que realmente deseaba decir? ¿O era simplemente que no quería perder el hilo de la conversación para poder continuarla?

En aquel momento separó unos fragmentos de rafia y los anudó por un extremo, mientras permanecía con las piernas separadas, hasta que al final, con una mirada abiertamente obscena, me dijo:

—Apuesto algo, Célestine, a que en París usted lo pasaba algo más que bien... Dígame, ¿me equivoco?

La verdad es que no esperaba aquellas palabras y sentí unas ganas de reír... Pero pude contenerme, y lo

que hice fue bajar los ojos, fingir que estaba enojada y hacer lo posible para no ruborizarme. Entendí que aquello era lo que correspondía.

—Oh, señor... —dije, con claro tono de reproche.

—¿Qué? ¿No es normal que una bonita muchacha como usted, con unos ojos tan atractivos, haya hecho sus conquistas?... Yo no creo que eso sea nada malo. A mí me gusta mucho que la gente se divierta, y en cuanto al amor, soy completamente partidario de él...

Por lo que pude observar según iba hablando, el señor Lanlaire se estaba animando. En su robusto cuerpo me fue posible observar signos más que evidentes de su exaltación amorosa. Se puso rojo y el deseo le encendía los ojos. Al llegar a este punto, me creí en la obligación de arrojar sobre el fuego una ducha de agua fría, por lo que le dije, con la mayor dignidad:

—El señor se equivoca... Debe referirse a otra clase de sirvientas. Puedo asegurarle que soy una mujer honesta...

Hice una pausa, como para reflexionar en medio de mi fingida indignación, y luego agregué:

—El señor merecería que ahora fuese a quejarme de sus palabras a la señora...

Y me dispuse a marchar, pero el señor Lanlaire me sujetó por el brazo.

—¡No...!¡No, por favor! —me pidió.

Aún ahora no entiendo cómo pude sostener aquella escena sin soltar la risa; tuve que hacer acopio de toda

mi voluntad para impedir que pasara de mi garganta y no brotara lo que parecía una inminente carcajada.

Porque el señor Lanlaire ofrecía un aspecto sumamente ridículo. Estaba lívido, tenía la boca abierta y el aspecto de esos tontos de pueblo que te miran rascándose la nuca sin darse cuenta.

Más allá de donde estábamos había un viejo peral cargado de frutos, con las ramas cubiertas de liquen y musgo. Desde lo alto de un castaño, los chillidos de una urraca parecían una burla directamente hecha a la actitud del patrón, que cada vez se sentía más embarazado por el silencio, hasta que al final, después de dolorosos esfuerzos que convertían su expresión en una mueca, dijo:

—¿Le gustan las peras, Célestine?

—Si, señor...

Esta contestación la hice sin perder mis aires de dignidad y con una especie de indiferente altanería. Ante el temor de ser descubierto por su mujer, el señor Lanlaire vaciló algunos segundos, hasta que de pronto, como si se tratase de un pilluelo, arrancó una pera del árbol y me la tendió.

Lo cierto es que daba una profunda pena verle, pues sus rodillas se doblaban y sus manos temblaban.

—Tome, Célestine... Por favor, escóndala en su delantal. ¿En la cocina nunca le dan fruta?

—No, senor...

—Está bien... Procuraré dársela yo de vez en cuando,

aunque sólo sea para contribuir a que se sienta usted más feliz en esta casa...

La sinceridad, la ingenuidad y la vehemencia de su deseo, como la torpeza que mostraba en sus gestos y palabras, acabaron por enternecerme.

Procuré suavizar mi altanera expresión, sonreí medio irónica, pero también afectuosamente, y le dije:

—¡Oh...,señor! Si la señora lo viera...

Vi cómo aumentaba su turbación, pero como nos separaba de la casa una espesa cortina de castaños, acabó reponiéndose y adoptó una actitud de arrogancia, acabando por exclamar, gesticulando con ampulosos ademanes:

—La señora, la señora... Si es necesario, me burlo de ella; no vaya a creerse usted... Lo que sucede es que... Bueno, la verdad es que estoy harto de mi mujer, y como me haga la vida imposible, cualquier día haré algo que no se espera...

—¿Qué quiere decir el señor? —pregunté–. No creo que fuese justa una actitud así... Después de todo, la señora es bastante amable...

—¿Amable? —exclamó, con gesto de sorpresa—. ¿Cómo puede usted decir eso? ¿No se ha dado cuenta de que es ella quien ha arruinado mi vida? Míreme bien, Célestine. No soy nada. Todo el mundo se ríe de mí, y la culpa es suya. Mi mujer es... es... una vaca. ¡Eso, una vaca!

Hice todo lo posible para calmarlo. Le hablé con

suavidad y elogié hipócritamente su energía, su sentido del orden y su hombría, sin olvidarme de las virtudes domésticas de la patrona... Pero cada frase le exasperaba más, y me costó apaciguarle.

—Ah, es usted tan buena, Célestine... —balbució cuando lo conseguí. Es usted tan... tan dulce..., y sobre todo es usted tan diferente de esa..., de esa vaca que tengo por mujer...

—Vamos, señor, no diga esas cosas.

Pero él insistió:

—Es usted tan... tan dulce... Y eso que no es más que una sirvienta. La verdad es que no lo comprendo... De pronto se quedó cortado, calló un instante y después se me acercó más para decirme en voz baja: —Si usted quisiera, Célestine...

—Si yo quisiera..., ¿qué, señor?

—Si usted quisiera... En fin, ya sabe a lo que me refiero. Estoy seguro de que lo sabe...

—¿Debo entender que el señor querría que engañara a la señora con él? ¿Debo pensar que lo que desea es que haga porquerías con él?

Estaba claro que el patrón no reparaba en mi expresión y se dejó arrastrar por sus deseos, pues vi cómo los ojos se le salían de las órbitas, cómo se le hinchaban las venas del cuello y cómo se le humedecían extrañamente los labios. Con voz ahogada, dijo:

—Pues sí. Eso es lo que usted debe pensar. ¿Y por qué no?

—Es indudable que el señor no…

—Célestine —me interrumpió—, la verdad es que no pienso en otra cosa.

Estaba rojo y casi congestionado.

—¡Ah!, el señor va a empezar otra vez a…

No me dejó seguir. Me atrajo hacia él, cogiéndome las manos.

—Pues sí —murmuró—. Empezaré de nuevo una y mil veces, porque estoy loco por usted, Célestine. Eso es: loco… No puedo remediarlo. No duermo, ni como, ni me siento bien… Por favor, Célestine, no tenga ningún miedo de mi. No soy ningún bruto, ni tampoco la dejaré embarazada, se lo prometo… Esto último se lo juro. Yo… yo…, nosotros… nosotros…

—Una palabra más, señor Lanlaire, y le juro que se lo cuento todo a la señora… Piense un momento en la posibilidad de que alguien le viera en ese estado… ¿Qué podría pensar sino lo peor? Y lo peor… es algo que a mí no me favorece nada.

Pareció que le convencía, porque en seguida le vi como apenado y avergonzado, sin saber qué hacer con las manos. Miraba al suelo sin ver, hasta que, convencido, se puso de nuevo a ordenar las dalias caídas, gimiendo:

—Célestine, si le he dicho eso… ha sido por hablar algo. Lo mismo habría podido decirle otra cosa, ¿comprende? Espero que no me guarde rencor… Y espero, sobre todo, que no le diga nada a la señora. Sin

embargo, si alguien nos hubiera visto... ¿Cree usted que alguien nos ha podido ver?

Escapé para no echarme a reír. ¡Tenía tantos deseos de hacerlo! Pero también sentía en mi interior una especie de emoción maternal... ¿Cómo podría explicarse una cosa así?

La verdad era ésta: Aun cuando el patrón no me agradaba para acostarme con él, al mismo tiempo pensaba que no había motivo para tanto reparo, porque un hombre más o menos..., ¿qué importancia podía tener en fin de cuentas? Podía hacer feliz al pobre infeliz... y sentirme yo también dichosa. ¿Dichosa de qué?, se me habría podido preguntar... Pues muy sencillo: dichosa al poder dar mi amor a los demás. Siempre he creído que dar amor es mejor que recibirlo... A veces he sentido que mi carne permanecía insensible a las caricias, pero ver al otro dichoso es ya una felicidad. Además, hacer feliz al patrón supondría una especie de venganza contra la crueldad de la señora... Pero lo cierto es que por el momento no he decidido aún nada sobre el particular. Veremos lo que ocurrirá más adelante.

El señor Lanlaire no salió en todo el día de casa... Acabó de enderezar las dalias, y por la tarde se encerró en la leñera, donde estuvo más de cuatro horas partiendo troncos... Desde el cuarto de la ropa oía los hachazos.

Los señores pasaron la tarde de ayer en Louviers. El patrón tenía una cita con el abogado y la señora con la modista... ¡Vaya modista! Aproveché el rato que me quedaba libre para visitar a Rose, a quien no había vuelto a ver desde aquel domingo. He de decir que no me molestó conocer al mismo tiempo a su reverenciado capitán Mauger.

Se trata de un tipo algo extraño: tiene cabeza de carpa, bigote y una larga y estrecha barba gris. Es delgado, nervioso y muy inquieto. Parece que está siempre trabajando, en el jardín o en una especie de taller, donde se dedica a la carpintería, mientras canta canciones militares e imita la trompeta de su antiguo regimiento.

El jardín es muy bonito y está dividido en tabladas cuadradas, donde el capitán cultiva flores muy raras, de esas que sólo se ven en los jardines de los curas ancianos.

Cuando llegué, Rose estaba sentada a la sombra de una acacia, frente a una rústica mesa, en la que tenía su costurero. Vi que zurcía unas medias. El capitán estaba inclinado sobre el césped y llevaba un viejo gorro de policía. Se ocupaba en taponar los agujeros de una manguera que se le había roto el día anterior.

Ambos me acogieron con mucha amabilidad. Rose llamó en seguida a un pequeño criado para que trajera una botella de licor y unos vasos.

Después de las frases de saludo y cortesía, el capitán dijo:

—Dígame, señorita, ¿aún no ha reventado ese Lanlaire? ¡Ah!, la verdad es que la compadezco por tener que servir en ese antro, donde no sé quién es más odioso, si el crápula del dueño o la bestia de su mujer...

Me explicó que hasta hacía algún tiempo habían vivido como buenos vecinos e inseparables amigos, pero que una discusión a causa de Rose les había indispuesto y que ahora se odiaban a muerte. Al parecer, el señor Lanlaire reprochaba al capitán que sentara a su sirvienta a su misma mesa, pues esto significaba un desprecio a las categorías sociales.

El capitán, como para dar más fuerza a sus palabras, añadió:

—En la mesa donde como yo. Figúrese, señorita... ¡Como si quisiera admitirla en mi cama! ¿Qué le importa a él lo que yo haga en mi casa? ¿No le parece a usted, señorita, que la actitud de su patrón es inadmisible?

—Por supuesto que sí, señor capitán...

Rose, con gesto púdico, suspiró entonces:

—Un hombre solo... es natural que obre así. ¿No piensa usted igual, Célestine?

—Por supuesto que sí, Rose... —volví a convenir.

El capitán me siguió contando el episodio de su desavenencia con mi patrón... Después de aquella famosa discusión, que faltó poco para que terminara a

golpes, los dos viejos amigos se dedicaron a hacerse mutuas charranadas y a procesarse judicialmente. Podía decirse que se odiaban y se perseguían con encarnizamiento.

—Confieso —dijo el capitán en un momento de su explicación— que no pierdo ocasión de arrojar todas las piedras que encuentro en mi propiedad por encima de la cerca, sin importarme donde puedan caer... Lo que más lamento es que no caigan sobre la cabeza de ese cochino.

Al decir esto, viendo una piedra en el suelo, la cogió, se acercó sigilosamente a la cerca, donde tomó impulso, y la arrojó con todas sus fuerzas al jardín de los Lanlaire. Casi al momento se oyó un ruido de cristales rotos. Entonces el capitán se volvió triunfante hacia nosotras y, retorciéndose de risa, exclamó:

—¡Ajá! ¡Otro cristal roto! Ya veo ir al vidriero a casa de los Lanlaire. Me divierto mucho cuando veo a ese buen hombre que, llamado por esos cochinos, va a hacer su trabajo... Entonces pienso que es un trabajo que le he proporcionado yo... ¡Ja, ja, ja!

Rose miraba al capitán de una forma casi maternal, y sus palabras parecía que se las inspiraba ese sentimiento, pues me dijo:

—Mírelo, Célestine... Es como un niño. ¿No se lo parece a usted?

Después de beberse un vasito de licor guindado, el capitán quiso hacerme los honores de la casa,

invitándome a dar una vuelta por el jardín. Rose dijo no poder acompañarnos a causa del asma, y nos recomendó que no tardásemos en regresar...

—Sepan que les vigilo... —dijo, en tono de broma.

El capitán me llevó a través de los senderos, bordeados de boj y de flores, diciéndome que aquéllas eran indudablemente más bonitas que todas las que pudiera tener nunca «el cerdo de Lanlaire». Luego arrancó una florecilla anaranjada, algo rara, pero muy vistosa, y me la ofreció, diciendo:

—¿Ha comido usted flores alguna vez?

No hace falta decir que aquella pregunta me sorprendió y me desconcertó, quedándome muda y sin saber qué contestarle. Entonces me dijo:

—A mí me agradan muchísimo... Les encuentro un gusto exquisito. Prácticamente sé el sabor de todas las flores que usted ve en mi jardín. Las hay exquisitas, buenas, simplemente buenas..., y algunas no valen nada o son insípidas. Debo decirle que a mí me gusta probarlo todo... Soy un hombre que come de todo.

Al decir esto, guiñó los ojos, chascó la lengua y, golpeándose el vientre con las manos, repitió, en tono desafiante:

—Soy un hombre que come de todo. Puede creerme, señorita Célestine.

El tono en que el capitán proclamó esta extraña profesión de fe me reveló que, indudablemente, su gran vanidad consistía en «comer de todo». Al oírlo, me dije

que tenía que resultar divertido halagar una manía como aquélla.

—Le creo y tiene usted toda la razón, capitán...

—Claro que sí —me contestó él, con cierto orgullo—. Y sepa que no sólo como plantas, sino también animales... A veces son animales que nadie ha comido y que ni siquiera son conocidos, lo cual supone un peligro, pero... ¡Yo soy un hombre que come de todo!

Continuamos nuestro paseo por entre las flores, que balanceaban al viento sus corolas azules, amarillentas y rojas. Hubo un momento en que tuve la impresión de que el capitán, al mirarlas, tenía en su vientre unos especiales espasmos de alegría. Lo cierto era que su lengua pasaba continuamente por sus resecos labios.

Le confesaré, señorita Célestine —continuó diciéndome—, que aquí no hay ninguna clase de insectos, pájaros o gusanos que yo no haya probado. Por ejemplo, he comido garduñas, culebras, grillos, ratas... En la región es muy conocida esta debilidad mía, y cuando alguien encuentra un bicho raro, vivo o muerto, me lo trae... y me lo como. En invierno, debido a los grandes fríos, pasan por aquí pájaros desconocidos que vienen de América, o quizá de más lejos... Por lo regular, resultan platos exquisitos. Apuesto a que no hay nadie en el mundo, ni lo ha habido nunca, que haya comido de todo.

Una vez terminado el paseo alrededor del jardín, volvimos a sentarnos bajo la acacia, cerca de la cual

estaba Rose, que seguía con su labor casera de zurcir.

Cuando ya estaba para irme, el capitán me dijo:

—Ah, señorita Célestine, me olvidaba de mostrarle algo muy curioso que... usted, seguramente, no ha visto nunca.

Y con voz estentórea, gritó a alguien:

—¡«Kléber»! ¡«Kléber»!

Entre dos de sus estruendosos gritos, me explicó:

«Kléber» es... es mi hurón de caza. Un auténtico fenómeno, señorita Célestine. Ahora verá usted... ¡«Kléber»! ¡«Kléber»!

Al final, en una rama y entre dos hojas amarillentas, apareció un hocico rosado y unos ojillos muy negros, brillantes y en extremo vivaces.

—¡Ah!..., ya me figuraba que no podías estar muy lejos —dijo el capitán al verle—. «Kléber», ven aquí.

El animal recorrió la rama, se aventuró por el tronco del árbol, descendió con cierta prudencia, hundiendo sus uñas en la corteza... Su cuerpo era blanco, tenía unos movimientos suaves y ondulaba al andar de una forma graciosa. Cuando estuvo en el suelo, saltó a las rodillas del capitán, que lo acarició, sonriéndole.

—Ah, ya está aquí el bueno de «Kléber». ¿Verdad que es encantador, señorita Célestine? —dijo el capitán.

Y se volvió hacia mí para añadir:

—Apuesto algo a que nunca vio un hurón tan bien domesticado... Me sigue a todas partes como si fuese un perrito. No tengo más que llamarlo y viene dócilmente,

agitando su colita... Usted misma acaba de verlo. Come y duerme con nosotros en la casa, pudiendo decirse que quiero tanto a este animal como a una persona... Hace poco me ofrecieron por él trescientos francos, pero no lo daría ni por mil... Ni tampoco por dos mil. «Kléber», ven aquí.

El animal levantó la cabeza, trepó sobré su amo, Llegando hasta los hombros del capitán, y se enroscó a su cuello como si se tratase de una estola. Rose no decía nada, pero yo hubiese dicho que se sentía molesta.

En aquel momento, y no sabría decir por qué, una idea infernal pasó por mi cabeza.

—Apuesto algo —dije de pronto al capitán— a que por nada del mundo se comería ese animal...

Y le señalé el hurón, que seguía haciéndole zalamerías en el cuello.

El capitán me miró con inusitado asombro, y su rostro pareció invadirse de una infinita tristeza. Sus ojos se volvieron redondos y sus labios sufrieron un raro temblor.

—¿«Kléber»? —balbució—. ¡«Kléber», baja de ahí!... ¿Comerme a «Kléber»?

Estaba claro que el capitán no se había planteado nunca la posibilidad de comerse a «Kléber», él, que había probado toda clase animales... Me figuro que mi insinuación le abrió un mundo nuevo, puesto que jamás había pensado en aquel comestible... que no hubiese vendido ni por dos mil francos.

—Apuesto algo —insistí con ensañamiento— que por nada del mundo se comería usted, mi querido capitán, ese valioso animal... ¿Me equivoco?

El señor Manger estaba asustado, sin duda alguna, y como dominado por una extraña angustia, que debía tener su origen en la duda y en la indecisión... Hasta que al fin, movido por una misteriosa e invencible sacudida, el viejo capitán se levantó de su banco con la mayor agitación, tartamudeando:

—Repita eso... Repita eso, señorita Célestine... ¿Qué es lo que en realidad quiere decir?

—Muy sencillo: que no creo que usted, tan aficionado a probar toda clase de animales, se atreva a comerse ese hurón, al que tanto aprecia...

—¿Y por qué no? ¿Quiere decir que me cree incapaz de comerme a «Kléber»?

—No es que no le crea capaz, señor Manger, sino que no lo haría, quizá porque le parecería casi inhumano...

—No siga, señorita Célestine. Le voy a demostrar que está equivocada... dijo, en un tono casi furioso.

Y cogió al hurón por el lomo como el que coge una barra de pan, y de un golpe seco lo mató, arrojándolo luego sobre la mesa. El animal no se debatió, no pudo vérsele ni un espasmo.

El capitán Manger le gritó entonces a Rose:

—Esta noche me harás un buen guisado con él... Y con un claro nerviosismo echó a correr, desapareciendo

en el interior de la casa.

A pesar de ser yo la inductora de la acción, o tal vez por ello, pasé unos minutos de indecible horror. Aturdida por la escena que acababa de presenciar, me levanté para marcharme definitivamente. Creo que estaba muy pálida.

Rose, sonriendo, me acompañó hasta la puerta, diciéndome en tono confidencial:

—Célestine, debo decirle que no estoy enojada por lo que acaba de ocurrir... El capitán quería mucho a su hurón; quizá demasiado. Comprenda que estoy en mi derecho de tener celos de todo lo que él ama... Por ejemplo, también considero que ama demasiado a sus flores...

Calló por unos instantes, como reflexionando, y después agregó:

—En fin, como he de estarle agradecida, me creo en la obligación de advertirle que el capitán no le perdonará jamás lo sucedido...

—¿Por qué? —pregunté yo, un poco extrañada.

—Pues porque es una de esas personas a las que no se pueden desafiar... No olvide que ha sido militar.

Continuamos andando y unos pasos más allá volvió a hablarme, acentuando su tono de advertencia:

—Creo que debo decirle también que tenga cuidado, hija mía, pues ya se empieza a hablar de usted por aquí... Parece que el otro día la vieron en el jardín con el señor Lanlaire...

—¡Vaya por Dios! —exclamé, sin poder reprimirme.

—Si, sí, ya sé... La gente es muy mal intencionada, pero créame que eso es una imprudencia... Ese cerdo acabará seduciéndola, si no lo ha hecho ya. No sé cómo se las compone, pero lo consigue con todas, y no olvide que en cada caso, a las primeras de cambio, la muchacha en cuestión siempre ha salido de la misma forma: ya sabe, con la barriga llena... Yo sé que usted es diferente..., y en eso confío para que no le ocurra lo que a las otras. ¿Comprende?

—No se preocupe, Rose...

—Bien, hasta pronto, Célestine... Debo dejarla porque tengo que preparar ese guisado.

No pude remediarlo... Durante todo aquel día tuve ante mis ojos el cadáver del pobre hurón, tendido sobre aquella mesa del jardín. Y por la noche, durante la cena, me ocurrió lo mismo. Al servir el postre, la señora me dijo con cierta irritante severidad:

—Célestine, si le gustan las ciruelas, no tiene más que pedirlas... Yo veré si puedo darle... Pero le prohíbo terminantemente que se sirva fruta usted misma. ¿Comprendido?

—No soy ninguna ladrona, señora... —le respondí—. Además, sepa que no me gustan las ciruelas; así es que...

—Pues yo estoy segura de que usted ha comido ciruelas en mi ausencia... —insistió.

—A la señora debe bastarle con mi palabra... —contesté—. Pero si considera que soy una ladrona, y

que miento, yo le propongo que me despida... cuando me tenga arreglada la cuenta.

La señora Lanlaire arrancó entonces de mis manos el plato de ciruelas... y me lo mostró, diciendo:

—¡Fíjese bien, Célestine! El señor se comió cinco ciruelas esta mañana... y anoche puse yo aquí treinta y dos. Ahora hay veinticinco, o sea, que faltan dos... ¡Que no vuelva a suceder!

Era verdad. Me había comido dos ciruelas... La muy cochina las había contado. ¡Increíble! Nunca pensé que existiera en el mundo una patrona así.

V

28 de septiembre

Ha muerto mi madre.

Esta mañana me ha llegado una carta en la que se me comunica la noticia. Aunque de mi madre no he recibido nunca más que golpes, no he podido evitar sentir una gran pena, por lo que me he puesto a llorar desconsoladamente.

La señora Lanlaire me ha visto y me ha preguntado:

—¿Qué le ocurre, Celestine?

—Mi pobre madre ha muerto...

Y entonces, en su tono de costumbre, se ha limitado a decir:

—Es una desgracia, indudablemente. Espero que comprenda que yo nada puedo hacer... Y espero también que el trabajo de la casa no se resienta de su natural aflicción. A fin de cuentas, una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Estas palabras demuestran que la bondad es algo de lo que la señora Lanlaire no anda muy sobrada.

Mi sentimiento de desdicha es doble. No sé por qué,

pero tengo la impresión de que la muerte de mi madre y la del hurón del capitán Manger... son una misma cosa. Veo en ambas muertes una coincidencia, no sólo en el tiempo, sino también en la forma de destino que se oculta en ellas. Hasta he pensado en un castigo del cielo, y me digo que es posible que mi madre no hubiese muerto... si yo no hubiera acosado al capitán para que matara al hurón. En este sentido, no me sirve de nada razonar que forzosamente tuvo que morir mi madre bastantes horas antes que el hurón. No creo que haya nada que pueda convencerme de tan maléfica idea... Me viene persiguiendo como un remordimiento durante todo el día.

Habría querido ir al entierro..., pero, para mí, Audierne es como si estuviera al otro lado del mundo, y no dispongo del dinero suficiente. Cuando cobre el primer mes de mi sueldo, tendré que pagar a la oficina de colocaciones, además de lo que quedé a deber durante los días que estuve sin trabajo.

¿Y para qué ir allí? Mi hermano está haciendo el servicio militar en la marina y en estos momentos creo que se halla por China... No sé a ciencia cierta dónde, pues hace ya bastante tiempo que no tengo noticias de él. En cuanto a mi hermana Louise, tampoco sé dónde se encuentra. Desde que lo abandonó todo, para seguir a Jean le Duff, en Concarneau, no hemos sabido nada de ella. Hay que suponer que habrá ido rodando de aquí para allá, sin que nadie sepa dónde, y puede que ni

siquiera el diablo... A veces incluso pienso si estará muerta. También mi hermano habría podido dejar de existir. En el fondo, es como si estuviera sola en el mundo.

Estoy en lo cierto, no me cabe la menor duda... ¿Para qué ir a Audierne? ¿Qué adelantaría si no tengo ya a nadie allí? Mi madre no habrá dejado nada de valor, estoy segura, y sus pocos muebles no serán suficientes ni para pagar el aguardiente que deba a la cantina.

Lo que me extraña más es que mientras vivió casi no me acordaba de ella ni deseaba verla... Sólo le escribía cuando cambiaba de empleo, para darle mi nueva dirección. ¡Me maltrató tanto en mi niñez esa mujer que ahora ha dejado de existir y por la que yo estoy en el mundo...! Y sobre todo, ¡fui tan desgraciada con ella...! Estaba siempre borracha... La vida no fue para ella un cuento de hadas. Y ahora, cuando he sabido que ha muerto, no puedo evitar sentir pena, aunque sólo sea porque desde que he recibido la noticia me siento más sola que nunca en el mundo.

Recuerdo mi infancia con la mayor precisión... y veo con claridad los seres entre los que comencé el duro aprendizaje de la vida. Las cosas de este mundo están injustamente repartidas: mucha felicidad para unos y muchas penas para otros. Esto fue lo primero que aprendí.

Una noche, cuando yo aún era muy pequeña,

recuerdo que nos despertó con sobresalto la sirena de un barco salvavidas. Nadie que no haya vivido junto al mar puede saber lo lúgubres que son esos avisos de alarma en las noches de tormenta. La barra del puerto estaba cubierta por las aguas desde la víspera y una violenta tempestad azotaba toda la costa. Sólo habían conseguido regresar unas pocas chalupas... y las demás estaban en peligro.

Mi padre había salido a pescar por los alrededores de la isla de Sein, y por eso mi madre estaba tranquila, pues suponía que habría podido refugiarse en el puerto de la isla, como ya había hecho otras veces... Sin embargo, aquella noche, cuando fue despertada por la sirena del barco de salvamento, se levantó de la cama pálida y temblorosa, me cogió en brazos, me envolvió en un grueso chal de lana y se dirigió al muelle. Mi hermana Louise, que era ya mayorcita, y mi hermano, algo más pequeño, la siguieron, gritando y gimiendo:

—¡Ay, Virgen Santa!

—¡Ah, Jesús. Nuestro Señor!

Mi madre también exclamaba:

—¡Dios mío! ¿Qué habrá ocurrido? ¡Ay, Virgen Santa!

Las calles del pueblo estaban llenas de gente. Las mujeres, los ancianos y los niños corrían de un lado a otro como llevados por el diablo. La multitud, como sombras asustadas, se iba amontonando en los muelles, que era donde gañían las sirenas de los barcos.

El viento soplaba tan fuerte y las olas eran tan gigantescas que no había nadie que pudiera acercarse adonde amarraban los barcos.

Mi madre tomó el sendero que rodeaba el estuario y llegaba hasta el faro. Todo se hallaba sumergido en las sombras, tanto en tierra como en el mar. Los haces de luz del faro, allá lejos, iluminaban la espuma de las enormes olas blanquinosas.

—¡Ay, Virgen Santa!

—¡Ah, Jesús Nuestro Señor!

—¡Dios mío! ¿Qué habrá ocurrido?

Acunada por el ir y venir de mi madre, acabé por quedarme dormida en sus brazos. Recuerdo que cuando me desperté me encontraba en una sala muy grande... y entre la gente, muy triste, y junto a un par de velas, vi un cadáver, un espantoso cadáver, desnudo, rígido y con la cara destrozada, además de tener el cuerpo y las piernas llenos de heridas... Era mi padre.

Aún me parece estar viéndolo... Tenía los cabellos pegados al cráneo, mezclados con algas, que formaban como una corona alrededor de su cabeza. Algunos hombres se hallaban inclinados sobre él, frotando con paños calientes su cuerpo e insuflándole aire en los pulmones por la boca. Allí estaban el alcalde, el párroco, el encargado de las aduanas, el guardia marítimo... De pronto sentí miedo. Me quité el chal, y deslizándome por entre las piernas de los hombres y por las baldosas mojadas, me puse a gritar y a llamar a mi padre y a mi

madre... hasta que una vecina me llevó a casa.

Los esfuerzos de aquellos hombres para reanimar a mi padre fueron inútiles.

A partir de entonces, como en una especie de desesperación, mi madre se entregó a la bebida. En los primeros tiempos trabajó en las sardineras, pero como siempre estaba embriagada, al final ningún patrón le quería dar trabajo. Entonces se quedó en casa y se le fue agriando el carácter, sin que dejara de beber. Cuanto más borracha estaba, más irracional era su conducta.., y más nos golpeaba. Hoy me extraño de que en alguna de aquellas palizas no me lastimara nunca gravemente, pues se ensañaba conmigo de una forma animal.

Mi única defensa era escapar de casa, lo que hacía siempre que me era posible. Me pasaba el día jugando en los muelles, vagabundeando por las plazas o chapoteando por los charcos en los días de marea baja.

A veces, en un matorral cercano a la carretera de Plogoff, me entretenía haciendo travesuras con los niños. Al volver por la noche a casa, siempre encontraba a mi madre echada en el suelo, inerte y con la boca sucia por los vómitos. No lejos de ella había indefectiblemente una botella, si no la tenía en la mano. A veces me vi obligada a saltar sobre su cuerpo.

Cuando se despertaba, era terrible, pues la invadía

una inexplicable locura de destrucción.. Sin escuchar mis súplicas ni mis gritos, me hacía saltar de la cama y me perseguía por la casa, hasta que me alcanzaba y me golpeaba, incluso dándome con la cabeza contra los muebles, mientras gritaba incansablemente:

—¡Tengo que matarte! ¡Tengo que sacarte la piel a tiras!... ¡Un mal bicho como tú no merece seguir viviendo!

Más de una vez creí de verdad que iba a morir.

Más adelante, a fin de procurarse dinero para la bebida, mi madre acabó pervirtiéndose y recibiendo hombres en casa todas las noches. Eran casi siempre marineros, que impregnaban toda la casa de humedad y de olor a pescado... Había noches que recibía a varios. Cada uno de ellos permanecía en la habitación alrededor de una hora y media, después se marchaba... y llegaba otro. En varias ocasiones hubo algunos escándalos en la calle, hasta el punto de que tuvieron que intervenir los gendarmes.

Así transcurrieron varios años. Como consecuencia de la conducta de mi madre, tanto mi hermana como mi hermano y yo no éramos bien considerados en parte alguna. Los muchachos de nuestra edad se alejaban de nosotros y las gentes honradas nos echaban casi a palos de la puerta de su casa, adonde íbamos a merodear o a pedir limosna.

Un día mi hermana Louise, que también había comenzado a tener relaciones íntimas con los

marineros, huyó de casa… con uno de ellos. Mi hermano hizo lo mismo poco después, y se enroló de grumete en un barco. Así fue como me quedé sola con mi madre.

A los diez años perdí mi castidad… Iniciada sobre lo que es el amor por el triste ejemplo de mi madre, y pervertida por las pillerías a que me entregaba con los chicos de mi edad, me había desarrollado físicamente de forma precoz. A pesar de las privaciones y de los golpes, quizá debido al aire del mar, crecí muy rápidamente, hasta el punto de que a los once años conocí ya los síntomas que anuncian la pubertad de la mujer.

Por lo tanto, a los diez años, bajo mi apariencia de niña, puede decirse que era ya casi una mujer…, pero no virgen. ¿Esto quiere decir que fui violada? Nada de eso. Entonces, ¿lo hice conscientemente? Pues sí… Al menos así puede decirse que ocurrió en la medida que lo permitía la ingenuidad de mis conocimientos sobre la materia, o, para decirlo de otro modo, en la medida que podía ser consciente dentro de la candidez de mi depravación.

Recuerdo perfectamente cómo sucedió todo… Un domingo, después de misa, el contramaestre de una sardinería, un viejo tan velludo como maloliente y cuyo rostro estaba casi totalmente cubierto por una greñuda barba, me llevó a la playa, junto a Saint-Jean. Allí, en un

escondrijo del acantilado, en un oscuro hueco de entre las rocas, donde las gaviotas hacían sus nidos y los marineros escondían los restos de los naufragios que encontraban en el mar...; allí, sobre un lecho de algas medio podridas, sin lucha ni rechazos por mi parte, aquel hombre me poseyó... ¡a cambio de una naranja! El marinero tenía un nombre bastante divertido, pues se llamaba Cléophas Biscouille.

En aquella experiencia siempre hubo para mí algo incomprensible, algo cuya explicación no he podido encontrar en ninguna novela de las que he leído. El señor Biscouille era poco agraciado, brutal y... hasta repugnante. Por lo tanto, debo confesar que no sentí el menor placer en ninguna de las dos o tres veces que me llevó al oscuro escondrijo del acantilado. Pero cuando pienso en él, no me explico por qué no le odio ni lo he maldecido nunca. Por el contrario, lo que me ocurre, cuando recuerdo el episodio, es que evoco aquello con una especie de complacencia y reconocimiento, como con pesar y ternura, pues pienso que ya nunca me será posible ver a aquel hombre tan repugnante, tal cual era, sobre el lecho de algas...

A tal propósito, permítaseme aportar, por modesta que sea, lo que yo considero mi contribución personal a la galería biográfica de los grandes hombres...

Paul Bourget era intimo amigo y guía espiritual de

la condesa Fardin, en cuya casa estuve sirviendo como camarera el año pasado. Había oído decir que el gran novelista conocía a fondo la complicada alma de las mujeres..., y bien sabe Dios que más de una vez estuve tentada de hablarle, o de escribirle, sobre este caso de psicología pasional... que es mi experiencia amorosa del principio al fin.

Aunque reconozco que tales preocupaciones no son habituales entre los sirvientes, debo decir que esto no resultará tan extraño si se tiene en cuenta que en los salones de la condesa Fardin no se hablaba casi de otra cosa que no fuese de psicología... Por lo demás, creo que es un hecho reconocido que nuestro espíritu se modela sobre el de nuestros amos, y que lo que se habla en los salones... se habla igualmente en las habitaciones del servicio. Es una lástima que, entre toda la servidumbre de la condesa, no hubiera ni un solo Paul Bourget capaz de dilucidarme el caso y las complejidades a que me refiero... El señor Jean me dio meses después algunas explicaciones al respecto, pero no me convencieron.

Un día, la condesa me ordenó que llevase una carta urgente al ilustre maestro, para que me entregara él mismo la oportuna respuesta. En el momento de tenerlo frente a mí; recuerdo que me decidí de pronto... y le interrogué sobre el problema que tanto me preocupaba, haciendo protagonista de mi historia a una supuesta amiga.

Paul Bourget me preguntó entonces:

—¿Quién es su amiga? Por lo que veo, se trata de una mujer del pueblo, ¿no es así? Una muchacha pobre y modesta... Estoy seguro.

—Se trata de una sirvienta como yo, ilustre maestro... —le contesté.

Paul Bourget hizo entonces una mueca desdeñosa de hombre superior... Evidentemente, no le gustaba la gente pobre.

—Lo cierto, señorita, es que yo no me ocupo de esa clase de espíritus... —me contestó al fin—. En realidad, casi no son espíritus. Son pequeñas almas, y dada su modesta significación, podría decirse que no tienen nada que ver con mis investigaciones psicológicas...

Comprendí que, a juicio del señor Bourget, una no podía tener alma... si no contaba por lo menos con cien mil francos de renta.

Debo decir que no me ocurrió lo mismo con el señor Jules Lemaître, que era también escritor y amigo de la condesa Fardin, y a quien le hice igualmente mi pregunta de rigor.

El señor Lemaître, después de pellizcarme en el talle, me contestó:

—Le diré, mi encantadora Célestine, que sin duda alguna su amiga es una buena muchacha. Es más, si se pareciera a usted, incluso le diría dos palabras... Ya me entiende usted, ¿verdad?

El señor Lemaître, con su cara de fauno bromista y su joroba, era franco por lo menos y se mostró en esa

ocasión a que me refiero como una buena persona. ¡Lástima que al final se hiciera amigo de los curas!

En cuanto a mi adolescencia, pasada en Audierne, no sé lo que habría sido de mí si no me hubieran acogido las Hermanitas de Pontcroix, a las que sin duda les parecí una muchacha buena e inteligente. He de decir que en ningún momento trataron de abusar de mi edad, de mi, ignorancia ni de mi deshonrosa situación, para servirse de mí o secuestrarme en provecho propio, como ha ocurrido a menudo con otras monjas, que han llegado incluso a la explotación humana y al delito... Las Hermanitas de Pontcroix eran unas religiosas extremadamente cándidas y caritativas por principio. No era que fuesen ricas, ni muchísimo menos, pero por no caer en la humillación..., ni siquiera mendigaban por las calles de la ciudad. En sus casas había pobreza y hasta casi miseria, pero conseguían salir adelante. En medio de sus dificultades, guardaban siempre para ellas mismas cierta alegría que las hacía cantar a todas horas... como si fuesen alegres pinzones en plena primavera.

La ignorancia que aquellas monjitas tenían de la vida era enternecedora. Ahora que comprendo mucho mejor su infinita bondad y su pureza, siento que las lágrimas me asoman a los ojos.

Ellas fueron quienes me enseñaron a leer y a escribir, a coser y a hacer los demás quehaceres propios de la casa... Cuando aprendí todo esto, me colocaron en casa de un coronel jubilado, que veraneaba con su mujer y sus dos hijas en un castillo casi derruido, cerca de Comfort...

Recuerdo a aquella familia como a gente buena, pero todos eran muy tristes y algo maniáticos. No había jamás una sonrisa en sus rostros, ni alegría en sus vestidos... Iban siempre de negro. El coronel hizo poner mirilla en la habitación de la casa que había bajo el alero, y se pasaba allí todo el día. Llevaba siempre en la mano unas bolas ovaladas de boj, parecidas por su forma a los «huevos» que usan las amas de casa para zurcir las medias y los calcetines. En cuanto a la señora, no parecía preocuparse de otra cosa que de redactar solicitudes para que le fuese concedida una tabaquería.

Las dos hijas del coronel eran también muy especiales. No decían nunca nada, ni hacían tampoco nada... Se hubiera dicho que no existían. La una tenía pico de pato y la otra cara de conejo. Eran jóvenes, pero muy delgadas, angulosas y ajadas ya, pareciendo dos plantas que se estuvieran disecando antes de tiempo... Era como si les hubiese faltado no sólo la tierra y el agua, sino también el sol. Por un lado me daban lástima, pero por otro me fastidiaban hasta la irritación.

Aquel ambiente no iba con mi temperamento, y a los ocho meses de estar con la familia del coronel abandoné

la colocación... Después, como me ocurre siempre, lo lamenté..., aunque no mucho tiempo.

Una vez en París, todo fue distinto... Desde hacía ya tiempo sentía vivir y respirar París en torno mío. Su aliento llenaba mi corazón con nuevos deseos.

Aunque en mi nueva colocación salía poco, podía admirar con asombro sus calles, sus escaparates, su gentío, sus palacios, sus hermosos coches y sus elegantes mujeres... Cuando por la noche me acostaba en mi sexto piso, envidiaba a las otras sirvientas de la casa. Sus bromas me parecían encantadoras y todos sus relatos y chismes eran para mí sorpresas maravillosas.

En aquella casa no estuve mucho tiempo, pero por la noche, desde mi sexto piso, pude asistir al espectáculo de todos los envilecimientos y libertinajes imaginables, en algunos de los cuales incluso tomé parte con el entusiasmo y el espíritu de emulación propios de una novata. ¡Cuántas vagas esperanzas e inciertas ambiciones contribuyeron a alimentar mi alma... desde ese engañoso ideal en que se constituyen el placer y el vicio!

Cuando una es joven, no conoce la vida y se forja mil sueños e ilusiones. ¡Ah, los sueños! Puras tonterías. ¡Cuántos habré tenido yo...!, como decía Xavier, un muchacho totalmente pervertido, del que hablaré más adelante. ¡Y cuánto habré rodado por los caminos de la vida, Dios mío...! La verdad es que me asusta sólo pensarlo.

Sin ser vieja, puedo decir que he vivido mucho... He visto a muchas personas totalmente desnudas, he aspirado el olor de sus ropas, de su piel, de su alma..., y me perseguía por la casa, hasta que me alcanzaba siempre huelen mal. Aunque se trate de gentes ricas, que luzcan lujosas ropas de seda y de terciopelo, que tengan muebles dorados y se laven en palanganas de plata, puedo afirmar que todos son de alguna manera sucios y que su corazón es más repugnante que el lecho de mi madre... Todo lo que un interior de apariencia respetuosa, todo lo que de sucio puede ocultar cualquier familia de las llamadas honestas, todos los vicios vergonzosos, todas las bajezas simuladas bajo la máscara de la virtud, todo ese mundo podrido me es perfectamente familiar.

¡Ah!, nadie puede imaginarse lo sola que está una sirvienta en esos antros de lujo y de perversión. En realidad, todas las que ejercemos mi profesión deberíamos inspirar lástima antes que ninguna otra cosa... Aunque he trabajado en algunas casas habitadas por familias alegres y numerosas, puedo decir que siempre me he sentido como aislada y marginada. Dentro de esas casas, una siempre es... la sirvienta.

La soledad no siempre consiste en vivir sola. Yo diría que la verdadera soledad consiste en vivir con otros y ver que los demás no se interesan por una... o que hacen patente en todo momento que eres una persona «diferente», algo así como un objeto

cualquiera, cuando no demuestren su superioridad de una forma inconsciente, pretendiendo que te hacen un honor dándote una pera podrida o regalándote un vestido que están a punto de arrojar al cesto de los trapos viejos.

En este sentido, cada palabra es un desprecio, y cada gesto no tiene otra virtud que el de rebajarnos a la calidad de las bestias de carga.

Y una debe siempre mostrarse agradecida y sonreír, a fin de no pasar por una ingrata.

Algunas veces, cuando se me ha ordenado peinar a la señora, he estado tentada de despedazarle la nunca o de clavarle las uñas en el pecho. Bien sabe el cielo que en más de una ocasión he tenido que hacer esfuerzos casi sobrehumanos para contenerme.

Afortunadamente, no siempre se tienen ideas tan negras... ¿Por qué negarlo? Hay momentos diferentes. Porque al final, una se aturde y busca refugio en las compañeras y en las bromas, para pasarlo lo mejor posible.

Esta noche, después de la cena, me sentía muy triste... Marianne, enternecida, ha hecho todo lo posible por consolarme. Ha ido a buscar al fondo del aparador de la cocina una botella de aguardiente, que estaba entre un montón de papeles viejos, y me ha ofrecido un

vasito.

—No hay que afligirse tanto, mujer… —me ha dicho con su mejor sonrisa—. Vamos, Célestine, sacuda esa tristeza con una copita… Ya verá como le sienta muy bien.

Después de servirme un poco de aguardiente, Marianne ha puesto los codos sobre la mesa y con voz llorona ha comenzado a relatarme unas tristes historias de enfermedades y desgracias, desde embarazos más o menos trabajosos hasta la muerte de sus padres y de su hermana…

Hemos seguido bebiendo, y al final he notado que la voz de Marianne era más pastosa y que sus brillantes ojos se humedecían y que se repetía de una forma obsesiva en sus consejos.

—No hay que afligirse tanto, mujer… —ha vuelto a decirme—. La muerte es una desgracia, de acuerdo, pero… ¿qué podemos hacer para evitarla? Nada, absolutamente nada. Todos somos mortales… Esa es la única verdad, ¡Dios mío! Lo cierto es que no sé para qué nacemos.

Y se ha puesto a llorar… La escena no dejaba de tener gracia. La buena cocinera deseaba consolarme, alejar de mi cabeza las preocupaciones y la tristeza, y ha resultado que al final he tenido que ser yo quien la consolara a ella… Primero ha empezado con unas cuantas quejas aisladas, después ha emitido lamentos, cada vez más fuertes, y por último unos sollozos

ininterrumpidos que le sacudían el vientre, el pecho y su triple mentón, de una forma entre dramática y grotesca.

—Vamos, Marianne... Debe callarse, Marianne, porque de lo contrario vendrá la señora... —le he advertido.

Pero todo ha sido inútil. Porque Marianne no me oía, como lo prueba el que cada vez gritase y llorase con más fuerza.

—¡Ay, qué desgracia! exclamaba—. ¡Dios mío, qué desgracia tan grande!

Por último, hasta yo, con el estómago revuelto por la bebida y el corazón angustiado por la escena, he acabado por llorar como una auténtica Magdalena... Marianne no es una mala compañera, pero... ¡me aburro tanto aquí! La verdad es que preferiría trabajar en casa de alguna *cocotte* de lujo... o marcharme a América.

VI

1 de octubre

¡Pobre señor Lanlaire!... Creo que el otro día fui demasiado severa con él. Me refiero a la escena del jardín. ¿Acaso llevé las cosas tan lejos que hice que rebasara la medida? No lo sé... Pero lo que sí es seguro es que el muy ingenuo se imagina que me ha ofendido y que soy poco menos que un dechado de virtudes. Digo esto porque se adivina en sus miradas implorantes, que no cesa de pedirme perdón.

Aunque ahora me porto más solícita, ya no me dice nada del asunto, ni se decide tampoco a un ataque directo... Por no intentar, no ha intentado ni siquiera el clásico truco del botón descosido del pantalón. Un truco grosero, si se quiere, pero que parece ser casi infalible. ¡Dios mío, la de botones de esos que habré cosido en mi vida!

Está claro, sin embargo, *que* el señor Lanlaire sigue teniendo los mismos deseos... y que se muere de ganas por hacerme aunque sólo sea una caricia. Esto se percibe en cada una de sus palabras; pero no se atreve,

y yo diría que cada vez adopta una actitud más tímida. Al parecer, tiene miedo de tomar una resolución, pues teme que yo me enfade demasiado y que todo acabe en una ruptura definitiva... cuando no en un escándalo, en cuyo caso intervendría su esposa. En estas condiciones, es natural que desconfíe de mis miradas alentadoras.

El otro día me abordó con una extraña expresión en sus ojos, al mismo tiempo que me decía:

—Célestine, usted... usted... usted me lustra muy bien los zapatos... Le juro que ninguna otra sirvienta me lo había hecho tan bien. Es la verdad...

En aquel momento vi seguro que saldría lo del botón..., pero no salió. El pobre incluso jadeaba para hablar. La saliva asomaba a sus labios, como si hubiese comido una de esas manzanas grandes y jugosas.

Después silbó para llamar a su perro... y se marchó a toda prisa.

No obstante, hay otro hecho, quizá más importante... La señora que, como ya dije, hace ella misma las compras, ayer fue al mercado. El señor había salido al amanecer de caza con su perro, pero regresó temprano, después de haber cazado tres tordos.

En seguida subió al cuarto de aseo para bañarse y vestirse, como es su costumbre. Respecto a esto, debo decir que el señor Lanlaire es muy limpio... y que no le tiene ningún miedo al agua. Pensé que el momento era favorable para que volviera a recuperar el terreno que había perdido conmigo... Dejé mi trabajo y me dirigí al

cuarto de aseo. Escuché durante unos segundos con el oído pegado a la puerta.

El señor Lanlaire parecía estar dando vueltas a la habitación, mientras silbaba y cantaba:

¡Vamos, pues, señorita Suzón!
¡Ron, ronrón..., pequeño patapón!

Según tengo observado, el patrón tiene la costumbre de cantar mezclando los refranes de diferentes tonadas...

Desde mi posición oí sillas que se movían, el abrir y cerrar del armario... y, por último, el correr del agua y todas las interjecciones que hombres así acostumbran lanzar en tales casos, cuando el agua comienza a caer sabre el cuerpo.

Entonces, bruscamente, abrí la puerta... El señor Lanlaire estaba frente a mí, con la piel húmeda y temblando, mientras mantenía la esponja en la mano, que goteaba como un grifo mal cerrado. Su cabeza, sus ojos, su inmovilidad... Podría jurar que jamás vi un rostro tan asustado. No teniendo a mano otra cosa para cubrirse el cuerpo que la esponja, la convirtió en su hoja de parra. El cuadro no podía ser más cómico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para reprimir la risa ante aquel espectáculo, y me dio tiempo para observar que el patrón tenía una gran espesura de pelo bajo la esponja, y también en el pecho. Casi parecía un oso, a pesar de lo

cual es un hombre apuesto..., ¡qué demonios!

Como es natural, mi reacción fue simular la sorpresa. Lancé un alarmado grito de pudor, tal como creí oportuno, y cerré violentamente la puerta, diciendo para mí: «Ahora me llamará...» Esperé unos segundos, pero nada. Sólo se oía un ruido: el de algunas gotas de agua que se descolgaban pausadamente desde algún sitio al suelo. «Reflexiona —seguí pensando— y no se atreve a llamarme, pero al fin lo hará.» Me volví a equivocar, pues en vano seguí esperando... El agua volvió a chorrear y en seguida comprendí que el señor se estaba secando, pues resoplaba, y oí cómo se deslizaban las zapatillas por el suelo. Volvió a oírse una silla y las puertas del armario, que se abrían y se cerraban, hasta que el patrón volvió a silbar y a cantar:

¡Vamos, pues, señorita Suzón!
¡Ron, ronrón..., pequeño patapón!

«Este hombre es un ingenuo», murmuré, entre furiosa y despechada, mientras me retiraba al cuarto de la ropa.

Estaba decidida a no concederle otra cosa que mi compasión, aun cuando hubiese pensado más de una vez hacerle feliz.

Durante la tarde, el señor no hizo otra cosa que dar vueltas a mi alrededor. Sin duda estaba preocupado. Nos encontramos en el corral cuando yo llevaba la

porquería de los gatos a la basura, y lo aproveché para excusarme por el incidente de la mañana.

—No es nada... —me contestó—. No tiene importancia.

Hizo un movimiento para retenerme, murmurando al mismo tiempo algo..., pero yo seguí adelante mientras le respondía con voz insinuante:

—Le pido perdón al señor... No tengo tiempo para hablar, pues la señora me espera.

—Por Dios, Célestine, escúcheme un segundo.

—No, señor... Ya le digo que me es imposible.

Cuando regresé hacia la casa, lo hice por otro sendero, pero vi que el señor aún continuaba en el mismo sitio. Estaba en pie, con la cabeza baja, las piernas temblonas y mirando el estiércol, mientras se rascaba la nuca con una extraña fruición.

Después de la cena, los señores tuvieron, en el salón, una de sus acostumbradas discusiones.

Desde el otro lado de la puerta, oí que la señora decía:

—...Pues yo te digo que te fijas demasiado en esa muchacha.

—¿Que me fijo yo en Célestine? —replicó él—. Vamos, mujer... ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Por favor, querida! ¿Crees que soy tan descuidado como para

meterme con cualquier mujer... que hasta es posible que tenga alguna enfermedad?

—«¡Ah, esto ya es demasiado!», me dije.

—Conozco muy bien tu conducta y tus gustos... —añadió la señora—. De sobra sé que en el campo seduces a cualquier montón de harapos que se te ponga delante... con tal de que lleve faldas.

Al señor se le oía ir de un lado a otro del salón con febril inquietud, a juzgar por la forma como crujía el entarimado del suelo.

—¡Por Dios..., qué cosas se te ocurren, querida! La verdad es que no sé de dónde puedes sacar esas conclusiones.

—¿Que no sabes de dónde puedo sacar esas conclusiones? —replicó la señora—. ¿Que no lo sabes, miserable? ¿Y la historia de la pequeña Jézureau...? ¡Quince años! Por tu culpa tuve que pagar quinientos francos, pues de no haberlo hecho, en estos momentos estarías en la cárcel, como el ladrón de tu padre. ¿Te enteras?

El señor no contestó nada.... y se detuvo en su ir y venir por el salón. Al parecer se había dejado caer en un sillón, incapaz de replicarle a su mujer, que terminó la discusión con las siguientes palabras:

—¡Bah, no sé por qué me preocupo! Después de todo, no soy celosa, ni me importan tus sucias historias... Si quieres, puedes acostarte con Célestine... Lo único que deseo es que tus vicios no me cuesten más

dinero; ¿entendido?

¡Ah, no! ¡Eso no...! ¡Vaya pareja de miserables ese dichoso matrimonio Lanlaire!

Yo no sé si, tal como pretende la señora, el patrón seduce niñas en el campo o no... Yo creo que si le gusta, no tiene por qué privarse de ello, sobre todo teniendo en cuenta que es un hombre sano, que come bien... y que su esposa no le da nada de lo que él necesita en ese aspecto. Estoy segura de que es así, al margen de las historias que se cuentan sobre ellos, lo que por otro lado es tanto más extraño cuanto que duermen en la misma cama.

Una sirvienta avispada no necesita escuchar detrás de las puertas para saber lo que ocurre entre los señores. Es algo que resulta más que evidente en el cuarto de baño, en el dormitorio, en las ropas y en muchas cosas más... Es inconcebible, por ejemplo, que cuando se dan lecciones de moral y se exige la continencia de los sirvientes, haya señores que no hacen nada para ocultar o disimular ciertos rastros y huellas de sus manías amorosas... Hay gente, por el contrario, que parece tener la necesidad de exhibirlo todo, sea por desafío, por corrupción o inconsciencia.

No es que yo sea una mojigata, pues me gusta reír como a todo el mundo, pero la verdad es que he visto a

matrimonios, tenidos por muy respetables, sobrepasando límites más allá de los cuales se halla ya la repugnancia.

Al principio me producía un efecto raro ver a los señores a la mañana siguiente de la noche en que yo sabía... que habían hecho eso. Me sentía incomprensiblemente turbada, y al servir la mesa no podía dejar de mirar sus ojos, sus bocas o sus manos, haciéndolo con tal insistencia que ellos mismos acababan extrañándose y preguntándome qué me sucedía.

Lo cierto era que el solo hecho de verlos hacia que se despertaran en mí toda clase de ideas e imágenes... ¿Cómo podría explicar lo que me sucedía? No lo sé... Pero los deseos me perseguían durante el resto del día, y no pudiendo satisfacerlos como me hubiese gustado, me entregaba con salvaje frenesí al degradante y triste consuelo de mis propias caricias.

La costumbre acaba por poner cada cosa en su lugar, y hoy me comporto ya de otra manera frente a la realidad... Cuando miro esos rostros, en los que las cremas, las aguas de tocador y los polvos no han podido borrar las huellas de la noche anterior, me limito a encogerme de hombros.

No obstante, aún me sigue causando cierto asombro el comprobar el cinismo de esas personas, que con sus gestos dignos, sus modales de virtuosos y su desprecio por la mujeres «caídas», se atreven a hacer

recomendaciones sobre una supuesta moral, como cuando algunas señoras me dicen: «Célestine, mira usted demasiado a los hombres. No es conveniente que hable con el mayordomo por los rincones...» O bien: «Célestine, como esta casa es muy seria, debe saber que mientras esté a mi servicio no consentiré que usted...» Y así continuamente.

A pesar de esta vigilancia moral, el señor de turno procura, siempre que puede, tenderla a una en un diván o llevarla a una cama en cuanto se le presenta la ocasión. La única huella que de estos caprichos queda muchas veces... es un hijo, y después la pobre desgraciada tiene que arreglárselas como puede. Si consigné salir adelante o no, es algo que al causante del desaguisado no le preocupa.

¡Esta casa es muy seria...! Todas las casas son muy serias en boca de sus amos.

En una casa de la calle Lincoln donde serví, la cosa sucedía indefectiblemente los viernes. No podía haber fallo, porque el viernes era el día en que recibía a sus amistades la señora... y venía mucha gente a la casa, y sobre todo muchas mujeres, tan livianas como audaces y maquilladas en exceso... Eran personas muy elegantes, sí, pero no hacían más que contarse cosas sucias, y debían excitar a la señora hasta el extremo de que por la

noche, después de la ópera, necesitaba, invariablemente, saciar sus apetitos. No podría precisar cuál era la causa exacta..., pero sí puedo asegurar que todos los viernes se repetía el mismo acontecimiento íntimo entre los señores.

Además, si el viernes era el día de la señora, la noche era también de «Coco», el señor... ¡Y qué noche! Había que ver la habitación y el cuarto de baño al día siguiente: el desorden de los muebles era increíble, había ropas por todas partes, el agua de las palanganas aparecía derramada sobre las alfombras... y por si era poco, se sentía el olor de los cuerpos y de los perfumes. Los perfumes, eso sí, eran de primerísima calidad. En el baño de la señora había un espejo que ocupaba toda la pared y llegaba hasta el techo. Delante del espejo a veces había varios almohadones caídos y aplastados, además de unos altos candelabros cuyas consumidas velas dejaban caer la cera como alargadas lágrimas sobre la plata... ¡Ah, cuántos artificios necesitaban aquella pareja! Me pregunto qué habrían inventado... si no hubieran estado casados...

Esto me trae a la memoria un famoso viaje de varias semanas que hicimos a Bélgica. Nos dirigíamos a Ostende y era de noche cuando llegamos a la estación fronteriza de Feignies. El señor se había dormido y

fuimos la señora y yo quienes bajamos a la sala donde los aduaneros revisaban los equipajes.

—¿Tiene usted alguna cosa que declarar? —le preguntó a la señora el funcionario de turno, un hombre fornido que sin duda, al ver aquella viajera tan elegante, pensó que podría manosear objetos agradables, pues hay aduaneros que se complacen físicamente tocando las prendas íntimas de las mujeres, sobre todo si son elegantes, pues saben que jamás estarán a su alcance tal como ellos quisieran.

—No, señor... No tengo nada que declarar.

—Bien, pero haga el favor de abrir esa maleta...

Entre las seis valijas que llevábamos, el aduanero eligió la mayor, la más pesada, una maleta protegida con un forro de tela gris.

—Pero si le digo que no llevo nada de particular... —insistió la señora, visiblemente irritada.

—Es igual, ábrala usted —ordenó el celoso funcionario, que, incitado por la resistencia de la señora, parecía dispuesto a hacer el más riguroso registro.

Aún me parece estar viendo a mi patrona... Sacó de una cartera el llavero y abrió la valija. El aduanero aspiró con repulsiva satisfacción el exquisito olor que se desprendía del interior y, con sus toscas y sucias manos, revolvió la fina lencería y los elegantes vestidos.

La señora estaba visiblemente furiosa ante aquella especie de atropello, mayormente porque aquel

individuo, con la más maligna de las intenciones, iba dejando arrugadas todas las prendas que tocaba, y que encontrara tan cuidadosamente colocadas.

El registro de la maleta estaba ya a punto de concluir cuando el entrometido aduanero, exhibiendo un estuche de terciopelo que había sacado del fondo de la maleta, le preguntó a la señora:

—¿Y esto...? ¿Qué hay aquí dentro?

—Son alhajas... —respondió sin inmutarse la señora.

—Abra el estuche, por favor...

—Le digo que son alhajas... ¿Por qué he de abrirlo?

—Señora, abra el estuche, por favor.

—No... ¡No lo abriré! Es un abuso de autoridad lo que usted está haciendo... Además, no tengo la llave de ese estuche.

La señora estaba muy agitada, tanto que incluso quiso arrebatar el estuche de manos del aduanero, quien retrocedió y la amenazó, diciéndole:

—Si usted no quiere abrir el estuche, tendré que recabar la colaboración del inspector...

—¡Esto es indigno...! ¡Es vergonzoso!

—Si usted no tiene la llave del estuche, tendremos que forzarlo...; ¿comprende, señora?

—Usted no tiene derecho a hacer eso —le replicó indignada la señora—. Me quejaré a la Embajada, a los ministros, a quien sea necesario... Haré que lo despidan a usted, que lo destituyan... ¡Se lo aseguro!

Su ira no causaba ningún efecto al impasible

aduanero, quien sabía bien su oficio, pues cada vez decía con más autoridad:

—Por favor, señora... Lo mejor será que abra usted el estuche por su propia voluntad.

—¡No...no lo abriré! No quiero... ni puedo hacerlo.

—Por última vez, señora: le ruego a usted que abra el estuche.

La discusión había hecho que se interrumpieran las demás funciones de la Aduana, agrupándose a nuestro alrededor muchos curiosos. Yo también estaba interesada en ver cómo terminaba el incidente. Me intrigaba, sobre todo, aquel dichoso estuche..., pues no sólo ignoraba que estuviese allí, a pesar de haber ayudado a la señora a hacer la maleta, sino que tampoco lo había visto nunca en la casa. ¿Qué podría contener? Estaba segura de que ella lo había puesto en la valija sin que yo me diera cuenta de la subrepticia operación. Y entonces pensé que allí había algo que debía ser muy interesante.

Cuando el aduanero se encerró en su intransigencia, la señora cambió de táctica, adoptó una actitud de amabilidad, se acercó a él como si pretendiese hipnotizarlo con su aliento y su perfume y le dijo:

—Si aleja de aquí a toda esa gente, le prometo que abriré el estuche...

El aduanero creyó que la señora pretendía alguna artimaña, por lo que sacudió una vez más su cabeza con obstinación y desconfianza y exclamó:

—¡Basta ya de historias, señora...! Todo esto es una farsa. Le aconsejo que abra el estuche de una vez.

Ante tal alternativa la señora, confusa y avergonzada, no tuvo más remedio que obedecer. Sacó de su bolso una pequeña llave de oro y abrió el estuche, tratando por todos los medios de que los curiosos que había alrededor no viesen su contenido.

El aduanero, que seguía con el estuche en las manos, dio un salto hacia atrás con la sorpresa pintada en su rostro, como si temiera ser mordido por una víbora.

—¡En nombre de Dios...!

No obstante, después del primer momento de estupor, se rehizo y añadió en tono casi risueño:

—Debería haber dicho que es usted viuda, señora.

Y cerró el estuche, pero no lo hizo lo suficientemente rápido y no pudo evitar que las «joyas» de la señora las viesen aquellos curiosos, como demostraron sus risitas maliciosas, sus cuchicheos y hasta sus palabras descorteses. Hubo alguien que incluso se indignó.

La señora, como es natural, se sentía molesta, pero debo reconocer que demostró una gran desenvoltura y que estuvo a la altura de tan difícil y delicada situación. ¡Desde luego no era audacia lo que le faltaba!

Le ayudé a ordenar de nuevo la valija y luego nos alejamos de allí, entre las risas y las bromas pesadas de los testigos. Mientras nos dirigíamos a nuestro vagón, llevando el bolso donde había puesto el estuche, la señora se detuvo en el andén, y con muy sereno descaro

me dijo:

—Ahora caigo en la cuenta. ¡Qué tonta he sido...!

—¿Por qué? —le pregunté.

—Pues porque debí decir que era de usted el estuche...

—Se lo agradezco mucho, señora —le contesté con el mismo descaro—, pero le advierto que yo prefiero utilizar esas «joyas» al natural.

—¡Cállese! —dijo entonces la señora, sin sonrojarse—. Usted es una tonta... que no sabe nada de nada.

—Si la señora prefiere creerlo así...

—¿Y qué otra cosa podría creer?, dígame, Célestine...

Y sin esperar mi respuesta la señora subió al tren en busca de su «Coco», que seguía durmiendo y no podía sospechar lo sucedido.

Aquella señora no tenía demasiada suerte. Fuese por descuido o por falta de discreción, lo cierto es que le sucedían muy a menudo cosas parecidas... Referiré aquí algunas, aun cuando se trate de episodios no demasiado ejemplares. Si lo recuerdo no es por complacencia, sino para hacer comprender que llega un momento en que el asco o el cansancio rebasan la medida de tanto chapotear en la suciedad. Mi experiencia en aquella casa

fue el aprendizaje más completo de lo que es el espectáculo de la degeneración moral... Como ya he dicho anteriormente, aquí recordaré, sólo de pasada, algunos de los episodios más característicos.

La señora escondía en los cajones de su armario ropero lo menos diez libritos, forrados en cuero amarillo y con cierres dorados, muy parecidos a los de los misales... A veces, los sábados por la mañana, después de las turbulentas noches del viernes, los dejaba olvidados sobre la mesita de noche, en el cuarto de baño... o sobre la cama. Aquellos libritos estaban llenos de las más extraordinarias imágenes. No quiero decir que yo sea una mosquita muerta, ni siquiera en aquella época, pero pienso que hay que ser una ramera de tomo y lomo para guardar en casa semejantes cosas y divertirse con ellas. Aún siento que me ruborizo con sólo recordar aquellos grabados... Mujeres con mujeres, hombres con hombres, sexos mezclados y confundidos en locos abrazos, uniones desesperadas, posturas repulsivas, desnudeces erguidas desde todos los puntos de vista y en todos los grados, caderas unidas las unas a las otras en complicados abrazos e imposibles caricias... Había también bocas en ventosa, parecidas a los tentáculos de los pulpos, que vaciaban los senos y succionaban los vientres, y todo en medio de una abigarrada mescolanza de muslos y de piernas enlazadas o retorcidas, como si se tratara de ramas de árbol en la espesura de la jungla... ¡Qué exageraciones,

Dios mío!

Mathilde, la camarera primera de la casa, cogió uno de aquellos libritos... Se imaginaba que la señora no iba a reclamárselo por no ponerse en evidencia, pero se equivocó.

Un día, después de haber buscado por todas partes, la dueña se dirigió muy resueltamente a Mathilde, diciéndole:

—¿No ha visto usted un libro por mi habitación?

—¿Qué libro, señora?

—Un libro amarillo...

—¿Un libro de misa... tal vez?

Mathilde miró cara a cara a la señora, pero como viera que no se arredraba, ni mostraba el menor desconcierto, preguntó:

—¿No se referirá la señora a un libro amarillo con un cierre dorado?

—Si, a ése me refiero...

—Creo que lo he visto en la mesita de noche de la señora, junto a la cama...

—¿Entonces...?

—¿Qué quiere decir la señora? Supongo que debe saber dónde está...

—No, Mathilde. No sé dónde está, porque ha sido usted quien lo ha cogido...

—¿Yo, señora?

—Sí, usted.

—¡Ah, no! —exclamó entonces Mathilde, con una

audaz insolencia—. ¡No pensará la señora que yo lea semejantes libros!

Mathilde era aguda desde luego, hasta tal punto que la señora no insistió más... Esto le permitió a nuestra compañera poder reunirnos a las sirvientas casi todos los días en el cuarto de la lencería, donde con aires de gran sacerdotisa se sacaba el libro amarillo del bolsillo para «decir misa», según su expresión, cosa que no conseguía llevar nunca a cabo sin las consabidas protestas del ama de llaves, que era inglesa de nacimiento y por lo tanto más bien puritana y un tanto mojigata.

—¡Cállense! —gritaba la buena mujer—. Ustedes no son mujeres honestas...

Pero no dejaba de mirar con curiosidad las láminas, durante unos minutos, con los ojos fuera de las órbitas.

¡La dichosa ama de llaves inglesa! En mi vida me he encontrado con una mujer tan rara y que le gustara beber tanto... Sus borracheras la convertían en un ser tierno y amoroso, casi apasionado, sobre todo con las mujeres. Los vicios insatisfechos que ocultaba bajo su máscara de hipócrita austeridad, se revelaban entonces con toda su grotesca belleza. Nunca supe que los pusiera en práctica y creo que eran más cerebrales que activos. Según una expresión de la señora, nuestra miss se contentaba «realizándose» ella misma... A decir verdad, aquella extraña ama de llaves no hacia más que completar el catálogo de degeneraciones que encerraba

la casa.

Una noche me encontraba yo de servicio y estaba esperando que la señora regresara, pues había ido a cenar fuera de casa. Todo el mundo dormía. La señora llegó hacia las dos. Cuando tocó el timbre, me sobresalté. Me llamó a su habitación y, cuando llegué, la encontré quitándose los guantes y riéndose casi a carcajadas.

—Mire, Célestine —me dijo, señalando el suelo—, aquí tiene a la miss completamente ebria de nuevo... No sé qué vamos a tener que hacer con ella.

En efecto, el ama de llaves estaba echada en el suelo, donde se revolcaba con una pierna hacia arriba, gimiendo y pronunciando palabras ininteligibles.

—Ande, Célestine, levántela y llévela a su cama... —me ordenó la señora.

Como la miss era muy pesada, la señora tuvo que ayudarme, a pesar de lo cual nos costó trabajo poner en pie a la impenitente beoda que, cogiéndose al abrigo de la dueña, comenzó a gruñir con la mayor insensatez:

—¡No...!¡No quiero dejarte! Eres muy bonita y yo te quiero mucho..., ¿comprendes?

—Miss, usted es una vieja borracha —le decía riendo la señora—. Lo mejor que puede hacer es acostarse.

—No..., no, por favor. Quiero acostarme contigo. Eres muy bonita y yo te quiero mucho... Deja que te abrace.

Al fin pude librar a la señora de las tentativas del

ama de llaves, y la saqué de la habitación. La inglesa, cada vez más vacilante sobre sus piernas, volcó entonces su apasionada ternura sobre mí. La miss quería cogerme por el talle y sus audaces manos se empeñaban en buscar sitios muy concretos de mi cuerpo... No había error posible.

—¿Por qué no revientas de una vez, vieja cochina? —le dije a la cara.

Pero ella parecía no entender más que una cosa, pues insistía una y otra vez:

—No..., no, por favor. Tú también eres muy bonita y te quiero mucho... ¿Por qué no vienes conmigo a mi habitación?

No sé cómo me habría librado de ella de no estar su cuarto allí mismo, pues su fétido hipo comenzaba ya a marearme.

Esta clase de escenas regocijaban mucho a la señora, pues el espectáculo del vicio era para ella un motivo de diversión... Otro día me relató ella misma una visita que había hecho con su esposo a una casa muy particular, donde vieron cómo dos pequeños jorobados se hacían el amor.

—Es algo digno de verse, querida... Hay pocas cosas que sean tan apasionantes.

Las gentes que no perciben más que las apariencias

y que se dejan deslumbrar por ellas, no pueden imaginar lo que la alta sociedad tiene de sucio y podrido. Podría decirse, sin temor a calumniar a tan digna clase social, que sus componentes sólo viven para las diversiones más chabacanas y groseras... En los medios de la alta burguesía, incluso entre la nobleza qué yo he conocido, muy pocas veces vi que el amor fuera un sentimiento elevado y estuviera acompañado de una noble ternura, del sacrificio o de esa piedad que lo transforman a veces en algo grande y santo.

Una palabra más sobre aquella señora a la que me estoy refiriendo... Fuera de los días de recepción y de las noches en que había cena de gala, los señores recibían en un plan muy íntimo y con cierta frecuencia a un joven matrimonio, una pareja muy elegante, con quienes iban al teatro, a los conciertos, a los restaurantes y, según pude saber, a otros lugares un poco dudosos. El marido era muy apuesto, pero casi imberbe y tenía trazas de afeminado, y la mujer era una bella pelirroja de ojos ardientes, que poseía una boca extraordinariamente sensual, como recuerdo haber visto pocas... Era muy difícil precisar cómo debían ser las relaciones intimas de la extraña pareja.

Cuando cenaban juntos los cuatro, su conversación tomaba un giro tan escandaloso y abominable, que

hasta el mayordomo, que no era mojigato, sentía deseos de arrojarles los platos a la cara. Parecía que entre las dos parejas existían relaciones antinaturales, y organizaban fiestas parecidas a las que se reproducían en los libritos amarillos de la señora. Este tipo de escarceos no eran demasiado frecuentes, pero sí conocidos, y las gentes de la alta sociedad, que no practicaban los vicios por pasión, lo hacían por esnobismo..., pues esto era considerado como el colmo de la elegancia.

Además, ¿quién habría podido sospechar tales horrores de la señora, cuya casa frecuentaban arzobispos y nuncios papales, y que cada semana era alabada por el *Gaulois* como una dama muy caritativa y elegante, fiel ejemplo de lo que debe ser la fidelidad femenina a las más puras tradiciones católicas de Francia?

En fin, aunque aquella casa fuese un semillero de vicios, debo reconocer que la señora no se ocupaba demasiado de la conducta del servicio y que, gracias a esto, allí se trabajaba con cierta libertad y una podía sentirse relativamente feliz.

Esta noche nos hemos quedado más tarde que de costumbre en la cocina. Marianne tenía dificultades con sus cuentas y la he ayudado a aclararlas. He

comprobado que, como toda sirvienta de confianza, sisa de aquí y escamotea de allá en la medida de sus posibilidades. Algunas de sus pillerías me han sorprendido, pero creo que podría mejorarlas con una mayor astucia. No domina bien los números, y la señora le encuentra en el acto los errores.

Joseph se comporta cada vez de una forma más humana conmigo, y hasta se digna dirigirme la palabra con cierta naturalidad. Esta noche no ha visitado a su amigo el sacristán, a quien acostumbra ir a ver diariamente.

Mientras Marianne y yo trabajamos, él lee por lo regular *La Libre Parole,* su periódico preferido, y se niega a leer ningún otro. A pesar de estar, como siempre, enfrascado en su lectura, esta noche he notado que Joseph me miraba con una expresión nueva... Al terminar de leer, ha querido exponerme sus opiniones políticas. Al parecer está cansado de la República, porque la considera responsable de su penuria... Joseph reclama ante todo un sable. ¿Por qué?

—Mientras no tengamos un sable —me ha asegurado muy seriamente—, pero un sable muy rojo, no se conseguirá nada...

¿Qué me ha querido decir con esas palabras? Lo ignoro. Sin embargo, he entendido que él es partidario de la religión..., porque la considera necesaria.

—Mientras no se haya restaurado la religión en Francia, como antiguamente, obligando a todo el

mundo a ir a misa y a confesarse, no adelantaremos nada.

Joseph habla de estas cosas con una firmeza alarmante, pero sus palabras parecen apoyarse en hechos y en diversos síntomas más o menos relacionados con la práctica. Quiero decir que sus afirmaciones no son simples teorías... Por ejemplo, en la caballeriza tiene colgados los retratos del Papa y de Drumont; en su cuarto tiene la imagen de Déroulède, y en el pequeño granero, las fotografías de Guérin y del general Mercier, dos rudos y excelentes patriotas. Joseph colecciona también todas las canciones antisemitas que llegan a sus manos, pues es un furibundo enemigo de los judíos. Además, es miembro de todas las asociaciones religiosas, militaristas y patrióticas de la región; pertenece a la Juventud Antisemita de Rouen, forma parte de los veteranos antijudíos de Louviers, y milita en numerosos grupos y subgrupos de distintas regiones, como el Gourdin nacional, el Tocsin normando o los Bayados del Vexin... Cuando Joseph habla de los judíos, sus ojos adquieren un brillo siniestro y sus gestos una ferocidad casi sanguinaria... Llega al extremo de que nunca va al pueblo sin una matraca que tiene guardada en algún rincón.

—Mientras haya un judío en Francia —suele decir—, no haremos absolutamente nada... ¡Ah, si yo estuviera en París! Mataría y aniquilaría a cientos de esos

malditos... Aquí no corren ningún peligro. Por eso vienen a establecerse a lugares como éste, sólo poblados por cobardes...

Joseph mete en el mismo saco de su odio a masones, protestantes y liberales. Para él todos son unos traidores y unos cobardes..., que huyen de la Iglesia y que, en el fondo, no son más que judíos disfrazados. Joseph, como tantos otros de su clase, aunque es partidario de la religión, no es un clerical ni muchísimo menos.

En cuanto al innoble Dreyfus... ¡que no se le ocurra volver a Francia desde su isla del Diablo! ¡Que se quede allí para siempre! Y en lo que se refiere al inmundo Zola, el bueno de Joseph ha prometido mil veces que dará cuenta de él... si por casualidad se le ocurre aparecer por Louviers para dar una conferencia o algo así.

—Ese Zola es tan miserable que puede decirse que por seiscientos mil francos entregó el ejército francés y el ruso a los alemanes y a los ingleses. ¿Se puede esperar mayor ignominia ni mayor cobardía?

Joseph hace todas estas afirmaciones muy convencido. Son cosas de las que se entera por el sacristán, quien se lo oye decir al cura, el cual se entera por el obispo a quien se lo ha dicho el mismo Papa, que ha sido informado, a su vez, por el propio Drumont. El origen de su información es por lo tanto de la máxima garantía. No se puede pedir más... ¡Ah, los judíos! Que vengan cuando quieran a El Priorato. Joseph sabría

cómo recibirlos, aparte de que ha puesto en el sótano, en el granero, en el establo, en la cochera, debajo de los arneses y hasta en el palo de las escobas, letreros de este tipo: «¡Viva el ejército! ¡Muerte a los judíos!»

Marianne suele aprobar todos sus discursos, con gestos o con movimientos de cabeza afirmativos. Al parecer, ella también culpa a la República de su penuria... y está a favor de los sables, de los curas y contra los judíos, de quienes apenas sabe nada, salvo que les falta algo en cierto sitio del cuerpo.

¿Y yo? ¡Ah, yo también estoy con el ejército, con la religión y contra los judíos...! ¿Por qué me iba a privar de practicar unas doctrinas tan elegantes y tan de moda?

Podrá decirse lo que se quiera de nuestra profesión y de quienes la ejercemos, pero lo que nunca podrá negarse es que seamos patriotas. Aunque a mí la política no me gusta ni poco ni mucho, y hasta diré que me abruma horriblemente.

Ocho días antes de venir a El Priorato me negué a trabajar como camarera en casa de Labori... ¿Por qué? ¡Pues porque sabía quién es ese cochino! Además, todas mis compañeras de la agencia me dijeron que no fuera «ni por todo el oro del mundo».

No obstante, cuando me pregunto con toda seriedad por qué estoy contra los judíos, no sé qué responderme, puesto que he trabajado con ellos más de una vez en las épocas en que podía hacerse con dignidad. Ahora es

todo muy distinto... Pero, en el fondo, lo que yo pienso es que católicos y judíos son todos una misma cosa.

Los conozco de ambos bandos... y en cada uno hay espíritus viciosos e innobles. Puedo asegurarlo de la misma forma que Joseph asegura otras cosas, sólo que yo lo he comprobado por mí misma.

La diferencia de religión no tiene nada que ver con esto, ya que todos formamos parte de un mismo mundo... Quizá los judíos hacen más alarde, actúan con más pompa y demuestran más vanidad debido al dinero que gastan, a pesar de lo que se suele contar de su avaricia. Lo que yo puedo decir es que no son las suyas las peores casas, ni ellos la gente con quien peor se trabaja, pues por lo menos es más fácil sisar en sus casas que en la mayoría de aquellas cuyos señores son católicos; unos «miserables católicos» muchas veces.

Aunque yo le he contado esto a Joseph, él no lo cree. Concede más crédito a las palabras del sacristán, que han sido pronunciadas ya por muchas bocas antes de llegar a él... Joseph me reprocha que soy poco patriota, y sigue anunciando matanzas, venganzas, reivindicaciones, cabezas destrozadas y crueles asesinatos.

Esta noche se ha mostrado muy violento en ese aspecto... Ha hecho sus vaticinios de rigor y después se ha ido a dormir.

Cuando nos hemos quedado solas, Marianne ha ido al aparador y ha sacado su botella de aguardiente. En

seguida hemos estado de acuerdo en que debíamos reponernos de tanto discurso tétrico y hablar de cosas más superficiales.

Marianne se ha vuelto insospechadamente confidencial y me ha contado su infancia y su difícil juventud, pasada en Caen, donde fue sirvienta de una vendedora de tabaco y donde fue seducida por un muchacho endeble y delgado, rubio y con una sedosa barba en punta.

—¡Ah, qué barba tan bonita tenía! —ha exclamado en cierto momento.

La barba del muchacho podía ser sedosa y bonita, pero ella quedó embarazada, por lo que la vendedora de tabaco, que se acostaba con cualquiera, creyó que debía mostrarse indignada y echarla de su casa. ¡Tan joven y en una gran ciudad! ¡Cuánto sufriría... y más en su estado! El joven de la barba sedosa no tenía dinero; y lo más seguro es que la pobre Marianne se habría muerto de hambre si no hubiera sido por aquel muchacho, que le encontró trabajo en la escuela de medicina. Era una colocación muy interesante.

—¡Dios mío! ¿Sabe usted lo que hacía allí, Célestine? —ha seguido explicándome la cocinera—. No puede imaginarlo...

—Pues no...

—Mi misión en el laboratorio consistía en matar conejillos de esos de las Indias..., ¿comprende?

—Creo que sí...

Al recordar esto, los gruesos labios de Marianne han esbozado una sonrisa nostálgica.

—¿Y qué fue del joven de la barba sedosa? —le he preguntado por simple deferencia.

—¡Bah...! —se ha limitado a contestarme.

—¿Y el niño? ¿Llegó a tenerlo?

Entonces Marianne me ha contestado con un gesto muy vago, con el que parecía querer separar los pesados velos del limbo donde debía dormir el niño, y después me ha dicho con voz rasgada por el alcohol:

—¿Y qué habría podido yo hacer con él...? ¡Dios mío!

—¿Debo creer que el pobre corrió la misma suerte de los conejitos de Indias?

—Eso es...

Marianne no paraba de beber... Cuando nos fuimos cada una a su habitación podía decirse que estábamos bastante ebrias.

VII

6 de octubre

Ha llegado el otoño... Las heladas, que no se esperaban tan pronto, han quemado las últimas flores del jardín. Las pobres dalias, testigos de la timidez amorosa del señor Lanlaire, están ya mustias, y también los grandes girasoles que montaban guardia en la puerta de la cocina. Ya no queda casi nada en los arriates, como no sean unos pocos geranios y cinco o seis otras plantas que, antes de morir, prefieren inclinar hasta el límite sus corolas de un azul extremadamente pálido.

En los arriates del señor Mauger he visto también, por encima de la tapia, que se había cernido un auténtico desastre, pues todo se ha vuelto de color de tabaco.

Además, los árboles comienzan ya a ponerse amarillos y a perder sus hojas, mientras el cielo adquiere ese tono lúgubre de las épocas invernales.

Durante cuatro días ha estado todo cubierto por una espesa neblina, con olor a hollín, que no se disipaba hasta que anochecía... Ahora está lloviendo. Es una

Lluvia helada y restallante, que azota a ráfagas debido a una fuerte brisa del noroeste...

Ni que decir tiene que no estoy en ningún paraíso, pues en mi habitación hace un frío horrible. Cuando sopla el viento, como ocurre hoy, el agua se filtra por las grietas del techo. En cuanto a luz, no puede ser más sombría esta triste buhardilla... Y por si todo esto fuese poco, está también el ruido de las tejas rotas y el de las sacudidas con que el vendaval mueve el tejado, haciendo que cruja el maderamen y que rechinen las bisagras. ¡Cuánto ruido, Dios mío! Así no hay quien pueda descansar.

A pesar de que son urgentes las reparaciones, pues deberían haberlas hecho hace ya mucho tiempo, me ha costado trabajo conseguir que la señora llamase al plomero para que viniera mañana mismo... Lo que no me atrevo a pedirle es una estufa, pero considerando lo friolera que soy, no creo que pueda pasar los rigores del invierno en este cuchitril.

Hace un rato, para protegerme de la lluvia y del viento, he tenido que taponar los resquicios de los marcos de las ventanas con trozos de viejas enaguas. Y encima de mi cabeza está esa maldita veleta del tejado, que no cesa de girar sobre su oxidado pivote, y a veces chirría con tal estridencia que hasta creo que es la voz de la señora.

En un aspecto ya más general, diré que, pasadas las primeras discusiones, la vida ha acabado por hacerse

monótona. Me he acostumbrado al ambiente y todo sigue su marcha, aunque esta casa parece como si estuviera maldita, pues no viene nadie. A excepción de los pequeños incidentes domésticos ya relatados, no puede decirse que ocurra nada de particular en El Priorato... Todos los días son iguales, lo mismo que los rostros y el trabajo. Esto es la muerte y el aburrimiento, pero estoy tan embrutecida que he acabado por acostumbrarme a este tedio, como si se tratara de una cosa natural.

Sin embargo, aunque me halle privada de toda clase de amor, en el fondo no me molesta la castidad a la que yo misma me condené... al rechazar al señor Lanlaire. Si he de decir la verdad, el patrón me aburre, además de que no olvido el detalle de que me denigró ante su mujer por cobardía. No es que él se haya resignado o haya renunciado a mí, pero se mantiene a cierta distancia. Da vueltas y más vueltas a mi alrededor, de una forma obstinada y me dirige miradas insinuantes, pudiéndose deducir fácilmente, según una expresión que leí en algún sitio, que «es siempre a mi vasija adonde trae sus cochinos deseos de beber».

Ahora que los días son ya más cortos, el señor apenas sale de caza. Se suele quedar en su escritorio, donde no sé qué diablos debe hacer, pues se pasa las horas muertas revolviendo papeles y prospectos de farmacia, cuando no hojeando libros de cinegética con mirada distraída.

Cuando entro allí por la noche para cerrar las ventanas, él se levanta y tose o estornuda con nerviosismo, y después comienza a moverse de aquí para allá, tropezando con los muebles o dejando caer los objetos, no sé si por azoramiento o para llamarme la atención. La escena resulta un poco cómica. Yo hago como si no me apercibiera de estas pueriles maniobras, y cuando termino mi quehacer, me voy en silencio y con gesto altivo, como si no me hubiera dado cuenta de su presencia o no hubiese nadie alli.

Sin embargo, anoche cruzamos algunas palabras.

—Célestine —dijo él en un momento dado.

—Señor...

—Su comportamiento conmigo no es correcto, reconózcalo...

—¿Por qué?

—Creo que no se porta bien...

—El señor sabe que soy una cualquiera...

—¿Qué dice?

—Sí, una cualquiera...

—¡Vamos, vamos!

—...Y que soy sospechosa de tener Dios sabe qué enfermedades...

—¡Célestine, por favor!... Vamos, escúcheme...

—¡Mierda...! ¡Váyase al infierno...!

Esto último lo dije con decisión y firmeza despreciativa, pero también por coquetería y para divertirme. Después salí de la habitación con la misma

altivez de otras veces, dejando al patrón pasmado.

Desde luego que en El Priorato no hay nada que me divierta a fondo..., pero, si he de ser sincera, tampoco hay nada que me aburra de una manera clara y terminante. ¿Se deberá todo al aire de esta desabrida región, al silencio del campo o a la alimentación vulgar y sosa que tengo que aguantar? Siento como si me invadiera una pesadez no exenta de encantos, que embota mi sensibilidad y entorpece mis sueños... Esa pesadez es lo que también me ayuda a soportar los gritos y las insolencias de la señora, y a sentir cierto placer en mis charlas nocturnas con Marianne y Joseph, ese hombre tan extraño que, según he observado, ya no sale por las noches, y prefiere quedarse con nosotras... La idea de que Joseph pudiera estar enamorado de mí es algo que me halaga mucho. Algo en lo que pienso repetidamente, incluso cuando estoy distraída en otros menesteres o leyendo mis novelas... He vuelto a leer a Paul Bourget. He de decir que sus libros ya no me apasionan como antes. Ahora me abruman, pues pienso que son falsos y que carecen de profundidad, como si estuvieran concebidos en ese estado de ánimo que yo conozco tan bien... por haberlo experimentado cuando, deslumbrada y fascinada, tuve contacto con el lujo y la riqueza por vez primera.

Actualmente ya no me siento seducida por semejantes cosas, como, en cambio, les ocurre a los personajes de Paul Bourget y hasta a él mismo. ¡Ah, ya no soy la necia de entonces! Hoy no iría a pedirle al «ilustre maestro» una explicación psicológica para mis problemas, pues sé mejor que nadie lo que hay detrás de las puertas de los dormitorios o bajo los vestidos de encaje...

A lo que no puedo acostumbrarme es a no recibir cartas de París. Todas las mañanas, cuando pasa el cartero, siento como si se me desgarrara el corazón, y me veo sola y abandonada en medio de un mundo que en esos momentos me parece cruelmente hostil. Pero no tardo en reponerme, pues pienso que de esta forma puedo medir mucho mejor mi soledad... En vano he escrito a mis antiguas compañeras, y hasta al señor Jean, cartas urgentes y desoladas, suplicándoles que me saquen de este infierno, pidiéndoles que me busquen una colocación en París, por modesta que sea... No me ha contestado nadie. No lo hubiera creído nunca. ¿Por qué tanta indiferencia e ingratitud? No consigo explicármelo.

Esta situación me obliga a aferrarme a lo único que me queda: los recuerdos y el pasado. En los recuerdos, a pesar de todo, noto que la alegría supera el

sufrimiento. Por lo menos el pasado tiene la virtud de devolverme la esperanza y pienso entonces que no ha terminado todo para mí en la vida y que no es cierto que una caída circunstancial signifique un derrumbamiento definitivo. Por eso cuando me hallo sola en mi habitación y oigo al otro lado del tabique los ronquidos de Marianne, que simbolizan para mí las angustias del presente, trato por todos los medios de ahogar ese ridículo rumor con el de mi antigua dicha, para lo cual repaso apasionadamente ese pasado, a fin de poder reconstruir con esos fragmentos dispersos lo que yo considero la ilusión de un porvenir mejor que debe estar esperándome en algún lugar...

Hoy es justamente el día 6 de octubre, una fecha que para mí está llena de recuerdos... Desde que ocurrió el drama que voy a referir han pasado ya cinco años. ¿Un drama? Si, eso es, porque en este episodio de mi vida hay una muerte, la muerte de un hombre joven y bien parecido, al cual puede decirse que maté con la alegría que le proporcionaron mis caricias.

Lo más curioso es que, después de cinco años, éste va a ser el primero que no le lleve flores a su tumba en la fecha de su aniversario... Pero pienso hacer otra cosa: con esas mismas flores que no llevaré a su tumba, haré un ramo que contribuirá a perfumar su querida memoria en mí. Esto será mejor que todas las flores de un cementerio juntas depositadas sobre la tierra bajo la cual descansa.

Las flores con que haré el ramo trataré de encontrarlas en el jardín de mi corazón, donde no crecen aquellas perecederas de la perversión, sino los grandes y blancos lirios del amor.

Lo recuerdo muy bien: era un sábado... En la oficina de colocaciones de la calle del Colisée, adonde iba desde hacía ocho días en busca de un nuevo empleo, me presentaron a una señora anciana vestida de luto. Hasta entonces nunca había visto un rostro más acogedor, ni una mirada más dulce, ni unos modales tan sencillos. Sus palabras tenían atractivo, y me habló con tal cortesía... que hasta me ruboricé.

—Hija mía —me dijo—, la señora Paulhat-Durand (la encargada de la agencia) me ha hecho de usted los mejores elogios, y me figuro que son merecidos. He de reconocer que su rostro me gusta mucho, pues revela inteligencia, franqueza y un carácter alegre. Comenzaré diciéndole que lo que yo necesito es una persona abnegada y de absoluta confianza... Sobre todo tiene que ser abnegada; ¿comprende? Perdóneme...; no crea que ignoro lo difícil que es, pero... Por favor, hija, mía, venga aquí y siéntese a mi lado...

Basta que una persona me hable con dulzura y no me considere como un ser distinto y al margen de la vida, como algo intermedio entre un perro y un loro,

para que rápidamente me emocione y esté dispuesta a servir a aquella persona que me trata con tal deferencia y respeto. En esos momentos siento renacer en mi interior ese espíritu cándido, infantil y simple que llevamos dentro de nosotros. Es como si todos mis rencores y mis odios se diluyeran por arte de magia. Las personas que así me hablan no me inspiran otra cosa que amor y abnegación. Sé también, más que nada por experiencia, que sólo la gente desdichada está capacitada para unir el sufrimiento de los humildes con el suyo. En la bondad de los ricos, por el contrario, hay siempre distancia e insolencia.

Cuando me senté al lado de aquella señora vestida de luto, puede decirse que ya me era muy simpática, impresión que se afirmó a medida que dicha señora fue explicándose.

—Lo cierto es que no se trata de una colocación muy alegre la que le ofrezco... —suspiró de pronto—. Si le digo esto, es porque no quisiera engañarla por nada del mundo; ¿comprende?

—No importa... —le contesté vivamente y con espontánea franqueza, que ella debió notar—. Haré todo lo que la señora me pida...

Mis palabras eran leales. Ante su nobleza y sinceridad, me sentía dispuesta a todo, quizá porque presentía que nada malo me podía llegar de una persona como ella.

—Le explicaré algo... —dijo la señora, con una

mirada de ternura—. Debe saber, hija mía, que yo soy una de esas personas que han sufrido mucho en la vida. No lo digo yo, lo dicen los hechos... En primer lugar, he perdido a todos mis familiares. No me queda más que un nieto, pero está amenazado de muerte por el mismo mal que se llevó a mis otros parientes.

Como si temiera pronunciar el nombre del terrible mal, la anciana señora se llevó al pecho su mano en guantada, añadiendo con dolorosa expresión:

—¡Pobrecito mío! Le advierto que es un ser adorable y encantador, en quien había puesto todas mis esperanzas... Ahora es lo único que tengo... y lo más terrible es que será por poco tiempo. ¿Qué haré yo después en este mundo? ¡Dios mío, no quiero ni pensarlo!

Los ojos de la anciana se habían cubierto con un velo de lágrimas, que se enjugaba continuamente con el pañuelo. Después de unos momentos de silencio, continuó:

—Los médicos conciben alguna esperanza de que pueda curarse, pues parece que no le ha atacado aún con demasiada virulencia la enfermedad, aparte de que le han prescrito un nuevo tratamiento en el que confían mucho... Georges deberá tomar todas las tardes un baño de mar o por lo menos meter los pies en el agua, y después se le tendrá que friccionar el cuerpo con un guante de crin para activar su circulación, y darle un vaso de oporto añejo, dejándolo descansar una hora en

la cama... De todo esto se tendrá que encargar usted, si acepta el empleo, y fío en que pondrá lo que falta en la casa, que es juventud, alegría, bondad... y vida. ¿Comprende lo que quiero decir? Tengo otros sirvientes, por supuesto, pero son viejos, tristes y algo maniáticos. Georges casi no los soporta... Y también yo, con mi ropa negra y mis cabellos blancos, no hago más que aumentar su melancolía. Lo peor es que temo que no consigo disimular mis temores. Quizá para una joven como usted no sea el trabajo más indicado, pues atender a un joven de diecinueve años... Supongo que sabe a qué me refiero. La gente empezará a murmurar, con toda seguridad, pero a mí me importa muy poco la opinión de los demás. Lo que me preocupa es mi nieto. No obstante, comprendo que usted... En fin, quiero que sepa que yo estoy dispuesta a poner toda confianza en usted, pues me parece una buena muchacha.

—Puede usted confiar en mí, señora... —repuse, creyendo ser ya la santa que iba a salvar a aquel joven, tal como lo creía la desolada anciana.

—En cuanto a él quizá más que los baños de mar, lo que me figuro que necesita es estar acompañado continuamente, tener a su lado un bonito rostro, y una risa fresca y joven; algo que aleje de su espíritu la idea de la muerte y le transmita cierta esperanza de vida... Bien, señorita, ¿qué me dice? ¿Está dispuesta a aceptar una colocación así?

—Naturalmente, señora... —respondí con la mayor

emoción—. Puede tener la seguridad de que cuidaré debidamente a su nieto.

Convinimos que aquella misma tarde empezaría a trabajar, y que al día siguiente saldríamos para Houlgate, donde la anciana había alquilado una villa muy cerca de la playa.

Aquella señora no había mentido. Georges era un joven encantador. Su imberbe cara tenía la gracia de un bello rostro de mujer, y había también una gracia femenina en sus modales, en sus largas y blancas manos, en las que se transparentaban las venas... y sobre todo en sus ardientes ojos. Sus pupilas, dentro de aquellas azuladas ojeras, parecían consumidas por un fuego sombrío. ¡Qué vida interior tan intensa, qué inteligencia y qué pasión revelaban aquellos ojos! Sus mejillas eran muy rosadas, y, al contemplarlas, no se tenía la impresión de morir de enfermedad, sino de un exceso de vida, de esa fiebre de vida que indudablemente había en él... y que era la que consumía su organismo y agostaba su carne. Era atrayente mirarlo, pero al mismo tiempo también muy doloroso.

Cuando la anciana señora me llevó junto a él, se hallaba tendido en su hamaca y tenía una rosa blanca en las manos, una rosa sin perfume. Me saludó no como a una sirvienta, sino como a una amiga a la que hubiera estado esperando. Debo confesar que me sentí ligada a él desde el primer momento y que contribuí a esa unión con todas las fuerzas de mi alma.

El viaje transcurrió dentro de la mayor normalidad, y nuestra llegada y acomodo en la villa de Houlgate se llevó a cabo sin el menor incidente. Lo encontramos todo preparado y prácticamente no tuvimos que hacer otra cosa que tomar posesión de la elegante casa, llena de luz y de alegría, que se hallaba separada del mar por sólo una terraza, donde había varios sillones de mimbre.

A la playa se descendía por una escalera de piedra, construida en el mismo malecón contra el que se estrellaban las olas en las horas de la marea alta. En la planta baja de la casa estaba la habitación del muchacho enfermo, cuyos ventanales se abrían sobre el mar. A mí se me destinó una de las principales habitaciones, frente a la de Georges. Estaba adornada con bonitas cretonas y, por el lado opuesto al mar, daba a un jardincillo en el que crecían unos débiles rosales.

No puedo expresar en estos momentos la alegría que sentí al aposentarme en ella. Por primera vez me sentía tratada como una dama y podía disfrutar no sólo del lujo, sino también de algo que he deseado durante mucho tiempo: una familia.

Aquello fue como el toque de la varita mágica del hada milagrosa. La bondad acabó al instante con el recuerdo de mis pasadas humillaciones, y pude comprender entonces todos los deberes a que me obligaba la dignidad de ser humano que tan graciosamente se me reconocía... Puede decirse que en aquella casa conocí verdaderamente la magia de la

transfiguración. Y conste que no fue sólo el espejo quien me aseguró que yo había embellecido, sino que también mi corazón me confirmaba que era más buena. Descubrí en mí fuentes de abnegación que me parecían inagotables. Me sentía inspirada por un gran espíritu de sacrificio y de heroísmo, y era como si tuviese un solo pensamiento: salvar a Georges de la muerte merced a mi atención, mis cuidados y mi fidelidad.

Con una profunda fe en la posibilidad de una mejoría, trataba asimismo de alentar a la anciana señora, que se pasaba los días llorando en su habitación.

—No llore así, señora... —le decía—. Estoy segura de que acabaremos salvándolo... Ya verá usted como mejora rápidamente.

Aquel vaticinio mío se convirtió en un hecho. A los quince días Georges había cambiado de aspecto, se sentía mucho mejor y la animación le salía al rostro. Los ataques de tos habían disminuido y cada vez eran más espaciados. El sueño y el apetito del enfermo eran ya casi normales... y todo hacía pensar en una resurrección. Además, como el tiempo era bueno y templada la brisa, los días que no salíamos los pasábamos en la terraza, bajo el toldo, en espera de la hora del baño en el mar; la «hora del remojón», como decía Georges.

Por las noches, el enfermo ya no tenía tampoco los sudores de antes que, al parecer, lo dejaban agotado cada mañana. Recobró poco a poco las fuerzas propias

de un joven de su edad, y llegó a dar largos paseos en coche y algunas caminatas.

Georges era un muchacho esencialmente alegre... Es más, yo diría que su comportamiento natural era estar alegre, como lo probaba el que nunca hablase de su enfermedad... ni tampoco de la muerte. Creo que en todo el tiempo que estuve a su lado no le oí pronunciar ni una vez tan fatídica palabra. En cambio se reía mucho con mis charlas, que provocaba él mismo... Confiada en su mirada y tranquilizada por su bondad, yo me sentía impulsada ante su indulgencia a decir en voz alta todo lo que pasaba por mi mente, fuesen bromas, chistes o canciones... Otras veces le hablaba de mí misma, y así le fui contando mi infancia, mis deseos, mis desgracias y mis sueños, mis rebeldías y mi experiencia con las diversas patronas que había tenido. Le conté prácticamente todo lo que me afectaba, sin ocultarle la verdad en ningún aspecto, pues aunque Georges era joven y estaba alejado del mundo, tenía una intuición maravillosa y comprendía muy bien lo que era la vida.

Total, que acabó por nacer entre Georges y yo una auténtica amistad, favorecida por su carácter y su soledad. Después estaban los cuidados íntimos y constantes que yo brindaba a aquel pobre cuerpo moribundo... Con todo ello me sentía feliz, mucho más de lo que pueda expresar en estas líneas, aparte de que mi espíritu se refinó mucho al contacto con el suyo.

Georges adoraba la poesía... Durante dos horas,

todos los días, en la terraza, frente al mar, o por la noche en su habitación, le leía poemas de Victor Hugo, Baudelaire, Verlaine, Maeterlinck... Por lo regular él cerraba los ojos y permanecía inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho. Yo creía que se había dormido y a veces dejaba de leer, pero entonces él sonreía y me decía:

—Sigue, Célestine... Es que así oigo mejor los versos y tu voz me parece más... más encantadora, ¿comprendes?

Otras veces me interrumpía. Se recogía en sí mismo y recitaba los versos, espaciando o acelerando el ritmo. Cuando los versos le gustaban mucho, me los explicaba para que yo comprendiera mejor su sentido. ¡Nadie sabe lo que yo le agradecí estas deferencias! ¡Era maravilloso!

Un día me dijo (y yo he guardado estas palabras casi como una reliquia):

—Lo que tienen de sublime los versos... es que no se necesita ser sabio para comprenderlos y quererlos. Mejor dicho: precisamente los sabios son quienes no los comprenden y los desprecian..., porque tienen mucho orgullo y se sienten más que suficientes con su ciencia. Para gustar de un buen poema, basta con tener alma, un alma desnuda y limpia como una flor. Los poetas hablan al alma de los simples, de las personas que se sienten tristes, de los enfermos... Por eso algunos de los poetas que conocemos son eternos y se sitúan por encima del

tiempo. En el fondo, yo creo que cuando se posee sensibilidad..., se es inadvertidamente poeta de alguna manera. Por ejemplo, tú, mi querida Célestine, dices a veces cosas tan bonitas como los más bellos versos...

—Oh, Georges... Usted se burla de mí.

—¡No, nada de eso! Durante estos días me has dicho cosas muy bellas, te lo aseguro, y precisamente lo más delicioso es que tú ignoras que las has dicha...

Eran horas y momentos únicos para mí, y creo que perdurarán en mi memoria toda mi vida, cualquiera que sea mi futuro. Percibía la dulce sensación de estar convirtiéndome en un ser nuevo. Era como si asistiese, minuto tras minuto, a la revelación consciente de algo que me era totalmente desconocido.

Por eso hoy, a pesar de las decepciones y de mis ocasionales perversidades, si he podido conservar mi pasión por la lectura y cierto entusiasmo por conocer cosas que quizá podrían considerarse pertenecientes a un medio social que no es el mío, se lo debo a Georges... En los peores momentos suelo pensar en todo aquello y, sin saber yo misma cómo sucede, acabo recobrando la necesaria confianza en mí para seguir adelante.

¡Oh, sí...! Recuerdo perfectamente lo feliz que me sentía viendo renacer a mi querido enfermo bajo el impulso de una savia nueva. Me sentía dichosa por la alegría, las esperanzas y la seguridad que su recuperación expandía por toda la casa, de la que yo era reina y hada a un mismo tiempo.

Esta especie de milagro era atribuido a la inteligencia de mis cuidados, a mi abnegación, a mi constante alegría y a mi juventud llena de encantos. Se me agradecía todo esto y se me colmaba de bendiciones y de regalos, como si yo hubiese sido una nodriza a la que se le hubiere confiado un crío casi muerto, al que hubiese vuelto a la vida alimentándolo con la leche pura y sana de sus pechos.

Algunas veces, olvidando la distancia social que nos separaba, Georges me cogía las manos, las acariciaba, las besaba, y con lágrimas de felicitación me decía:

—Lo intuí... en cuanto te vi. Desde aquel momento supe que no nos abandonarías nunca...

Georges hacía constantes proyectos para una larga excursión al campo. A veces su entusiasmo me molestaba, y hacía que me sintiera incómoda, pues en esos momentos siempre acababa por creer que merecía todo aquello... cuando sabía bien que la realidad era muy distinta.

Es muy probable que otras en mi lugar hubieran abusado de aquella generosidad, pero yo me sentía incapaz... y, además, lo que tenía que suceder acabó sucediendo.

Era uno de aquellos días en que hacía mucho calor... El tiempo era pesado y tormentoso. Del cielo, sobre el mar plomizo y sin olas, pendían grandes nubarrones rojizos que eran un seguro anuncio de tormenta... Georges no había salido a la terraza y estábamos en la

habitación. Le vi en seguida más nervioso que de costumbre. Al no encontrar nada que fuese la causa, lo atribuí a la influencia de la pesadez atmosférica... No quiso que le leyera versos, diciendo que los leería mal y que lograría fatigarle.

Luego se trasladó al salón, intentó tocar el piano, pero regresó en seguida al dormitorio, donde buscó distracción dibujando con lápiz algunas siluetas femeninas. Sin embargo, no tardó mucho en dejar también el papel, murmurando algo con cierta impaciencia. Era como si estuviese esperando a alguien... que no acababa de llegar.

—¡No puedo hacer nada! —exclamó de pronto—. Mis manos tiemblan... No sé qué me ocurre, aparte de que a ti también te noto inquieta...

Después se tendió en la hamaca y se puso a contemplar el mar. Las lanchas pesqueras, huyendo de la tormenta que se aproximaba, se refugiaban en el puerto de Trouville, y Georges intentaba seguir sus maniobras mirando las evoluciones de cada velamen.

El tenía razón... Yo también me sentía muy nerviosa. Iba de un lado para otro, buscando algo con que distraer mi espíritu. Como tenía que ocurrir, no hallaba nada..., y mi agitación no calmaba al enfermo, sino todo lo contrario.

—¿Por qué estás tan intranquila?... Cálmate y quédate a mi lado.

—Georges, ¿no le gustaría estar en el puerto para ver

más de cerca esos barcos? —le pregunté—. Por mí, si lo desea...

—Por favor, Célestine, no hables por hablar... ¿Para qué decir cosas inútiles? Quédate a mi lado.

Cuando me senté a su lado, me pidió que bájase las cortinas, como si no soportase ya la vista del mar.

—Esa media claridad que filtran las nubes plomizas me irrita... —dijo, por toda explicación—. Y el mar está horrible; no quiero verlo. No me apetece contemplar nada que no seas tú en estos momentos... Sólo quiero mirarte a ti.

—Creo, Georges, que no se está portando bien... le respondí con suavidad—. Su abuela se disgustaría si le viera en este estado.

Entonces se irguió ligeramente sobre los almohadones, para decirme:

—¿Por qué me tratas de usted?... Sabes que me disgusta. ¿Por qué insistes?

—Es que no pueda...

—¿Por qué?

—No lo sé... Creo que no me atreveré nunca.

—Es curioso —suspiró entonces—, pero a veces tengo la impresión de que tu verdadera vocación es la de ser una esclava perfecta. Es algo que no comprendo, Célestine..., y menos después de conocerte.

Después calló, pero el resto del día lo pasó con el mismo nerviosismo.

La tormenta estalló después de la cena. El viento

aullaba y el mar golpeaba el malecón con un sordo rumor y continuado ímpetu.

Georges no quiso acostarse, pues sabía que le sería imposible dormir. No hablábamos: él seguía en su hamaca y yo estaba junto a una mesita, en la que había una lámpara con una pantalla encarnada que... dejaba la habitación envuelta en una suave penumbra rosada.

Aunque sus ojos brillaban más que de costumbre, Georges parecía mucho más sereno en aquellos instantes. La luz de la lámpara parecía que le enrojeciese la piel y sus facciones eran más seductoras... Entretanto, yo estaba ocupada en un trabajo de costura.

—Deja eso un momento —me dijo repentinamente—y acércate a mí, Célestine...

Aparte de que lo consideraba como una obligación, yo procuraba complacer siempre sus caprichos y sus deseos. Georges se mostraba entusiasta y efusivo en sus demostraciones amistosas, que yo atribuía a su reconocimiento. Y aquella vez le obedecí como en muchas otras ocasiones.

—Acércate más... Más cerca todavía. Aquí, ven aquí, más cerca de mí...

Le dejé que cogiese mi mano, sin la menor desconfianza. La acarició muy suavemente y después dijo:

—Tienes unas manos muy bonitas... Tus ojos también son muy bonitos. Bueno, toda tú eres muy bonita, Célestine... Supongo que te lo habrán dicho

muchas veces.

De mi bondad me había hablado en varias ocasiones, pero nunca se había referido a mi belleza, por lo que me quedé sorprendida, y halagada a un mismo tiempo, al oírle aquellas palabras, dichas con voz grave y entrecortada. Sin saber por qué, retrocedí instintivamente.

—No, Célestine... Por favor, no te vayas. Quédate a mi lado. No puedes imaginar lo bien que me siento teniéndote cerca. Es como si fuese otro... ¿Ves? Ya no estoy nervioso, ni agitado. Ni siquiera me siento enfermo..., sino contento y feliz...

Me enlazó de una manera muy correcta por la cintura, y me obligó a sentarme a su lado y me preguntó:

—¿Estás bien así?

No me sentía segura de nada. No sabía qué decir ni qué podía contestarle. Aquella situación era nueva para mí... Había un ardiente brillo en sus ojos y su voz temblaba de una forma muy singular: era el temblor que en los hombres se anticipa a su deseo violento de amar,.. Estaba emocionada y la cabeza me daba vueltas.

Decidí defenderme de él, para defenderlo de sí mismo, pues tenía muy presente que Georges estaba enfermo.

—Perdón, pero no me siento bien... Permítame que me levante...

Dije estas palabras con un tono tan infantil, y

supongo que de una forma tan poco convincente, que no me extrañó que él no soltara mi talle.

—No, Celestine... Por favor, sé buena y no me abandones. Te lo pido por lo que más quieras... —dijo, y añadió, en un tono mucho más dulce—: ¿Acaso temes algo?... Dime, ¿de qué puedes tener miedo?

Al mismo tiempo acercó su cara a la mía. Sentí su cálido aliento, mezclado con un desabrido olor, un olor que me recordó algo así como un vaho de muerte.

—¡Georges, Georges! —grité, con el corazón agarrotado por una terrible angustia—. Déjeme, se lo suplico... ¿No comprende que esto puede ser muy perjudicial para su salud?

Me ocurría también que no me atrevía a revolverme con energía debido a su debilidad, pues notaba la fragilidad de sus miembros. Con toda precaución traté de apartar su mano, que, tímida y temblorosa, pugnaba por desabrochar mi blusa para tocar mis pechos.

—¡Déjeme! —repetí—. ¿No comprende que su comportamiento no es correcto? Por favor, déjeme...

Los esfuerzos que hizo para sujetarme a su lado acabaron por fatigarle. La presión de sus manos era cada vez más débil y su respiración empezó a ser ruidosa, hasta que se repitió uno de sus accesos de tos.

—¿Ve usted como yo tenía razón? —dije, con sentimiento casi maternal—. Es usted un chiquillo... Esto ha ocurrido por su gusto y por no hacerme caso. Habrá que comenzar de nuevo..., y lo único que

habremos logrado será haber perdido el tiempo. Si fuera razonable, se acostaría inmediatamente...

Entonces retiró la mano de mi cintura, se tendió en la hamaca y, mientras yo le colocaba los almohadones, suspiró con voz triste y melancólica:

—Después de todo..., es justo. Te pido perdón, Célestine.

—¿Por qué? No tiene por qué pedirme perdón; lo único que debe hacer es tener calma...

—Ya sé, ya sé... —dijo, mirando al techo, donde la luz formaba un círculo de movediza luminosidad—. Me he portado un poco locamente al creer que podrías quererme, lo reconozco... Nunca he podido tener amor alguno; ¿por qué iba a ser ahora la primera vez? Nunca he tenido otra cosa que sufrimientos... ¿Por qué tenías tú que quererme? ¿Por qué ibas a ser tú la primera? No obstante, me había hecho ciertas ilusiones. Me siento tan bien a tu lado... que, desde que estás aquí, no hago más que desear tu juventud, tu frescura, tus miradas, tus suaves manos, que parecen hechas para prodigar dulces caricias... No hago más que soñarte. Has hecho nacer en mí un nuevo vigor, una nueva vida, y la siento como si quisiera estallar... Es decir, eso era lo que sentía hasta hace un momento. Ahora creo que estaba loco al pensar así... En cuanto a ti, no te guardo rencor. Comprendo que no estás obligada a corresponderme y sería injusto pedirte más de lo que ya me concedes.

Me sentía hondamente incómoda, y no sabía qué

hacer ni qué decir. Era como si tirasen de mí poderosos y contrarios sentimientos. Una especie de impulso me empujaba hacia él..., al mismo tiempo que me sentía alejada por mi sentido del deber.

En medio de esa pugna interior, en la que se debatían con fuerzas iguales el deseo y el deber, balbucí:

—Por favor, Georges... Sea bueno y no piense en esas cosas..., que por otra parte no pueden hacer otra cosa que perjudicarle. ¿No lo comprende?

El sólo repetía una y otra vez:

—Después de todo, es justo... No puedo pedirte más de lo que me concedes y comprendo tus razones para no quererme.

—Por favor, Georges... No hable así.

—Estoy enfermo, lo sé, y sin duda temes contagiarte de mi enfermedad si... si me besas. Dime, Célestine, ¿verdad que es así?

Estas palabras tuvieron la virtud de emocionarme tanto, que exclamé consternada:

—Georges, no diga eso; ¡se lo prohíbo! No tiene derecho a hablar de esa manera, ni a hacerme sentir una penó tan honda... ¡Es usted muy cruel!

Entonces tomé sus manos húmedas y ardientes, inclinándome sobre él. Su aliento era como el ronco gemir de una fragua.

—¡Es usted muy cruel! —protesté aún.

—Un beso tuyo sería para mí la resurrección. Estoy seguro continuó diciendo—. No son los baños, ni el vino

de Oporto, ni los guantes de crin lo que me curará... Es en tu amor que me tengo que balar, es el vino de tu amor el que necesito beber..., y el revulsivo de tu amor será lo que hará que corra por mis venas una sangre nueva. Si yo he vuelto a confiar en la vida es porque desde hace días espero tus besos... Por eso me encuentro más fuerte. Sin embargo, ahora sé que no tengo que hacerme ilusiones. Me rechazas, pero no creas que te guardo rencor. Comprendo tus razones... Eres como tantas otras mujeres: un almita buena, pero sin coraje. ¿Y por qué ibas a ser distinta? Para mí serás como un pajarito que canta en una rama, y después en otra, hasta que se va volando, asustado por el primer ruido que oye...

—¡Qué cruel es usted, Dios mío! —me quejé una vez más.

—Ni yo soy cruel, ni tú eres injusta... —continuó, mientras yo me restregaba las manos por no saber qué otra cosa hacer—. Después de todo, la vida es así, incluso para los seres normales... Por ejemplo, tú me crees enfermo, y quizá tengas razón, porque puede que uno esté enfermo cuando ama. Sin embargo, para mí, el amor es vida en estos momentos..., vida eterna. No puedo entenderlo de otra forma... por la sencilla razón de que mi único motivo para seguir viviendo es el de que espero y deseo tus besos y tus caricias con toda la fuerza de este mundo... En cuanto a la muerte, ¿qué crees que puede ser para mí? Pues muy sencillo: tu

negativa. Pero no hablemos más de esto...

Me era imposible seguir oyéndole... ¿Era compasión? ¿Era tal vez amor? No lo sé, pero aquellas palabras tan amargas como atroces fueron como un desafío para mí. ¿Acaso lo que me dominó fue el impulso de un amor bárbaro y salvaje?... Es lo más probable; el caso es que me dejé caer sobre el cuerpo del muchacho y, tomando entre mis manos su adorada cabeza, le dije:

—Para que veas que no es miedo lo que tengo.

Y pegué mi boca a la suya con un furioso temblor. Durante un momento me pareció que mi lengua se hundía en su pecho enfermo, absorbiendo su sangre contaminada... Sus brazos se abrían y se cerraban, estrechando cada vez más mi cuerpo contra el suyo. Aquello fue como un torbellino indescriptible, cuya fuerza no sabía muy bien de dónde podía proceder, hasta que al final lo que tenía que suceder sucedió...

Cuanto más reflexiono sobre aquel episodio, más llego a la convicción de que lo que me llevó a los brazos de Georges fue más que nada un espontáneo e imperioso gesto de rebeldía y de protesta contra los sentimientos del muchacho enfermo... En el fondo, se trataba de un acto de ferviente compasión en su más pura y desinteresada manifestación.

—Espero que te habrás convencido de que no te tengo miedo —le dije más tarde—. Ni siquiera creo que estés enfermo, y la prueba está en que no he vacilado en mezclar tu aliento con el mío, bebiéndolo para impregnar con él todo mi ser... Y aunque estuvieras realmente enfermo, ¿qué importancia podría tener? Aunque tu mal fuese efectivamente contagioso y mortal para el que se acerca a ti, no querría tampoco que pudieras tener de mí esa equivocada idea de que soy una mujer cobarde... ¿Cómo has dicho antes? ¡Ah, sí! Me has comparado a un pajarillo que va de rama en rama, pero que acaba huyendo asustado al primer ruido que oye... Pues ahora ya lo sabes, mi querido Georges: no tengo el menor miedo a enfermar, ni a sufrir..., y mucho menos a morir.

Como es natural, no podía yo prever cuáles iban a ser los resultados de aquella primera concesión en forma de beso... En primer lugar, me fue completamente imposible desligarme de aquel abrazo, sintiendo que la cabeza me daba vueltas y que la piel me ardía. Notaba también en mí como una embriaguez, una locura.

Mis deseos siempre han tenido la capacidad suficiente para anular mi voluntad, ocurriendo que me dejo llevar por ellos de una forma dócil y terrible..., incluso hasta llegar a lo que en muchas ocasiones podría considerarse como un delito.

¡Ah, aquel primer beso de Georges...! Sus torpes y

deliciosas caricias, la ingenuidad apasionada de todos sus gestos, la admiración de sus ojos ante el misterio descubierto de lo que es una mujer y el amor... En aquel primer beso puede decirse que me entregué por entero, y que lo hice con el entusiasmo y la voluptuosidad que domina y agota hasta a los hombres más fuertes, y les obliga a pedir gracia.

Una vez pasada la tempestuosa embriaguez, cuando vi al pobre muchacho casi desmayado en mis brazos, frágil y palpitante, recuerdo que tuve unos terribles remordimientos, pues me parecía haber cometido un crimen.

—Georges, Georges —le dije—. ¿Acaso te he hecho daño?... ¡Pobre pequeño!

Pero él supo estar a la altura de las circunstancias. Con gracia felina, tierna y confiada, se acurrucó en mi pecho, como buscando protección, y dijo, con ojos extasiados:

—Soy muy feliz, Célestine... Creo que ahora ya puedo morir...

Yo no podía evitar una desesperación íntima, a través de la cual maldecía mi debilidad.

—Soy muy feliz, Célestine... —repetía una y otra vez Georges—. Quédate conmigo toda la noche, por favor. Estoy seguro de que solo no podré soportar la intensidad de mi dicha...

Mientras le ayudaba a acostarse, tuvo una crisis de tos. Afortunadamente, no fue larga, pero sí suficiente

para que mi alma se desgarrase aún más, pues pensaba que, deseando complacerle para aliviarlo, podía causar fácilmente su muerte... Aquello me parecía tan horrible, que no pude contener las lágrimas.

—Esto no es nada, Célestine... —me decía, sonriendo—. No debes afligirte, pues soy feliz. Esto es lo que debe importarte. Tú misma has dicho que no estoy enfermo... A tu lado dormiré como un ángel, ya lo verás. Eso es... Lo que deseo es dormir como cuando era niño y ponía la cabeza sobre el pecho de mi madre...

—¿Y si por casualidad me llama tu abuela durante la noche? —le objeté.

—La abuela no llamará... Por favor, Célestine; quiero dormir contigo.

Hay ciertos enfermos que tienen una capacidad amatoria fuera de lo común, que a veces incluso rebasa la de los más fuertes. Al parecer, la idea y la presencia de la muerte constituyen, en el lecho de la lujuria, una terrible y misteriosa excitación de la voluptuosidad.

Durante los quince días que siguieron a aquella memorable noche, tan deliciosa como trágica, se apoderó de nosotros una especie de furia salvaje, que nos impulsaba a mezclar nuestros besos, nuestros cuerpos y nuestras almas en un abrazo y una posesión sin fin. Era como si tuviéramos una incomprensible prisa por gozar, como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido o aprovechar el que aún nos quedaba. Deseábamos vivir sin descanso aquel amor..., cuyo final

sabíamos que debía desembocar en la muerte.

Observé cómo se operaba en mí un cambio total: no sólo había dejado de tener remordimientos, sino que procuraba ingeniármelas para improvisar nuevas y agudas caricias, cuyo propósito no era otro que reanimar constantemente los cansados miembros y la fatigada sensibilidad de Georges... Debo confesar que en esto logré un éxito renovado a cada momento, hasta el punto de que mis besos tenían la virtud de una vivificante llama. Pero tenían también algo de siniestro y criminal, porque aun sabiendo que con ellos colaboraba a la muerte de Georges, me encarnizaba provocando la felicidad. Deliberadamente sacrificaba su vida..., y posiblemente la mía. Con exasperación, aspiraba y bebía la muerte de su boca, e impregnaba mis labios con su veneno.

Uno de aquellos días tuvo una fuerte crisis, hallándose en mis brazos, y vi en sus labios un esputo sanguinolento.

—¡Dame..., dame..., dame! —le pedí, sin ningún reparo.

Y me tragué el esputo con una avidez mortal, como si me hubiera tomado el más milagroso cordial de la vida...

Georges no tardó mucho tiempo en acusar los efectos de aquella enfermiza situación. Comenzó a desmejorar de aspecto y las crisis fueron más frecuentes, graves y dolorosas. Escupía sangre muy a

menudo, se veía atacado de prolongados desvanecimientos, durante los cuales parecía muerto, y su cuerpo iba adelgazando progresivamente. A los pocos días estaba tan descarnado como una pieza anatómica.

La alegría que había reconquistado la casa se trocó en triste dolor. La abuela se pasaba los días enteros llorando en el salón, rezando y espiando con el oído pegado a la puerta, con la angustia y el temor de oír un nuevo grito, un nuevo ronquido o un suspiro... que podría ser el último de aquel ser tan querido para ella, el único que le quedaba en la tierra.

Cuando yo salía de la habitación, me seguía paso a paso, gimiendo continuamente:

—¿Qué ocurre, Célestine? ¡Dios mío!.... Dígame, ¿cómo se encuentra Georges?

Otras veces me decía también, insistiendo de forma especial:

—Por favor, Célestine, déjeme pasar esta noche al lado de Georges... Usted no puede dejar de dormir todas las noches... Si sigue así, se va a matar... Llamaré a una monjita para que la reemplace...

Pero yo me negaba y la abuela no insistía más que hasta cierto punto, porque como yo había conseguido una vez lo que ella consideraba un «milagro», sin duda me creía capaz de lograr otro... En cierto modo, yo era su última esperanza.

En cuanto a los médicos de Paris, se sorprendían del acelerado progreso de la enfermedad, y de los estragos

que había hecho en el enfermo en tan poco tiempo.

Lo evidente era que nadie sospechaba la horrible verdad. La intervención de los médicos se limitó a aconsejar calmantes cada vez más activos.

El único que verdaderamente parecía feliz alli era Georges. No se quejaba nunca y a mí me expresaba su gratitud con un acento cada vez más efusivo. No hablaba más que para expresarme su dicha.

Por la noche, en su habitación, después de sus ya cotidianas crisis, me decía:

—¿Por qué estás tan triste, Célestine?... ¿No ves que me siento muy feliz? Tus lágrimas hacen daño a mi dicha... Aunque muera, no creo pagar demasiado cara la felicidad que me estás proporcionando. La muerte estaba ya en mí antes de que tú llegaras. Era una muerte que me esperaba, triste y temible, pero que, gracias a ti, se ha convertido en radiante y hermosa. Por eso te adoro tanto. ¿Lo comprendes? Te lo agradezco con toda mi alma, Célestine... Pero, por favor, no llores...

En el fondo, yo me sentía perversa con mi acción. No podía evitar el considerarla un crimen. Lo único que me quedaba era el consuelo, cuando no la excusa, de que, como castigo, se me hubiese contagiado la enfermedad de Georges... para poder morir al mismo tiempo que él.

Cuando este sufrimiento alcanzaba su paroxismo y me sentía caer en el vértigo de la locura, era justamente cuando Georges me atraía hacia él con sus moribundos

brazos, pegando su agonizante boca a la mía y pidiéndome el amor... que no tenia derecho a darle. En aquellos momentos mi conciencia me decía claramente que estaba cometiendo un delito, pero este delito aún me parecía mayor si me negaba a complacer aquella suicida dicha.

—Dame tu boca, Célestine... Quiero ver tus ojos, quiero sentir tu cuerpo, quiero compartir tu alegría... Al final, lo que tenía que suceder sucedió...

Era exactamente el día 6 de octubre. Lo recuerdo muy bien. Aquel año el otoño era cálido y apacible. Los médicos habían aconsejado a la abuela de Georges que éste debía prolongar su estancia junto al mar, en espera de que se recuperase para poderlo trasladar a la zona meridional del país.

Aquel día Georges lo había pasado relativamente tranquilo. Yo había abierto el gran ventanal que daba al mar para que el enfermo, bien arropado en su hamaca, pudiera aspirar el aire yodado... El sol, la playa desierta, los olores marinos y los pescadores de crustáceos solían alegrar a Georges. Sin embargo, nunca lo había visto tan contento como aquel día. Su alegría, reflejada en su rostro descarnado, era como un velo transparente, algo fúnebre, y a mí particularmente me resultaba horrorosa, tanto, que tuve que salir varias veces de la habitación

para no llorar delante de él.

Cuando abrí el libro, con la intención de leerle unos versos, según nuestra costumbre, Georges me dijo:

—No, Célestine. No quiero que me leas más poemas, porque eres tú mi único y auténtico poema.. Eres mucho más agradable que todas esas palabras impresas...

Los médicos le habían prohibido hablar, pues el hacerlo le fatigaba y la fatiga se convertía en tos. Además, casi no tenía fuerzas para toser. Lo poco que le quedaba de vida parecía concentrarse en su mirada, que era como una llama, como un fuego atizado continuamente, según su sorprendente y sobrenatural intensidad.

Aquella noche del 6 de octubre, Georges parecía no sufrir ya... Aún me parece verlo tendido sobre su lecho, con la cabeza sobre la almohada, jugando con sus largas manos descarnadas, sonriéndome y siguiendo mis idas y venidas con su mirada, que en la penumbra brillaba y quemaba como la más ardiente de las llamas.

La gravedad del enfermo había aconsejado poner una pequeña cama para mí en su misma habitación. La respetabilidad y las buenas formas, en una suprema ironía, habían exigido la colocación de un biombo que protegiera nuestros respectivos pudores, detrás del cual tenía yo que desvestirme... Por supuesto, no me acostaba en mi cama, pues Georges me quería a su lado. Se sentía terriblemente feliz en cuanto me sentía desnuda, acostada a su lado, y mi piel tomaba contacto

con la suya, también desnuda bajo las ropas de la cama. ¡Había que ver o que palpar su cuerpo, de huesos descarnados casi por completo!

Aquella noche, después de dormir dos horas, con un sueño más bien apacible, Georges se despertó de pronto, con las mejillas completamente rojas... Era evidente que tenía fiebre.

Al verme sentada a su cabecera y con las mejillas húmedas, me dijo en un tono de dulce reproche:

—¡Ah! ¿Por qué lloras ahora, Célestine?... ¿Quieres apenarme? Dime, ¿por qué no estás acostada? Vamos, acuéstate de nuevo, pero aquí, conmigo...

Decidí obedecerle sin ninguna resistencia, ya que la menor contrariedad podía originarle una crisis, que en aquel estado tan febril podía serle fatal. Cualquier pequeño disgusto era capaz de contrariarle y traer funestas consecuencias... Como él conocía mis temores, abusaba cuando deseaba algo de mí.

Cuando estuve en la cama a su lado, sus manos buscaron mi cuerpo, y su boca se pegó rápidamente a la mía. Con una especie de timidez, pero sin resistirme, le supliqué:

—Esta noche, no... Te lo ruego, Georges; esta noche, no. Por favor, querido; sé bueno esta noche...

Ni siquiera me escuchaba. Por el contrario, con una voz temblorosa de deseo y de muerte, me respondió:

—Esta noche, no... Siempre me dices lo mismo, Célestine, pero, ¿acaso tengo tiempo para esperar?

No pude contener el llanto.

—Georges —le dije entre sollozos—, ¿por qué te empeñas en que sea yo quien te cause la muerte? ¿Quieres que me quede ese remordimiento para toda la vida?

¡Toda mi vida! Ya olvidaba que mi deseo era morir con él, para purgar mi terrible culpa.

—Georges, te lo pido por piedad hacia mí... ¿No comprendes que jamás podré perdonarme...?

No me dejó terminar. Cuando quise darme cuenta, estaban de nuevo sus labios sobre los míos... Aquello era como sentir a la muerte en mi propia boca.

—Cállate, Célestine —me dijo Georges, con tono angustioso y jadeante—. Nunca te he amado tanto. Hasta hoy no había sentido tan hondamente lo que te quiero... Déjame, Célestine, déjame, ¡por lo que más quieras!

Y nuestros dos cuerpos se confundieron... El deseo que se despertó en mí fue tan atroz como el más horroroso de los suplicios. En la más terrible de las voluptuosidades hube de oír los suspiros de Georges, al mismo tiempo que notaba cómo sus huesos crujían debajo de mí...

Hasta que de pronto sus brazos se desligaron de mi cuerpo y cayeron inertes sobre la cama. Sus labios abandonaron los míos y de su boca se escapó un grito de angustia a la vez que un chorro de sangre caliente caía sobre mi rostro.

De un salto huí de la cama. Frente a mí, el espejo me devolvió la imagen de mi cuerpo desnudo y sanguinolento... Corrí enloquecida por la habitación, estuve por pedir socorro, pero no lo hice. El instinto de conservación, o el temor a que me exigieran responsabilidades, o tal vez ambas cosas a la vez, unidas a una clara conciencia de mi calculada cobardía, hicieron que contuviera mis impulsos, deteniéndome al borde de aquel abismo donde se hundía mi razón.

De pronto comprendí que sería terrible que alguien entrase en aquel momento y me viese tal como estaba... ¡Ah, la miseria humana! Mi indigna prudencia y mis cálculos se sobreponían a mi dolor y mi espanto.

En aquellos momentos tuve el aplomo suficiente para asegurarme de que nadie había advertido nada, de que no se oía ningún ruido. Pues todo parecía dormir en la casa... Entonces me acerqué a la cama, levanté el cuerpo de Georges, tan liviano como una pluma, y cogiéndolo entre mis brazos, le alcé la cabeza y la mantuve derecha con las manos.

La sangre fluía de su boca en forma de pegajosos filamentos, produciendo el sonido de una botella al vaciarse. Era como si el pecho se le saliera por la garganta... Sus ojos parecían dos globos rojizos, dentro de los agrandados párpados.

—Georges... Georges... Georges...

No podía oírme... Dejé caer su cuerpo sobre la cama, puse una mano en su corazón, y comprendí que ya no

latía...

—Georges... Georges... Georges...

El horror de aquel silencio suyo, sus labios mudos y la inmovilidad de su cuerpo, acabaron con mis fuerzas y caí desmayada sobre la alfombra...

No sé el tiempo que estuve sin conocimiento. Lo único que sé es que, cuando me recuperé, sólo un pensamiento ocupaba mi cerebro: hacer desaparecer todo lo que había en la habitación que pudiera acusarme.

Me lavé la cara, me vestí, lo ordené todo, dispuse mi pequeña cama, y cuando terminé, desperté a los demás ocupantes de la casa, comunicándoles la triste noticia.

¡Ah, qué noche! Creo que no la olvidaré jamás, pues conocí todos los horrores del infierno...

La noche de hoy me recuerda aquélla de alguna manera... La tempestad tiene el mismo sonido que entonces, cuando comencé sobre aquella pobre carne enferma mi obra destructora. El aullido del viento en el jardín se parece al rumor que producía el mar al azotar el dique de la maldita villa de Houlgate.

De regreso a París, después de las exequias de Georges, no quise quedarme al servicio de la anciana señora, aun cuando ella me lo pidió hasta suplicándomelo.

La verdad es que tenía una extraña prisa por alejarme de todo aquello. No quería ver el rostro de la abuela, continuamente bañado en lágrimas. No quería oír sus sollozos, que me desgarraban el corazón... Sin embargo, no encontraba el camino para huir de su reconocimiento, de su constante agradecimiento por mi abnegación, que la inducía a llamarme «su querida hijita», y a abrazarme con emocionante ternura.

Durante los quince días que, presionada por sus ruegos, accedí a permanecer a su lado, más de una vez sentí la imperiosa necesidad de confesarle todo aquello que tanto pesaba en mi alma y parecía ahogarme, pero después de pensarlo una y otra vez, me dije: «¿Para qué?... ¿Acaso va a significar algún alivio para esta pobre mujer?»

En el fondo, hubiera sido como agregarle una pena más, y quizá más desgarradora que la que sufría... Este pensamiento, unido a mi sordo remordimiento, me impulsaron a callar. Mi conciencia me repetía constantemente que, si no hubiera estado yo allí, Georges tal vez no habría muerto..., o, al menos, hubiera podido vivir aún cierto tiempo... Al final no tuve el suficiente valor para confesarle a nadie mi secreto y me fui con él, venerada como una santa y premiada por la anciana señora con toda clase de regalos.

El mismo día de mi partida, al volver del despacho de la señora Paulhat Durand, donde fui a buscar una nueva colocación, me encontré con un compañero de

trabajo que estuvo seis meses conmigo en una casa.

En aquellos momentos, al igual que yo, estaba libre y buscaba trabajo, aunque no tenía demasiada prisa por hallarlo, pues al parecer poseía algún dinero.

—¡Oh, Célestine!... —dijo al verme—. Estás tan encantadora como siempre.

Era un buen muchacho, alegre, y muy amigo de la diversión. Apenas empezamos a hablar me propuso cenar juntos. La verdad era que yo necesitaba distraerme un poco, para alejar de mí los tristes recuerdos que me obsesionaban, y acepté la invitación.

Mi compañero, cogiéndome del brazo, me llevó a una vinatería de la calle Cambon... No tardé mucho en darme cuenta de sus groserías, pero sus bromas obscenas no me irritaron, sino que, por el contrario, me hicieron sentir una ruin alegría, porque aquello significaba volver a mis antiguas costumbres.

Por decirlo de alguna manera, convengo en que con lo que yo identifico mi vida es con esa clase de tipejos de bigote y gestos serviles, que, aparentemente, son decentísimos e irreprochables, pero, en el fondo, se inclinan por las mismas deleznables pasiones que aquí son el flaco de un mayordomo, allá el de un artista y más allá el de un juez.

Después de cenar, mi amigo y yo anduvimos por los bulevares. Me invitó a una sesión de cine, y acepté. La verdad es que me sentía un poco torpe de movimientos después del vino de Saumur que había bebido... En la

penumbra de la sala, mientras desfilaba el ejército francés por la pantalla, entre los aplausos de la multitud, mi compañero me apresó por la cintura y me dio un sonoro beso en el cuello, y tuve la seguridad de que me había despeinado.

—¡Eres maravillosa, Célestine! —susurró él—. Y sobre todo, ¡qué bien hueles!

Después me acompañó hasta el hotel en que me hospedaba. En la puerta nos quedamos un momento como atontados, sin saber qué hacer. El se limitaba a golpear mis zapatos con la punta de su bastón, mientras yo me entretenía en pisar una cáscara de naranja, con las manos metidas en mi manguito y la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Hasta pronto —le dije al fin.

—¡Oh, no! Por favor, Célestine, déjame subir contigo...

Me defendí vagamente por una cuestión de formalidad, pero él insistió:

—No seas así, Célestine. ¿Qué te ocurre?... ¿Acaso tienes alguna pena? Si es así, éste será tu mejor momento para calmarla...

Empecé a subir las escaleras y él me siguió... En aquel hotel nadie se fijaba en quién entraba de noche. Era una casa de citas y a la vez una «madriguera».

La escalera era muy estrecha y la barandilla estaba pegajosa. El tosió ligeramente, quizá adrede, para demostrar que subía tranquilo. Y yo, asqueada,

pensaba: «Esto no es como la villa de Houlgate, ni como los acogedores y lujosos hoteles de la calle Lincoln.»

Cuando entramos en la habitación y eché el cerrojo, mi amigo me arrojó sabre la cama... ¡Ah, qué miserables somos los humanos a veces!

La vida siguió para mí con sus acostumbrados altibajos, sus cambios de rostros, los amores terminados apenas comenzaran... y también con los habituales y bruscos cambios desde las mansiones opulentas a otras que lo eran muy poco.

¡Qué cosa tan extraña!... Después de que, en mi exaltación amorosa, y llevada por mi ardiente sed de sacrificio, había deseado morir sincera y apasionadamente al mismo tiempo que Georges, resultó que de pronto me invadió un miedo atroz a haberme contagiado de su enfermedad.

La menor indisposición o el dolor más pasajero me producían un auténtico terror. A menudo me despertaba durante la noche con grandes sobresaltos, y me encontraba con el cuerpo empapado de un frío sudor. Sentía desgarramientos y fuertes dolores en el pecho, que yo me tentaba con el miedo de encontrar no sé qué señales. Examinaba minuciosamente mis esputos, creyendo ver filamentos rojos. Creía también tener fiebre... de tanto contar mis pulsaciones, y, al

mirarme al espejo, me parecía ver que mis ojos se hundían y que mis mejillas, igual que las de Georges, tenían un color rosado.

Recuerdo que a la salida de un baile me resfrié y que estuve tosiendo durante una semana... Aquello fue definitivo, pues pensé que todo había terminado para mí. No obstante, me puse en la espalda toda clase de cataplasmas, tomé no sé cuántas extrañas medicinas... y hasta hice una promesa a San Antonio de Padua.

Pero todo eran aprensiones. A pesar de mis temores, mi salud seguía siendo buena, como lo demostraba el tener la misma resistencia de antes, lo mismo para el trabajo que para las diversiones.

Finalmente desaparecieron mis temores.

El año pasado, lo mismo que todos los demás, en esta triste fecha del 6 de octubre, fui al cementerio de Montmartre a depositar flores en la tumba de Georges. En la ancha avenida, no muy lejos de mí, vi a la pobre abuela... Estaba muy envejecida, al igual que los dos sirvientes que la acompañaban... Andaba pesadamente, encorvada y vacilante, y la sostenían sus dos acompañantes. Un funcionario seguía a la anciana, llevando un gran ramo de rosas blancas y rojas.

No queriendo que me vieran, para no tener que hablar con aquellas personas, me quedé detrás de un

mausoleo y esperé a que la pobre señora dejara sus flores, sus lágrimas y sus plegarias sobre la tumba de su nieto.

Cuando ya se marchaban, la abuela y los dos sirvientes pasaron cerca de donde yo estaba, y a fin de seguir pasando desapercibida, traté de ocultarme más, pues me parecían fantasmas del pasado... que me buscaban para hacer resucitar mis antiguos remordimientos y angustiosos temores.

Aunque me hubiese visto la anciana señora, no creo que me hubiera reconocido, pues caminaba con la vista fija en el suelo y sin ver casi nada a su alrededor... Sus ojos tenían la rigidez de los de los ciegos. No parecían capaces de expresar nada.

Las tres figuras eran como tres almas de difuntos que, perdidas en el laberinto del cementerio, iban en busca de sus propias tumbas... Casi sin quererlo, reviví aquella dramática noche... Volví a ver una vez más cómo fluía la sangre de la boca de Georges y cómo mi rostro aparecía desfigurado por las horribles manchas sanguinolentas. Sin poderlo evitar, sentí un frío horrible...; después, desaparecieron de mi vista la anciana señora y sus sirvientes.

¿Dónde estarán hoy aquellas tres lamentables sombras? ¿Habrán muerto un poco más... o habrán muerto del todo? Lo más probable es que, después de haber errado algún tiempo, durante días y noches, hayan encontrado en el sepulcro el descanso que

buscaban en su triste y silencioso deambular.

Pienso que la abuela de Georges quizá tuvo cierta intuición al elegirme como enfermera de un muchacho tan interesante... Cuando alguna vez recuerdo que la anciana señora nunca sospechó ni vio nada, no puedo evitar admirarme... y me digo que, sin duda, ni ella ni sus sirvientes eran personas desconfiadas, a juzgar por una serie de detalles y de significativas pruebas.

He vuelto a ver al capitán Mauger por encima de la cerca. Estaba agachado junto a un arriate, y lo preparaba para plantar pensamientos y alhelíes.

Así que me ha visto ha dejado su trabajo y se ha acercado para charlar conmigo. Parece que no me guarda el menor rencor por la muerte del hurón. Hasta diría que ha estado muy amable y que se sentía contento de poder hablar conmigo de nuevo.

Me ha contado, sin dejar de reír a carcajadas, que esta mañana ha cogido por el cuello al gato blanco de los Lanlaire... y lo ha desnucado como él sabe hacerlo. Es como si con el gato se hubiese vengado de la muerte del hurón.

—Es la décima vez que los importuno... —me ha dicho, con feroz alegría, palpándose los muslos y frotándose en sus pantalones las manos sucias de tierra—. Así, ya no veré más a ese asqueroso bicho

escarbando mis plantas. ¡Ah, si pudiera hacer lo mismo con los Lanlaire..., los muy cochinos! Le aseguro que es una lástima... Sin embargo, le confiaré que se me ha ocurrido una gran idea...

Al decir esto, se ha acelerado el ritmo de sus carcajadas, y ha habido un momento en que he temido que fuera a descoyuntarse de risa. Con los ojos relucientes de maliciosa picardía, me ha preguntado:

—¿Por qué no les mete usted a esos cochinos un estimulante en la cama?... Yo se lo facilitaría... ¿Comprende lo que quiero decir? ¡Le aseguro que podríamos pasarlo muy divertido!

Las carcajadas han vuelto a ahogar sus palabras, y después de unos instantes ha añadido:

—A propósito, Célestine, ¿recuerda mi hurón?... Me lo comí y estaba sabrosísimo. No puede imaginarse hasta qué punto... ¡Ja, ja, ja!...

—¿Cómo podía estar bueno? —le pregunté.

—Mejor que un conejo... ¡Ja, ja, ja!...

Es la única oración fúnebre que el bárbaro capitán Mauger se ha dignado dedicar al pobre animal.

Después me ha contado que el otro día capturó a un erizo junto a unos sauces.

Lo está domesticando y le llama «Bourbaki», lo que el vecino de los Lanlaire considera una gran idea.

—Es un animal muy inteligente, y come de todo... Ayer, sin ir más lejos —me ha dicho el capitán—, ese bicho se comió un buen pedazo de carne, un plato de

guisado, un trozo de queso, otro de tocino, y dulces... ¡Es algo maravilloso verlo comer! Da la impresión de que no se hartará nunca... En el fondo es como yo, pues igual el erizo que un servidor somos capaces de comer lo que se nos ponga delante...

En ese momento el muchacho que ayuda al capitán ha pasado por allí con una carretilla de piedras, algunas latas de sardinas vacías y un montón de sobras que llevaba a la basura.

—Ven aquí —le ha ordenado el capitán.

El muchacho se ha acercado, y entonces el capitán Mauger ha ido hasta la cerca con la carretilla y ha dicho:

—¡Ahora verán esos cochinos!

Y se ha puesto a arrojar las piedras y toda aquella basura al jardín de los Lanlaire, pues sabía que no se encontraban en casa, ya que, además de haber estado espiando, yo se lo había dicho.

—¡Tomad, puercos! —ha gritado—. ¡Ahí tenéis lo que os merecéis, miserables! ¡La basura con la basura!

Las piedras han volado por encima de la cerca y los desperdicios han comenzado a caer en los surcos donde Joseph había plantado la víspera unos guisantes..., hasta que aquel trozo de tierra sembrada ha quedado como un basurero.

Al ver su obra, el capitán ha demostrado su alegría con alaridos y ademanes muy expresivos. Parecía haberse vuelto loco de repente.

Al final se ha calmado, y atusándose el bigote ha

adoptado una postura de galanteador, y me ha dicho, con cierto tono lascivo:

—Célestine, ¿sabe que es usted una mujer muy bonita? ¡Por Dios que lo es! ¡Ya lo creo que sí!... Se me ocurre una idea: ¿Por qué no viene a casa cuando no esté Rose? ¿Lo hará? ¡Ja, ja, ja! No me diga que no se trata de una buena idea. A mí me parece extraordinaria.

La verdad es que el capitán no duda de lo certero de sus palabras. Es uno de esos hombres que se escuchan y admiran todo la que dicen.

VIII

26 de octubre

Al fin he recibido una carta del señor Jean... Una carta seca y no muy expresiva, como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros, pues no hay ni una palabra amistosa, ni un recuerdo, ni una palabra de ternura. Sólo me habla de él, que parece haberse convertido en un importante personaje. Esto es lo que se advierte a través de su tono desdeñoso y protector... Creo que me ha escrito simplemente para deslumbrarme. Lo recuerdo como un joven bastante vanidoso, pero nunca me lo pareció tanto como hoy, después de su carta. Por lo general, los hombres no saben digerir el éxito ni la gloria.

Cuando yo conocí a Jean era primer mayordomo en casa de la condesa Fardin, la mujer de la que más se habla actualmente en Francia. Pero Jean se dedicaba también a actividades muy distintas, pues era manifestante político y conspirador realista. De hecho, Jean se ha manifestado con personajes como Coppée, Lemaître y Quesnay de Beaurepaire, y ha conspirado

con el general Mercier para derrocar la República.

Una noche acompañó a Coppée a una reunión de la Patria Francesa, y se pavoneó en el estrado, detrás del gran patriota, mientras le guardaba el abrigo... Podría decirse que mi antiguo amigo ha tenido sobre su brazo los gabanes de todos los grandes patriotas de la época. Esto puede significarle algo en su profesión, como lo indica el que la otra noche, saliendo de una reunión dreyfusista, adonde la condesa lo había mandado para que «rompiera la cabeza a varios cosmopolitas», Jean fuese detenido por haber menospreciado a los apátridas y haber gritado a todo pulmón.: «¡Muerte a los judíos!... ¡Viva el rey!... ¡Viva el ejército!»

Jean fue puesto inmediatamente en libertad, pues la condesa amenazó al jefe de policía con recurrir, si era necesario, al mismo gobierno. Este episodio hizo que Jean se congraciara con su señora, hasta el punto de que ella le aumentó el sueldo en veinte francos mensuales. Arthur Meyer publicó el nombre de Jean en *Le Gaulois,* y apareció asimismo en *La Libre Parole*, y engrosando la lista en una suscripción para el coronel Henry.

Luego, Coppée nombró a Jean miembro honorario de la Patria Francesa, una liga fuera de lo común, de la cual forman parte todos los criados importantes de las casas más encopetadas..., porque en esa asociación están inscritos también muchos duques, marqueses y condes.

Un día, durante una comida ofrecida por la señora

condesa, yo vi que el general Mercier le dijo a mi antiguo compañero de trabajo: «Hola, mi valiente Jean.» En cuanto a Jules Guérin, con el título «Una víctima más de los judíos», escribió en *L'Anti-juif* lo siguiente: «Nuestro valiente compañero antisemita, el señor Jean...» Y el señor Forain, asiduo visitante en la casa de la condesa, hizo posar a Jean para pintar un retrato en el que el artista deseaba simbolizar el «auténtico espíritu de la patria».

Está visto que mi antiguo amigo se ha convertido en un personaje de cierta importancia..., y por eso le llamo «señor» Jean, pues no puede decirse que sea el mismo hombre que yo conocí, a juzgar por lo que él me cuenta en su carta. Recibe plácemes de todos los personajes ilustres, le premian con exageradas propinas, con distinciones honoríficas y con toda clase de halagos. Por ejemplo, ahora todo hace pensar que el general Mercier lo citará para que testifique «en falso» en el proceso contra Zola, después de lo cual es muy posible que esté a dos pasos de la gloria... El testimonio falso es y hace muy elegante en estos tiempos; confiere distinción y prestigio. El hecho de ser «elegido» como testigo falso equivale a gozar de una gloria rápida y segura. Es algo así como si a uno le tocara el premio mayor de la lotería.

No es, pues, de extrañar que el señor Jean haya llegado a la conclusión de que es un personaje popular en el barrio de los Champs-Elysées. Por la noche, cuando va a jugar al café, es objeto de una gran

curiosidad y de un respeto general... Y por ese motivo, según parece, comprobada esta celebridad, que pronto puede extenderse a toda Francia, se ha abonado a *L'Argos de la Presse,* lo mismo que la señora condesa.

En su carta me promete enviarme todo lo que de él se diga...; mejor dicho, todo lo que de él se escriba. Es lo máximo que puede hacer por mí, según sus propias palabras, pues no le queda tiempo para ocuparse de mi persona... «Cuando estemos en el poder —me escribe con displicencia—, haré por ti todo lo que sea necesario...»

Ante este ejemplo, pienso que todo lo que me sucede es por culpa mía, puesto que nunca observé una clara línea de conducta, ni proporcioné informes, perdiendo sin ningún provecho las más envidiables colocaciones. Por esta inconsecuencia es por lo que ahora no estoy con Coppée, con Déroulède o con el general Mercier... De haber estado, aunque soy mujer, es muy probable que mi nombre también hubiese aparecido en las columnas de *Le Gaulois*, lo cual significa un buen estimulante para todos los sirvientes, de la categoría que fueren.

En este sentido, puede decirse que he leído casi llorando la carta del señor Jean, pues todo hace suponer que estoy totalmente desligada ya de las personas que son como él... y que no puedo contar con casi nadie. No me dice tampoco una palabra de la persona que me reemplazó... Me parece verlos a los dos abrazándose y

acariciándose en aquella habitación que conozco tan bien..., o yendo al teatro, si no al baile, para mecerse dulcemente al son de una música agradable.

Aún me parece que le veo con su abrigo color de cemento volver de las carreras, después de perderlo todo, y que le oigo decir a la otra, igual que me lo decía a mí: «Por favor, préstame por unos días tus alhajas y tu reloj... para poder salir de este apuro». Estoy segura de que todo esto seguirá ocurriendo, a no ser que su nueva condición... le haya inspirado al señor Jean otra perspectiva que la que le ofrecía el cuarto del servicio, y lo haya cambiado por los salones.

Entonces, ¿qué debo pensar? ¿Debo decirme que es mía toda la culpa?... Es muy posible que sea así, pero de todos modos también es muy cierto que siempre ha pesado sobre mí una especie de fatalidad, que ha sido la causa de que no permaneciera nunca más de seis meses en una misma colocación. Cuando no me despedían, era yo la que me cansaba y me marchaba. Es tan extraño como triste, pero siempre he tenido dificultades para seguir en los lugares que son más o menos quiméricos, con esa clase de quimera que es la esperanza puesta en ilusiones o en espejismos sin base. Esta incapacidad se agudizó en mí después de mi estancia en Houlgate, donde estuve al cuidado del inolvidable Georges y cuya experiencia dejó en mi alma una inquietud y un angustioso deseo de elevarme por encima de lo vulgar hasta situaciones posiblemente inalcanzables.

Creo que lo que resultó funesto para mí fue ese repentino y breve contacto con un mundo que, al no poder conocer mejor, habría sido preferible no haber conocido. ¡Ah, qué decepcionantes son todas las rutas que llevan a lo ignoto! Se camina y se camina, pero a lo lejos siempre vemos el mismo impreciso horizonte, que unas veces es rojizo y otras azul, liviano y luminoso como un sueño... Se piensa en lo bien que debe estarse allí y se camina con ilusión, pero cuando llegamos a la meta prefijada, resulta que... no hay nada. ¡Absolutamente nada! Sólo arena, guijarros y colinas tan desnudas como paredes... Y sobre esa arena, esos guijarros y esas colinas, un cielo gris, opaco y pesado que enluta el día antes de llegar las primeras sombras de la noche. Cada vez que he llegado a un sitio de éstos, he descubierto que no había nada de lo que iba a buscar. Tal vez sea porque no sé muy bien lo que busco... o quizá porque ignoro también quién soy en realidad.

Un criado no es un ser normal, ni siquiera un ser social. Es más bien algo absurdo, fabricado con piezas y pedazos, con fragmentos de distintas procedencias, que no pueden ajustarse los unos con los otros, ni tampoco yuxtaponerse: es una especie de monstruo híbrido que tiene forma humana. No pertenece, por ejemplo, al pueblo, que es la clase social de la que procede, ni tampoco a la burguesía, entre la que vive y hacia la que se orienta. Por un lado ha perdido la sangre generosa y la ingenua fuerza del pueblo, del que ha

renegado, y por el otro no ha adquirido más que los vicios vergonzosos de la burguesía, los viles sentimientos, los cobardes temores y los apetitos criminales de esa gente..., sin que pueda invocar nunca la justicia de la riqueza.

Con el alma envilecida, el sirviente pasa a ser un burgués a medias que, con sólo haber respirado el olor mortal de esas pútridas cloacas, pierde para siempre su primitiva fortaleza espiritual y hasta su yo particular. En el fondo de todos esos recuerdos, entre ese núcleo de seres por donde vaga como un fantasma de sí mismo, el criado solamente revuelve basura; es decir, sufrimientos... A veces tiene ocasión de reír, pero su risa es forzada, una risa que no se debe a la alegría conquistada, ni tampoco a las esperanzas alcanzadas, y guarda la amarga mueca de la rebeldía y el gesto duro y crispado del sarcasmo. Hay pocas cosas tan dolorosas y horribles como esta risa deprimente. En esas circunstancias, es mil veces preferible llorar. Aunque, bien pensado, no puede una estar segura de nada, ya que a fin de cuentas siempre acaba sucediendo lo que tenía que suceder.

Tampoco sucede nunca nada nuevo. Y esto es algo a lo que yo no puedo habituarme. Después de un tiempo, la monotonía me es insoportable. En esos momentos quisiera irme, pero cuando me pregunto cómo y adónde, siempre acabo quedándome donde estoy. Es lo que me sucede ahora... Yo sé muy bien que

puede cambiarse el decorado, pero también sé que los personajes son esencialmente los mismos en todas partes.

Por ejemplo, la patrona de El Priorato es un caso típico, aparte de que, ya de por sí; es inalterable: siempre desconfiada, metódica, dura, mezquina y sin un rastro de espontaneidad o de alegría en su marmóreo rostro. En cuanto al señor Lanlaire, últimamente ha vuelto a sus hábitos, o esto es lo que yo me imagino cuando veo que, desconfiado, hace un gesto o dice una palabra brusca para que vea que me guarda cierto rencor por mi severidad, una severidad que tampoco es nada peligrosa... Acostumbra a salir al campo después de la comida y vuelve por la noche, acostándose alrededor de las nueve y sin pedirme que le saque las botas. Sigue siendo el mismo hombre indeciso, torpe y casi cómico, aparte de que se está poniendo gordísimo.

¿Cómo puede la gente rica resignarse a una existencia tan triste? Me lo pregunto continuamente... En cuanto al señor Lanlaire, me pregunto también qué habría sucedido si hubiera cedido a sus deseos. Como no tiene dinero, no me habría podido complacer los más pequeños caprichos, y, por si esto fuese poco, ni siquiera es celosa la dueña.

El silencio de la casa a veces es abrumador. No

puedo acostumbrarme a él, y sin embargo, he acabado por deslizarme casi como una sombra por los pasillos, según dice Joseph... Con cierta frecuencia, efectivamente, me sorprendo a mí misma en medio de los pasillos como si fuese un espectro del más allá... Siento como si me ahogara en esta maldita casa, y no obstante sigo aquí.

Mi única distracción consiste en ir el domingo a misa para reunirme a la salida con la señora Gouin y sus amigas. El asco me aleja del centro hacia las afueras, pero el aburrimiento es mayor y regreso... con esas chismosas, con las que por lo menos se ríe y se bromea, además de beber uno que otro vaso de licor. En esa trastienda siempre se puede encontrar alguna ilusión que ayuda a que el tiempo pase más aprisa.

El domingo pasado, por ejemplo, no vino la muchacha de los ojos llorosos y el hocico de rata. Cuando pregunté por ella, la tendera me contestó, en un tono que pretendía ser misterioso:

—No es nada... Pronto estará bien. No es nada en el fondo...

—¿Está enferma?

—Si...,pero ya le digo que no es nada. Dentro de dos días estará ya bien.

Entonces Rose me miró con una especial expresión, como diciéndome: «¿Lo ve usted?... Ya le dije que la señora Gouin es una mujer muy hábil.»

Por cierto que hoy me he enterado, también en la

trastienda de la señora Gouin, que unos cazadores encontraron la víspera, en el bosque de Raillon y entre unas zarzas, el cadáver de una niñita que había sido salvajemente violada. La pequeña se llamaba Claire y era hija de un caminero; una niña buena, muy dulce y amable... Aún no tenía doce años.

Un suceso así significa un gran acontecimiento en un lugar como éste, donde cada semana vuelven a discutirse las mismas cosas y vuelven a hablar las mismas bocas.

Rose, mejor informada que las demás, ha asegurado que la pequeña Claire tenía el vientre abierto de una cuchillada y que por la herida se le salían los intestinos. La nuca y la garganta tenían signos de estrangulamiento, y sus pobres pequeñas partes pudendas eran prácticamente una llaga hinchada horriblemente, como si hubieran forzado a la desdichada con el mango del hacha de un leñador, según la expresión de Rose. Como último detalle estaba el de que era perfectamente localizable el lugar donde se había cometido, gracias a unos matorros pisoteados. Según se calculaba, la infamia había ocurrido por lo menos una semana antes, ya que el pequeño cadáver estaba completamente descompuesto y casi desfigurado.

A pesar del natural horror que un crimen así inspira, he podido notar que la mayoría de la gente no concede mucha importancia a la violación y a las imágenes obscenas que hace evocar, quizá porque encuentran en

todo ello una especie de atenuante, puesto que la violación es, de alguna manera, amor... Con respecto al luctuoso hecho, se cuentan gran cantidad de historias. Parece que la pequeña Claire se pasaba el día en el bosque, principalmente en primavera, recogiendo toda clase de flores, con las que hacía bonitos ramos que luego vendía en la ciudad. Los domingos recogía hongos, que vendía en el mercado. En verano aún era mayor la variedad de cosas que recogía la pequeña, pero en esta época, cuando no hay nada en el bosque, ¿qué había ido a hacer la niña allí?

Una de las contertulias de la señora Gouin ha comentado:

—Lo más raro para mí es el silencio del padre... ¿Por qué no denunció antes la desaparición de Claire? ¿No será el autor de esa monstruosidad?

Y otra de las compañeras, bastante más sensata, ha replicado:

—Si el padre hubiera querido hacer eso, no necesitaba llevarse a la chica al bosque... Digo yo, ¿no?

Entonces ha intervenido Rose:

—Lo único que yo digo es que todo este asunto se presenta muy oscuro... Para mí al menos, no está nada claro...

Después de esta introducción, Rose ha callado, pero después, con aires de quien lo sabe todo, hasta los más terribles secretos, ha seguido hablando en ese tono de las confidencias temerarias, diciendo:

—Les advierto que yo no sé absolutamente nada… y mucho menos podría afirmar nada, pero…

Este «pero» ha hecho el efecto que su autora deseaba, que no era otro que el de agudizar nuestra curiosidad. El resultado ha sido que nos hemos quedado todas intrigadas.

Las preguntas se han sucedido.

—¿Quién ha podido ser?

—Si el padre no ha sido, ¿quién, entonces? ¿Quién acostumbra a ir por el bosque?

—Si la niña no tenía nada que hacer allí, es que alguien la llevó engañada, y en ese caso…

—Sí, pero… ¿quién?

—A mí no me extrañaría nada que hubiese sido… —ha dicho Rose, y ha quedado unos segundos en silencio antes de soltar su sospecha—. A mí no me sorprendería que haya sido… el señor Lanlaire.

Al pronunciar el nombre de mi patrón, Rose ha dado a su voz un tono iracundo. Naturalmente que ha habido protestas. Yo he dicho que el señor lanlaire es incapaz de cometer ninguna violencia, y menos un crimen de esa especie, y he añadido:

—Ya veo que no lo conocen… ¡Si es un pobre hombre! No, no… Es demasiado cobarde para hacer una cosa así.

Pero Rose ha insistido en su acusación:

—¿Incapaz? ¿Demasiado cobarde? Bah… ¿Y cuando hizo lo de la pequeña Jézureau? ¿Y qué me dice usted de

lo de la hija de Valentin?... ¿O de lo de la pequeña Dougére?... Recordemos su historial y meditemos si puede considerarse al señor Lanlaire incapaz de hacer una cosa así...

—Pero esos casos son bastante distintos... No creo que sea lo mismo.

Aun cuando el odio al señor Lanlaire es de tipo general, he notado que nadie quería aventurarse a una resuelta acusación de asesinato... Y es que el señor Lanlaire puede violar a las menores que se dejen violar, pero nunca sería capaz de hacer lo de la pequeña Claire, para lo que se necesita ser un salvaje... No puedo creer que mi patrón, tan tímido y cobarde, sea capaz de matar.

No obstante, Rose ha mantenido su acusación con obstinada insistencia. Al ver que su opinión no era compartida, ha comenzado a golpear sobre la mesa, enfurecida, y ha exclamado:

—Está bien; pues ante tanta incredulidad, he de decir que si yo afirmo una cosa así es porque estoy segura... ¡Demonios!

Al oír estas palabras, la señora Gouin se ha quedado pensativa, y ha demostrado cierta duda, como si coincidiese con la suposición de Rose, diciendo:

—Amigas mías, la verdad es que la naturaleza humana es muy compleja... En este tipo de casos, nunca se sabe... De todos modos, hay que dar gracias a Dios de que ese bárbaro no matara a la pequeña Jézureau... ni a

las otras dos niñas con las que tuvo algo que ver.

A pesar de la autoridad que se le concedía a la tendera, y a pesar de la terquedad de Rose, poco a poco han desfilado todos los hombres de la comarca por las bocas de las componentes de la chismosa asamblea... Aquello parecía un censo de sospechosos. Por lo que he podido observar, basta con un poco de odio o de despecho para hacer de cualquier, inocente un sospechoso.

La cosa ha llegado al colmo cuando la muchacha del hocico de rata, que como dijo la tendera, el domingo ya estaba bien y también figuraba en la reunión, ha argumentado lo siguiente:

—Como todas ustedes saben, la semana pasada andaban por aquí, mendigando por las casas, dos capuchinos de dudoso aspecto; con barbas sucias... ¿No podrían ser ellos los autores de ese crimen tan horrendo?

—¡Pobres monjes! —ha rebatido alguien—. ¡Esas santas almas del Señor! ¡Acusarles así...! ¿Cómo pensar eso de dos seres elegidos por Dios?

Cuando después de la reunión nos íbamos cada una a su casa, Rose ha insistido una vez más:

—Lo que yo digo... El más sospechoso sigue siendo él.

Antes de entrar en casa me he detenido un instante en la caballeriza, donde Joseph limpiaba los arneses... En un aparador, donde tiene sus botellas de barniz y sus cajas de betún, he visto en su marco de abeto el retrato de Drumont.

A fin de darle más majestuosidad, Joseph ha adornado el retrato con una corona de laurel. Frente a Drumont está también el Papa, pero queda menos visible, porque casi lo tapa una enjalma colgada de un clavo. Allí hay folletos antisemitas, canciones patrióticas y otros papeles de ese tipo, la mayoría de ellos apilados sobre una tabla. En un rincón he visto también la matraca... con que Joseph se manifiesta contra los judíos.

De pronto, y sin otro motivo que la curiosidad, le he preguntado a Joseph:

—¿Se ha enterado de lo ocurrido?

—¿De qué?

De esa niña que han encontrado en el bosque, violada y asesinada... Creo que se llamaba Claire.

Joseph no ha podido reprimir un gesto de sorpresa. Y yo me he preguntado: «¿Es realmente un gesto de sorpresa?... ¿Cómo puede ocurrir nada que sorprenda a este hombre?»

Por muy momentáneo y furtivo que haya sido el gesto, el nombre de Claire le ha producido a Joseph un extraño nerviosismo..., o eso es lo que a mí me ha parecido; no puedo asegurarlo porque se ha repuesto en

seguida de su impresión, si es que le ha impresionado, y yo no estoy equivocada.

—Sí, claro que me he enterado... —me ha contestado, con voz segura—. Me lo han contado esta mañana en el pueblo.

Después de decirme esto, su actitud ha sido de indiferencia. Ha seguido limpiando los arneses con la mayor atención. Mientras lo hacía, he admirado su musculatura, la elasticidad de sus brazos y la blancura de su piel. No podía ver sus ojos, fijos en su trabajo, pero he observado su ancha boca y su rostro de bestia cruel y sensual... No sabría decir por qué, pero de pronto he sentido una extraña opresión.

—¿Tiene usted idea de quién ha podido hacer una cosa así? —le he preguntado.

Por toda respuesta, se ha limitado a encogerse de hombros. Sólo después de unos instantes, con tono serio y socarrón al mismo tiempo, me ha contestado:

—Lo más probable es que haya sido algún vagabundo... Estoy seguro de que no cogerán a nadie, porque todos los abogados y los jueces del país están vendidos. Esto, como tantas otras cosas, no es más que el resultado de la corrupción general que nos envuelve...

Después de decir esto, ha seguido ordenando las sillas, hasta que de pronto, señalando el retrato de Drumont con su corona de laurel, ha añadido:

—Si mandara éste en el país, otra cosa sería...

No sé por qué, pero me he ido de allí con un íntimo

malestar. Estoy segura de que con esta historia de la violación habrá tema y motivo de distracción en la comarca para bastante tiempo.

Cuando la señora Lanlaire sale de casa y yo estoy aburrida, voy hasta la verja que da al camino... y Rose viene a mi encuentro, pues siempre está en su puesto de observación. Por eso no hay nada de lo que pasa en El Priorato que se le escape, y lleva la cuenta de quién entra y quién sale... Rose está más gorda y fofa que nunca. Su prominente labio inferior cuelga cada vez más y su blusa apenas puede contener sus grandes pechos. Cada día se la ve más obsesionada por las cosas obscenas... Parece que sólo mira, piensa y vive para eso. En este sentido, he observado que cuando nos encontramos, inmediatamente me mira el vientre, y siempre me dice lo mismo:

—Recuerde mis recomendaciones, Célestine... En cuanto note usted que tiene novedades íntimas, vaya a ver en seguida a la señora Gouin.

Es como una obsesión, como una manía, ante la que yo, un poco fastidiada por sus sospechas, le contesto siempre lo mismo:

—¿Cómo quiere que me suceda nada de eso, si no conozco a nadie aquí? Sería como un milagro. ¿Comprende?

—¡Ah, las precauciones nunca están de más!... Un descuido o una oportunidad pueden tenerse en cualquier momento. No sabe una cómo, pero son cosas que suceden. He conocido a muchas amigas que, como usted, se creían muy seguras..., pero estaban en un error. Yo digo siempre que con la señora Gouin se puede estar relativamente tranquila. Ya se lo dije una vez: esa mujer ha sido como una providencia para las mujeres de esta comarca. Es como una bendición que nos hubiera caído del cielo...

El repugnante apasionamiento que pone en tratar de estos temas acaba siempre por agitarla, y es entonces cuando el espectáculo resulta grotesco e inadmisible.

—Antes, la región estaba apestada de críos... —seguía diciendo Rose—. Correteaban por las calles lo mismo que las gallinas en el corral de una granja. Alborotaban tanto, que no se podía soportar... ¡Era algo horrible! Pues ahora, no sé si lo habrá notado usted, casi no hay chicos por las calles... Y no es porque las chicas se diviertan menos —ha seguido diciendo, con una empalagosa sonrisa—, sino por causas bien distintas. No se debe el fenómeno a eso... Si usted saliera a pasear por la noche, vería a las parejas abrazarse y besarse bajo los castaños: Es tan agradable el espectáculo... Si le he de decir la verdad, yo encuentro al amor tan bonito, que no concibo que se pueda vivir sin amor. ¿Comprende lo que quiero decir? Lo molesto del amor, eso sí, es el peligro de que un día se comiencen a sentir los primeros

síntomas de la maternidad... Es aquí donde juega su papel la señora Gouin. Basta su ayuda, pasar un momento un poco desagradable... ¡y todo solucionado! En su lugar, de ocurrirle un descuido de esa clase, yo no vacilaría en hacer lo que hacen tantas otras. Piense que para una distinguida muchacha, y tan bien formada, un hijo sería... algo así como la muerte. ¿No está usted de acuerdo?

—Sí, sí..., claro que sí, pero no tiene usted por qué preocuparse, puesto que yo no tengo deseos de correr el riesgo de tenerlos...

—Sí, de acuerdo... Ninguna mujer de nuestra profesión desea tener un hijo. Pero dígame usted: ¿su patrón no le ha propuesto nunca hacer eso?

—Pues no...

—¡Qué extraño!... Y conste que no es que dude de usted, Célestine, pero como tiene fama de intentarlo con todas las mujeres que tiene cerca... No lo entiendo, la verdad... Dígame, ¿y la mañana que estaban los dos en el jardín?

—Le aseguro que...

Rose ha movido entonces la cabeza en señal de desaprobación, y me ha dicho:

—Lo que ocurre es que usted no quiere decir nada. Debe ser una de esas muchachas a las que no les gusta hablar... La discreción no me parece una mala virtud, pero por la parte que me corresponde, me gustaría que no desconfiara de mí... En fin, tenga en cuenta que aun

cuando no confíe en una persona como yo, las cosas que pueda saber las seguiré sabiendo... ¿Comprende lo que quiero decir?

—¿Qué se imagina usted? —le he replicado, ya impaciente—. ¿Piensa que yo me acuesto con todo el mundo, hasta con los viejos asquerosos y llenos de manías?

—Por favor, Célestine, no se enfade usted por tan poca cosa... En cuanto a los viejos, le diré que algunos de ellos valen más que los jóvenes. Y añadiré que sus asuntos no me interesan más de lo que me interesa usted misma...

Al final Rose ha terminado nuestra conversación con voz desagradable y, reemplazando el vinagre por la hiel, ha dicho:

—A lo mejor tiene usted razón, Célestine... Es muy posible que al señor Lanlaire le gusten más jóvenes las mujeres, mucho más jóvenes de lo que usted es... Allá cada uno con sus gustos, pero en esta ocasión esa preferencia puede ser muy sospechosa, como ya he sugerido esta mañana en casa de la señora Gouin...

Su mala intención era manifiesta, y ya iba a contestarle como se merecía, cuando me han interrumpido unos campesinos que iban paseando y que, al llegar cerca de nosotras, han saludado con todos los respetos a la buena de Rose, contestándoles ella en el mismo tono.

—Buenos días, Rose...

—¿Cómo está el capitán?

—Muy bien, gracias... Son ustedes muy amables.

Poco después ha pasado el cura, despacio y moviendo la cabeza. Al ver a Rose, se ha detenido también para saludarla. Ha cerrado el breviario, ha sonreído y le ha preguntado:

—¡Qué, Rose!... ¿Cómo está el capitán?

—Muy bien, señor cura... Gracias a Dios, se encuentra tan bien como siempre. Es usted muy amable... Creo que ahora el capitán está ocupado en la bodega... ¿Quiere pasar a verlo?

—No, no... Tal vez en otro momento... Espero que haya sembrado ya las bonitas flores que sabe cultivar, como hace todos los años... Así podremos contar con un hermoso ramo para la fiesta del Señor.

—Claro que sí, señor cura...

—Es lo que siempre hay que esperar de personas como el capitán Mauger...

—Tiene usted toda la razón...

—Bueno, hija mía, adiós. Mis recuerdos al capitán.

—No me olvidaré de dárselos.

El cura a abierto de nuevo el breviario, y ha reanudado su marcha, pero antes de alejarse ha dicho:

—Hasta la vista, señoritas... ¡Ojalá tuviera la parroquia muchas feligresas como ustedes!

Después he vuelto a casa, entre triste y descorazonada, dejando a la abominable Rose que siguiera gozando de la satisfacción que le produce verse

saludada y respetada por todos. Aún me parece que la veo sonriente, gorda... y tan desagradablemente feliz. Estoy convencida de que cualquier día el cura podrá ponerla en un nicho de la iglesia, entre dos cirios, nimbada de oro como una santa, para que los feligreses la adoren... Sería la mayor burla.

IX

28 de octubre

Quien verdaderamente me intriga es Joseph. Su actitud es misteriosa e ignoro lo que ocurre en el fondo de su alma. De lo que estoy segura es de que le ocurre algo... y de que ese algo no es nada vulgar. Su mirada tiene fuerza, tanta, que cuando se dirige a mí fijamente, tengo que bajar la vista. Su manera de andar es otra cosa que me asusta, pues parece como si arrastrase con los tobillos un proyectil de cañón... ¿Es el presidio lo que ese hombre hace recordar o es el convento? Tal vez lo uno y lo otro. Su espalda me infunde un gran respeto, al igual que su ancho y fuerte cuello bronceado, tostado como un viejo cuero y con los tendones tan tensos como si fuesen cables de acero. Sobre su nuca he podido observar varios duros músculos convexos, como los de los lobos y las bestias salvajes, que son capaces de llevar entre sus fauces las pesadas presas que atrapan.

A excepción de su manía antisemita, que revela un espíritu de tipo violento y, en cierto modo, sanguinario, todo hace pensar que una se encuentra ante un hombre

profundamente reservado en lo que se refiere a las demás cosas de la vida. Resulta imposible saber lo que piensa en un momento dado, pues no tiene la fanfarronería ni la modestia, que suelen caracterizar a los criados corrientes. Por ejemplo: Joseph jamás se queja ni habla a los dueños; los respeta sin servilismo y demuestra serles fiel sin ninguna ostentación. No se enfada nunca por su trabajo; aunque no sea de su gusto, y es ingenioso, pues sabe hacerlo todo, hasta las cosas más difíciles e insólitas, aunque no sean de su obligación.

En este sentido, se podría decir que El Priorato es suyo, pues lo cuida todo con el celo propio de un amo, lo vigila todo, y, si es necesario, lo defiende también, ya sea contra los vagabundos o contra cualquier clase de ladrones circunstanciales. Es tan buen guardián y tan temible como un dogo. Joseph es el prototipo del criado de otros tiempos, de antes de la Revolución, y se dice de él en la comarca: «Ahora ya no se encuentran criados como Joseph... Es una verdadera perla.»

Hasta El Priorato le han llegado ofertas de Louviers, Elbeuf y Rouen, pero Joseph las ha rechazado todas, sin envanecerse por ello. Considera la casa como si fuese suya, pues comenzó a trabajar en ella a los quince años. La señora, a pesar de ser tan desconfiada, tiene una fe ciega en él, y a pesar de que es incrédula por naturaleza, cree firmemente en la honestidad y en la abnegación de Joseph, de quien dice que «si fuese necesario, se echaría

al fuego por sus amos». Por si todo esto fuera poco, y aun siendo muy avara, la señora Lanlaire le hace a Joseph frecuentes regalos.

Pues a pesar de todas sus virtudes, yo desconfío de este hombre. Pero al mismo tiempo debo confesar que, aun cuando su presencia me pone nerviosa, hay algo en él que al mismo tiempo me interesa mucho. En los turbios reflejos de sus ojos suelo intuir a menudo cosas horribles y a la vez fascinantes.

Ahora comprendo lo precipitados que fueron mis primeros juicios. Cuando llegué a la casa, Joseph me pareció un campesino grosero y estúpido. Me equivocaba. Debería haberlo examinado más atentamente. Ahora, en cambio, lo creo extraordinariamente astuto. Y en cuanto a su aspecto, no sé si será porque le veo a diario, pero ha terminado pareciéndome menos viejo y mucho menos feo que al principio.

La costumbre de las cosas o de las personas es como una bruma que atenúa el perfil de los objetos y de las otras personas, borrando los rasgos de los rostros y haciendo que se suavicen las deformidades. Si una, por ejemplo, convive con un jorobado, el verle a todas horas consigue que con el tiempo se le vea menos jorobado.

Sin embargo, respecto a Joseph hay algo más: todo lo nuevo y raro que descubro en él me trastorna. Para una mujer, no es la armonía de las facciones ni la pureza de líneas lo que resume la belleza del hombre, sino algo

menos aparente y definido... Se trata de una especie de afinidad en medio de cierta atmósfera sexual, terrible y embriagadora, cuya influencia sienten muchas mujeres de una forma instintiva.

Para mí, Joseph crea a su alrededor esa atmósfera... El otro día le vi levantando un barril de vino y no pude menos de admirarle. Parecía como si jugara con él, lo mismo que habría podido hacer un niño con una pelota. Su excepcional fuerza, su habilidad, la formidable palanca de su cintura y sus atléticos hombros hicieron que me sintiese soñadora... La extraña y enfermiza curiosidad, hecha tanto de temor como de atracción, que excita en mí el enigma de esa sombría apostura, de esa boca cerrada y de esa impresionante mirada, se multiplica con la poderosa fuerza muscular de su espalda de toro. No podría explicarlo de otra manera, pero siento que entre Joseph y yo hay como una secreta correspondencia, un lazo físico y moral que nos acerca más cada día que pasa.

Desde la ventana del cuarto de la ropa donde trabajo, mis ojos lo siguen a veces, mientras se afana en el jardín. De repente desaparece o se desvanece, como un fantasma... ¿Dónde se mete? ¿Acaso se hunde bajo el suelo o se evapora en el aire? Hay veces que la señora me ordena que le dé un recado, pero voy y no lo encuentro.

Le llamo:

—¡Joseph! ¡Joseph!... ¿Dónde está usted?

Pero no me contesta nadie, y le llamo de nuevo:

—¡Joseph, Joseph!... Le traigo un recado de la señora Lanlaire. ¿Dónde se ha metido usted?

Hasta que de pronto, sin ruido y de una forma sigilosa, surge Joseph de detrás de una plantación de legumbres o aparece en el umbral de una puerta, siempre con su rostro severo, sus cabellos aplastados y la camisa abierta, que deja ver su fuerte y velludo pecho.

—¡Oh, Joseph...! ¡Qué susto me ha dado usted! —le reprocho esas veces.

Y entonces aparece en sus labios y en sus ojos una inquietante sonrisa, igual que si se tratara de la hoja de un cuchillo herida por el sol.

A veces pienso si Joseph no será el diablo encarnado en una figura humana.

La violación de la pequeña Claire suscita toda clase de discusiones y excita la curiosidad de todos, haciendo que las gentes se quiten los periódicos de las manos unos a otros. *La Libre Parole* acusa directamente a los judíos, y afirma que se trata de una «muerte ritual».

Los magistrados han venido para llevar a cabo sus investigaciones, interrogando a muchas personas. Pero nadie sabe nada.

La acusación de Rose ha circulado por ahí, pero no ha encontrado el eco que ella deseaba.

Los gendarmes detuvieron ayer a un pobre buhonero, pero consiguió probar que se hallaba lejos de la comarca el día del crimen. En cuanto al padre de la pequeña, cuya sospecha se extendió bastante entre la opinión pública, ha podido probar también su inocencia, lo que no le ha debido ser demasiado difícil, pues se le tiene por una buena persona.

En resumen, todo hace creer que la justicia no tiene el menor indicio que le permita seguir la pista del criminal, cuya habilidad ha admirado a los magistrados, que han comenzado a pensar en algún profesional, tal vez un parisiense, dadas las características del suceso.

Además, parece que el procurador de la República lleva el asunto con mucha lentitud. Está visto que el asesinato de una pobre niña no es nada apasionante... desde el punta de vista político. Hay quien asegura que no se descubrirá nada y que, como en tantos otros casos parecidos, el asunto estará prontamente archivado y clasificado, quedando en el más impenetrable de los misterios.

En cuanto a la señora Lanlaire, no me sorprendería nada que creyese culpable a su marido, porque desde que ocurrió el hecho... se ve claramente que ha adoptado una actitud muy extraña. Por ejemplo, mira de un modo muy raro al señor, lo que no es nada

natural, y durante la comida de hoy he observado que cada vez que llamaban a la puerta, ella se alarmaba.

Después de comer, el señor Lanlaire ha dicho que iba a salir, pero ella se lo ha impedido.

—Lo que debes hacer es quedarte en casa... —le ha dicho, dando a sus palabras el tono de una orden más que de una sugerencia—. ¿Qué necesidad tienes de ir a ningún lado?

Durante una hora por lo menos han estado paseando por el jardín. Como es natural en él, no se da cuenta de nada, y sigue fumando y comiendo con la mayor tranquilidad, mientras su esposa parece temer lo peor. No he visto nunca a un hombre como el patrón. ¡Dios mío, qué ser más inútil!

Lo que me gustaría es saber lo que hablan cuando están solos. Anoche estuve escuchando durante lo menos veinte minutos detrás de la puerta del salón, pero no dijeron nada de particular.

El señor repasaba el periódico y la señora hacía sus cuentas en el escritorio, y de pronto le preguntó a su marido:

—¿Cuánto te di ayer?

—Dos francos...

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, querida...

—Pues me faltan treinta y ocho centavos...

—¡Ah, no! Te aseguro que yo no los he cogido.

—Entonces habrá sido el gato.

Y ya no dijeron nada más.

A Joseph no le gusta que en la cocina se hable de la muerte de la pequeña Claire. Cuando Marianne y yo reanudamos el tema, él siempre procura cambiar de conversación… o no interviene. Bien claro se ve que le molesta. No sé cómo ni por qué se me ha ocurrido cierta idea, pero desde hace unos cuantos días le estoy dando vueltas a la posibilidad de que sea Joseph el autor de ese crimen. No tengo pruebas ni indicios que confirmen mi sospecha, como no sea aquella ligera reacción de sorpresa que vi en su rostro cuando le comuniqué lo sucedido, pero lo que fue una intuición en un principio, pasó a convertirse en una posibilidad, y ahora podría decir que, para mí, es ya una certeza. Tampoco descarto que puedo estar en un error.

No obstante, aunque procuro convencerme de que Joseph es «una perla», no puedo evitar que mi imaginación se exalte con esa tendencia hacia lo novelesco que es tan natural en mí. Por mucho que haga, la impresión de que Joseph es el culpable subsiste en mí, a pesar mío. Es una idea que no me abandona ni un momento y que toma poco a poco la forma irritante y burlona de una obsesión.

A veces siento el deseo casi irreprimible de preguntárselo directamente. «Vamos, Joseph,

dígamelo: ¿verdad que fue usted quien violó y asesinó a la pequeña Claire? ¿Fue usted, sí o no, viejo cochino?»

El crimen se supone que se cometió un sábado, y yo recuerdo que ese mismo día Joseph fue al bosque de Raillon a buscar tierra de plantío. Estuvo todo el día fuera y volvió al anochecer con su carga... ¿Era exactamente el sábado del crimen el mismo día que Joseph fue al bosque de Raillon? Esto es lo que intento poner en claro... Estoy segura de que el día a que yo me refiero —extraña coincidencia— Joseph parecía muy agitado y en su mirada había cierta turbación. Aquella noche no le di importancia a estos detalles, pero ahora la adquieren, decisiva, en mi mente. ¿Tenía Joseph aquella noche los gestos y las miradas que yo le atribuyo ahora? ¿O todo es fruto de mi sugestión, y ésta quiere hacerme ver como verosímil algo que convertiría a la «perla» de Joseph en un asesino?

Esta incertidumbre me irrita, al mismo tiempo que confirma mis aprensiones. En cualquier caso, me veo impotente para reconstruir el drama ocurrido en el bosque. ¡Si al menos la investigación judicial hubiera descubierto las huellas de un coche entre los matorros o a su alrededor! Pero no hay nada de eso... Lo único que se ha podido concretar es la muerte y la violación de la niña.

Lo que más me desconcierta es la cautela del asesino en no dejar la menor prueba de su crimen, esa diabólica habilidad con que cometió su fechoría. Es como una

intuición, pero en todo veo la presencia de Joseph, debido a su forma de ser, pues una y otra vez pienso que si él fuese el autor del horrendo asesinato, estoy segura de que habría actuado así.

Esta noche tenía los nervios alterados y, no pudiendo soportar su presencia en la cocina, le he preguntado:

Joseph; ¿qué día fue usted a buscar la tierra de plantío al bosque de Raillon? ¿Lo recuerda?

No se ha alterado lo más mínimo. Ha dejado sobre la mesa el periódico que estaba leyendo, me ha mirado fijamente, y he visto en sus ojos una expresión propia de un espíritu curtido contra toda clase de sorpresas.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada... Era simplemente por saber...

—Por saber, ¿qué? —me ha preguntado entonces, dirigiéndome una larga y penetrante mirada.

—Nada. Simple curiosidad...

—No recuerdo muy bien, pero creo que era sábado... —me ha contestado sin ninguna afectación y como buscando en su memoria recuerdos ya demasiado viejos.

—¿No sería el sábado en que se supone que fue asesinada la pequeña Claire en el bosque? —he seguido preguntando, esta vez en un tono agresivo.

Joseph me ha dirigido una mirada aguda y terrible. A pesar de mi habitual audacia, me he visto obligada a volver la cabeza.

—Es muy posible... Bueno, yo diría que sí... Estoy casi seguro de que fue ese sábado... —me ha contestado con la mayor tranquilidad y ha agregado—: ¡Ah, qué demonios de mujeres! Mejor sería que pensaran en otra cosa. Si leyeran el periódico, sabrían que en Argel han matado a una buena cantidad de judíos... ¡Eso es hacer algo que vale la pena!

A excepción de su mirada, todo en él era normal. Sus gestos eran naturales y su voz no temblaba.

Al final he optado por callarme, y Joseph, volviendo a coger el periódico que había dejado sobre la mesa, ha reanudado su lectura.

Me he puesto de nuevo a pensar... Lo que yo quería era ver en el comportamiento de Joseph un síntoma de ferocidad activa, pues pienso que su odio a los judíos y sus continuas amenazas de matarlos, pueden no ser otra cosa que simple charlatanería política. Lo que yo busco en él es algo más concreto, algo que me permita no equivocarme, algo que me permita precisar el temperamento criminal de Joseph. La verdad es que, por más que pienso, no encuentro más que vagas impresiones, hipótesis fundadas únicamente en mi deseo o en mi temor de que sean irrecusables realidades, de una importancia o un sentido que sin duda no tienen. ¿Mi deseo o mi temor...? La verdad es que no sé cuál de estos sentimientos me impulsa a seguir adelante en esta especie de aventura.

¡Al fin tengo una prueba, un hecho real, tan horrible como revelador! Ahora ya no se trata de una suposición, ni de una exageración, ni de un sueño... Es algo muy concreto. Joseph se encarga por lo regular de matar los pollos, conejos y patos destinados a la cocina. Por ejemplo, los patos los mata según un viejo sistema normando, hundiéndoles un alfiler en la cabeza. Podría matarlos de un golpe, sin, hacerles sufrir, pero no... Lo que le gusta es prolongar el suplicio de los patos con unos inteligentes refinamientos de tortura. Le gusta sentir el contacto de su carne temblorosa, y el latir de su corazón en sus manos. Le gusta seguir con su tacto el sufrimiento, la agonía y la muerte de los pobres animales... Un día estuve presente en el momento que Joseph mataba a un pato. Lo tenía entre sus rodillas y con una mano le apretaba el cuello, mientras con la otra le incrustaba en la cabeza el alfiler, haciéndolo girar luego con un movimiento lento y regular. Parecía como si estuviera moliendo café.

Durante la operación, recuerdo que Joseph comentó con una especie de salvaje alegría:

—Eso es... Debe sufrir, porque cuanto más sufra, más sabroso estará.

El animal consiguió librarse de las rodillas de Joseph: sus alas batían en el aire y su cuello se retorcía en una horrible espiral, pues todavía se lo sujetaba Joseph. Bajo las plumas, la carne del pato se agitaba en

espasmos... Entonces Joseph arrojó al animal al suelo de la cocina y, con los codos apoyados en sus rodillas y el mentón entre las palmas de sus manos, siguió con mirada satisfecha sus saltos, sus convulsiones, sus estertores y el rabioso debatirse de sus patas amarillas.

—¡Termine ya de una vez con él —le grité entonces a Joseph—. Es horrible hacer sufrir así a los animales...

—Pues a mí me divierte y me gusta...

Ahora evoco esa escena con todos sus siniestros detalles y me dan ganas de plantarme ante Joseph y gritarle: «¡Estoy segura de que fue usted, viejo cochino, quien violó a la pequeña Claire en el bosque! .¡Estoy completamente segura!»

Porque ya no tengo la menor duda... Joseph debe ser un canalla. Pero esta opinión de su moral, lejos de causarme horror, consigue que me interese por él más aún que antes. ¿Por qué? No sabría decirlo... Es extraño, pero los canallas siempre me atrajeron de una forma especial. Poseen algo fuera de lo normal y previsto que remueve la sangre. Se trata de un olor muy particular que embriaga, conquista, y excita el sexo. Por infames que sean los canallas, nunca lo son tanto como la gente que sólo es honesta en apariencia. Esto es lo que me ha demostrado la experiencia. Lo que me irrita es que Joseph tiene fama de ser buena persona. Me gustaría que fuese más descaradamente canalla. Estoy segura de que entonces no tendría esa aureola de misterio, ni ese encanto de lo desconocido que me turba y conmueve,

porque lo cierto es que ese viejo monstruo me atrae...

Ahora que tengo la seguridad de que Joseph es el autor de la violación y el asesinato de la pequeña Claire, una seguridad de la que nadie podrá disuadirme, es como si al mismo tiempo yo me sintiera más tranquila.

Desde hace algún tiempo vengo notando que ejerzo una notoria impresión en el corazón de Joseph. Me trata amablemente y sus silencios ya no son tan hostiles ni tan despreciativos como antes. Incluso en sus ocurrencias advierto cierta ternura... cuando van dirigidas a mí. Además, sus miradas tampoco son ya de odio, aunque me pregunto si lo fueron alguna vez. Si en alguna ocasión me mira ahora como antes lo hacía, estoy segura de que es porque en esos momentos trata de conocerme mejor, para lo cual cree que lo más conveniente es ponerme a prueba. Como la mayoría de los campesinos, Joseph también es tremendamente desconfiado, y de ahí su escasa relación con los demás. Ante esta característica, deduzco que debe tener muchos secretos, que sin duda oculta bajo su máscara de brutal severidad, al igual que los tesoros se encierran en una caja fuerte con los más sólidos y complicados cerrojos. No obstante, debo reconocer que, en lo que a mí se refiere, su desconfianza va atenuándose poco a poco, y a veces hasta me parece una persona encantadora.

Joseph ha notado también mi predisposición, y hace todo lo que puede por conquistar mi amistad. Se encarga de los trabajos más pesados que me corresponden a mí, sin intención galante ni buscando ninguna clase de reconocimiento o de provecho. Yo procuro ordenar sus cosas: zurzo sus calcetines, remiendo sus camisas y arreglo su ropero, cosa que hago con más cuidado y gusto que cuando tengo que hacerlo para la patrona.

El otro día, con mirada agradecida, Joseph me dijo:

—Está bien, Célestine. Es usted una mujer muy ordenada. Le agradezco lo que hace, porque yo soy una persona que tiene en mucho aprecio el orden... Si tenemos en cuenta que usted es, además, muy bonita, no creo que se pueda pedir más.

Hasta ahora puede decirse que no hemos hablado más que en escasas y espaciosas ocasiones. En nuestras reuniones no cabe ninguna intimidad, puesto que Marianne siempre está presente y sólo hablamos de temas generales. En cuanto a las veces que Joseph está solo, es como si no lo estuviese, porque no hay nada más difícil que hacerle hablar... Desde el primer día me di cuenta de que rehuía las conversaciones largas instintivamente, por miedo sin duda a comprometerse. Lo más que llega a decir son dos palabras amables o rudas por aquí, otras dos por allá... y eso es todo. En cambio hablan sus ojos, siendo precisamente su mirada lo que me tiene dominada, pues parece que quiera

penetrar hasta lo más hondo de mi alma para averiguar lo que hay en ella.

A pesar de esa dificultad para hablar con Joseph varias palabras seguidas, ayer tuvimos por primera vez una conversación larga. Los señores se habían acostado ya y Marianne se había ido a su cuarto más pronto que de costumbre. Yo no tenía ganas de leer ni de escribir, y me aburría. Sin dejar de pensar en la pequeña Claire, me dirigí a la caballeriza, donde Joseph repasa los arneses. Lo encontré sentado ante una mesita, eligiendo unas semillas a la luz de una lámpara. Su amigo el sacristán estaba también allí, con un paquete de folletos bajo el brazo. Parecía un sapo, con sus ojos redondos, su cabeza aplastada y su piel amarillenta y llena de granos. Tenía también la viscosidad de un batracio. Los dos perros dormían debajo de la mesa, hechos un ovillo y con la cabeza entre las patas.

—Ah, ¿es usted, Célestine? —dijo Joseph.

El sacristán quiso esconder los folletos, pero Joseph lo tranquilizó, diciéndole:

—No te preocupes; delante de la señorita se puede hablar con toda confianza... Es muy discreta.

Después de esta advertencia tranquilizadora, y como estaban en plena conversación, Joseph siguió dando instrucciones a su compinche:

—¿Has entendido bien...? Debes repartir eso durante el día de mañana, lo mismo en Bazouche que en Courtain y en Fleur-sur-Tille... Debes tratar de

conseguir todos los abonados que puedas. Tú entra en todas las casas, hasta en las de los republicanos. En algunas te echarán a la calle, pero no importa... Debes insistir. Si consigues convencer a uno de esos cerdos, ya es una pequeña victoria. Ya sabes cuánto es la cuota, ¿no? Un franco por cada republicano.

El sacristán aprobaba con la cabeza cada palabra de Joseph... Poco después se marchó y Joseph le acompañó hasta la verja, y cuando volvió sin duda se dio cuenta de mi inquieto gesto y de mi mirada interrogante, porque se creyó en la obligación de informarme:

—Se trata de unas cuantas canciones, retratos y folletos de propaganda contra los judíos, que mi amigo tiene que divulgar. Me he arreglado con los curas para esta clase de trabajos, y como me pagan bien...

Había vuelto a su trabajo de limpiar las semillas, y los dos perros se levantaron, dieron una vuelta por el cuarto y volvieron a acostarse más lejos.

—Pues sí, no está mal pagado... —continuó Joseph—. Los clérigos tienen mucho dinero. Si le digo esto, Célestine, es porque tengo confianza en usted, y espero que lo hablado no salga de entre nosotros. ¿De acuerdo?

Hice un gesto de asentimiento, y después él agregó:

—Ha sido una buena idea el venir hoy a verme. Es una amabilidad que yo le agradezco, pero hay algo más...

No lo había visto nunca tan hablador ni tan amable.

No comprendía qué era lo que podía sucederle. Me incliné sobre la mesa y, tomando unas cuantas de las semillas elegidas, dije con tono de coqueteo:

—Como usted se fue de la cocina en cuanto cenamos… ¿Quiere que le ayude en su trabajo?

—No es necesario, Célestine, puesto que ya he acabado por hoy…

Calló, se rascó la cabeza, como si se le hubiese olvidado algo, y después añadió:

—¡Caramba!, ahora recuerdo que tenía que haber ido a ver las lechugas… Esa plaga de ratas no me deja ni una sana. Son como la peste.

Joseph se levantó. Yo pensaba que iba a salir, pero lo que hizo fue cerrar la puerta, que había quedado abierta, y después me llevó hacia el fondo del cuarto.

—Célestine, quisiera hablarle de algo importante…

No pude evitar el sentir miedo. Por un instante se me apareció la imagen de la pequeña Claire, que ya casi había olvidado, pálida y ensangrentada sobre los matorros. La mirada de Joseph, sin embargo, no parecía malintencionada, sino más bien tímida. En la oscura pieza apenas se veían los rostros, débilmente iluminados por la única lámpara que allí había.

La voz de Joseph, que hasta entonces había sido algo indecisa, de pronto fue grave y segura al decirme:

—Hace ya unos días que deseaba confiarle algo, Célestine… Usted es una mujer buena y ordenada. Creo conocerla bien y me gusta su carácter…

Yo le sonreí, entre amable y maliciosa, al mismo tiempo que le decía:

—Pues ha tardado usted mucho tiempo en decirlo; ¿no le parece? Cualquiera hubiese dicho que no le era muy simpática, puesto que ni siquiera me hablaba cuando pasaba cerca de mí... Además, siempre me regañaba cuando me veía a un paso de sus sembrados.

Joseph se echó a reír, levantó los hombros y exclamó:

—Es cierto... Lo que ocurre es que no se puede saber cómo es la gente hasta que se la trata, y en cuanto a las mujeres, creo que es muy difícil conseguirlo; sería más fácil conocer al diablo. Además, usted venía de Paris, y eso aquí siempre impresiona... Pero ahora puede decirse que ya la conozco mejor y que soy capaz de confiar en su inteligencia y en su discreción.

—De acuerdo, Joseph; puesto que me conoce tan bien, dígame cómo soy.

No fue necesario que hablase, pues su mirada le bastó para decirme: «Usted, Célestine, es como yo.»

—¿Cree que soy como usted? ¿Se atrevería a decir que me parezco a usted?

—¡Pues claro que sí! No por el físico, desde luego, pero podría decirse que nuestras almas son muy semejantes... ¿Comprende lo que quiero decir?

Le miré fijamente, mientras él callaba. Después, volvió a hablarme aún con menos rudeza.

—Además, Célestine..., yo la quiero...

—¿Además?

—Bueno... Lo que yo deseaba decirle era esto, y también que tengo un poco de dinero...

—Ah...

—No debe extrañarle, Célestine... Es lógico que un hombre que ha trabajado durante más de cuarenta años tenga sus economías; ¿no le parece?

—Naturalmente... —le contesté, sorprendida no por sus palabras, sino por su actitud—. Dígame, ¿es mucho el dinero que tiene?

—Nunca es demasiado...

—¿Cuánto?

—Ya supondrá que no lo tengo aquí... —dijo Joseph en tono burlón—. Lo tengo en un lugar donde está haciendo cría; ¿comprende?

—Sí, pero... ¿cuánto?

Entonces, como en un murmullo, Joseph dijo:

—Quince mil francos; tal vez más...

—¡Caramba, qué listo...!

—También puede que sea menos...

De pronto levantaron la cabeza los dos perros al mismo tiempo, corrieron hacia la puerta y comenzaron a ladrar. Sin poder evitarlo, hice un gesto de temor.

—No tiene por qué preocuparse... —me aseguró Joseph, a la vez que pegaba una coz a cada perro—. Ladran porque alguien pasa por el camino... Debe ser Rose que vuelve a casa.

En efecto, se oyeron unos pasos, y después el ruido

de una puerta que se cerraba. Los perros dejaron de ladrar.

Yo estaba sentada en una banqueta que había en un rincón, y Joseph, con las manos en los bolsillos, se paseaba de un lado a otro del pequeño cuartucho... Habíamos dejado de hablar y yo me sentía algo molesta, y lamentaba haber ido hasta allí.

Al parecer, Joseph deseaba decirme algo más, pero se veía que no sabía cómo empezar, hasta que por fin se decidió y me dijo:

—Aún me falta confiarle algo, Célestine... Verá, yo soy de Cherburgo, una ciudad muy desagradable, siempre llena de soldados y marinos, amigos de divertirse y de gastar dinero. Cualquier negocio tiene allí un seguro porvenir; ¿comprende? Y yo tengo ocasión de quedarme con un negocio en Cherburgo... Creo que es una buena oportunidad... Se trata de un pequeño café, no muy lejos del puerto. Es el mejor sitio, pues ahora los patriotas andan mucho por la calle, donde hablan y gritan a todas horas... Es lógico que tengan sed y entren donde haya bebidas. Es el momento ideal para dedicarse a ese negocio y ganar miles de francos... El problema es que necesito una compañera como usted, una colaboradora que sea ordenada, inteligente y que sepa vestir con cierta elegancia..., además de ser alegre y francota; ¿me comprende, Célestine? Los marinos y los militares quieren divertirse y beben mucho... Cuando salen dispuestos a ello

necesitan mujeres, con las que suelen gastar mucho dinero. Le aseguro, Célestine, que podríamos ganar una fortuna en muy poco tiempo... ¿Qué opina usted?

—¿Yo...? —le contesté, anonadada.

—Dígame, Celestine, ¿no le agrada mi plan?

—Yo...

La verdad es que nunca me habría imaginado aquello. No sabía adónde quería ir a parar. Mi sorpresa era tan grande, que no sabía qué contestarle, muda por el asombro.

Pero él insistió:

—Lo he pensado muy bien... Tiene que ser usted, Célestine... Tiene que ser usted mi colaboradora en el café... Es la mujer ideal porque es ordenada, inteligente y alegre. No es como esas mojigatas que no entienden de bromas, ni de nada que tenga que ver con la vida. Además, usted es patriota, y estoy seguro de que a toda la guarnición de Cherburgo la tendrá a sus pies en cuatro días. Desde que la conozco pienso en eso... Es un proyecto que no me deja en paz.

—Y... y usted, ¿qué haría entonces?

—Nos casaríamos...

—¡Ah, no! —le repliqué indignada—. Lo que quiere es que me convierta en la ramera que le meta el dinero en el bolsillo; ¿no es eso?

Joseph se encogió de hombros y dijo con toda tranquilidad:

—En todo caso, no sería sin cierto honor... Son cosas

que hay que entenderlas correctamente, Célestine...

Entonces se me acercó, me cogió las manos, apretándomelas hasta hacerme gritar de dolor, y habló otra vez con tono sumiso:

—Estoy loco por usted, Célestine... Por las noches sueño con usted y no hago más que verla conmigo en nuestro café de Cherburgo.

—Pero... ¿qué dice?

—Lo que está oyendo, Célestine...

Yo estaba abrumada ante aquella confesión, y no hacía más que mirar a Joseph, que confirmaba con sus palabras mi sospecha de que no era un hombre tan simple como había creído. Parecía obsesionado con su proyecto.

—Como le digo, dispongo de quince mil francos, quizá de más... Debe pensarlo, Célestine; con ese pequeño capital podríamos montar el negocio y ahorrar en poco tiempo muchos miles de francos... Además, creo que podríamos ser muy felices... ¿Tan difícil le es comprender mi plan?

Los brazos de Joseph apretaban mi talle como si fuesen dos tenazas. Sentía cómo temblaba de deseo su cuerpo contra el mío.

Si hubiese querido, habría podido asfixiarme con su abrazo, sin que a mí me fuese posible la menor resistencia. En esta actitud, Joseph continuó describiéndome su sueño:

—Un café bien limpio y ordenado... ¡Ah, ya parece

que lo veo! Detrás del mostrador una hermosa mujer, vestida de alsaciana, con una elegante blusa de seda, con cintas de terciopelo... Piénselo, Celestine, por favor... Piense en lo que le he dicho y volveremos a hablar del asunto más adelante... ¿Le parece bien así?

No encontraba palabras para responderle; seguía agarrotada por la sorpresa, pues jamás se me había ocurrido pensar en una cosa así. Lo más curioso era que el cinismo de Joseph no me producía ninguna clase de odio o de rencor, a pesar de que las manos que me estaban oprimiendo y los labios que me hablaban eran las mismas manos que habían asesinado a la pequeña Claire y los mismos labios que habían besado a la pobre criatura.

—Hablaremos del asunto más adelante... —continuó diciendo—. Por favor, piénselo, Célestine... Y piense también que, aunque soy feo y no demasiado joven, sé entendérmelas muy bien con las mujeres...

¿Qué quiso decir con aquello de que sabía entendérselas muy bien con las mujeres? ¿Era una amenaza o una promesa...? El caso es que hoy el bueno de Joseph ha vuelto a caer en su habitual silencio. Es como si anoche no hubiese ocurrido nada entre nosotros, pues lo he visto ensimismado en su trabajo, o leyendo el periódico, como acostumbra... Lo miro y quisiera odiarlo. Lo miro y quisiera ver su fealdad. Desearía encontrar un motivo de asco que me alejara de él para siempre, pero me es imposible. No me había

sucedido nunca nada tan extraño. Ese hombre me produce escalofríos, pero no llega a repugnarme. ¿Por qué…? En cualquier caso me parece terrible, porque no dejo de pensar al mismo tiempo que fue él quien, en el bosque, violó y después asesinó a la pequeña Claire.

X

3 de noviembre

Hay pocas cosas que me gusten tanto como leer en el periódico el nombre de una persona con la que he trabajado anteriormente. Placer que he experimentado esta mañana cuando, al leer *Le Petit Journal,* me he enterado de que Victor Charrigaud acaba de publicar un libro con gran éxito. Es un libro del que todo el mundo habla… y, se titula *De cinco a siete*. La obra se compone, según el artículo, de una serie de estudios mundanos, escritos con una brillante causticidad, y en los que se advierte una profunda filosofía. A la vez que el articulista pondera el ingenio de Victor Charrigaud, elogia también su talento y sus distinguidas relaciones sociales, así como su salón… Es justamente de su salón de lo que me gustaría hablar aquí. Estuve de camarera durante ocho meses en casa del señor Charrigaud y puedo afirmar, sin la menor exageración, que jamás serví a gente más grosera que aquélla.

Podría decirse que a Victor Charrigaud lo conoce todo el mundo, pues ha publicado una serie de libros

con parecido éxito. De entre todas sus obras, las más célebres son: *Loros y colibríes, Cómo duermen ellas, Sus ligas* y *Los bigudíes sentimentales*. Se trata de un hombre muy espiritual, de un escritor de gran talento, que tuvo la desgracia de que el éxito y la fortuna le llegaran juntos. Parece que sus principios hicieron concebir a todos las más grandes esperanzas, pues eran impresionantes sus condiciones de observador, sus facultades para la sátira y su implacable ironía, ridiculizando al ser humano. Era un espíritu despierto y libre, para quien los convencionalismos mundanos no eran sino una mentira servil. En lugar de doblegarse bajo la humillante presión de los prejuicios, Victor Charrigaud dirigía sus impulsos de una forma valiente hacia ideales mucho más altos y puros. Por lo menos me hablaba así de Victor Charrigaud un pintor que se enamoró de mí y a quien yo visitaba de vez en cuando en París. Fue él quien me facilitó los principales detalles que conozco de la vida de ese hombre que ahora acaba de obtener el más reciente de sus éxitos en la vida y en la literatura al mismo tiempo.

Entre las muchas cosas que Charrigaud criticaba, una de las principales era el esnobismo. Su fantasiosa conversación, mucho más quizá que el contenido de sus libros, ponía de relieve con abundantes anécdotas la bajeza moral, la insensibilidad del alma y la estupidez humana, utilizando para ello una ruda filosofía, expresada siempre con palabras agudas, profundas y

terribles, que recogidas por unos, o divulgadas por otros, se repetían ya como si procediesen de fuentes clásicas... Con sus impresiones, sus rasgos peculiares, sus ajustados perfiles y su originalidad siempre renovada, habría podido construirse una sorprendente psicología del esnobismo... Parecía que si alguien debía escapar a esa especie de influencia moral que reinaba en los salones, ése no podía ser otro que el propio Victor Charrigaud, que era quien mejor protegido se hallaba contra el contagio, gracias a un formidable antiséptico: la ironía... Pero el hombre es un compendio de sorpresas, contradicciones, incoherencias y locura.

En cuanto Victor Charrigaud sintió sobre su piel las primeras caricias del éxito, el esnobismo que había en él y que tan bien sabía describir..., salió a la superficie de su vida. Comenzó por librarse de aquellos amigos que consideraba un estorbo y que de una forma u otra le comprometían en la nueva etapa de su carrera, y a la vez procuró guardar o buscar por todos los medios aquellos otros que, por su talento o su posición en la Prensa, podían serle útiles para conservar su recién adquirido renombre. Hizo de la vestimenta y de la moda una de sus más entusiastas preocupaciones, y se le vio con llamativas levitas, cuellos y corbatas de un 1830 exagerado, chalecos de terciopelo de un corte irresistible y luciendo deslumbrantes alhajas. Fumaba unos cigarrillos lujosamente envueltos en papel dorado, que guardaba en pitilleras de oro adornadas con piedras

preciosas... Lo único que no cambió fueron los modales, que seguían siendo rudos y torpes. Conservaba el andar de los campesinos de Auvergne, donde nació, y sus toscas articulaciones parecían marcarlo, a través de sus movimientos, con la impronta de lo vulgar, sin que su pretendida elegancia pudiera borrar del todo esa impresión.

Como todo recién llegado al mundo elegante, en el que se sentía fuera de lugar, Charrigaud se estudiaba y se miraba en los espejos, y se probaba los modelos más elegantes de Paris, sin lograr adquirir esa soltura, esa línea grácil y erguida, que tanto envidiaba en los jóvenes elegantes con quienes se encontraba en los clubs, en las carreras, en los teatros y en los restaurantes. A pesar de todo, se sorprendía de no conseguir los resultados apetecidos..., teniendo como tenía, a los sastres más famosos, a los camineros más acreditados y a los zapateros más caros. Cuando se miraba al espejo, terminaba insultándose a sí mismo: «Es en vano que me vista de terciopelo o de satén, porque siempre pareceré un campesino... —murmuraba—. No lo entiendo. ¿Por qué no me quedan mejor las cosas? ¡No es natural!»

En cuanto a la señora Charrigaud, que hasta entonces había vestido sencilla y discretamente, se puso también a lucir elegantes y llamativos vestidos, a teñirse los cabellos de rojo, a exhibir costosas joyas y a cambiar sus antiguos aires por los de una reina de lavadero. Con frecuencia las gentes se burlaban de ella, haciéndolo a

veces hasta con crueldad.

Los amigos del matrimonio, humillados y contentos al mismo tiempo ante aquella exhibición de mal gusto, se vengaban del escritor y de su esposa, diciendo:

—La verdad es que no tiene mucha suerte para ser un escritor mordaz...

Gracias a sus persistentes gestiones, a su incansable empeño y a su rastrera vulgaridad, los Charrigaud consiguieron al fin ser recibidos en lo que ellos llamaban el verdadero gran mundo, que era el integrado por banqueros judíos, duques venezolanos, archiduques vagabundos, ancianas damas de abolengo y gente con dinero que se preocupaba en mayor o menor proporción por la literatura, por la Academia y por el chismorreo.

Puede decirse que los Charrigaud no pensaron más que en fomentar aquellas nuevas relaciones, y procuraron conquistarse cada día otras que estuviesen lo más encumbradas posible.

En cierta ocasión, para librarse de una invitación aceptada demasiado a la ligera que le obligaba a ir a la casa de un amigo sin demasiado relieve, cuya amistad, sin embargo, le interesaba conservar, Charrigaud le escribió una nota que decía lo siguiente:

Mi querido amigo: Estamos desolados y te pedimos disculpas, tanto mi esposa como yo, por no poder aceptar tu invitación del lunes, pues acabamos de recibir, justamente para ese

mismo día, otra invitación para una cena que se ha de celebrar en casa del señor Rothschild. Es la primera..., y tu sabes cómo son estas cosas: no puede rechazarse una cortesía así. Por fortuna conozco tu buen corazón y estoy seguro de que no nos guardarás rencor ni a mi esposa ni a mí, y que compartirás nuestra alegría y nuestro orgullo.

Otra vez, después de comprar una villa en Deauville, comentaba el episodio, diciendo:

—La verdad es que no sé por quién nos debieron tomar aquella gente... Aún no sé si creyeron que era un periodista o simplemente un escritor bohemio de esos de las novelas por entregas... En resumidas cuentas, para dejarlo todo bien claro, tuve que especificar que contaba con el asesoramiento de uno de los mejores notarios de París...

Poco a poco fue separando de su lado a todos los amigos de juventud que aún le quedaban, pues sin duda creía que la presencia de ellos en su casa era una constante y poco grata reminiscencia del pasado, cuando no el reconocimiento de su inferior categoría social. En resumen, se las ingenió para ir apagando incluso las chispas de ingenio que aún brotaban de su cerebro, pues esto lo convertía en un simple literato..., hasta que llegó un tiempo en que ya no le bastaba con ser recibido en los salones ajenos, sino que quería

recibir él también. No le bastaba con ser invitado, sino que deseaba también invitar a los demás, para tener así un nuevo medio con el que demostrar su supremacía en el mundo social.

Entonces compró un pequeño hotel en Auteuil, y su inauguración constituyó un pretexto para que el matrimonio Charrigaud ofreciera una opípara cena... Yo entré a trabajar en la casa con motivo de la citada inauguración. Por lo que pude entender rápidamente, no era su idea preparar una cena íntima y alegre, sin ceremonias, como las que acostumbraba antes y que hacían de su casa un sitio encantador, sino que quería que fuese elegante y solemne, constituyendo el motivo de una selecta reunión donde alternarían, con celebridades de la literatura y del arte, personalidades mundanas lo suficientemente decorativas para que pudieran transmitir algo de su brillo a sus anfitriones.

—Lo difícil —decía Charrigaud— no es invitar en cualquier restaurante, por muy selecto que sea, sino dar una cena en la propia casa...

Parece que Victor Charrigaud había meditado mucho su proyecto y tenía ideas muy definidas sobre el asunto, pues en el momento decisivo propuso precisa y concretamente:

—Entiendo que al principio no podemos contar más que con las mujeres divorciadas de rango que haya en París... y con sus amantes. Es necesario comenzar por algo, como ocurre con todas las cosas, y creo que este

asunto hay que iniciarlo así. Hay muchas de esas damas de la alta sociedad que salen todos los días en los periódicos de confesión católica... Más tarde, cuando se haya ampliado y seleccionado por sí solo el círculo de nuestras amistades, habrá llegado el momento de eliminar de él a esas divorciadas y a sus amantes...

—Es lo mejor... —aprobó la señora Charrigaud. Pero incluso entre esas damas divorciadas habrá que seleccionar; ¿no es así? Si se mira bien, el divorcio también es una posición social...

—A mi modo de ver, su mérito es el de suprimir el adulterio... —dijo en tono irónico Charrigaud—. El adulterio es un viejo juego pasado de moda... Creo que sólo el amigo Bourget sigue creyendo en él... y en, los muebles ingleses.

La señora Charrigaud, afectada quizá por el comentario, replicó a su esposo con fastidio y nerviosismo:

—Eres mortificante con tus chistes y tus ironías... Por esa causa no vamos a poder tener nunca unos visitantes como es debido. Ten en cuenta que no a todo el mundo le es agradable pensar que su anfitrión puede estar riéndose de él a escondidas. ¿No comprendes; Victor, que esto es muy importante...? Si quieres ser un verdadero hombre de mundo, tendrás que aprender a ser un imbécil como los demás... o a callarte.

Redactaron una lista de invitados, la rompieron, la rehicieron, la recompusieron, la retocaron... hasta que

al final quedó de la siguiente manera:

— La condesa Fergus, divorciada, con su amigo el diputado y economista Joseph Brigard.
— La baronesa Gogsthein, divorciada, con su amigo el poeta Théo Crampp.
— La baronesa Butzinghen, con su amigo el vizconde Lahyrais, clubman, deportista, jugador y tramposo.
— La señora de Rambure, divorciada, con su amiga la señora Tiercelet, que ha iniciado trámites de divorcio.
— Sir Harry Kimberly, músico simbolista y homosexual, con su joven amigo Lucien Sartorys, tan delicado como una mujer y tan suave como un guante de piel de Suecia, rubio y delgado como un cigarrillo.
— Los académicos Joseph Dupont de la Brie, un obsceno numismático, e Isidore Durand de la Marne, memorialista galante en la intimidad y severo sinólogo en el Instituto.
— El retratista Jacques. Rigaud.
— El novelista psicólogo Maurice Fernancourt.
— El cronista mundano Poult d'Essoy.

Las invitaciones fueron enviadas a sus destinatarios, y merced a unas activas mediaciones no fue rechazada ninguna.

La única persona que vaciló fue la condesa Fergus, que sin duda pensó más de la cuenta en si debía aceptar

o no, y se dijo: «¿Los Charrigaud? ¿Se trata de una casa decente...? Por ejemplo, él desempeñó toda clase de oficios en Montmartre. ¿No cuentan que llegó a vender fotografías obscenas, para las cuales él mismo había posado, tras de realzar con yeso ciertas partes de su cuerpo? En cuanto a ella, creo que se cuentan muy desagradables historias. Creo que antes de casarse tuvo las aventuras más vulgares y, según se dice, fue modelo... y posó en un conjunto. ¡Qué horror! ¡Una mujer que se exhibe desnuda delante de hombres... que ni siquiera son sus amantes!»

La condesa sólo aceptó la invitación cuando le aseguraron. que la señora Charrigaud había posado únicamente para un busto, y que Victor Charrigaud, vengativo, era capaz de deshonrarla en alguno de sus próximos libros... si no la aceptaba. Además, según le dijeron, sir Kimberly estaría en la cena... «Bueno —se dijo—, si Kimberly ha prometido aceptar esa invitación, siendo un perfecto *gentleman,* tan delicado y encantador...»

Los Charrigaud estuvieron al corriente de los escrúpulos de este tipo que se produjeron entre sus invitados, y realizaron las oportunas negociaciones. Pero, lejos de disgustarse, se felicitaron de que fuesen vencidos los primeros y de que se resolvieran favorablemente las segundas. Sólo tenían que ser discretos y actuar como gente de mundo, tal como repetía una y otra vez la señora Charrigaud.

Aquella cena, tan minuciosamente preparada y combinada, era ciertamente la primera manifestación de su metamorfosis social y concretaba de alguna forma la consecución de sus ambiciones mundanas... Por lo tanto, debía ser una cena deslumbrante, y a ser posible algo que resultara inolvidable para aquellos que tuvieran el privilegio de asistir.

Ocho días antes comenzaron ya los preparativos; todo quedó patas arriba en la casa. Hubo que hacer renovaciones para que nada desentonara. Se ensayaron combinaciones de luz y de decoración en la estancia donde estaría la mesa, para que a última hora no surgieran inconvenientes. En este terreno, el señor y la señora Charrigaud discutieron detalle por detalle como dos verduleras, pues no coincidían sus ideas sobre estética. Ella deseaba ornamentos de tipo sentimental, y él pensaba en un ambiente «artístico» regido por la severidad.

—¡Eso es idiota! —exclamaba Charrigaud—. Los invitados van a creer que están en casa de una modistilla... ¡Cómo se iban a reír de nosotros si hiciéramos una cosa así!

—Es mejor que no sigas... —le replicaba la señora Charrigaud, sin reprimir su nerviosismo—. Siempre serás el mismo: un cliente de cervecería. Eso es lo que eres... ¡Basta ya... y no discutamos más!

—De acuerdo; si tanto te desagrado, divorciémonos... Así podremos completar la lista de

nuestros invitados y no desentonaremos ante ellos.

En un momento dado se dieron cuenta de que les iban a faltar cubiertos y objetos de plata, y también vajilla y cristalería, optando por alquilarlo todo, lo mismo que las sillas, de las que sólo tenían quince, y eran desiguales... El menú fue encargado en uno de los mejores restaurantes de París.

—Que sea todo de lo mejor y que no pueda reconocerse nada de lo que se sirva en la mesa —recomendó la señora Charrigaud una y otra vez—. Elegiremos filetes de langostinos, costillas de pato, aves, jamón, pasteles, trufas y puré en rama... Mandaremos pedir también cerezas cuadradas y duraznos en espiral. En fin, que sea todo de lo mejor y lo más distinguido...

—La señora no tiene por qué preocuparse... —dijo el dueño del restaurante—. Les presentaremos las cosas a sus invitados debidamente disfrazadas, por lo que nadie podrá reconocerlas. Esta habilidad es precisamente una especialidad de la casa; ¿comprende, señor Charrigaud?

Por fin Llegó el gran día.

El señor se levantó muy temprano, pues estaba inquieto y nervioso. En cuanto a la señora, cansada por las compras de la víspera y ocupada en los preparativos desde hacia lo menos una semana, no había dormido en toda la noche y no podía tenerse de pie. Con la frente arrugada, jadeante y extenuada, repitió varias veces que estaba muerta de cansancio, a pesar de lo cual aún hizo una última supervisión de los preparativos y cambió de

sitio algunos muebles. Iba de una habitación a otra como loca, sin saber con qué objeto ni por qué. Temblaba sólo al pensar que podían dejar de ir los cocineros, o que el florista podía faltar a su palabra. Entretanto, el señor la seguía por todas partes, a medio vestir, enfundado en unos calzones de color rosa, mientras aprobaba esto y criticaba aquello.

—¡Qué idea tan rara esa de encargar centauras para la decoración de la mesa! —decía—. ¿No comprendes que el azul parece negro con la luz? Sabes que las centauras no son más que simples azulejos... Te aseguro que va a parecer que fuimos a recoger billetes a los trigales.

—¿Azulejos? !Cuidado que eres cargante!

—Eso es, ¡azulejos! —insistió el señor—. Dime, ¿por qué no vamos a recoger también unas cuantas amapolas? La otra noche, sin ir más lejos, le oí a sir Kimberly que los azulejos no son flores de buen gusto..., ni son bien acogidas en los ambientes selectos.

—¡Déjame tranquila de una vez! —acabó contestando la señora—. Me vuelves loca con tus estúpidas observaciones. ¿Crees que es éste el momento de ponerte así?

—Está bien, está bien; tú sigue con ese criterio y verás... —remachó él—. Lo que hay que desear es que todo suceda bien... Te advierto que si yo hubiese sabido que pertenecer al gran mundo iba a ser tan complicado, te aseguro que nos habríamos quedado en nuestra

antigua vivienda... Aquello era mucho más cómodo.

—Ya veo que siempre serás igual de vulgar. No sabes hacer honor a riada, ni siquiera a una mujer...

Como me consideraban bonita, atractiva y, en cierto modo, elegante, los señores Charrigaud me habían destinado un papel en la comedia... Debía atender el vestuario y ayudar, o mejor sería decir vigilar, a los cuatro mayordomos encargados del servicio, que eran cuatro individuos fornidos, patilludos y conseguidos en las mejores agencias de colocaciones, para servir la extraordinaria cena.

Al principio todo fue bien, pero hubo una alarma, pues eran casi las nueve y la condesa Fergus no había llegado aún. Los señores pensaron en la posibilidad de que a última hora hubiese decidido no asistir... ¡Qué humillación en ese caso! Y sobre todo, ¡qué desastre!

Los Charrigaud estaban consternados, aun cuando Joseph Brigaur hacía todo lo posible para tranquilizarlos. Según se sabía, aquel día la condesa había tenido que presidir su admirable obra *Colillas de cigarro para los ejércitos de tierra y de mar*... Era muy posible que la sesión terminase tarde y que la condesa decidiera declinar la invitación, en cuyo caso supondría una catástrofe para los esforzados anfitriones.

—¡Qué mujer tan encantadora es la condesa! —decía la señora Charrigaud, como si con este elogio tuviera el mágico poder de adelantar la llegada de la «cochina condesa», como estoy segura que la estaba llamando, al

maldecirla para sí.

—¡Y qué inteligente también...! —añadió el señor Charrigaud, guiado con toda seguridad por el mismo sentimiento de su esposa—. Hace unos días, en casa de los Rothschild, tuve la impresión de que habría que retroceder hasta el siglo pasado... para encontrar una mujer con tanto sentido de la superioridad y con tanta gracia.

—Y aun así, puede que no la encontrásemos... —opinó a su vez Joseph Brigard, que iba ya a declamar uno de sus clásicos discursos sociológicos, cuando de pronto apareció la condesa Fergus.

Hizo su entrada de una forma imponente y majestuosa, vestida con un traje de seda negra, bordado en acero y jade, que hacía resaltar la regordeta blancura de sus hombros. En seguida atrajo todas las miradas y, entre murmullos de admiración, pasaron los invitados al comedor.

La cena comenzó en un ambiente más bien frío y de indiferencia. La condesa Fergus, a pesar de su éxito o quizá a causa de él, creyó oportuno adoptar una actitud entre altanera y reservada. Parecía demostrar que estaba en la mesa de los Charrigaud por pura condescendencia, para honrar con su presencia la humilde morada de aquella modesta gente.

A Victor Charrigaud le pareció que la condesa examinaba con un discreto gesto de desdén los objetos de plata alquilados, lo mismo que la decoración de la

mesa, el traje verde de su esposa y los cuatro mayordomos, cuyas patillas demasiado largas casi rozaban las fuentes. Estoy segura de que, en aquellos momentos, el señor tenía vagos temores y recelosas dudas sobre el aspecto de la mesa y el vestido de su esposa. Fueron unos instantes horribles, muy angustiosos...

Pero después de algunas respuestas banales e incoloras sobre algunos temas de actualidad, la conversación se fue generalizando poco a poco, hasta que al final se impuso el papel de la corrección, tan usual en el gran mundo... y el que más veces se representa por todos y cada uno de los personajes de la llamada alta sociedad.

Los pobres diablos y diablesas presentes, olvidando sus propias irregularidades sociales, se complacieron después en mostrarse implacables y severos con todas aquellas personas de las que les era permitido sospechar, no sólo en lo referente a taras y pecados, sino también en lo que atañía a cosas como la falta de sumisión o respeto a las leyes mundanas, que eran las únicas que a su juicio debían ser obedecidas.

Al vivir de esta manera, honrando tal forma de vida como una religión, aquellos seres imaginaban posiblemente que accedían a algún estado superior persiguiendo a los demás.

Esto, para mí, era de una inefable comicidad. Por ejemplo, dividían el universo en dos grupos: a un lado

ponían lo regular y al otro lo que no lo es. El primer grupo estaba integrado por las personas a quienes se puede recibir en casa, y el segundo por aquella gente a la que hay que rechazar... Pero estas dos partes se fragmentaban a la vez en subgrupos, y éstos en pequeñas rodajas, que proseguían subdividiéndose hasta el infinito. Uno de los fragmentos más curiosos era aquel que comprendía a las personas a cuyas casas puede irse para una comida, pero no con motivo de una fiesta... o viceversa. Estaban también aquellas a las que uno puede invitar a su mesa en unas ocasiones, pero no en otras; las que no son dignas de ser recibidas, ni invitadas a comer; las que uno puede recibir en su casa, pero no comer en la de ellas; aquellas a las que se puede invitar a comer, pero no a cenar... y por último aquellas en cuya casa de campo se puede comer, pero no en su mansión de París si nos invitan a hacerlo. En fin, un rompecabezas, y más si se tiene en cuenta que aquellas conversaciones iban profusamente ilustradas con nombres conocidos, apoyándose las respectivas posturas en ejemplos demostrativos.

En un momento dado, le oí decir al conde Lahyrais:

—Lo que hace que un hombre pertenezca o no al gran mundo es la estricta observancia de los matices...

La verdad, creo que jamás había oído cosas tan tristemente insustanciales. Al escucharlas, no podía por menos que sentir cierta compasión por aquel ejército de desdichados.

Charrigaud no comía, ni bebía, ni hablaba... Aunque no tomaba parte en la conversación, sentía sobre su cabeza el peso de su enorme y siniestra estupidez. Estaba pálido y parecía impaciente o con fiebre mientras vigilaba el servicio, tratando de sorprender en el rostro de sus invitados las impresiones favorables o desfavorables que lo iban a hacer el hombre más feliz o el más desdichado de la tierra. A pesar de las miradas que le dirigía su mujer, era tan grande su excitación, que no podía reprimirse de hacer bolitas con la miga de pan. Cuando le preguntaban algo, estaba tan distraído en sus mil y una preocupaciones, que no podía contestar más que con evasivas.

La señora Charrigaud estaba frente a su esposo, rígida en su vestido verde, rutilante de perlas de acero coloreadas y con su pluma roja en los cabellos. Se inclinaba a derecha e izquierda y sonreía sin decir nada. Su sonrisa era tan estática que parecía como si alguien se la hubiese pintado en los labios.

«¡Qué mujer tan estúpida y ridícula tengo! —pensaba Charrigaud—. ¡Y ese traje que parece un disfraz! ¡Qué mal gusto, Dios mío! Por su culpa, vamos a ser mañana el hazmerreír de todo Paris... ¡Qué desgracia!»

Entretanto, la señora Charrigaud, bajo su inmóvil sonrisa, pensaba: «¡Qué idiota es Victor...! ¡Qué poca elegancia! ¡Y sin parar de hacer bolas de miga con los dedos! ¡Estoy segura de que mañana seremos el blanco

de las burlas de París!»

Una vez agotada la conversación mundana, después de una breve digresión sobre el amor, la conversación recayó en el tema de los *bibelots,* de los que Lucien Sartorys era un célebre coleccionista, ya que sus vitrinas llenas de ellos eran famosas.

—¿Dónde encuentra usted todas esas maravillas? —le preguntó la señora de Rambure.

—La mayor parte en Versailles... En casa de muchas y poéticas ancianas, o sentimentales abadesas. Nadie puede imaginarse los tesoros que esas damas tienen arrinconados en sus habitaciones y dormitorios.

—Sí, pero... ¿cómo se las arregla para convencerlas de que deben venderle esas preciosidades? insistió la señora de Rambure.

—Es muy sencillo... —contestó Sartorys, entre cínico y deseoso de asombrar—. Empiezo por cortejar a esas damas y, si es necesario, me entrego con ellas a prácticas antinaturales, que pueden ser complicadísimas y muy trabajosas, si se tiene en cuenta la edad de la mayor parte de mis proveedoras...

La audacia de esas declaraciones de Lucien Sartorys, con su delgado busto completamente arqueado, hizo que se oyeran unos cuantos gritos nerviosos, pero pronto le fueron perdonadas sus palabras, pues pareció que se ponía todo el mundo de acuerdo y trocaba su débil indignación por la risa.

En efecto, todos rieron, y la baronesa Gogsthein,

gran aficionada a toda clase de situaciones o conversaciones escabrosas, se apresuró a preguntar:

—Dígame, señor Sartorys, ¿a qué llama usted prácticas antinaturales?

Una mirada de sir Kimberly advirtió a Sartorys que debía callar, siendo Maurice Fernancourt quien se inclinó hacia la baronesa, para decirle con tono grave:

—Eso depende del lado que Sartorys coloque a la naturaleza; ¿no le parece, baronesa?

Todos los rostros parecieron iluminarse con aquel episodio, hasta el punto de que la señora Charrigaud, enardecida por esta especie de éxito y dirigiéndose a Sartorys, que protestaba con gestos amables, le dijo:

—Entonces, ¿es cierto?

—¿Cierto qué, señora?

—Pues que usted es «eso»...

Estas palabras produjeron entre la concurrencia el mismo efecto de una ducha fría. La condesa Fergus agitó nerviosamente su abanico y todos se miraron entre sí, molestos, escandalizados y con unos deseos irresistibles de reír.

Charrigaud cerró sus puños sobre la mesa, al mismo tiempo que apretaba los labios y se ponía pálido. En su frente aparecieron unas gotas de sudor y sus dedos se pusieron a hacer bolitas de pan con mayor celeridad.

La situación era delicada, y no sé lo que hubiese ocurrido de no haber aprovechado sir Kimberly aquel difícil y peligroso silencio para narrar su último viaje a

Londres...

—Pues sí —comenzó diciendo—, he pasado en Londres ocho días maravillosos, pudiendo asistir a algo que considero excepcional... Me refiero a una cena ritual que el gran poeta John Giotto Farfadetti ofreció a algunos amigos para celebrar su compromiso matrimonial con la esposa de su íntimo Frédéric Ossian Pinggleton..

—Debió ser algo exquisito —dijo, casi con mimo, la condesa Fergus.

—No puede imaginárselo usted, condesa... —respondió Kimberly, cuya mirada y gestos parecían a punto de entrar en un estado de éxtasis.

Después de unos segundos de expectación, el afortunado viajero a Londres dijo:

—Imagine, mi querida amiga, el escenario: un gran salón con paredes de color azul pálido, decoradas con pavos reales blancos y dorados, una mesa ovalada de jade, encima de la cual había copas con bombones de armoniosos colores lila y amarillo y una fuente de cristal rosado llena de dulces... y nada más. Los invitados, envueltos en largos vestidos blancos, pasábamos despacio junto a la mesa y con la punta del cuchillo de oro de que disponíamos nos íbamos sirviendo de aquellos dulces, que nos llevábamos a los labios... y nada más.

—Me parece conmovedor —suspiró la condesa.

A pesar de sus reprobables costumbres, sir Kimberly

sabía enloquecer a las mujeres con la glosa de sus experiencias, pues tenía una especial habilidad en sugerir los pecados más sutiles, despertando extraordinarias sensaciones... Una prueba de su habilidad consistía en decir «y nada más» en el momento más adecuado de sus explicaciones.

—Usted no puede imaginar, señora condesa... —continuó diciendo Kimberly—. No puede imaginar la experiencia, porque lo más conmovedor, lo que para nuestras almas supuso un auténtico desgarramiento, fue cuando Frédéric Ossian Pinggleton nos cantó el poema de compromiso de su propia esposa con su querido amigo... No había oído yo nunca nada que fuese más sobrehumanamente bello, ni tampoco más trágico...

—¡Oh, por favor! Recítenos ese poema, sir Kimberly... —suplicó la condesa.

—¿El poema...? ¿Cómo reproducir tanta belleza? Lo más que podría recordar es su esencia.

—¡Eso es! ¡La esencia! Si no hay otro remedio...

Un estremecimiento se produjo alrededor de la mesa donde se hallaban los protagonistas de la escena, y pareció que el estado anímico que allí reinaba se extendía a las flores, a las joyas de las damas, a las vitrinas y a todo el salón, para que estuviera todo en perfecta armonía.

Entretanto, Charrigaud parecía estar a punto de perder la razón, pues de pronto se creyó en una casa de locos. Sólo con una gran dosis de voluntad pudo decir

dos o tres monosílabos aprobatorios y un poco evasivos.

Los mayordomos acababan de servir algo que se parecía al jamón, de cada una de cuyas porciones parecían salir unas cerezas semejantes a rojas larvas que se pasearan a su antojo por una amplia superficie de crema amarilla.

Pero la condesa Fergus no parecía percatarse ya de esos detalles, pues se hallaba como transportada a regiones extraterrenas.

Sir Kimberly dijo:

—Frédéric Ossian Pinggleton y su amigo John Giotto Farfadetti acababan de dar término a sus respectivas tareas en un taller que comparten... Uno es un gran pintor y el otro un gran poeta: el primero es bajo y obeso, y el segundo alto y delgado, pero visten el mismo paño burdo y la misma gorra florentina. Los dos están igualmente neurasténicos, pues aunque sus cuerpos sean distintos, sus almas son gemelas... John Giotto Farfadetti se puso a expresar en versos los maravillosos símbolos que su amigo Frédéric estaba pintando en aquel momento, de tal forma que la gloria del poeta resultaba inseparable de la del pintor, terminando por confundirse en una misma admiración... las obras de esos dos artistas inmortales.

Kimberly hizo una breve pausa. El silencio era tan profundo, que parecía como si algo sagrado flotara en el ambiente.

—Eran las horas del atardecer... —prosiguió

Kimberly—. Un dulce crepúsculo nos envolvía a todos y la luz de la luna naciente nos permitía distinguir tenuemente lo pintado sobre las paredes de color azul: las largas y ondulantes algas doradas, que parecían agitarse a efectos de la vibración de no se sabía qué corriente acuática... John Giotto Farfadetti cerró una especie de antifonario sobre la vitela, en la que, con una pluma de caña, escribía sus poemas destinados a la eternidad... Frédéric Ossian Pinggleton giró entonces su caballete en forma de lira contra uno de los cortinajes, dejó su paleta en forma de arpa sobre un frágil mueble... y se acostaron con augustas y fatigadas poses sobre una triple hilera de almohadones de color de alga sobre el fondo del mar.

—¡Hum! —dijo la señora Tiercelet, con una ligera tos de advertencia.

—¡Ah, no! No es lo que ustedes imaginan... —afirmó Kimberly, y continuó—: Un violento perfume se extendía desde el centro del taller, partiendo de una fuente de mármol con pétalos de rosa, y sobre una mesita había unos narcisos de largos tallos que morían lánguidamente en un angosto florero cuyo cuello tenía la forma de un lirio verde...

—¡Eso es sublime, realmente sublime! —exclamó la condesa, con voz tan baja y temblorosa que apenas se le oía.

Pero Kimberly, casi sin detenerse, prosiguió:

—En el exterior, la calle silenciosa estaba desierta...

Desde el Támesis llegaban hasta nosotros, amortiguados por la distancia, los ruidos de las sirenas y el roncar de las calderas de los barcos. Era la hora en que los dos amigos guardaban indefectiblemente silencio... para poder soñar mejor.

—¡Oh! Es como si los estuviera viendo... —dijo, con admiración, la señora Tiercelet.

—Y ese «silencio»..., ¡qué evocador resulta! —añadió la condesa Fergus.

Kimberly aprovechó estas halagadoras interrupciones para beber un trago de champaña, y después, sabiéndose objeto de una apasionada atención, repitió:

—Los dos amigos guardaban silencio... para poder soñar mejor. Pero esa noche, después de un largo mutismo, John Giotto Farfadetti murmuró:

»—Tengo en el corazón una especie de flor envenenada...

»Esta noche —respondió Frédéric Ossian Pinggleton—, un pájaro triste ha cantado sobre mi corazón...

»En el taller pareció conmoverse el estado de ánimo de todos los presentes, al oír este insólito coloquio. En la pared azul, que parecía estar decolorándose, tuve la impresión de que las algas doradas se desplegaban y se encogían, según los desconocidos ritmos de una ondulación insólita, pues para mí es totalmente cierto que el alma de los hombres puede transmitir al alma de

las cosas, no sólo sus turbaciones, sino también sus pasiones, sus fervores, sus pecados, sus alegrías, sus penas..., incluso su vida.

—¡Eso es muy cierto!...

Esta exclamación partió de varias bocas a un mismo tiempo, lo que no impidió que Kimberly prosiguiera su relato, que desde ese momento se oiría en medio del silencio más absoluto y la emoción más vehemente del auditorio. La voz del narrador se fue haciendo progresivamente más misteriosa y sugerente.

—Aquel minuto de silencio fue en verdad desgarrador y dramático... John Giotto Farfadetti suplicó a su amigo:

»—¡Oh, querido, tú, que me lo has dado todo; tú, que tienes un alma tan gemela a la mía; tú eres quien debes proporcionarme ese algo que no me has dado jamás y que me muero por tener!

»—¿Es acaso mi vida lo que me pides? —quiso saber el pintor—. Si es así, puedes tomarla con toda libertad...

»—No es tu vida lo que quiero... ¡Quiero a Botticellina, tu mujer! —exclamó el poeta—. Como ves, lo que deseo es la carne de tu carne, el alma de tu alma y el sueño de tus sueños... ¡Quiero esa mágica medicina que cura todos tus dolores! ¡Quiero a Botticellina!

»En aquel momento todo el mundo vio cómo, en medio de la penumbra, dos lágrimas fosforescentes se deslizaban por las mejillas del pintor... Y el poeta, angustiado ante el dolor de su amigo, pero anheloso por

el amor que le abrasaba, añadió:

»—Escucha, amigo mío: yo amo a Botticellina, y ella también me ama a mí. De hecho, morimos de amor por no poder decírnoslo, por no poder unirnos como correspondería a nuestros sentimientos. Ella y yo somos como dos fragmentos de un mismo ser, del que posiblemente se separaron hace dos mil años, y que desde entonces estuvieron buscándose... hasta que por fin se han encontrado. ¡Ah, mi querido Pinggleton!, la verdad es que desconocemos por completo lo que es la vida, capaz de proporcionarnos tantas y tan extrañas y deliciosas fatalidades. ¿Hubo alguna vez un poema más maravilloso que el que estamos viviendo nosotros dos esta noche?

»—¡Botticellina!... ¡Botticellina!... —clamaba, con voz cada vez más doliente, el pintor, quien por fin se levantó de la triple hilera de almohadones, donde se hallaba acostado, para caminar febrilmente por el taller durante cierto tiempo, pasado el cual, dijo—: Botticellina era mía... ¿Será necesario que de aquí en adelante sea tuya?

»—¡No! —dijo imperiosamente el poeta—. ¡Será nuestra! Será de los dos, puesto que Dios te eligió a ti para ser el punto de unión con esta alma entroncada que formamos ella y yo. Botticellina posee la perla mágica que disipa los sueños y yo el puñal que desliga de las cadenas corporales. Por lo tanto, mi querido amigo, si rehúsas, nos amaremos después de muertos...

—Y agregó, con un profundo tono que resonó en la estancia como una voz sumida en un abismo—: ¡Quizá esto último fuese preferible, por ser más bello!...

»¡No! —gritó, con espanto, el pintor—. ¡Quiero que viváis! ¡Quiero que vivamos! Botticellina será tuya, igual que ha sido mía hasta ahora. Me desgarraré la carne si es preciso, me arrancaré el corazón del pecho, me romperé la cabeza contra la pared, pero, por encima de todo, conseguiré que mi amigo sea feliz. Sé que sufriré, pero el sufrimiento puede convertirse también en voluptuosidad...

»—En realidad, puede ser la más poderosa, amarga y cruel de las voluptuosidades —dijo, embelesado, John Giotto Farfadetti—, y esto me lleva a envidiar tu suerte. Creo que moriré de alegría por mi amor o de dolor por mi amigo. Considero que llegó la hora... Adiós, amigo mío...

»Y se irguió como un arcángel.

»En aquel momento se movieron los cortinajes, para abrirse y cerrarse sobre una radiante aparición.... Era Botticellina, envuelta en un vaporoso vestido blanco. Sus cabellos dispersos brillaban alrededor de su rostro y sobre sus hombros, como franjas de fuego. En las manos tenía una llave de oro, y era como si el cielo de la noche estuviera en sus ojos, y el éxtasis sobre sus labios... John Giotto desapareció súbitamente por detrás de las cortinas, y Frédéric Ossian Pinggleton volvió a acostarse sobre la triple hilera de almohadones

color de algas sobre el fondo del mar... Y, mientras hundía las uñas en su carne, de donde emergió la sangre como de una fuente, las algas doradas comenzaron a temblar dulcemente, y se tornaron cada vez menos visibles sobre la pared, que, poco a poco, se iba impregnando de sombras... La paleta en forma de arpa y el caballete en forma de lira resonaron durante largo rato con melodías de un cántico nupcial...

Kimberly guardó silencio durante unos instantes, al mismo tiempo que la emoción embargaba los corazones y ahogaba la voz de todos los que se apiñaban alrededor de la mesa.

—Hay que reconocer, mis queridos amigos, que nuestro siglo, tan ignorante de lo que es la belleza, jamás conoció unas bodas tan hermosas... —terminó diciendo Kimberly—. Por eso yo tomé con la punta de mi cuchillo de oro los dulces preparados por las vírgenes... en honor de tan maravillosa unión, tan emotiva como jamás me hubiese atrevido a soñar, y creo que mi sentimiento era compartido por todos los invitados allí presentes.

La cena había terminado... Conmovidos y en medio de un sepulcral silencio, vi cómo se levantaba todo el mundo. El anfitrión no existía. El héroe era Kimberly, que en el salón fue calurosamente festejado y felicitado. Las miradas de todas las mujeres iban hacia él, formando una especie de halo sobre su maquillado rostro.

—¡Ah, cuánto me gustaría tener un retrato pintado por Frédéric Ossian Pinggleton! —exclamó la señora de Rambure—. ¡Qué dicha, Dios mío, si pudiera convertir en realidad esta ilusión!

—¡Ay, señora! —le respondió Kimberly—, debo comunicarle que eso es absolutamente imposible, porque desde el acontecimiento que les acabo de narrar, Frédéric Ossian Pinggleton se niega a pintar rostros humanos, por muy bellos que sean... Ahora sólo pinta almas.

—La verdad es que respeto mucho sus razones... —dijo alguien—. A mí también me gustaría extraordinariamente poder ser pintor de almas...

—Pero ¿de qué sexo? —preguntó Maurice Fernancourt en tono sarcástico, visiblemente celoso del éxito que estaba obteniendo Kimberly.

—Las almas, mi querido Maurice, no tienen sexo... —le replicó Kimberly—. En todo caso, yo diría que tienen...

—Pero... en las patas —murmuró en voz baja Victor Charrigaud, para que no pudiera entenderlo más que el novelista psicólogo, a quien en aquel momento le estaba ofreciendo un cigarrillo.

El anfitrión cogió por el brazo a Maurice Fernancourt y lo llevó hasta el fumador, donde añadió:

—Amigo mío, ¡no sabes cómo me gustaría gritar a pleno pulmón, delante de toda esa gente, que estoy harto de la bajeza de sus almas, de sus sórdidos amores

y de sus confituras mágicas!... ¡Si, sí! Sentiría un gran placer diciendo groserías y ensuciándome en ese negro y fétido barro durante un cuarto de hora por lo menos. Te aseguro que para mí sería un sedante extraordinario... Y, sobre todo, ¡cómo me iba a vengar de esos lirios repugnantes que han puesto en mi corazón...! ¿Tú qué opinas?

El efecto que produjo el relato de Kimberly fue muy fuerte y la impresión persistía en el ambiente. Ya nadie se atrevía a interesarse por cosas más o menos vulgares, terrenales o no, y mucho menos por simples discusiones estéticas o pasionales... El mismo vizconde Lahyrais sentía como si estuviera a punto de ver que le crecían alas.

Era como si todos hubieran comenzado a experimentar una súbita necesidad de recogimiento y de soledad, para poder prolongar el sueño en el que habían sido iniciados..., ya que no podían realizarlo. Kimberly iba de un lado para otro, preguntando cosas como: «¿Ha tomado leche de marta cibelina? Pues tómela, porque es maravillosa.» A pesar de esto y de la emoción despertada, o tal vez por todo ello, las conversaciones decayeron, y ni siquiera se trataron otros temas, más o menos afines... El resultado fue que a las once de la noche todos los invitados se habían ido y ya no quedaba

nadie en el salón de los decepcionados Charrigaud.

Cuando estuvieron solos, se miraron fijamente durante largo rato, con gesto visiblemente hostil... Parecía como si hubieran sentido la necesidad de aquel primer tanteo antes de iniciar su pelea verbal.

—¡Vaya fracaso!... —comenzó diciendo él.

—Pues si ha sido un fracaso, nadie ha tenido la culpa más que tú... —le reprochó agriamente la señora.

—¿Y tú no has tenido ninguna culpa en el desastre?... ¿Quieres decir que todos los errores los he cometido yo?

—Exacto... No te has ocupado de nada... como no fuese de hacer bolas de miga con tus repugnantes dedos. Ni siquiera te dignaste hablar... La verdad es que no hubieses podido estar más ridículo aunque lo hubieras hecho adrede... ¡Ha sido vergonzoso!

—Te ruego que no sigas adelante —replicó el señor—, porque tu vestidito verde no merece comentario. En cuanto a tus sonrisas y a tu error con Sartorys, ¿para qué hablar? En fin, a lo mejor soy yo quien ha glosado el dolor de ese Pinggleton, o quien ha comido esas mágicas confituras en Londres, o quien se dedica a pintar almas..., o quien es un invertido.

—¡Ni eso eres capaz de ser! —exclamó entonces la señora, en el colmo de su exasperación.

—Por favor, querida...

—¡No quiero oírte!

Durante largo rato estuvieron injuriándose, hasta

que la señora, después de ordenar los objetos de plata y algunas de las botellas, decidió retirarse a su dormitorio.

El señor anduvo por la casa como poseído por una gran agitación y sin saber a ciencia cierta qué hacer... Pero de pronto me vio a mí, que estaba poniendo en orden el comedor, y acercándose me tomó por la cintura, y me dijo:

—Célestine, ¿quieres ser buena conmigo? No, no es lo que te figuras. ¡Quiero que me hagas un favor!

—El señor dirá...

—Está bien... Lo que quiero de ti es que me insultes, que me escupas diez veces al rostro, o mejor veinte veces, o ciento, la palabra: «¡Mierda!»

—Señor, ésa es una idea muy rara... No sé, creo que no me atrevería jamás a hacer una cosa así. El señor me merece todos los respetos y...

—No tengas ningún miedo, Célestine —me interrumpió el señor Vamos, atrévete. ¡Te lo ruego, Célestine!

—No puedo, señor...

—¡Por favor, Célestine!

Al final no tuve más remedio que complacerle, y cuando, en medio de mil risas, terminé de hacer lo que me pedía, él me dijo:

—¡Ah, Célestine! ¡No sabes qué placer me han causado tus insultos! No sabes la satisfacción que se siente al hablar con una mujer que no es un alma, ni que

tampoco es un lirio, sino que simplemente... es una mujer. Abrázame, Célestine. ¡Deseo con toda mi alma tocar a una mujer que sea de carne y hueso!

Si he de ser sincera, no me esperaba que la cena de los Charrigaud terminara como terminó.

Al día siguiente, cuando un destacado artículo de *Le Figaro* celebró pomposamente la cena de la víspera, elogiando el buen gusto y la elegancia del ambiente, lo mismo el señor que la señora olvidaron los insultos de la noche anterior. La verdad es que ya no tuvieron palabras más que para comentar el éxito de su reunión social.

En resumen, que su espíritu y su iniciativa quedaron en disposición de emprender nuevas conquistas de sociedad, a cuyo fin habrían de prohijar los más ilustres y suntuosos esnobismos, por los cuales se hubiera dicho que estaban dispuestos a todo, ya se tratase de vender su dignidad o de admitir la pederastia.

—¡Qué mujer tan encantadora es la condesa Fergus! —observó la señora al mediodía, cuando acababan de comer.

—¡Y qué espíritu tan sensible! —resumió el señor.

—¿Y Kimberly...? ¡Qué locuacidad más admirable! ¡Qué modales tan exquisitos! Y, sobre todo, ¡qué sensibilidad tan refinada para contar las cosas! Sería un

error calumniarlo, porque, después de todo, la vida privada de una persona es algo que no le pertenece a nadie más que a ella... ¿Qué tenemos que ver nosotros, por ejemplo, con el vicio de sir Kimberly?

—Eso es...

—Lo que ocurre es que en el mundo falta mucha comprensión para con nuestros semejantes. Tendríamos que ser más liberales, mucho más humanos, más...

—Estoy de acuerdo contigo, querida... repuso el señor, con la mayor seriedad del mundo.

Y entonces ella, continuando con su tono de extrema indulgencia, agregó:

—Es lo que yo digo muchas veces: si se fuera a hurgar en la vida de todo el mundo...

Hoy, mientras hacía mi trabajo en el cuarto de la ropa, me he pasado el día evocando las extrañas escenas a las que hube de asistir como espectadora en casa de los Charrigaud.

Desde aquella noche de la cena, la señora se vio acometida por una especie de fiebre propagandista de su casa, para lo cual no vacilaba en prostituirse con cualquier periodista, siempre que éste le prometiera una simple mención laudatoria de su nombre en la publicación que fuese, se tratara de la reseña de alguna

fiesta o de la crítica de un libro escrito por Victor Charrigaud.

En cuanto al señor, que no ignoraba estas ignominias, demostraba una complacencia digna de mejor causa. A lo más que se atrevía era a decir con cierto cinismo:

—A fin de cuentas, este sistema resulta mucho más barato que mantener una oficina particular de publicidad personal...

Además, Victor Charrigaud había descendido muy bajo en otros muchos terrenos. Pero él llamaba a todo esto apolítica de salón y diplomacia mundana».

Bien... En lo que a mí se refiere, pienso escribir a París para que me envíen el nuevo libro de mi antiguo patrón. Pero no me hago ilusiones respecto a su contenido, porque me figuro lo vulgar que en el fondo debe ser.

XI

10 de noviembre

Desde hace unos días, ya no se habla de la muerte de la pequeña Claire... Como estaba previsto, el asunto se ha ido diluyendo en el olvido. El bosque de Raillon y Joseph guardarán su secreto para siempre. De la que fue una pobre y pequeña criatura tampoco se hablará ya más, de la misma forma que tampoco se habla del mirlo muerto en la espesura del bosque... Es como si nada hubiese ocurrido. El padre sigue picando piedra en los caminos, y los demás, si bien estuvieron preocupados unos días, ya no piensan ahora más que en la proximidad del invierno.

La intensidad del frío hace que la gente se enclaustre más en su casa. Detrás de los vidrios, apenas se distinguen sus rostros pálidos y soñolientos, y en las calles no se encuentra más que a los pordioseros, envueltos en sus pingajos, y a los perros vagabundos que parecen muertos de frío.

La señora me ha mandado hoy a hacer ciertas compras en la carnicería, y me llevé los perros, pues

había que aprovecharlo para sacarlos de paseo. Cuando estaba en la tienda, ha entrado una anciana y ha pedido tímidamente un poco de carne para hacerle un caldo a su hijo. El carnicero ha elegido un trozo de hueso con algo de carne entre los restos que tenía en un caldero de cobre, lo ha pesado y ha pedido quince centavos.

—¿Quince centavos? —ha exclamado la anciana—. ¡No es posible, Dios mío! ¿Cómo quiere usted que haga caldo con eso?

—Como quiera... —ha replicado el carnicero, devolviendo el hueso al caldero—. Hoy mismo le mandaré la cuenta de lo que me debe... Si mañana no me paga, pondré el asunto en manos del alguacil.

—Deme eso... —ha dicho la vieja, con gesto de resignación.

—La verdad es que si no contara uno con los pobres para vender los trozos malos —me ha dicho el carnicero cuando se ha ido la pobre mujer—, tendría muy poca defensa nuestro negocio, pues los beneficios serían muy escasos. Pero hay que ver lo exigentes que se han vuelto últimamente esos muertos de hambre...

Y mientras decía esto, ha cortado dos pedazos de carne y se los ha arrojado a los perros que yo traía, diciendo:

—Los perros de los ricos, en cambio, no puede decirse que sean pobres... Eso es lo que yo creo. ¿No le parece, señorita Célestine?

Los acontecimientos se suceden en El Priorato... De lo trágico pasan a lo cómico, pues de todo tiene que ocurrir en la vida, y así una puede alternar el fruncir el ceño con la risa.

Cansado de las jugarretas del capitán, y siguiendo los consejos de la señora, el patrón ha terminado por recurrir al juez de paz. El señor Lanlaire le reclama a su vecino daños y perjuicios por la rotura de las cubiertas de vidrio que le servían para proteger sus plantas de las inclemencias del frío, y por la destrucción de algunos otros objetos de su jardín. Parece que el encuentro de los dos enemigos en las oficinas del juez ha sido algo épico, pues gritaron y se insultaron cual dos carreteros.

Como es natural, el capitán ha negado bajo juramento que él haya arrojado piedra alguna ni nada al jardín del señor Lanlaire, y ha añadido que es su vecino quien arroja piedras al suyo...

—¿Tiene usted testigos? —le ha preguntado el capitán a mi patrón—. Dígame, ¿tiene usted testigos de lo que dice? Atrévase a presentarme los necesarios testigos para que su acusación sea válida.

—¿Los necesarios testigos? —ha contestado el señor Lanlaire—. ¿Quiere más testigos que las piedras y la basura que arroja usted a mi propiedad?... Allí hay sombreros viejos, zapatos rotos, papeles sucios... y hasta hojas del periódico al que usted está abonado, y que cualquiera podría reconocer como suyo.

—¿Qué dice usted? ¡Está mintiendo!

—¡Usted es un canalla!

—¡Y usted un crápula!

No obstante, como el señor Lanlaire no ha podido presentar testimonios de sus acusaciones, el juez de paz, que por otra parte es amigo del capitán, le ha sugerido a mi patrón que retirara su demanda.

—Y permítame decirle... —ha concluido el magistrado— que, a mi juicio, es prácticamente inadmisible qué un valiente oficial como el capitán Mauger, que ha ganado todos sus ascensos en el campo de batalla, se pase el tiempo arrojando piedras y sombreros viejos por encima de una cerca... como si se tratara de un niño.

—¡Demonios...! —se ha defendido entonces el capitán—. Lo que sucede es que este hombre es un infame partidario de Dreyfus... Su acusación contra mí no es otra cosa que un insulto al ejército...

—¿Que yo insulto al ejército?

—¡Sí, lo insulta! Y le voy a decir por qué... Porque es usted un sucio judío, pero conseguiremos exterminar a todos los de su calaña, ya lo verá... ¡Viva el ejército!

Un poco más y se habrían cogido por los cabellos, sobre todo si no hubiera estado presente el juez, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerlos...

Después de esto, el señor Lanlaire, según ha dicho en casa, está dispuesto a pasarse horas en el jardín, donde pondrá también a dos testigos debidamente

disimulados..., a fin de sorprender en falta al capitán y poder hacer la próxima denuncia con más fundamento. Pero yo supongo que el capitán se mantendrá en silencio y alejado prudentemente de la cerca durante algún tiempo, con lo que mi patrón se habrá molestado en vano una vez más.

En los últimos días he visto al capitán Mauger dos o tres veces... y he hablado con él de varias cosas. A pesar del frío, no descuida las plantas de su jardín, preocupándose especialmente de sus rosales, que cubre con una especie de bonete hecho por él mismo con trozos de papel aceitado.

Cuando hablo con el capitán, siempre me cuenta sus problemas... Rose está pasando la gripe, pero esto no tendría importancia, si no fuese por su asma... ¡«Bourbaki» ha muerto! Ha muerto de una congestión pulmonar, a consecuencia de haber bebido demasiado coñac... «El bueno de 'Bourbaki' ha sido un erizo sin suerte», me dice el capitán. Según él, es el canalla de Lanlaire quien le ha echado alguna maldición... La verdad es que el irascible vecino de mi patrón quiere siempre tener razón en todo, al precio que sea, y especialmente cuando se trata del señor Lanlaire, contra quien ha ideado un plan... que no ha dudado en exponerme.

—La necesito a usted, señorita Célestine...—me ha dicho.

—¿A mí?... ¿Para qué?

—Para que testifique contra su patrón.

—¿Para que testifique?

—Eso es... Mi plan es el siguiente: Vamos al juzgado de Louviers y usted denuncia a Lanlaire por ultraje a las buenas costumbres, ya que ha atentado contra su pudor...

—Capitán, si el señor Lanlaire no ha atentado nunca contra mi pudor...

—¿Y qué importa eso?

—Sería falso... No puedo hacer una cosa así...

—¿Cómo que no puede...? Si es lo más sencillo del mundo... Usted presenta la denuncia, seguida de la correspondiente demanda, y después nos cita como testigos a Rose y a mí..., que no tendremos ningún inconveniente en afirmar ante la justicia que lo hemos visto todo. Ya sabe que la palabra de un soldado tiene mucho valor en estos momentos... Si siguiéramos mi plan, creo que no sería ya muy difícil probar de alguna manera que Lanlaire ha tenido algo que ver en ese asunto de la pequeña Claire... Como verá, Célestine, es un buen plan. Piénselo, y ya me dirá lo que ha decidido.

¡Ah, son tantas las cosas que debo pensar en estos momentos!... Joseph también me apremia para que acepte su propuesta, pues dice que no puede esperar más tiempo. Al parecer, ha recibido noticias de

Cherburgo. La semana que viene se pone a la venta el establecimiento en el que Joseph tiene puestos sus sueños. Estoy inquieta y turbada. Me cuesta decidirme, por razones muy concretas... Y la principal es que le tengo miedo a Joseph. Temo que me induzca a hacer cosas nada recomendables, y que por eso trate de convencerme con la promesa de una vida mejor y más segura.

—Comprenda, Célestine... —me dice continuamente—. Comprenda que no puedo dejar pasar una oportunidad así. Tengo que comprar ese café, pues pienso en lo que está ocurriendo actualmente... Si hay revolución, no hay nada mejor para un establecimiento de esa clase. ¡Es la fortuna asegurada!

—Lo que no entiendo es por qué necesita tanto mi colaboración... A fin de cuentas, puede comprar el café, y si yo no voy con usted, siempre podrá encontrar otra mujer...

—¡No! Con otra mujer no es posible... Mi proyecto lo he concebido a base de contar con usted. ¿O aún no lo entiende? ¿No comprende que estoy loco por usted? Ya sé que desconfía de mí, pero...

—No es eso, Joseph; se lo aseguro...

—Sí, Célestine... Lo sé. Usted piensa mal de mí.. Entonces, y ante aquella oportunidad, sacando valor de no sé dónde, le pregunté de pronto:

—Dígame, Joseph: ¿no fue usted quien violó a la pequeña Claire en el bosque?

Joseph encajó mi atrevida pregunta con absoluta tranquilidad. Se encogió de hombros, hizo un ligero movimiento, y después se ajustó los pantalones y me contestó con la mayor sencillez del mundo:

—Es lo que yo digo. ¿Se da cuenta de que la conozco a la perfección? A veces hasta me parece que puedo leer sus pensamientos...

Su voz se hizo mucho más suave, aunque no su mirada, la cual me asustó tanto, que me quedé sin poder decir una palabra.

—No se trata de la pequeña Claire... Se trata de usted, Célestine. ¿No lo comprende? —acabó diciéndome, al mismo tiempo que me cogía entre sus brazos—. Dígame, ¿vendrá conmigo si compro ese café?

Me tenía abrazada como aquella otra noche, y aunque yo temblaba y dudaba, aún tuve fuerzas para balbucir:

—Yo tengo miedo de usted, Joseph... No sé por qué, pero es así, y esto me impide decidirme. Lo siento...

Me retuvo entre sus brazos todavía unos instantes, moviéndose ligeramente, como si me estuviese acunando. Desdeñando justificarse, tal vez satisfecho de aumentar mis temores, me dijo por último, en un tono paternal:

—Está bien, está bien... Puesto que es eso, volveremos a hablar del asunto mañana...

Hoy ha circulado por la ciudad un periódico de Rouen, en el que hay un artículo que ha causado cierto escándalo entre la gente más o menos piadosa de la comarca... Se trata, según parece, de una historia real y un poco extraña que ha ocurrido hace muy poco tiempo en Port-Lancon, un bonito lugar que está a tres leguas de aquí.

Lo más interesante del caso, a mi juicio, es que todo el mundo conoce a los personajes de la historia en cuestión. Creo también que será uno de esos temas de conversación destinado a durar bastante tiempo... El periódico que refiere lo sucedido se lo trajeron a Marianne anoche, después de cenar. Yo leí el artículo en voz alta, pero desde las primeras frases noté cómo Joseph se removía inquieto en su silla, hasta que se levantó muy enojado, y dijo que no le gustaba aquella clase de porquerías y que tampoco toleraba semejantes ataques a la religión...

—No me parece bien eso que hace, Célestine... —dijo entonces, en un tono de gran dignidad—. Esa clase de comentarios no son propios de las personas inteligentes...

Después de decir esto, salió de la cocina y se fue a dormir.

En cuanto a la historia del periódico, voy a transcribirla en estas páginas, pues me parece tan interesante como ilustrativa, además de que contribuirá a que este diario no sea tan triste...

He aquí lo sucedido en Port-Langon...

El deán de la parroquia de Port-Langon es un clérigo de complexión sanguínea, cuya elocuencia goza de una gran reputación, pudiéndose decir que su voz llega a todos los rincones de la comarca. Los librepensadores, y hasta los creyentes dudosos, van a la iglesia exclusivamente para oír sus sermones, y se suelen excusar diciendo: «No somos de su opinión, pero siempre es interesante oír lo que dice un hombre de talento...» La verdad es que desearían para su respectivo diputado la facilidad de palabra que tiene el deán.

La intervención del popular clérigo en ciertos asuntos solía molestar al alcalde e irritaba a otras autoridades, pero el deán acababa diciendo siempre la última palabra merced a esa elocuencia suya que dejaba a todo el mundo sin posible réplica. Uno de sus temas era el de acusar a maestros, padres y otros responsables de que no se instruía a los niños como se debía.

—A ver, ¿qué se les enseña en la escuela? —solía decir el clérigo—. Nada. No se les enseña absolutamente nada. Cuando uno les pregunta cualquier cosa de los temas que son básicos en la enseñanza, la mayoría de los niños no sabe qué responder... En estos casos, yo, por lo menos, no puedo evitar el sentir una profunda

pena...

La culpa de este enojoso estado de ignorancia, según el riguroso deán, no era de nadie más que de Voltaire y de la Revolución francesa, que encontraban sus actuales cómplices en ciertas gentes del gobierno, en los liberales y en los partidarios de Dreyfus. Como es lógico, el clérigo no hablaba de una forma tan directa en el púlpito, sino delante de los amigos más afines, pues por muy sectario e intransigente que fuese, era consciente de las limitaciones que le imponía su cargo religioso.

Los martes y los sábados, el deán reunía en el patio del presbiterio la mayor cantidad posible de niños, a los que, durante dos horas, les iniciaba en lo que él llamaba «algunos conocimientos útiles», con los que pretendía llenar las lagunas que la educación laica dejaba en la mente de los pequeños.

—Veamos, mis queridos niños —les decía—, ¿sabe alguno de vosotros dónde estaba antiguamente el paraíso terrenal? Quien lo sepa, que levante la mano... ¡A ver!

Pero no había ninguna mano que se levantara. Lo único que ocurría era que en los ojos de los pequeños se advertía el brillo de la curiosidad. Entonces, el deán levantaba los hombros con un gesto de resignación y exclamaba:

—¡Esto es escandaloso! ¡Una auténtica vergüenza!... Si no sabéis una cosa así, ¿qué es lo que os enseña el maestro? Mucha educación laica y gratuita..., pero nada

más. Pues yo os diré dónde estaba el paraíso terrenal... ¡Atención todos!

Entonces se erguía el clérigo y, haciendo una serie de muecas, explicaba en tono categórico:

—El paraíso terrenal, hijos míos, no estaba en Port-Langan, aunque muchos lo afirmen, ni en el departamento de Seine-Inférieure..., ni en Normandía..., ni en Paris..., ni en Francia. No estaba tampoco en ninguna parte de Europa, ni en Africa, ni en América, ni en Oceanía... Hay quien pretende que el paraíso estaba en Italia, y también quien afirma que estaba en España, porque en este país hay naranjas... ¡Miserables glotones!... Todas estas hipótesis son falsas porque, para nuestra desgracia, en el paraíso no había otra cosa que manzanas... ¿Estamos? ¿Tampoco hay ahora nadie de vosotros que sepa contestar a mi pregunta?

Y como ninguno de los pequeños contestaba, el deán continuaba con su perorata:

—¡El paraíso terrenal estaba en Asia!... En unos parajes de Asia, donde antiguamente no caía ni lluvia, ni granizo, ni nieve..., ni tampoco rayos. En unos parajes de Asia donde todo era verde y perfumado, donde las flores tenían la altura de los árboles, y los árboles la de los montes... No hace falta añadir que aquel paraíso ya no existe..., debido a nuestros pecados. Por nuestra culpa, ahora ya no hay en Asia otra cosa que chinos, cochinchinos, turcos, herejes de piel morena,

paganos amarillos que matan a los santos misioneros y van al infierno..., y muy poco más... Soy yo quien os lo dice y os lo asegura. ¡Esta es la verdad!...

En tales momentos de revelación, el silencio rodeaba al clérigo, envolviéndolo en un halo de infalibilidad, hasta que continuaba con nuevas preguntas:

—Veamos ahora otra cosa... ¿Sabe alguno de vosotros qué es la fe?

Uno de los niños se levantó muy serio y, con tono de lección aprendida, balbució:

—La fe..., la esperanza... y la caridad... La fe es una de las tres virtudes teologales.

—¡No, no!... No es eso lo que yo os pregunto... —dijo el deán con acento de reproche—. Lo que yo pregunto es si sabéis en qué consiste la fe... ¡Ah, ya veo que tampoco lo sabéis!... Está bien, pondré un remiendo más a la educación que os dan en la escuela laica... La fe consiste justamente en creer lo que os dice el buen cura, que es quien mejor os conoce, no creyendo ni una palabra de lo que os diga el maestro, pues éste no sabe nada... ¡El maestro es el ignorante por excelencia! Lo que él os diga como cierto, tened en cuenta que jamás ha sucedido...

La iglesia de Port-Langon es muy conocida por los arqueólogos y por los turistas. Es uno de los edificios

religiosos más interesantes de esta parte de Normandía, donde hay muchos otros admirables... Sobre la fachada oeste, por encima de una puerta central en ojiva, puede verse una rosa que se abre delicadamente y con una gracia infinita sobre el conjunto de arcadas trilobuladas. La extremidad del lado inferior norte, que corre a lo largo de una especie de callejón, está decorada con ornamentos más tupidos y menos severos, y en ella se ven unos singulares personajes con caras de demonio, animales que llevan la impronta del símbolo, y santos con apariencia de truhanes, los cuales se entregan a lo largo de los frisos al ejercicio de hacer extraños gestos... Por desgracia, la mayoría de ellos están mutilados o decapitados. El tiempo y el pudor vandálico de los malos servidores han dañado estas esculturas, satíricas, alegres y lascivas como un capítulo de Rabelais... El musgo crece sobre estos cuerpos de piedra gastada, con una intención entre tétrica y púdica, como sabiendo que en aquel lugar no habrá pronto otra cosa que ruinas. El edificio está dividido en dos partes por gallardas y finas arcadas, y sus ventanas, que dejan pasar la luz radiante, en el lado sur, la permiten verter a raudales, deslumbrante, en el colateral orientado hacia el norte. El vitral de la cabecera es una especie de obra maestra, y tiene la forma de una inmensa rosa, que relumbra y fulgura como el sol poniente de un día otoñal.

El patio de la casa del deán, plantado de castaños, comunica con la iglesia por una puerta muy baja y de

construcción bastante reciente, que se abre sobre uno de los colaterales. La llave la posee el deán, que la comparte con la hermana Angéle, superiora del hospicio. Esta religiosa es una mujer áspera, delgada y joven todavía, aunque con una juventud rebelde y algo marchita. Austera y murmuradora, marcada por un carácter astuto y emprendedor, la hermana Angéle era la gran amiga y la consejera íntima del deán. Se veían a diario, y continuamente preparaban combinaciones electorales o municipales, basándose en un intercambio de confidencias y ocultos secretos, relativos a los matrimonios más relevantes del lugar. De esta forma les era más fácil ingeniárselas para eludir, con hábiles maniobras, la responsabilidad de los embargos prefectorales y de las ordenanzas administrativas, todo lo cual redundaba en provecho de los intereses de la Iglesia. Todas las historias truculentas que circulaban por la región se debían a estos dos personajes... o ha sido instigadas por ellos. Todo el mundo lo sospechaba, pero nadie tenía el valor de decirlo, temiendo la réplica del implacable espíritu del deán y la notoria maldad de sor Angéle, intolerante y rencorosa como la que más, que dirigía el hospicio de una forma estrictamente personal.

El jueves pasado, por ejemplo, el deán se hallaba en el patio del presbiterio, inculcando a sus alumnos las más sorprendentes nociones de meteorología... Les estaba explicando a su manera lo que eran el trueno, el

granizo, el viento y los relámpagos.

—¿Y la lluvia?... —les decía—. ¿Sabe alguno de vosotros lo que es la lluvia? ¿De dónde viene... y quién hace posible su existencia? Los sabios de hoy dicen que la lluvia es uná condensación de vapor... Pero mienten, porque son unos horribles herejes al servicio del diablo... La lluvia, hijos míos, es la cólera de Dios, porque está descontento de vuestros padres, los cuales se han abstenido durante años de hacer las correspondientes rogativas... Antes, cuando no llovía, se tenía la costumbre de decir: «¡Bah, que sean el cura y el sacristán los que se cansen andando por los caminos con sus rezos, pues ésa y no otra es su obligación!» ¿Y ahora, qué? ¡Pues que Dios los ha castigado anegando sus cosechas dos años de cada tres! Eso es la lluvia. ¡El castigo de Dios!... Os diré una cosa, hijos míos: estoy seguro de que si vuestros padres fueran buenos cristianos y observaran sus deberes religiosos, no llovería nunca...

Parece que fue en este momento cuando la hermana Angéle apareció por la puerta baja de la iglesia... Estaba más pálida que de costumbre y completamente desconcertada. El paño blanco de su cabeza aparecía deshecho, su toca se había ladeado y sus extremos se movían al aire como dos grotescas alas. Al ver a los niños alrededor del clérigo, su primer impulso fue retirarse y cerrar de nuevo la puerta..., pero el deán, sorprendido por aquella inesperada y brusca aparición

de la religiosa, fue a su encuentro con mirada inquieta y los labios rígidos.

—Tengo que hablarle, señor... Por favor, mande a los niños inmediatamente a sus casas... —suplicó sor Angéle.

—Pero... ¿qué sucede? ¡Dios mío, la veo a usted tan fuera de sí y tan emocionada...!

—Ocurren cosas muy graves, señor..., muy graves... —repitió sor Angéle, e insistió en su ruego anterior—: Por favor, señor, mande a los niños inmediatamente a sus casas...

Cuando los niños se hubieron ido, la hermana Angéle se dejó caer en un banco, donde permaneció durante unos segundos en silencio, tocando con sus dedos nerviosos la cruz y las medallas que le colgaban sobre su aplastado pecho de hembra infecunda. Todo en ella era alarma y excitación.

El clérigo, cada vez más impaciente, le preguntó con voz angustiada:

—Vamos, hermana, hable de una vez... ¿No ve que me está alarmando? ¿Qué ha sucedido?

—Verá, señor... —dijo sor Angéle—. Hace un rato, cuando pasaba por el callejón del lateral de la iglesia, vi en lo alto a un hombre desnudo...

La sorpresa del deán fue tan fulminante que su expresión se convirtió en una mueca y su boca quedó abierta y convulsionada.

—¿Un hombre desnudo? —preguntó, con voz

temblorosa—. ¿Qué me dice usted, hermana Angéle? ¿Afirma haber visto... un hombre desnudo... en lo alto... de mi iglesia? ¿Un hombre desnudo... sobre... mi iglesia? ¿Lo vio de verdad, hermana? ¿Está... segura de ello?

—Estoy segura, señor. Lo he visto con mis propios ojos, tal como le estoy viendo a usted...

—Por más que pienso, no puedo comprenderlo... ¿Puede haber en toda mi parroquia un feligrés tan desvergonzado como para cometer tal osadía? Es increíble.

El deán hizo una pausa, como para dar tiempo a que su rostro enrojeciera de cólera y su garganta se contrajera, a fin de poder decir poco después, con voz iracunda y enronquecida:

—¿Un hombre desnudo sobre mi iglesia?... Pero ¿en qué tiempo vivimos? Si las cosas siguen por este camino, me pregunto dónde vamos a llegar... Pero dígame, hermana, ¿qué estaba haciendo ese hombre? ¿Acaso estaba fornicando?

—Debe comprender, señor... —repuso sor Angéle, con cierta complacencia—. Tal vez me he explicado mal, pero debo advertirle, antes de seguir adelante, que ese hombre desnudo no era ningún feligrés..., puesto que se trata de un hombre de piedra.

—¿Un hombre de piedra? ¿Qué quiere usted decir, hermana Angéle?... Porque, en tal caso, ya no es lo mismo...

El deán pareció aliviado con esta aclaración, pues dejó escapar un resoplido de satisfacción, y dijo:

—Por un momento he temido lo peor, hermana Angéle...

Sin embargo, la religiosa se puso agresiva, logrando que su voz pareciera un silbido cuando salió por entre sus finos y pálidos labios, para replicar:

—¿Y porque es de piedra le parece a usted que ese hombre está menos desnudo? La verdad es que no lo entiendo, señor...

—No es eso lo que he querido decir, sino que ya no es lo mismo. ¿Comprende, hermana Angéle?

—¿Y si yo le dijera que ese hombre de piedra está más desnudo de lo que usted puede suponer?

—¿Cómo?

—Porque muestra un instrumento de impureza terrible y enorme. Es como algo monstruoso que tiene punta y que... ¡Por favor, señor cura, no me haga decir porquerías!

La religiosa se levantó, presa de la más violenta agitación, mientras el deán la miraba aterrado. Aquella última revelación parecía haberlo dejado de nuevo estupefacto. Sus ideas se turbaron y su razón pareció perderse en un atroz sueño de lujuria y de abominable fuego infernal... Igual que momentos antes, cuando el clérigo habló, lo hizo balbuceando.

—Así es que... se trata de una cosa enorme y... y en punta... —dijo—. Es inconcebible, hermana..., pero no

hay más remedio que eliminar eso de ahí... ¿Está segura, hermana..., está segura de haber visto eso tan.., tan enorme y en punta? ¿No se equivoca? ¿No... no será una broma?... ¡Ah, es inconcebible!...

—¡Y pensar que esa figura está mancillando la iglesia desde hace siglos! —exclamó sor Angéle al mismo tiempo que golpeaba el suelo con el pie—. Y usted, señor cura, ¿no se dio cuenta de nada?... He tenido que ser yo, una mujer..., una religiosa, que hizo voto de castidad, la que ha tenido que denunciar semejante abominación... No lo entiendo... ¡Eso es como si el diablo se hallara instalado en su iglesia, señor cura!

Después de estas palabras de la religiosa, el clérigo pareció más tranquilo; sin duda se le estaba ocurriendo algo para solucionar aquel asunto.

—Desde luego lo que no podemos hacer es tolerar un escándalo semejante... —dijo, con tono resuelto—. Destruiremos ese demonio..., y de eso me voy a encargar yo.

—¿Qué piensa hacer, señor cura?

—Ya lo verá, hermana Angéle... Le pediré ayuda al sacristán y usted nos guiará. Cuando todo el mundo duerma en Port-Lancon, subiremos allí y... ¿Está muy alto?

—Si, señor cura...

—¿Recuerda bien el lugar, hermana Angéle?

—¡Ya lo creo, señor cura! Le aseguro que sería capaz de encontrarlo hasta con los ojos cerrados...

—Entonces, ¿está de acuerdo con mi plan?

—Si, señor cura...

—Hasta medianoche, pues, hermana Angéle.

—Hasta medianoche, señor cura.

—Que el Señor la acompañe, hermana...

La religiosa se persignó y salió por la puerta baja.

Aquella noche no hubo luna... Las luces que se filtraban por las ventanas de la callejuela se habían apagado hacía ya largo rato, y los faroles, también... cuando el deán, sor Angéle y el sacristán se dispusieron a llevar a cabo su trabajo. Lo único que podía oírse era el leve chirriar de los armazones metálicos de los faroles al ser mecidos por una ligera brisa... En Port-Langon dormía todo el mundo.

—Allí es .. —dijo la hermana Angéle.

El sacristán se encargó de apoyar la escalera contra el muro de la iglesia, cerca del ventanal, a través de cuyos vitrales brillaba pálidamente la tenue luz de la lamparilla del sagrario.

La iglesia recortaba su silueta sobre un cielo violáceo, tachonado de parpadeantes estrellas. El deán, provisto de un martillo, un escoplo y una linterna, subió los peldaños de la escalera, seguido de cerca por sor Angéle, cuya cofia desaparecía bajo los pliegues de un amplio velo negro.

—*Ab omni peccato*... —musitaba el deán.

Y sor Angéle le contestaba:

—*Libera nos, Domine*.

—*Ab insidiis diaboli…*

—*Libera nos. Domine.*

—*Ab spiritu fornicationis…*

—*Libera nos, Domine.*

Cuando llegaron a la altura del friso, se detuvieron, y la religiosa dijo:

—Es ahí, señor cura… A su izquierda.

Pero rápidamente, turbada por la oscuridad y el silencio, la religiosa murmuró:

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi.*

—*Exaudi nos, Domine* —respondió el deán, e iluminó con su linterna las apocalípticas y pétreas figuras de santos y demonios, que parecían estar dando saltos y haciendo muecas en medio de la oscuridad de la noche.

De pronto, el clérigo ahogó un ronco grito… Acababa de ver, frente a él, la terrible e impura imagen del pecado.

—*Mater purissima… Mater castissama… Mater inviolata…* —murmuraba sor Angéle, encorvada sobre la escalera.

—¡Ah, el cochino! ¡Cochino del demonio! —rugía entretanto el clérigo, a la manera del *Ora pro nobis* que en su caso habría correspondido a las invocaciones de la religiosa.

Al final, el deán blandió su martillo con energía, y mientras a sus espaldas recitaba sus letanías sor Angéle, y el sacristán murmuraba algo que parecía una oración,

él asestó un fuerte y seco golpe contra la obscena imagen... Unas esquirlas de piedra le dieron en el rostro, pero el resto de la pieza amputada cayó sobre el tejado, deslizándose después por la canalera... hasta rebotar en alguna otra parte y detenerse en el empedrado de la callejuela.

Al día siguiente, cuando salía de la iglesia de oír misa, la señorita Robineau, una santa y devota mujer del lugar, vio en el pavimento del callejón un objeto de forma extraña y aspecto aún más raro... A ella le pareció una de esas reliquias que a veces pueden adquirirse en los establecimientos de los anticuarios.

«Esto es, sin duda, alguna valiosa reliquia, petrificada en sólo Dios sabe qué fuente milagrosa... —se dijo la buena mujer, mientras levantaba el objeto y lo examinaba atentamente—. ¡Ah, los caminos del Señor son tan misteriosos!»

La primera intención de la señorita Robineau fue dársela al deán de la parroquia, pero después reflexionó, y cambió de propósito... Aquella reliquia podía ser una excelente protección para su casa: alejaría el pecado y la infelicidad de allí donde estuviese... Y se la llevó.

Una vez en su casa, la señorita Robineau se encerró en su habitación, y sobre una mesa con mantel blanco colocó un almohadón de terciopelo, adornado con

bellotas doradas, sobre el que Acostó delicadamente la preciosa reliquia. Después cubrió todo el conjunto con un globo de cristal y lo flanqueó con dos floreros llenos de rosas artificiales. A continuación, la señorita Robineau se arrodilló delante del improvisado altar, invocando con ardor al admirable y desconocido santo a quien había pertenecido aquel objeto profano y purificado... en épocas probablemente muy lejanas.

No obstante, en cierto momento la señorita Robineau observó cómo con el fervor de sus plegarias y la alegría de su éxtasis se mezclaban unas muy humanas preocupaciones, unas dudas terribles y lacerantes, que invadieron su alma causándole un gran desasosiego.

—¿De verdad es eso una santa reliquia? —se preguntó en voz alta, mientras miraba el aterciopelado almohadón de la mesa.

Pero siguió rezando... Aunque, mientras multiplicaba sus padrenuestros y avemarías, no dejaba de pensar en toda clase de impurezas, y de oír una voz mucho más fuerte que la de sus plegarias, una voz que provenía de ella misma, pero que le era desconocida, y que le decía:

«En cualquier caso, es evidente que se trataba de un hombre fuerte y muy apuesto...»

¡Pobre señorita Robineau!... Cuando más tarde le dijeron lo que representaba aquel pedazo de piedra, por poco no se murió de vergüenza, al mismo tiempo que repetía:

—¡Y yo que lo besé tantas veces...!

Hoy, 10 de noviembre, hemos dedicado casi todo el día en El Priorato a limpiar los objetos de plata de la casa. Esta operación supone todo un acontecimiento, pues se lleva a cabo en una época tradicional..., como cuando se hacen ciertos dulces.

Los Lanlaire poseen magníficos objetos de plata, entre los que hay piezas antiguas muy raras y de una gran belleza. Este pequeño tesoro procede al parecer del padre de la señora, que, según unos, lo tenía guardado en depósito, y, según otros, «en garantía» por una suma prestada a un noble de la comarca. Aquel detestable usurero, no sólo compraba la juventud que debía hacer el servicio militar, sino cualquier cosa que se le ponía por delante... De creer a la tendera, la historia de las piezas de plata en cuestión sería una de las historias más confusas del mundo, a la vez que una de las más claras, porque todo depende de cómo el oyente desee interpretarla... El padre de la señora había cobrado una cuenta y, gracias a una circunstancia que nadie conoce, acabó quedándose también con los objetos de plata... ¡Es la clásica maniobra de los granujas avispados!

Como es natural, los Lanlaire no usan nunca la famosa platería, que está en tres grandes cajones, forrados de terciopelo rojo y guardados en el gran

armario del *office*. Este mueble está sujeto a la pared por medio de unos sólidos ganchos de hierro. Cada año, el 10 de noviembre, se sacan todas las piezas de las cajas y se limpian... bajo la vigilancia de la señora, no volviéndose a ver la dichosa platería en todo el año... Mientras se hace la limpieza, los ojos de la señora adquieren un especial brillo. ¡Nunca vi unos ojos de mujer con tanta violencia agresiva!

Para mí siempre ha sido un fenómeno toda esa gente que lo esconde todo, que entierra el dinero, sus alhajas, sus riquezas, y también toda su dicha, pues pudiendo vivir en el lujo y la alegria, se empeña en llevar una vida miserable y llena de incomodidades.

Una vez terminado el trabajo de limpiar la platería, queda cerrada bajo siete llaves por la propia señora, y permanece en los cajones hasta el año siguiente.

El celo de la señora Lanlaire es tan grande que no se ha ido de los alrededores de la cocina hasta que ha estado segura de que no había quedado ni una pieza de su tesoro entre nuestras manos.

Pero cuando al fin ha desaparecido, Joseph se me ha acercado y me ha dicho en un extraño tono:

—¿Verdad, Celestine, que es una hermosa plateria? Sobre todo ese aceitero del siglo XVI es una maravilla... El único inconveniente que ofrece el contenido de esos cajones es lo que pesan... Claro que siempre cuesta algo lo que vale mucho, y cualquiera podría calcular que todo eso vale por lo menos veinticinco mil francos. ¿No lo

cree usted, Célestine?

Al decirme esto, Joseph me ha mirado fijamente, escudriñando hasta el fondo de mi alma, para acabar preguntándome:

—Celestine, ¿vendrá conmigo a Cherburgo…?

Ahora, después de reflexionar sobre las palabras de Joseph, me pregunto: ¿Qué relación puede haber entre la platería de los Lanlaire y el café de Cherburgo? No sé por qué, pero siempre que ese hombre me dice algo acabo sintiendo un estremecimiento en todo mi cuerpo.

XII

12 de noviembre

En otro lugar prometí que hablaría en este diario del señor Xavier. Su recuerdo me asedia... Entre tantos rostros que llevo vistos, creo que éste es uno de los que más grabado se ha quedado en mi memoria. A veces su recuerdo me causa pesar y otras me irrita, pues era un ser muy raro y vicioso. El señor Xavier, con su rubicundo rostro marchito... y a la vez tan descarado... ¡Ah, qué pícaro! De él no se podría decir que no era de su época.

Un día fui contratada para trabajar en casa de la señora de Tarves, en la calle Varennes... Se trataba de una casa muy elegante y donde pagaban un buen sueldo: cien francos, ropa limpia, buena comida... y mejor vino aún. La mañana misma de mi llegada me hizo llamar la señora a su cuarto de vestir, que era una pieza muy lujosa, tapizada de seda color crema.

La señora era alta, iba muy maquillada y tenía la tez demasiado blanca para mi gusto. Además, era rubia, y le quedaba aún mucho atractivo de su juventud..., y,

sobre todo, era muy elegante, conservando una gran prestancia cada uno de sus gestos y ademanes.

Por aquel entonces yo era una persona bastante experimentada y con sólo una mirada a una habitación íntima era capaz de juzgar los hábitos y las costumbres de una señora. Entre otras cosas, sabía ya que los rostros pueden mentir, pero no los objetos y el ambiente. En resumen, a pesar de la apariencia suntuosa y decente del decorado que rodeaba a la señora de Tarves, adiviné rápidamente la realidad de una existencia bastante desorganizada y la presencia de cierta angustia, manifestada en una concreta prisa por vivir, lo que hace que la «suciedad» se vaya acumulando en los rincones más escondidos del alma. Esos escondrijos pueden estar muy ocultos, y hasta ser invisibles, pero los buenos olfatos siempre descubren su existencia a través... del mismo e invariable olor a basura. Por lo demás, en tales casos, existe también una especie de consigna masónica, que puede percibirse en las miradas que se cruzan los sirvientes nuevos y los que ya llevan algún tiempo en la casa. Esta mirada espontánea, si una sabe recogerla, suele bastar para ponerse al corriente del espíritu general de la casa en muy poco tiempo.

Como ocurre en todas las profesiones, los sirvientes también sienten celos los unos de los otros, y se defienden ferozmente contra las posibles nuevas intromisiones. Aun cuando yo soy una persona que me

adapto fácilmente a todo, también tuve que soportar muchas veces esas envidias y esos odios, sobre todo de aquellas mujeres celosas de mi manera de ser... A este respecto, debo hacer justicia a los hombres, quienes por lo general siempre me acogen bien.

Recuerdo perfectamente que ya en la mirada del criado que me abrió la puerta de la señora de Tarves vi algo que me hizo sospechar que entraba en una casa rara, de esas en las que existen esos altibajos en las relaciones que le hacen a una sentirse insegura, pero que, en definitiva, pueden ser agradables... a condición de que se acierte a adoptar la actitud apropiada.

La señora, en el momento de recibirme, estaba escribiendo unas cartas en un escritorio que era una verdadera joya. Sin duda alguna, me esperaba... Yo eché un vistazo al conjunto de la habitación. Una gran piel de astracán blanco cubría el suelo, sirviendo de alfombra. En las paredes, tapizadas de seda color crema, me llamó la atención ver, junto a grabados casi obscenos del siglo XVIII, escenas religiosas en esmalte antiquísimo. En una vitrina había una gran cantidad de alhajas antiguas, marfiles, tabaqueras en miniatura y figurillas de porcelana encantadoramente frágiles, y sobre una mesa vi muchos magníficos objetos de tocador de oro y plata... Un perrito, color de tabaco claro, hecho una bola de sedoso y reluciente pelaje, dormía sobre una poltrona, entre dos almohadones de color malva.

Lo primero que me dijo la señora de Tarves fue esto:

—Se llama Célestine, ¿verdad?

—Sí, señora…

—No me gusta nada ese nombre… ¿Le importaría que la llamase con otro? Mary, por ejemplo, en inglés… Mary, eso es… ¿Lo recordará usted?

La respuesta ya se sabía… Esta manía de cambiar los nombres a los sirvientes demuestra muy bien lo que es nuestra profesión. No tenemos derecho ni a nuestro nombre…, porque siempre hay en las casas una hija, una prima… o un perro, que se llaman igual. Es una desgracia come otra cualquiera.

—Entonces, Mary… ¿Lo recordará usted? —insistió la señora de Tarves.

—Creo que sí, señora…

—Bien, Mary. ¿Sabe usted inglés?

—No, señora… Creo que ya se lo dije.

—Sí, es cierto. Lo siento… A ver, Mary, dé una vuelta para que pueda verla.

Hice lo que me ordenaba, mientras ella me examinaba minuciosamente de arriba abajo, al mismo tiempo que murmuraba para sí:

«Bien, no está mal… Mejor dicho, está bastante bien. Eso es, bastante bien…»

De pronto retiró su vista de mi cuerpo para mirarme a los ojos, y me preguntó:

—Dígame, Mary, ¿verdad que tiene usted un bonito cuerpo?

Esta pregunta me sorprendió mucho, y me quedé

turbada. No acertaba a establecer la relación que pudiera existir entre mi servicio en la casa y mi cuerpo.

No obstante, sin dejar de mirarme de la cabeza a los pies y sin darme tiempo para contestarle, la señora pareció hablar consigo misma, al decir:

—En efecto, Mary tiene una bonita figura...

Unos segundos después volvió a cambiar el tono de la voz y a mirarme a los ojos, para decirme con una sonrisa de satisfacción:

—Verá, Mary, no me gusta tener a mi lado sino mujeres bonitas... Es más conveniente.... ¿Comprende?

Le iba a responder afirmativamente, pero no me dio tiempo, pues no habían acabado allí mis sorpresas; la señora de Tarves siguió examinándome detenidamente y exclamó de pronto:

—¡Ah, sus cabellos! Se me olvidaba... Quiero que se peine de otra manera. No va peinada con elegancia y tiene unos hermosos cabellos, que debe lucir adecuadamente... Mire, yo quisiera que se peinara así...

Comenzó a modificar mi peinado, al mismo tiempo que añadía:

—Es conveniente sacar de los cabellos el máximo partido posible. ¿Comprende, Mary?... ¿Se da cuenta? Así está usted encantadora...

Mientras la señora de Tarves ordenaba a su gusto mis cabellos, yo me preguntaba si no estaría algo chiflada... o si sería que cultivaba ciertas pasiones que no correspondían a su sexo... ¡Si era aquello, sería lo

único que me faltaba!

Cuando la señora de Tarves terminó de recomponer mis cabellos, visiblemente contenta de mi nuevo peinado, me preguntó:

—¿Es éste su vestido más bonito?

—Sí, señora...

—Pues no es muy elegante que digamos... Le regalaré algunos de los míos para que los adapte a sus medidas. Estoy segura de que le sentarán estupendamente... Y su ropa interior, ¿cómo es?

Al mismo tiempo que decía esto, sin que me diera tiempo a hacer nada para impedirlo, la señora de Tarves levantó mi falda, la recogió ligeramente y dijo:

—¡Ah, ya me lo figuraba! No puede decirse que su ropa interior sea la más adecuada.

Aquella especie de examen inquisitorial, y casi humillante, hizo que me sintiera molesta y que, sin pensarlo mucho, le contestara secamente:

—No comprendo qué es lo que la señora quiere decir con eso de que «no es la más adecuada.»

—Tráigame su ropa para que la vea... —me interrumpió—, y por favor, Mary, camine un poco por la habitación... La verdad es que anda muy bien y que sus movimientos son muy elegantes. ¿No se lo había dicho nunca nadie, Mary?

Cuando unos minutos después le llevé mi ropa, la señora de Tarves hizo una mueca muy expresiva al verla.

—¡Oh! Estas telas, estas medias, estas camisas... ¡Qué horror! ¿Y este corsé...? ¡Ah, no! ¡No puedo tolerar que se lleven estas cosas tan horribles en mi casa! No quiero que las use, ¿comprende, Mary? Venga conmigo, ayúdeme...

Al mismo tiempo que me decía esto abrió un ropero de laca rosa, y sacando un cajón lleno de ropa perfumada, lo vació sobre la alfombra.

—Tome esto, Mary, y esto también... ¡Ah, mire qué cosa tan bonita! Vamos, tómelo todo y lléveselo a su habitación. Tendrá que dar alguna puntada que otra, pero le servirá... Así podrá tener un guardarropa decente...

En aquel informe montón de ropa que me daba había de todo: corsés de seda y de fina batista, delicados pantaloncitos, elegantes enaguas... Un fuerte perfume de clavel español, combinado con otros olores, hacía que todo aquel revoltijo hiciera pensar en la elegante mujer de mundo soñada por tantas mentes femeninas. Aquel perfume era en el fondo la fragancia del amor, una fragancia que se escapaba de aquellas prendas de colores suaves o violentos, que se esparcían sobre la alfombra como una canasta de flores en un jardín... Yo casi me sentía incapacitada para reaccionar, porque me sentía contenta y molesta al mismo tiempo ante aquel montón de telas amarillas, malva, rosa y de todos los colores, donde también había cintas y las más delicadas puntillas y encajes.

La señora de Tarves me mostraba aquellos desechos aún bellos, aquellos interiores apenas usados, haciéndome un sinfín de recomendaciones o señalándome sus preferencias.

—Me gusta que las mujeres que están a mi servicio sean coquetas y elegantes... Y también me gusta que huelan agradablemente. Usted es morena... y me figuro que esta enagua roja le sentará muy bien. Mire, aquí hay otra... Pero dejémoslo; usted misma podrá elegir lo que más le guste, pues ya le he dicho que puede llevárselo todo a su habitación... Estoy segura de que no tendrá problemas al escoger...

No podía evitarlo. Estaba sumida en una profunda estupefacción. No sabía qué hacer, ni qué decir, y repetía de una forma casi mecánica:

—Gracias, señora... ¡Qué buena es usted! ¡Muchas gracias, señora!... Gracias...

Pero ella hablaba casi sin interrupción y no me dejaba precisar mis ideas. No me daba tiempo de hacerlo, porque hablaba y hablaba..., haciéndolo a veces en un tono entre impúdico y maternal que me resultaba sumamente extraño.

—También quisiera advertirle algo sobre la higiene... —me dijo de pronto—. Se entiende que me refiero a la higiene más intima del cuerpo... Debe saber que, en este aspecto, soy tan exigente que casi se me podría tildar de maniática...

Sus palabras invadieron el terreno de los detalles

íntimos y me di cuenta de que insistía de una forma especial en la palabra «conveniente», que volvía una y otra vez a sus labios aunque no viniese al caso... Al menos esto era lo que a mí me parecía.

Habíamos terminado ya con la elección de la ropa, y entonces, como para finalizar el tema de la higiene, me dijo:

—Una mujer, de cualquier clase que sea, debe presentarse siempre correctamente vestida y debidamente aseada... Por lo demás, Mary, usted hará lo que hago yo, pues es un punto de suma importancia... Mañana tomará un baño... y yo misma le indicaré cómo debe hacerlo.

Después la señora de Tarves me mostró su habitación, lo mismo que sus roperos y el lugar que debía ocupar cada cosa, y me puso también al corriente de cuál sería mi trabajo, con observaciones que no siempre me parecieron normales, aunque esto parecía formar parte de su carácter.

—Ahora vamos a las habitaciones del señor Xavier... —me dijo después—. Xavier es mi hijo..., y usted estará también a su servicio.

—Bien, señora.

La habitación del señor Xavier se hallaba al otro extremo de la casa. Era una pieza muy coquetona, decorada en azul y con pasamanería amarilla... En las paredes había grabados ingleses en colores que representaban motivos de caza, carreras o castillos. Un

portabastones con un cuerno de caza en el centro, flanqueado por dos trompetas entrecruzadas, ocupaba la mitad de un panel. Y sobre la chimenea, entre varios *bibelots,* cajas de cigarros, pipas y fotografías, había el retrato de un guapo muchacho, imberbe aún, que me agradó mucho, pero que tenía una precoz elegancia y una dudosa gracia femenina.

—Es el señor Xavier... —dijo la señora.

—¡Oh, qué apuesto es! —exclamé, sin poder contenerme.

—Bien, Mary... —dijo la señora de Tarves.

Por lo que pude deducir, mi exclamación no le había disgustado, puesto que sonreía con cierta satisfacción.

—El señor Xavier es como todos los jóvenes... —añadió la señora—. Quiero decir que no es muy ordenado, ni tiene demasiado cuidado por nada... Será usted la que tendrá que tenerlo. ¿Comprende, Mary? Sobre todo deberá cuidar de que su dormitorio esté siempre presentable... Todas las mañanas, alrededor de las nueve, vendrá a su habitación: a llevarle el té. Algunas veces el señor Xavier regresa tarde y... por las mañanas quizá la reciba con quejas destempladas... No importa, ni le haga demasiado caso... Un joven como él debe despertarse a las nueve... Esas son mis órdenes, tanto para él como para usted.

A continuación me mostró dónde guardaba su ropa, el calzado y las corbatas, el señor Xavier, acompañando cada detalle con una explicación.

—Mi hijo tiene un carácter muy nervioso..., pero es un muchacho encantador... A propósito, Mary, ¿sabe doblar los pantalones? El señor Xavier es más exigente con sus pantalones que con ninguna otra cosa.

Los sombreros, sin embargo, estaban al cuidado de uno de los criados, a quien correspondía el honor de darles la cepillada cotidiana.

Una cosa que me llamó la atención fue que, en una casa donde había criado, tuviera que ser yo quien me encargara de servir al señor Xavier. «Es divertido..., pero tal vez no sea 'conveniente'...», me dije, parodiando la palabra que repetía constantemente la señora de Tarves.

Debo confesar que en aquella casa todo me parecía raro...

Por la noche, en las dependencias del servicio, me enteré ya de algunas cosas que pusieron en claro otras que me habían intrigado horas antes.

—Es una casa extraordinaria... —se me dijo—. En la primera impresión asombra, pero después se va una acostumbrando... Por ejemplo, a veces no hay un centavo en toda ella. Entonces la señora está muy nerviosa, y esto se nota en que entra y sale mil veces de las habitaciones, y dice toda clase de palabrotas. Entretanto, el señor no cesa de hablar por teléfono,

gritando, amenazando y suplicando... Parece el mismísimo diablo hablando por teléfono. Después están los alguaciles. A menudo el mayordomo tiene que emplear toda su diplomacia para que los proveedores se conformen de momento con una pequeña parte de lo que vienen a cobrar... Un día cortaron la luz y el gas... Pero aunque ocurran todas estas cosas, aquí nadie se angustia demasiado, porque de pronto comienza a llover el dinero... y la casa rebosa riqueza. ¿De dónde Llega el dinero? Eso es algo que no lo sabe nadie. Muchas veces los sirvientes tenemos que esperar meses para cobrar nuestro salario..., que al final siempre se consigue, pero no sin antes discutir las cuentas acumuladas. Es algo casi increíble.

¡Ah, qué suerte la mía! Para una vez que me pagaban un buen sueldo, había la posibilidad de no cobrarlo... hasta que Dios quisiera.

—El señor Xavier no ha regresado aún esta noche... —me advirtió el otro criado.

—¡Oh!...—dijo la cocinera, mirándome con insistencia—. Esta noche estoy segura de que no tardará mucho en volver...

El criado contó entonces que por la mañana un acreedor del señor Xavier armó un gran escándalo, pues había venido a reclamar algo. Según el sirviente, debía ser «algo sucio», porque el padre del señor Xavier tuvo que entregar una buena cantidad como garantía; lo menos cuatro mil francos.

—El señor está furioso... —terminó diciendo el criado—, porque oí cómo le decía a la señora que «aquello no podía durar, porque era una deshonra»...

La cocinera, con aire filosófico, se encogió de hombros al mismo tiempo que decía:

—¡Una deshonra! Y eso... ¿qué Les importa a ellos? Para mí los tres son iguales. Lo que buscan siempre... es no pagar. Eso es.

Esta conversación me hizo pensar vagamente en la relación que podía haber entre la ropa de la señora, sus palabras y su hijo Xavier... ¿Cuál podía ser exactamente esa relación?

—Lo que verdaderamente les molesta... es pagar —repitió la cocinera.

Aquella noche recuerdo que dormí muy mal... Tuve extraños sueños y estaba impaciente por ver al dichoso señor Xavier. El criado no había mentido, pues la verdad era que se trataba de una casa muy extraña.

No se sabía a ciencia cierta cuál era su profesión o a qué se dedicaba el señor Tarves. Lo único que conseguí averiguar, mientras estuve allí, fue que era presidente o director de una organización que tenía como misión recoger a los peregrinos judíos, a los protestantes, a los vagabundos y a toda clase de individuos por el estilo. Esa organización presidida o dirigida por el señor Tarves parece que se ocupaba también de reunir católicos, que una vez por año eran llevados a Roma, a Lourdes o a Parayle-Monial, y no sin ruido o provecho...

para el señor Tarves. El Papa veía en esta clase de actividades una gran devoción, y parece que estas cosas eran tenidas como el mejor signo de que la religión triunfaba y llevaba una vida boyante. El señor Tarves también tenía a su cargo distintas obras caritativas y políticas, como la Liga contra la enseñanza laica..., la Liga contra las publicaciones obscenas..., la Sociedad de bibliotecas cristianas..., la Asociación de biberones congregados para el amamantamiento de los hijos de los obreros... ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Presidía también un sinfín de orfelinatos, talleres, círculos y oficinas de colocaciones... Daba la impresión de que lo presidía todo.

En cuanto a su físico, el señor Tarves era un hombre regordete y no muy alto, pero de movimientos rápidos y nerviosos. Parecía cuidadoso e iba siempre muy bien afeitado. Sus modales eran a la vez amables y cínicos, pareciéndose en esto a uno de esos clérigos astutos que siempre tienen la sonrisa en los labios. Los periódicos hablaban algunas veces de él y de sus actividades. Unos exaltaban sus virtudes humanitarias y su santidad de apóstol, pero otros lo trataban como a un viejo bribón y a un canalla. Los sirvientes nos divertíamos mucho con estas contradicciones, pero en el fondo siempre es halagador para nosotros que los diarios se ocupen de los señores a cuyas órdenes trabajamos.

El señor Tarves ofrecía todas las semanas una cena en su domicilio, seguida de una gran recepción, a la que

eran invitadas toda clase de celebridades, fuesen académicos, senadores reaccionarios, diputados católicos, curas inconformistas, monjes intrigantes, arzobispos... A uno de aquellos invitados se le dedicaba una especial atención: era un anciano asuncionista de cuyo nombre no me acuerdo, un picapleitos venenoso que, al parecer, no decía otra cosa que maldades de todo el mundo, si bien hay que convenir que las decía siempre con un aire de devoto arrepentido.

En cada una de aquellas salitas donde se celebraba la recepción había retratos del Papa... ¡Ah, yo no hacía más que pensar en aquel detalle! ¡Cuántas cosas tuvo que ver y oír el Santo Padre en aquella casa!

La verdad es que yo no acababa nunca de asombrarme... El señor Tarves hacía una infinidad de cosas y quería a mucha gente, y eso que yo ignoraba la mitad de las cosas que hacía y la mitad de la gente a quien quería. En resumen, no hay duda de que era un viejo farsante.

Recuerdo que al día siguiente de mi llegada, cuando le ayudaba a ponerse el sobretodo en la antesala, me dijo:

—Dígame, señorita, ¿pertenece usted a mi Sociedad de las Siervas de Jesús?

—No, señor.

—Pues debe inscribirse cuanto antes. Es indispensable, ¿comprende?... Ya me encargaré yo de hacerlo por usted...

—Muchas gracias, señor... ¿Puedo preguntar al señor en qué consiste esa sociedad?

—Es una admirable asociación que tiene como meta principal acoger y educar a las madres solteras...

—Pero, señor..., yo no soy una madre soltera.

—No importa... Hay también mujeres que han estado en la cárcel, prostitutas arrepentidas; hay mujeres de todas clases... La inscribiré.

Entonces se sacó del bolsillo unos cuantos periódicos muy bien doblados, me los entregó y me dijo:

—Escóndalos... Léalos cuando esté sola... Son muy interesantes.

Después me tomó por la barbilla y, haciendo un chasquido con la lengua, añadió:

—¡Ah, qué graciosa es la pequeña!... Muy graciosa y muy bonita, ¡ya lo creo que sí!...

Una vez que el señor Tarves hubo salido, me puse a hojear los periódicos que me había dado. Se llamaban *Fin de siglo*, *La Risa*, *Mujercitas de París*... y cosas así. ¡Todo porquerías!

¡Ah, los burgueses! ¡Toda su vida es una eterna comedia! La verdad es que todos son iguales... Ahora recuerdo cuando trabajé en casa de un diputado republicano. Esto ocurría en los tiempos que estaba bien visto denigrar a los sacerdotes... ¡Había que ver y

oír al diputado aquel...! En su presencia no podía nombrarse ni la religión, ni el Papa, ni nada que tuviera algo que ver con el clero. De haberle hecho caso, se habrían exterminado todas las iglesias y los conventos... Pues bien, no había domingo que no fuese a misa, y lo hacía evitando que se supiese, por lo que iba a las parroquias más alejadas de donde vivía. Por cualquier cosa hacía llamar al cura, y todos sus hijos eran educados por los jesuitas... Y nunca quiso ver a un hermano suyo después de que éste se negó a casarse por la Iglesia.

Lo que yo digo... ¡Todos los burgueses son unos hipócritas, unos cobardes y unos asquerosos, cada cual en su género y a su estilo!

La señora de Tarves también tenía sus obras, pues presidía comités religiosos, sociedades de beneficencia y organizaba tómbolas de caridad. Lo cierto es que nunca estaba en casa... y así iba ésta, a trompicones. Con mucha frecuencia la señora regresaba tarde, viniendo, sólo el diablo sabe de dónde, con la ropa interior desordenada... y con el cuerpo impregnado de un olor que no era el suyo. ¡Ah! ¡Qué bien conocía yo aquella clase de regresos! No tuve que discurrir mucho para saber a qué clase de obras se dedicaba la señora, ni la engañifa que suponían todos aquellos comités que

presidía... Sin embargo, he de reconocer que la señora de Tarves se portaba bien conmigo. Nunca me hacía un reproche, ni me decía ninguna palabra desagradable u ofensiva. Por el contrario, se mostraba familiar y casi como si hubiese sido una compañera, hasta el extremo de que, olvidando ella su dignidad y yo mi respeto, incluso llegamos a bromear y a decirnos tonterías... Debe reconocerse que una actitud así en una señora siempre es de agradecer... y más desde el punto de vista de una sirvienta.

La señora de Tarves no sólo me daba consejos para el arreglo de mis cosas, sino que alentaba mi coquetería; me untaba Los brazos de *cold-cream* y me empolvaba con polvos muy perfumados.

Cuando lo hacía, siempre me daba consejos y me decía cosas así:

—¿Se da usted cuenta, Mary...? Es necesario que una mujer se mantenga bien, que tenga la piel blanca y suave. Usted tiene unas bonitas facciones y debe hacerlas resaltar, y lo mismo sucede con su cuerpo... En cuanto a sus piernas, debe mostrarlas, porque son francamente hermosas. Lo más conveniente...

No puedo negar que yo estaba contenta, aun cuando en el fondo sintiese cierta inquietud. Había algo en todo aquello que no me convencía y que me hacía sospechar no sabía qué... No podía olvidar las habladurías de los otros sirvientes cuando yo elogiaba los bondadosos detalles que la señora tenía conmigo.

—Sí, sí... —decía la cocinera—. Lo que hay que ver es en qué acaba todo eso. Lo que ella busca es que se acueste con su hijo, para retenerlo más en casa..., y que cueste menos dinero a la pareja de miserables que tiene como padres. La verdad es que esa estratagema ya la llevó a cabo con otras, por lo que no hay por qué sorprenderse... ¡Ah, como si no nos conociéramos aquí todos...! Podría decirse que esa cochina lo ha probado ya todo en este sentido. Ha traído aquí amigas, mujeres casadas, solteras... ¡Si, solteras! Casi no puede creerse. Lo que ocurre es que el señor Xavier no traga el anzuelo, por la sencilla razón de que a él lo que le gustan son las mujerzuelas... Usted misma podrá comprobarlo... ¡Ya verá, ya verá!

Después de esta advertencia, la cocinera hacía una pausa, como para recobrar fuerzas, y añadía con todo el odio del mundo:

—Pero yo de usted, si estuviera en su lugar, les haría soltar un buen fajo de billetes... ¡Si quieren tener caprichos, que paguen!

Al oír estas palabras, no podía evitar el sentir cierta vergüenza frente a mis compañeros. A fin de justificarme conmigo misma, lo que siempre acababa pensando era que la cocinera estaba celosa de las deferencias que la señora tenía para mí.

Todas las mañanas, alrededor de las nueve, descorría las cortinas del dormitorio del señor Xavier y le llevaba el té, tal como me ordenara la señora.

Cuando entraba en la habitación, por extraño que parezca, lo hacía con cierta zozobra, sintiendo cómo me latía el corazón. Durante algún tiempo el señor Xavier no me prestó atención alguna... Yo iba de aquí para allá, le preparaba la ropa, el baño y trataba de ser amable, pero él sólo me dirigía la palabra cuando tenía que protestar de algo, y lo hacía con voz malhumorada, sobre todo cuando se quejaba de que le hubiese despertado temprano, si la noche anterior se había acostado tarde.

Al cabo de unos cuantos días, despechada por aquella indiferencia, decidí redoblar mi coquetería... Cada día esperaba algo que no llegaba, y aquel mutismo suyo, aquel desdén por mi persona, me irritaban tanto... ¿Qué habría hecho si lo que esperaba hubiese ocurrido de pronto? ¡Ah, esto era algo que ni siquiera me preguntaba...! Lo único que deseaba era que ocurriese cuanto antes.

El señor Xavier era, efectivamente, un joven muy apuesto y bien parecido. Al natural aún era mejor que en la fotografía. Tenía un fino bigote rubio y unos labios cuya roja y carnosa pulpa invitaba a besarlos. Sus ojos, de un azul claro y punteados de amarillo, eran fascinantes. En cuanto a sus movimientos, poseían una cadencia indolente que les concedía cierta gracia

lánguida y cruel de niña, o de joven gamo. Además, era alto, ágil y esbelto, muy elegante y de una poderosa seducción, sobre todo debido a algo que se desprendía de él y que hacía pensar en una cínica corrupción.

Debo confesar que, además de que me había gustado desde el primer día, y que lo deseaba, su resistencia, o más bien su indiferencia, hizo que al final aquel deseo se convirtiese en amor.

Una mañana encontré al señor Xavier despierto... y levantado. Cuando entré sólo llevaba una camisa blanca moteada de azul. Tenía una pierna apoyada a lo largo del borde de la cama y la otra sobre la alfombra. La postura no puede decirse que fuese muy decente. Por pudor quise retirarme, pero él me llamó.

—¿Qué ocurre? —me dijo—. Vamos, entra; ¿de qué tienes miedo? ¿No has visto nunca a un hombre?

Intentó tapar con la camisa parte de la pierna que colgaba, pero fue inútil, terminando por cruzarse sabre las rodillas las manos, y después se puso a balancear el cuerpo con lentos y armoniosos movimientos, mientras me miraba detenidamente.

Me ruboricé ante aquella situación. Dejé la bandeja en la mesita, cerca de la chimenea, y traté de salir, pero él, como si me viese por primera vez, dijo:

—Eres una chica muy elegante... ¿Desde cuándo trabajas en esta casa?

—Desde hace tres semanas, señor.

—¡Es sorprendente!

—¿Qué es lo que le parece sorprendente, señor?

—Lo que me sorprende es que hasta hoy no me haya dado cuenta de que eres una muchacha tan bonita...

Entonces estiró las dos piernas, alargándolas sobre la alfombra..., al mismo tiempo que se daba dos palmadas en los muslos, tan blancos y redondos como los de una mujer.

—Ven aquí... —dijo.

Me acerqué temblorosa..., y él me sujetó por la cintura, aspirando fuerte mientras me tenía junto a él, al borde mismo de la cama.

—¡Oh, señor Xavier! —suspiré, al mismo tiempo que me debatía débilmente—. Acabe este juego, por favor... Si sus padres le vieran...

Al oír aquello, se rió estrepitosamente y me dijo:

—¡Oh, mis padres! ¿Sabes una cosa? Mis padres... De eso ya he cenado; ¿comprendes?

Esta era una expresión que repetía siempre para decir que estaba harto de una cosa o que la despreciaba... De cualquier tema que se le hablara, «ya había cenado de aquello», y al decir esa frase parecía que despreciaba a todo el mundo.

A fin de aplazar lo más posible el momento del ataque definitivo, pues yo notaba cómo sus manos estaban impacientes sobre mi blusa, le dije:

—Hay algo que me intriga mucho, señor Xavier... ¿Por qué no asiste nunca a las cenas de la señora?

—¡Ah, si supieras, querida, lo que me fastidian las

cenas de mamá...!

—¿Y cómo se explica que sea su habitación la única de la casa donde no hay un retrato del Papa?

Esta observación pareció halagarle mucho a juzgar por su expresión.

—¡Ah! ¿No sabes, pequeña? Es que soy anarquista... —me dijo—. La religión..., los jesuitas..., los curas... ¡Ah, no! Lo tengo ya muy visto. Ya he cenado de todo eso... ¿Qué crees que se puede pensar de una sociedad integrada por personas como papá y mamá..., como no sea que hay que destruirla cuanto antes mejor? ¡La gente así no es necesaria para nada!

Desde aquel momento empecé a sentirme mucho más cómoda con el señor Xavier, en quien veía reflejados los mismos vicios y la misma concepción de la vida que en tantos jóvenes parisienses, aquellos que son precisamente los que más me gustan a mí. Era como si lo conociese desde hacía muchos años.

Luego fue él quien me interrogó a mí.

—Dime..., ¿tienes alguna relación con papá?

—¿Con su papá...? —exclamé, escandalizada—. Señor Xavier, ¿cómo pueden ocurrírsele esas cosas...? ¡Pero si su padre es un santo varón!

La risa del señor Xavier fue más estridente que nunca, y me replicó:

—¿Papá un santo varón...? Vamos, pequeña, no seas inocente. Si papá se acuesta con todas las sirvientas. ¿No lo sabes? Las sirvientas son su debilidad... Sólo las

sirvientas son capaces de excitarlo... Entonces, no marchan bien tus cosas con papá. ¡Eso sí que es una noticia!

—No comprendo... —repuse, riendo yo también—. Si el buen señor no hace otra cosa que darme algunos de sus periódicos para leer.

Esto excitó aún más las carcajadas del señor Xavier, que gritó:

—¡No! ¿Papá recurriendo a esos trucos? ¡Es extraordinario! Lo oigo y no puedo creerlo... ¿Es eso cierto?

Con verdadero entusiasmo siguió hablando en aquel tono, y con cierta gracia, de diversos temas relacionados con sus padres...

—¡Es como mamá! —exclamó de pronto—. ¡Figúrate que ayer mismo me hizo una escena terrible! Según mis padres, yo los estoy deshonrando... ¿Qué te parece? ¿Podrías creer tú una cosa así...? Sólo invocan las grandes cosas... ¿Y la religión...? ¿Y la sociedad...? ¡Ah, no! De eso ya he cenado más que suficiente... Pero te advierto que yo no me callo, y ayer le dije a mi madre: «Mira, mamá; si quieres hacemos un trato: yo me corregiré el día que tú dejes de tener amantes»... Una oportuna respuesta, ¿no te parece? Sólo te diré que se quedó callada como una muerta... ¿Sabes? Lo que más me abruma hoy son mis padres... ¡Sus eternas historias! Hace ya mucho tiempo que me harté de cenar con ellos. A propósito, ¿conoces al señor Fumeau?

—No, señor... ¿Por qué?

—¡No es posible...! ¿De verdad no conoces a Anthime Fumeau?

—Le aseguro que no...

—Es un hombre joven aún, bastante gordo y colorado, pero muy elegante... Según dicen las mujeres, tiene el cabello más hermoso de París... y tres millones de renta. Es el de las tartas Cabri... ¿Quieres decir que tampoco conoces las tartas Cabri?

—Pues no, señor...

—Es imposible. No conoces las tartas Cabri ni el bizcocho Fumeau. ¡Increíble! Y más si se tiene en cuenta que el señor Fumeau tuvo un juicio hace dos meses que fue algo más que sonado... Constituyó la comidilla de todo Paris... ¿Aún no caes en quién es el tal Fumeau?

—Le juro al señor que no tengo la menor idea...

—Está bien, no importa. Te explicaré cosas del bueno de Fumeau... El año pasado le hice una jugarreta genial... ¡No puedes figurarte en qué consistió!

—No, señor...

—¿Y tampoco eres capaz de adivinarlo?

—¿Cómo lo voy a adivinar... si no conozco a ese señor?

—Pues verás, pequeña... Mi jugarreta consistió en endosarle a mamá al tal Fumeau. ¡Palabra de honor! Fue ingenioso y sumamente divertido... Pero lo más gracioso fue que mamá le hizo aflojar trescientos mil francos destinados a las obras patrióticas de papá...

Ellos tienen una treta, sin la cual esta casa estaría en la ruina... ¿Tampoco sabías esto? ¿No te lo han dicho en la cocina? ¡No puedo creerlo...! Dime la verdad, pequeña. ¿Es en serio que no sabes nada de todas estas miserables historias?

—Le juro al señor que es lo primero que oigo... esto que ahora me cuenta usted tan amablemente.

—Bien, es igual... En el momento a que me refiero, cuando la historia de Fumeau, estábamos hasta la coronilla de deudas; con eso te lo digo todo... ¡Era terrible! Los acreedores aparecían hasta por las ratoneras. Ni siquiera los curas querían saber nada de nosotros... ¡Hay que reconocer que el golpe de mamá fue muy oportuno! Un poco más y... Pero dime, pequeña, ¿qué opinas tú de todo esto?

—Pues opino que... Opino que el señor trata a su familia de una forma un poco rara...

—¿Y qué quieres, amor mío? Ya te he dicho que soy anarquista... ¡Ah, la familia! ¡Estoy harto de la familia!

Mientras hablaba, había desabotonado mi bonita blusa, regalo de la señora, que por cierto me caía estupendamente.

—¡Oh, señor Xavier! Eso que está haciendo no está bien...

Durante un momento fingí que me defendía, pero de pronto él puso su mano sobre mi boca y me dijo:

—¡Cállate...! ¡Ah, pequeña, qué bien hueles! Eres y hueles igual que mamá, mi pequeña ramera...

Al mismo tiempo que decía esto, me tendió sobre el lecho, echándoseme encima...

A la mañana siguiente recuerdo que la señora de Tarves se mostró particularmente gentil conmigo, pues nada más entrar en su habitación me dijo:

—Debe saber que estoy muy contenta con su trabajo; así es que le aumentaré diez francos... ¿Le parece bien?

—Muy bien, señora...

Al mismo tiempo pensé que si cada vez me aumentaba diez francos, las cosas me irían inmejorablemente en aquella casa. Sin duda era lo más «conveniente»... ¡Ah, no! Si las cosas son así, yo también hace mucho que he cenado y que me he hartado de ellas... ¿Por qué iba yo a ser menos que el señor Xavier?

La pasión, aunque mejor sería decir el capricho, del hijo de los señores no duró mucho. Al cabo de poco tiempo debió considerar que ya «había cenado y se había hartado» de mí también... Si la intención de la señora era que lo retuviera en casa, debo decir que la estratagema acabó en un fracaso, porque él no dejó de salir cada noche... a lo suyo.

Muchas mañanas, cuando entraba en la habitación, el lecho estaba intacto, pues ni siquiera había dormido en casa.

La cocinera, que sin duda conocía bien al señor Xavier, me lo repitió una vez más:

—Lo que a ese degenerado le gusta son las rameras;

lo digo yo...

En efecto, lo que a él le agradaba era ir de juerga con gente de su misma calaña; al parecer era ya un viejo hábito. No obstante, yo me había creado ilusiones, y cuando no volvía a casa, sentía una opresión, una angustia, que me duraba todo el día... Pero lo más terrible de todo fue cuando descubrí que el señor Xavier no tenía sentimientos.

Era un hombre sin poesía y, con excepción de la parte sexual, yo no significaba nada para él. Una vez conseguido lo que deseaba..., ¡a paseo! Lo cierto es que no tenía conmigo la menor atención. Nunca me dirigió una palabra amable o emocionada, como acostumbran hacer los enamorados en los libros y en los dramas. Nada de lo que me gustaba a mí le gustaba a él. No le gustaban las flores, aunque sí los claveles, pues se ponía uno en el ojal de la chaqueta... Y a pesar de todo, es tan bonito no pensar en devaneos y decirse cosas bonitas al oído, de esas que acarician el corazón, al mismo tiempo que se cambian besos y caricias, mirándose largamente a los ojos... Pero los hombres son unos seres groseros, incapaces de sentir esas alegrías tan puras y celestiales, lo cual es una lástima. Sin ir más lejos, el caso del señor Xavier era sumamente ilustrativo, pues se limitaba al simple placer del vicio y de la diversión con sus amigos. En materia de amor, todo lo que no fuese vicio... le aburría soberanamente.

—¡Ah, no...! —decía a cada dos por tres—. Eso es

muy molesto... Yo he cenado ya de esa poesía a que tú te refieres. Lo de hacer el amor diciendo cosas bonitas... ¡hay que dejárselo a papá!

Cuando estaba saciado, volvía yo a ser la criatura impersonal, la camarera que entraba en su habitación varios días seguidos sin atraer su atención... y a la que se le podía ordenar cualquier cosa con el tono autoritario del señor que paga para que le sirvan. Del estado de bestia para el amor, aquel señor Xavier pasaba con la mayor facilidad al estado de bestia para la servidumbre... sin ninguna transición sensible. En él era lo más natural del mundo.

Entonces, con una sonrisa hiriente, acostumbraba a humillarme, diciéndome:

—Dime, querida, ¿aún no te has acostado con él? Eso me tiene muy intrigado...

Un día no pude retener las lágrimas, pues parecía que me ahogasen. Al verme en aquel estado, él se enojó y me reprochó:

—¡Ah, no...! ¡Lágrimas y escenas, ni hablar! ¡Eso es el colmo! Debes acostumbrarte, querida, porque de lo contrario... ¡adiós, buenas noches! Comprende que yo he cenado demasiado de tonterías así...

Debo confesar que cuando me siento aún temblorosa de felicidad, quisiera sujetar el mayor tiempo posible entre mis brazos al hombre que me la ha proporcionado... En fin, después de los espasmos de la voluptuosidad, necesito de una forma imperiosa el casto

abrazo o ese beso que no tiene nada que ver con la pasión salvaje de la carne, pues es la caricia que brota del alma. Necesito elevarme desde el infierno de la lujuria a la dulzura del amor, desde el frenesí del espasmo al paraíso del embelesamiento, a ser posible en medio del inocente silencio del delicioso éxtasis... Pero el señor Xavier «había cenado» también de aquella clase de éxtasis, como demuestra el hecho de que en seguida dejaba de abrazarme o de acariciarme, una vez saciado, pues era físicamente intolerable para él. A los pocos momentos era como si nada nuestro se acabara de unir: ni nuestros sexos, ni nuestras bocas... y menos aún nuestras almas. Era como si nada de nuestros seres se hubiera confundido en un mismo grito, en un mismo olvido, en una misma y maravillosa entrega. Yo quería retenerlo sobre mi pecho, o entre mis piernas, nerviosamente ligadas a las suyas, pero él se retiraba inmediatamente y me rechazaba de una forma brutal, saltando en seguida de la cama y diciéndome:

—¡Ah, no! Ya está bien... ¿No te parece?

Y encendía un cigarrillo con la mayor indiferencia.

Nada podía ser más penoso para mí que comprobar la triste realidad de que no dejaba en él ni la menor huella de cariño, ni la menor muestra de ternura en su corazón..., que consiguiera someterme con razón a todas las fantasías de la lujuria que le dictaba su carácter caprichoso. ¡Y bien sabe Dios que se dejaba llevar por la fantasía! ¡Ah, nadie puede figurarse lo espantosamente

caprichoso, lo morboso y lo corrompido que era el bueno del señor Xavier...! Era mucho peor que un viejo libidinoso medio impotente; sólo que él era prácticamente una bestia y parecía tener más inventiva y ferocidad en la perversión que cualquier cura satánico o cualquier anciano que rechaza con angustia la verdad de su senectud.

No obstante, creo que habría podido amar a ese canalla como una tonta... si él se hubiese comportado de otra manera. Incluso hoy pienso aún en su bonita figura, en su cruel carácter, en su piel perfumada... y en todo lo que de incitante tenían sus excesos de lujuria. A menudo todavía noto en mis labios lo que otros muchos hombres deberían haber borrado ya... Me refiero al gusto y al ardor de sus besos. ¡Ah, señor Xavier..., señor Xavier!

Una noche entró en su habitación para vestirse, antes de la cena, mientras yo ordenaba su ropa. ¡Ah, qué buena figura tenía con el traje de etiqueta! Cuando terminó de peinarse, sin la menor vacilación y en tono imperativo, como si me pidiese un vaso de agua, dijo:

—¿Tienes cinco luises...? Los necesito imprescindiblemente para esta noche. Te los devolveré mañana...

Precisamente la señora me había pagado aquella

mañana... ¿Lo sabía él?

—No tengo más que noventa francos... —le respondí, un poco avergonzada al no poder satisfacer su petición.

—No importa... —dijo—. Dámelos... Te los devolveré mañana.

Cuando tuvo el dinero, me dijo con una sequedad que casi me heló el corazón:

—Está bien... Eres una buena chica.

Y después, con un grosero movimiento, me tendió el pie, y me ordenó con tono insolente:

—¡Pronto, que tengo prisa! Atame los cordones... Le miré con tristeza, y me atreví a decirle con sumisión:

—Entonces, ¿no va a cenar el señor en casa?

—No... Ceno fuera... ¡Vamos, de prisa!

Mientras le anudaba los cordones, aún me atreví a decirle, casi gimoteando:

—Entonces, ¿se va por ahí de juerga con mujerzuelas? Debo suponer que no volverá en toda la noche... Y yo estaré aquí llorando. A veces pienso que no se porta usted bien, señor Xavier...

Su voz, ya de por sí dura, fue cruel al contestarme:

—Si es para poder decirme cosas así por lo que me has prestado tus noventa francos, puedes guardártelos.

—No... No es eso... —gemí—. Bien sabe usted que no hablo así por esa razón...

—Está bien... En ese caso, déjame en paz de una vez, ¿de acuerdo?

Y se fue sin decirme ni una palabra... y, por

supuesto, sin darme un beso. ¡Ni un solo gesto, ni una sola caricia!

Al día siguiente no dijo nada sobre los noventa francos. Como es lógico, no quise reclamárselos. En el fondo me encantaba que tuviese algo mío. Entonces comprendí que haya mujeres que se matan trabajando, o que se venden a los transeúntes, y que incluso roben maten con tal de ganar dinero para el hombre que aman. Creo que yo, en aquellos momentos, hubiese sido capaz de hacer algo así por el señor Xavier. Y es que a veces, frente a un hombre, me siento sin voluntad y sin coraje para decidir nada...

La señora no tardó mucho tiempo en cambiar de modales conmigo. Hasta cierto momento me trató con bondad, pero de pronto se volvió dura, exigente y fastidiosa. Según ella, era como si repentinamente me hubiera vuelto tonta, torpe, sucia, mal educada, distraída y ladrona... Su voz, tan dulce y suave al principio, ahora era destemplada. Me daba órdenes en un tono invariablemente cortante y desdeñoso. Como es natural, el regalo de ropas quedó suspendido, y también los polvos perfumados y las confidencias secretas. El cambio en ella fue tan radical que me pregunté una vez más si la señora de Tarves era un ser normal.

Terminada la ambigua camaradería de antes, que en

el fondo presentía que no había sido bondad, sino un deseo secreto de arrastrarme a sus tendencias viciosas, comencé a perderle el respeto y a contestarle con descortesía cada vez que presenciaba cualquiera de las infamias de aquella casa, pues el mostrarme rebelde y díscola me proporcionaba cierta fuerza moral. Un día llegamos a enfrentarnos claramente, peleándonos y haciéndonos una serie de reproches.

—¿Qué ha creído usted que es mi casa? —exclamó ella.

—¿Yqué se cree usted que es su casa? —le contesté yo—. Sepa que no es honorable... ¿Y usted? ¿Y el señor? En el barrio no hace falta preguntar por ustedes, ni en todo París... En cuanto a su casa, le diré lo que por ahí se dice que es... ¡Un burdel...! Y yo apostaría que hay burdeles más limpios que este antro... y mucho más honorables.

Aquellas peleas llegaron a incitarnos de tal modo... que nos soltábamos los peores insultos con la mayor naturalidad, llegando hasta a las amenazas. Nuestro vocabulario era el de las mujeres de la calle... La pelea se prolongaba a veces durante horas y días enteros, y de pronto todo se calmaba. Bastaba que el señor Xavier tuviese el capricho de pasar conmigo una noche. Entonces se reanudaban las dudosas familiaridades, las vergonzosas complicidades, los regalos de ropa, las promesas de doblarme el sueldo, las sesiones de limpieza de la piel con crema y las iniciaciones en los

secretos de los perfumes más refinados.

Era como si la señora regulara su conducta respecto a mí con un termómetro, cuyas variaciones estaban directamente relacionadas con la conducta del señor Xavier... Las bondades de ella eran la invariable consecuencia de las caricias de él, y los desplantes del hijo se emparejaban con las insolencias de la madre.

Así pues, yo era la víctima propiciatoria y segura de las enervantes fluctuaciones por las que pasaba el inestable amor de aquel muchacho caprichoso y sin corazón... Como única explicación aceptable, llegué a sospechar que la señora nos espiaba, escuchando detrás de la puerta, para tener una idea de cómo iban nuestras relaciones. Aunque quizá no fuese así, pues tenía el instinto del vicio, y a lo mejor le bastaba con husmear a través de las paredes, o a través de las almas, tal como los perros olfatean a distancia el olor de la presa.

En cuanto al señor Tarves, siempre atareado, a la vez que cínico y bastante grotesco, se movía entre los acontecimientos de la casa como un pez en el agua. Por las mañanas salía, con su rostro afeitado y rosado de pequeño fauno, llevando en su carpeta su acostumbrado catálogo de folletos piadosos y de publicaciones obscenas... Y por la noche aparecía tan erguido y elegante como siempre, saturado de socialismo cristiano

y con el paso un poco más lento, como uncido en todos sus gestos, y con la espalda ligeramente encorvada... a causa probablemente de las buenas obras que había llevado a cabo durante el día.

Los viernes, con una regularidad precisa y sin variaciones, se repetía la misma escena burlesca.

—¿Qué hay aquí dentro? —me preguntaba, mostrándome su carpeta.

—Porquerías... —le respondía yo, riendo.

—¡Ah, no! Son simplemente chistes...

Y me los entregaba, con una sonrisa ridículamente picaresca, al mismo tiempo que me acariciaba el mentón y se pasaba la lengua por los labios, añadiendo:

—¡Ja, ja, ja! Es graciosa esta pequeña...

Yo no me molestaba en desanimar al señor Tarves, sino que le seguía el juego, pues hacerlo me divertía en cierto modo... Además, me propuse buscar una ocasión propicia para conseguir que se pusiera en su lugar.

Una tarde me quedé muy sorprendida al verlo entrar en el cuarto de la ropa. Yo estaba sola, pensando en mis cosas mientras hacía el trabajo de la jornada. Aquella mañana había tenido una penosa escena con el señor Xavier, cuya impresión aún no se había borrado de mi mente... El señor cerró suavemente la puerta, dejó su carpeta sobre la mesa, cerca de un montón de sábanas debidamente dobladas, y acercándose a mí me cogió las manos y las palmoteó. Bajo sus inquietos párpados, sus ojos daban vueltas como los de una vieja gallina que

estuviera a punto de aparearse.

—Célestine... —dijo para empezar—. Verá, yo prefiero llamarla por su nombre, siempre que a usted no le parezca mal...

Me costó un esfuerzo increíble contener la risa, y le contesté:

—No, señor... No me parece mal.

Decidí ponerme a la defensiva mientras él seguía con su plan...

—Bien, Célestine... ¿Puedo decirle que me parece usted una muchacha encantadora?

—¿De verdad cree eso el señor?

—Más que encantadora... Yo diría que es usted adorable... Eso es: ¡adorable!

—¡Oh, señor!

Las manos del señor Tarves abandonaron las mías para subir por mi blusa y, cargadas de deseo, acabar acariciándome el cuello con unos movimientos muy suaves y delicados.

—¡Adorable! Eso es: ¡adorable! —repetía.

Entonces quiso besarme, pero yo creí oportuno retirarme para evitarlo.

—Por favor, Célestine, no me rechace... Quédese aquí conmigo, se lo ruego... Te lo ruego, Célestine... ¿Te molesta que te tutee?

—No, señor... Sólo me resulta un poco chocante...

—Ah... ¿Conque te resulta chocante? Pues te advierto que aún no me conoces bien... Puedo

sorprenderte de muchas formas y de muy agradable manera, ¿comprendes?

Noté que su voz ya no era seca como al principio y, al mismo tiempo, que una leve espuma alteraba el rojo de sus labios.

—Escúchame, Célestine... La próxima semana tengo que ir a Lourdes acompañando una peregrinación. ¿Quieres venir conmigo...? He pensado en qué forma he de llevarte... para que nadie se aperciba. Dime, Célestine, ¿quieres venir? Podrás quedarte en el hotel, pasear o hacer lo que más te guste... Por la noche yo iría a tu habitación a reunirme contigo... en tu cama. ¿Qué me dices, Célestine? ¡Ah, tú no me conoces aún! ¿Sabes...? Puedo ofrecerte la experiencia del hombre maduro, combinada con el ardor de un joven. Ya lo verás... ¡Ah, cómo me gustan tus ojos, Célestine! ¡Esos ojos tan pícaros y tan inquietantemente expresivos!

La situación me sorprendió en cierto modo, y no porque no me esperase aquella proposición, sino por la forma imprevista en que me la hacía el señor Tarves.

Recuerdo que, a pesar de todo, conservé mi sangre fría. Deseosa de humillar a aquel viejo lascivo, y para demostrarle que distaba mucho de ser un objeto en manos de su mujer y de su hijo, le dije:

—¿Y el señor Xavier...? Mucho me temo que se olvida de él, señor. ¿Qué hará él mientras nosotros estamos en Lourdes, pasándonoslo bien a costa de la cristiandad?

Un guiñó turbio y una mirada de fiera sorprendida se reflejaron en los tenebrosos ojos del señor Tarves, quien casi tartamudeó para preguntarme:

—¿El señor Xavier dices…?

—Sí, señor…

—No entiendo…

—¿Cómo que no entiende?

—No… ¿Por qué me hablas de él en estos momentos? Después de todo, no se trata de él, sino de nosotros. ¿Qué pinta él en este asunto?

—No se pase de listo, señor… —le repliqué con el tono mas insolente que pude—. Porque supongo que no querrá hacerme creer que ignora lo que ocurre en su casa…

—Dime, Célestine, ¿qué ocurre en mi casa…?

—Pues que yo soy una mujer pagada… para acostarme con el señor Xavier. ¿Está claro?

—No comprendo, Célestine…

—Pues tanto si está enterado como si no, se lo voy a explicar… Me acuesto con el señor Xavier, me gusta él… y usted no es mi tipo, ni muchísimo menos; ¿lo ha comprendido ahora?

Entonces ya no pude contenerme y solté la risa, directamente hacia él…

El señor Tarves enrojeció de ira. Sus ojos se hincharon hasta parecer que iban a saltar. Sin embargo, no creyó oportuno meterse en discusiones para las que yo estaba bien preparada… Se limitó a tomar

precipitadamente su carpeta y salió de la habitación, perseguido por mis agresivas carcajadas.

Al día siguiente, por una tontería, el señor Tarves me hizo una observación en extremo grosera. Me puse rabiosa... y la señora intervino. Estuve muy violenta y la escena que siguió fue repugnante, indigna, tanto que renuncio a describirla. En términos intraducibles le reproché todas sus infames porquerías, además de pedirle el dinero que le había prestado al señor Xavier. A la señora se le notaba perfectamente que estaba rabiando. Si hubiese podido, me habría fulminado con la mirada. En cuanto al señor, cogí un almohadón y se lo tiré a la cabeza.

—¡Váyase! ¡Salga inmediatamente de esta casa...! —me gritó la señora, que parecía estar a punto de arañarme la cara.

—¡La borraré de mi sociedad...! —me amenazó el señor Tarves, pegando puñetazos a su carpeta—. Ya no puede formar parte de ella. ¡Usted es una perdida, una prostituta!

Por último, al pasar cuentas, la señora me descontó ocho días, negándose a pagarme los noventa francos que le había prestado a su hijo y obligándome a devolverle algunas de las prendas que me había regalado.

—¡Son ustedes unos ladrones! —grité—. ¡Unos auténticos rufianes!

Y me fui, amenazándoles con que iría a la policía y al juez de paz.

—¡Ah, es el escándalo lo que quieren! ¡Pues lo tendrán, estafadores...!

La ira me hizo seguir en mi plan. Fui a la policía, pero el comisario me dijo que aquello no le concernía.

En cuanto al juez de paz, me aconsejó que abandonase el asunto, diciéndome:

—Comprenda ústed, señorita... ¿Quién cree que podría dar crédito a sus palabras? ¡Nadie! Y es comprensible... Porque, imagine, ¿qué sería de nuestra sociedad si los sirvientes tuvieran razón contra sus señores? Habríamos caído en la anarquía...

Consulté a un abogado, pero me pidió doscientos francos. Escribí al señor Xavier y no me contestó. Entonces hice balance: me quedaban tres francos con cincuenta centavos... y la calle.

XIII

13 de noviembre

En estos momentos encuentro cierta complacencia en evocar mi estancia en Neuilly, con las religiosas de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores, una especie de refugio que al mismo tiempo era agencia de colocaciones para el personal de servicio. Era un bonito edificio de fachada blanca, con un jardín al fondo.

El jardín estaba adornado, cada cincuenta pasos, con estatuas de la Virgen. Había en un ángulo una capilla pequeña pero suntuosa, construida con el dinero que las hermanas recogían de las limosnas. Unos grandes árboles rodeaban la capilla, cuyas campanas repicaban a cada hora. ¡Ah, es tan bonito oír repicar las campanas! Consiguen que se conmueva el corazón con las cosas pasadas y ya olvidadas... Cuando tañen las campanas cierro los ojos y vuelvo a ver ciertos paisajes que reconozco..., a pesar de no haberlos visto nunca. Son dulces paisajes impregnados de todos los recuerdos transformados de la infancia y de la juventud: la landa, la playa, el despliegue de la multitud en fiestas... ¡Ding...

ding... dong!

Todo esto no quiere decir que, para mí, el repicar de las campanas sea necesariamente alegre. Por el contrario, la mayoría de las veces, en el fondo, es tan triste como el amor. Pero me gusta... ¿por qué negarlo? Una cosa no tiene nada que ver con la otra... En París, sin embargo, lo único que se oye es el reclamo de los vendedores ambulantes y la ensordecedora trompeta de los tranvías.

A las que acudíamos como yo a la mansión de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores, se nos acomodaba en las buhardillas de la casa, debajo mismo del tejado. La alimentación, al menos por aquella época, no era abundante, y se componía de pedazos de carne y de verduras que no siempre se hallaban en buen estado. Había que pagar veinticinco centavos diarios. Cuando se encontraba colocación, entonces las hermanitas descontaban lo que se adeudaba... A esto le llamaban «prestar el servicio de contratación gratis». De lo que nadie hablaba era de que, mientras se estaba allí, había que trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, como si se estuviese en una prisión. No había salidas... y los ejercicios religiosos sustituían los recreos.

Era evidente que la caridad de aquellas buenas hermanas era un simple truco... Pero las personas como yo, aunque viviéramos mil años, seguiríamos siendo tontas todo ese tiempo. Las lecciones que me ofrece la

vida, sea a fuerza de desdichas o de alegrías, diría que no me sirven de nada, que no aprendo nada con ellas.

Me rebelo, grito, recurro a lo que sea para perjudicar a quien me perjudica a mí, pero el final siempre es el mismo: la que sale más perjudicada soy yo, puesto que es capaz de engañarme todo el mundo.

Las compañeras me habían hablado muchas veces de las hermanas de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores, diciéndome todas más o menos lo mismo:

—Puedes creerlo, Celestine; estando allí, pueden caerte las más extraordinarias colocaciones...

—¿Y por qué? —preguntaba yo.

—Pues porque allí acuden señoras de las mejores casas a buscar el servicio. Todo son marquesas y condesas... Al parecer, el hecho de estar con las monjas hace que les ofrezcamos más confianza, ¿comprendes?

La verdad es que llegué a creer en aquel planteamiento. Y en mi desesperación incluso comencé a recordar con ternura, tonta de mí, los años felices que había pasado junto a las hermanitas de Pont-Croix.

Además, en aquella situación, tenía que ir a alguna parte... Cuando no se tiene dinero, ya se sabe que una tiene que agachar la cabeza y aceptar lo que sea.

Cuando llegué a la institución de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores, había como medio centenar de «refugiadas» que esperaban poder entrar en casa de una marquesa o de una condesa. Las había de Paris y otras que habían venido de todos los rincones de

Francia. La mayoría de ellas no habían trabajado en ningún sitio y eran torpes, aparte de que su rostro era sospechoso y tenían unos ojos que saltaban imaginariamente por encima de los muros del convento para «mirar» el espejismo que sin duda era París para ellas... Las que ya tenían experiencia eran las que iban y venían, pero algunas de aquellas desdichadas de provincias se pasaban años allí.

Las hermanas me preguntaron dónde había trabajado últimamente y qué sabía hacer, si tenía buenos certificados y si me quedaba dinero. Como es natural, les dije mentiras, lo que más me convenía, y me admitieron sin muchos más trámites.

—Querida pequeña, ya verá cómo conseguimos encontrarle colocación en seguida... —me dijeron.

Para ellas, todas éramos «queridas pequeñas». En espera de la prometida colocación, hacíamos trabajos de acuerdo con nuestras aptitudes. Unas cocinaban y hacían la limpieza, otras se ocupaban de la huerta, trabajando la tierra como auténticos labradores... A mí me encomendaron la costura, pues sor Boniface decía que yo tenía dedos ágiles y que mi aspecto era muy distinguido.

Recuerdo que mi primer trabajo fue remendar los pantalones del limosnero y después los de un capuchino

que entonces hacía unos días de retiro en la iglesia de la institución... ¡Ah, aquellos pantalones qué poco se parecían a los del señor Xavier! No pasó mucho tiempo sin que se me confiaran trabajos menos eclesiásticos, labores de lencería fina, sintiéndome más en mi elemento. Colaboraba en la confección de elegantes ajuares de novia, de bonita ropa para bebés y en otras labores por el estilo, que les encargaban a las buenas hermanitas las damas caritativas que tenían la misión de ayudar al establecimiento.

Confieso que al principio me gustaban aquella calma y aquel silencio, a pesar de los pantalones del limosnero, de la escasa libertad que tenía y de la cínica explotación que adivinaba bajo aquel tinglado, aparentemente caritativo. Tampoco razonaba mucho, y de lo único que a veces tenía auténticos deseos era de rezar. El remordimiento o el cansancio de mi pasada conducta parece que me inclinaban a un sincero arrepentimiento.

En este trance de contrición espiritual, me confesé varias veces con el limosnero, el mismo a quien le había remendado los pantalones. Este detalle, a pesar de mi sincera piedad, hizo nacer en mí pensamientos irreverentes y locas ideas. Aquel limosnero era una persona bastante extraña. Bajo él, casi redondo, sanguíneo, rudo de lenguaje y de modales, y olía a carnero viejo. Me hacía las más raras preguntas, insistiendo particularmente en el tema de mis lecturas.

—¿Que está leyendo algo de Armand Silvestre...?

—exclamaba—. ¡Oh, Dios mío! ¡Seguro que son porquerías...! No debe leer libros impíos, pues van contra la religión, como, por ejemplo, Voltaire... ¡A ése no lo lea jamás! Es pecado mortal... Y tampoco a Renan, ni a Anatole France... ¡En esas lecturas están los principales peligros!

—¿Y a Paul Bourget, padre?

—¿Paul Bourget? Está en la buena vía... No puedo decir que no... Pero su catolicismo no es, del todo sincero. Está mezclado con elementos demasiado dudosos... Paul Bourget, hija mía, me produce el efecto de una palangana en la que se han lavado un montón de cosas, y donde flotan al mismo tiempo, entre la espuma de jabón y los cabellos caídos, algunas hojas de los olivos de Getsemaní... ¿Comprende lo que quiero decir, hija mía? Hay que esperar aún... La prudencia es lo más aconsejable. Todavía tenemos otros casos, como el de Huysmans... ¡Ah, Huysmans es rudo e inflexible, pero al mismo tiempo es ortodoxo! Ese es el camino.

En otra ocasión fueron distintos los temas de que me habló el rígido limosnero:

—¡Ah, la carne! Ustedes hacen locuras con su cuerpo... y eso no está bien. Entiéndame lo que intento decirle, hija mía... Pecar siempre está mal, pero si se trata de pecar por pecar, siempre es preferible que lo hagan con sus señores, que por lo regular son personas piadosas... Es mejor hacerlo con ellos que no sola o con personas de su misma condición, ¿comprende, hija

mía? Entonces el pecado es menos grave y ofende menos al Señor... ¿Por qué...? Pues porque esas personas de alcurnia y posición suelen tener, como mínimo, sus correspondientes dispensas...

La vez que yo le nombré al señor Tarves y a su hijo, me respondió casi irritado:

—¡Nombres, no! ¡No quiero nombres! No los pido, ni deseo que me los dé, ¿comprende, hija mía...? Yo no soy la policía, además de que son personas ricas y respetables, y muy religiosas las que usted me nombra... ¿Qué podría yo decir de ellas? Reconozca, hija mía, que es usted quien con su actitud se rebela contra la moral y la sociedad... y por lo tanto, si ha de haber alguien culpable, ese alguien es usted.

Estas ridículas conversaciones, y en especial los calzoncillos del limosnero, con su inoportuna y demasiado humana imagen, contribuyeron de manera considerable a que disminuyera mi celo religioso y a que decayeran mis ardientes deseos de arrepentimiento.

El trabajo también acabó fastidiándome... Llegó un día en que sentía la nostalgia de mi profesión. De pronto me acuciaron unos imperiosos deseos de abandonar aquella especie de cárcel y de volver a la intimidad de los tocadores de las señoras elegantes. Suspiraba recordando los roperos llenos de perfumada lencería, los guardarropas con relucientes satenes y la suavidad de los terciopelos, los baños de las rubias carnes perfumadas, rebosantes de sensualidad, y los chismes

de los compañeros... sin olvidar las imprevistas aventuras en la penumbra de las escaleras o en los dormitorios.

Es un fenómeno bien extraño... Cuando estoy en activo, con empleo en una casa, todas esas características propias de mi profesión me asquean. En cambio, cuando estoy sin colocación, las añoro con una intensidad casi enfermiza.

Como digo, pasado un tiempo me pesó de una forma horrible seguir con las hermanitas. Sentía incluso náuseas al comer los sempiternos dulces hechos con grosellas demasiado maduras, que las buenas monjitas compraban a precio de deshecho en el mercado de Levallois... Todo lo que aquellas santas mujeres podían sacar de los cubos de las basuras, puede decirse que era para nosotras.

Lo que más me irritó fue el evidente descaro con que nos explotaban. El truco era sencillo y apenas lo disimulaban... Las monjitas sólo colocaban a las «refugiadas» que no les eran útiles para nada. De las que podían sacar algún provecho, no se desprendían y las tenían como prisioneras, ya que nunca les ofrecían la menor oportunidad de salir de allí, con el agravante de que esas muchachas tenían su deuda por la manutención y la estancia del tiempo que fuese. Coaccionándolas con esta serie de cosas, abusaban de su talento, de su fuerza y de su ingenuidad, y las pobres que se resignaban a seguir allí veían cómo se les iban

desvaneciendo las posibilidades de una libertad cada vez más hipotecada por aquella deuda, que crecía según iba pasando el tiempo.

Aquel ejemplo podría decirse que era la antítesis de lo que debe ser el ejercicio de la caridad cristiana, pues las hermanas de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores habían encontrado el medio de tener sirvientas, que a la vez eran obreras, a las que, además de no pagarlas, las despojaban, sin remordimientos y con el mayor cinismo, de sus modestos recursos, y a veces hasta de sus pequeñas economías... a pesar de que se ganaban sobradamente la escasa comida y el lecho en que dormían.

Ante aquel estado de cosas, yo me quejé primero con cierta prudencia... y después con algo más de rudeza, cuando en cierta ocasión me enteré de que las hermanas no habían querido llevarme al locutorio para una entrevista con varias señoras que requerían sirvientas de la institución.

La respuesta de aquellas santas mujeres con pinta de gatitas mansas fue ésta:

—Deberá tener un poco de paciencia, pequeña... No crea que no pensamos en usted, pero esperamos que surja la oportunidad de una colocación excepcional. Usted no es para servir en una casa cualquiera... No debe preocuparse, porque nosotras sabemos muy bien lo que más le conviene, y en este sentido podemos asegurarle que, para lo que usted vale, no ha habido una

solicitud que le convenga, desde que está aquí...

Los días y las semanas siguieron pasando. Y como es natural... no salía ninguna colocación que estuviese a la altura de una sirvienta de mis cualidades. ¡Ah, pero los gastos corrían! Cada vez les debía más dinero a aquellas pequeñas brujas.

En resumen, pasó el tiempo suficiente para que pudiera considerárseme una veterana en la casa... Llegué a enterarme de todo lo que sucedía en el convento y de las costumbres que reinaban en cualquiera de sus rincones. Por ejemplo, aunque en los dormitorios había cierta vigilancia, cada noche ocurrían cosas que hubieran estremecido de vergüenza a cualquier perdida de la calle.

Cuando a celadora de turno terminaba su ronda, y los dormitorios se quedaban sumidos en la oscuridad y en el más completo de los silencios, se advertía que se levantaban algunas sombras blancas y se deslizaban y se metían sigilosamente en otras camas, corriéndose inmediatamente las cortinas. Era algo visto y no visto... Después comenzaban a oírse rumores de toda clase: pequeños gritos, risas apagadas, besos ahogados, murmullos... Algunas de aquellas mujeres no se privaban de nada. En medio de la turbia penumbra comprendí muchas veces toda clase de escenas, que iban desde lo triste a lo cruel, pasando por lo indecente.

Las buenas hermanitas, santas mujeres ellas, no ignoraban lo que allí sucedía, pero preferían cerrar los

ojos para no ver nada y taparse los oídos para no oír el menor susurro. En su casa no querían escándalos, pues habrían tenido que expulsar a las culpables, que muchas veces eran las mujeres que más rendían, por lo que preferian tolerar aquellas desvergüenzas, fingiendo ignorarlos... Además, el tiempo estaba a su favor, porque los gastos seguían corriendo y nuestras deudas aumentaban.

En medio de aquellas preocupaciones, al fin encontré una alegría... Un buen día ingresó en el establecimiento una amiguita, Clémence, a la que yo llamaba Cléclé. Nos habíamos conocido trabajando en una misma casa de la calle de la Université... Cléclé era una muchacha encantadora, rubia y de rostro rosado, alegre y muy vivaracha. Se reía de todo y todo lo aceptaba con buen humor. Parecía capaz de encontrarse bien en cualquier lugar. Cléclé era fiel y abnegada y parecía sentir un placer especial haciendo favores. Era viciosa hasta la médula de los huesos, pero su vicio era ingenuo, alegre y natural, sin zonas sombrias, por lo que no tenía nada de repugnante. Llevaba sobre sí su vicio como una planta sus flores o un cerezo su fruto... Cléclé, cuando hablaba, parecía un pajarito. Durante unos días me proporcionó tal alegria con su trato que llegué a olvidar mis molestias y mi necesidad de rebeldía ante la situación que me oprimía.

Como conseguimos que nuestras camas quedaran juntas, la una al lado de la otra, a las pocas noches

dormíamos en la misma cama... ¿Qué decir de todo esto? Cléclé era una muchachita muy agradable y el mal ejemplo acaba cundiendo y extendiéndose... Aún había algo más: desde hacía algún tiempo sentía la necesidad de satisfacer aquella curiosidad. El resto lo hizo el carácter apasionado y desprendido de Cléclé, a quien, cuatro años antes, había pervertido e iniciado en el vicio una de sus señoras, la esposa de un general.

Una noche, estando acostadas, me contó en voz baja que acababa de dejar la casa de un magistrado de Versailles, donde tenía a su cuidado varios gatos, tres loros, un mono y dos perros.

—Figúrate el cuadro... —me dijo Cléclé—. Tenía que cuidar a todos esos bichos. Nada era bastante ni suficientemente bueno para ellos. A nosotros nos daban cualquier cosa, cuando no eran las sobras de las comidas, mientras los animales debían ser alimentados con restos de ave, cremas, pastas... y tenían que beber aguas minerales. ¡Como lo oyes, Célestine! Por temor a la tifoidea, aquellos bichos bebían agua de Evian, ¿qué te parece...? Este invierno la señora tuvo la desfachatez de sacar la estufa de mi cuarto para instalarla en la pieza donde estaban los gatos y el mono. Es increíble... Sin embargo, son cosas que ocurren. Ya puedes imaginar lo que yo odiaba a aquellas bestias, sobre todo a uno de los perros, que se te metía debajo de las enaguas..., aunque quisieras echarlo a puntapiés. Una mañana la señora me sorprendió pegándole... ¡y si hubieses visto la escena

que armó! Me echó en el acto de la casa.., y ésa es la causa de que esté aquí. Si supieras, mi querida Célestine, que aquel maldito perro...

—¿Qué...?

—Aquel maldito perro —lijo Cléclé al mismo tiempo que estallaba de risa y trataba de ahogarla contra mi pecho— tenía las mismas pasiones que un hombre...

—¿Las mismas pasiones? ¿Qué quieres decir...?

—¡Lo que oyes! Tenía los instintos de un hombre, exactamente Los mismos apetitos y los mismos caprichos. Puede parecerte extraño, pero era así...

¡Ah, la buena Cléclé! ¡La verdad es que era una muchacha estupenda, tan divertida como agradable!

Muy pocas personas tienen idea de las molestias y las humillaciones que tenemos que soportar las de mi profesión. La explotación que pesa sobre los sirvientes es abrumadora y terriblemente injusta. Unas veces por culpa de los señores, otra por culpa de los compañeros, pues los hay que son asquerosamente viles... Lo cierto es que en nuestro oficio no hay nadie que se preocupe por nadie. Cada cual parece vivir, engordar y divertirse, a costa de la miseria del vecino. Esto es lo que más deprime... sobre todo, a los espíritus dotados de cierta sensibilidad.

Las escenas pueden cambiar y los decorados

transformarse, pues una cruza por distintos medios sociales y se enfrenta con diferentes enemigos..., pero las pasiones y los apetitos son en todas partes los mismos. Tanto en el pequeño piso del burgués como en el fastuoso palacio del banquero, se encuentra una con las mismas suciedades y con idéntica inflexibilidad en los señores.

Pero yo he aceptado esta realidad desde hace mucho tiempo. Sé muy bien que, para una mujer joven como yo, donde quiera que vaya o haga lo que haga, las posibilidades siempre serán las mismas..., puesto que estoy vencida de antemano. La lucha no es para que la ganemos nosotras, pero a pesar de ello yo sigo luchando. Lo uno no excluye lo otro.

Los pobres somos el prado humano donde crecen las cosechas de la vida y de la alegría que recogen los ricos... a fuerza de abusar de nosotros. Se pretende que no haya más esclavitud, pero..., ¡ah, qué broma es ésa!

Los sirvientes no somos unos rebeldes en potencia, dispuestos a aniquilar a nuestros amos, sino que somos en el fondo unos simples parásitos de ellos; unos esclavos, con todo lo que la esclavitud implica de vileza moral, de inevitable corrupción y de esa rebeldía que, en vez de liberarnos, lo único que hace es engendrar odios. Los sirvientes tienden, sobre todo, a instruirse según el modelo de los señores, y lo único que hacen es adquirir todos sus vicios..., pero sin tener nunca su dinero. Ingresan en la profesión puros e inocentes, pero no pasa

mucho tiempo sin que ya estén podridos por los hábitos de la depravación. El vicio... Es lo único que al final se toca y se respira. Al vicio nos vamos adaptando día tras día, minuto tras minuto, sin que contemos con qué combatirlo. Por el contrario, nos vemos sujetos a él, pues las circunstancias nos obligan a servirlo y a respetarlo.

La rebeldía sólo nace en nosotros ante la impotencia que sentimos por no poder satisfacer ese vicio en sus muchas facetas. Es entonces cuando se tiende a romper todas las trabas, pero... conseguirlo es solamente una ilusión. ¡Ah, es extraordinario! Extraordinario porque, en este sentido, se nos exigen toda clase de virtudes y de resignaciones, todos los sacrificios imaginables... Sólo tenemos derecho a adquirir aquellos vicios que halagan la vanidad de los señores, para que puedan aprovecharse de ellos en beneficio suyo. ¡Y todo a cambio de un sinfín de desprecios y de un sueldo que oscila entre los treinta y cinco y los noventa francos al mes! Hay que reconocer que es demasiado para nuestras fuerzas... Y aún lo es más si a este cúmulo de circunstancias se agrega la constante lucha y la angustia en que vivimos, pues siempre nos balanceamos entre el efímero seudo lujo de las colocaciones y el temor de un futuro sin trabajo. Luego, las sospechas hirientes que siempre nos acompañan se materializan en forma de llaves y candados, puestos en aquellas puertas de las habitaciones donde hay algo de valor. Las patronas no

sólo marcan las botellas y cuentan las pastas a las frutas, sino que también fijan sus miradas policíacas en nuestras manos, bolsillos y baúles. No hay puerta, ropero, cajón o botella que no nos grite continuamente: «!Ladrona..., ladrona..., ladrona!» A todo esto aún habría que añadir la terrible vejación que significa esa continua desigualdad y diferencia que observamos a cada instante entre las señoras y nosotras. A pesar de todas las familiaridades que quieran imaginarse, existe un infranqueable espacio, una especie de abismo cuyo fondo es un mundo de odios, envidias y venganzas que esperan su momento. Esta desproporción en la desigualdad aumenta a cada minuto, siendo cada vez más humillante y más deprimente debido a los caprichos tanto como a las bondades que se reciben de esos seres injustos y abiertamente egoístas que son los ricos.

Pero aún hay más: yo estoy segura de que desde un principio se nos ha catalogado según creen que debemos ser, pues así lo indica nuestra capacidad para sentir un odio mortal que, sin embargo, siempre procuramos contener, sin salirnos de nuestra resignación. ¿Cómo extrañarnos, entonces, de que esa actitud la consideren nuestros señores con unos términos muy precisos, tales como «tener alma de criado»...? Después de una prueba como ésta, ¿qué se puede esperar de nuestro destino? ¿Cómo imaginarse que no deseemos, como única posible salvación, llegar a poseer también nosotros esos

bonitos coches, esos lujosos trajes y esas suntuosas mansiones, donde dar fastuosas fiestas..., y ser atendidas por el mayor número posible de criados a nuestro servicio? ¡Y todavía se nos habla de abnegación, de probidad y de fidelidad...!

Yo estuve en una casa de la calle Cambon, cuyos señores casaban a su hija... Hubo una gran fiesta y se exhibieron los regalos de los novios. Eran tantos que con ellos se podía llenar un camión de mudanzas.

En cierto modo me acerqué a Baptiste, que era el camarero de la casa, y le pregunté en tono de broma:

—¿Cuál es su regalo, Baptiste?

—¿Mi regalo...? —dijo él, levantando los hombros.

—Vamos, dígalo...

—Un recipiente de petróleo encendido debajo de la cama... ¡Ese sería mi regalo!

Fue una respuesta aguda. Baptiste era un hombre fuera de lo normal cuando exponía su inclinación en política o cualquier clase de opinión personal.

—¿Y su regalo, Célestine? ¿Cuál sería...? —me preguntó él.

—¿Mi regalo...? ¡Mis uñas en sus ojos! —contesté.

Y crispé mis manos como si fuesen dos feroces garras, haciendo el ademán de arañar sin la menor piedad su rostro.

El mayordomo, a quien nadie había preguntado nada y que estaba arreglando unas flores, dijo con la mayor tranquilidad:

—Pues yo me conformaría con rociarles la cara con vitriolo en la iglesia...

Al mismo tiempo que decía esto, el mayordomo aplastó una rosa entre sus dedos.

Lo extraordinario es que esos deseos de venganza, como ya he dicho antes, no se realizan nunca... Y es una lástima, porque deberian satisfacerse a menudo, para que cundiera el ejemplo y los señores se mostraran más humanos. ¡Cuando se piensa que las cocineras tienen tan a su alcance la vida de sus dueños...! Bastaría con una pizca de arsénico en lugar de sal... o un poquito de estricnica en vez de vinagre... ¡y ya estaba! Pero no hay que hacerse ilusiones. Ellos lo saben muy bien... Todos los que servimos tenemos alma de criados.

Yo también sé muy bien que no he estudiado ni tengo instrucción, pero lo que aquí escribo es la verdad, porque es lo que pienso y lo que he visto... No ignoro que todo esto no tiene nada de bonito, pero se comprenderá que yo, aunque quisiera, no podría hablar de otro modo.

Entiendo que desde el momento que alguien acoge a una persona bajo su techo para que le sirva, aunque sea el último de los pobres o la última de las mujeres, lo menos que se le debe mostrar es un reconocimiento y un respeto como ser humano que es... Si los señores no

nos conceden este mínimo al que tenemos perfecto derecho, ¿por qué no procurárnoslo entonces nosotros, aunque sea a costa de su caja fuerte... o incluso de su sangre?

Pero, ¡bah!, ya he dicho suficiente... Cuando me pongo a pensar así, siempre acabo diciéndome que soy injusta. La verdad es que todas estas ideas de venganzas y reivindicaciones, en el fondo me provocan un inevitable dolor de cabeza... y a veces hasta me revuelven el estómago. ¿Por qué negarlo...? Me encuentro mucho más a gusto entre mis pequeñas historias de tocador.

A pesar de que mi estancia con las hermanitas de Nuestra Señora de los Treinta y Seis Dolores no puede decirse que fuera un placer, lo cierto es que en el momento de dejarlas sentí una gran pena... El amor de Cléclé me proporcionaba nuevas sensaciones, pero el ambiente del asilo hacía que me sintiera vieja, lo cual acabó por hacerme sentir una imperiosa necesidad de libertad. Y cuando las monjitas comprendieron que estaba decidida a irme, me salieron muchas colocaciones.

Aquéllos eran indudablemente los empleos «excepcionales» que las hermanitas habían estado esperando para mí... Pero como no siempre he de pecar

de tonta, decidí rechazarlos, alegando que en todos había algo que no me convenía. ¡Había que ver la cara de las santas mujeres...! ¡Ah, qué risa me daban! Calculaban que, colocándome en casa de alguna vieja santurrona, podrían reembolsarse, y con la usura a que acostumbraban, lo que según ellas les debía... en concepto de gastos de estancia en el convento. ¡Cómo la gozaba yo viéndolas sufrir... al oír que no me gustaba ninguno de los puestos de trabajo que me proporcionaban!

Por fin un día avisé a la hermana Boniface que tenía la intención de irme aquella misma tarde, y tuvo la audacia de contestarme con los brazos en alto:

—Mi querida pequeña, eso es imposible...

—¿Por qué?

—Pues porque usted, mi querida pequeña, no puede dejar la casa así...

—¿Y eso?

—¿Cómo? ¿No recuerda que nos debe setenta francos? Primero debe pagarnos ese dinero...

—¿Y con qué? —le respondí—. Usted sabe que no tengo ni un centavo...

Al oír aquello, sor Boniface me miró con rencor, adoptando un aire de digna severidad, para seguidamente advertirme:

—Espero, señorita, que se dé cuenta de que lo que piensa hacer es un robo en el fondo, y robar a unas pobres mujeres como nosotras es un sacrilegio. Si obra

así, estoy segura de que Dios la castigará...

—¡Ah, no...! —le interrumpí entonces, ya irritada—. No es como usted dice, sor Boniface, porque, si se mira bien, ¿quién roba aquí? ¿Ustedes o yo?

—¡Señorita, le prohibo hablar así!

—Muy bien...

—No puede hablar así... y debe abonar el dinero que usted adeuda a esta santa casa.

—¡Bah, déjeme en paz! ¡El dinero que adeudo a esta santa casa.. ! ¿Después de pasar aquí meses enteros trabajando de la mañana a la noche por una comida que ni los perros se comerían? ¿Quiere que me crea que, además de todo eso, aún hay que pagar a las pobres hermanitas...?

La hermana Boniface se había puesto pálida... Presentí o adiviné que en sus labios había gruesas e impronunciables palabras, aunque no tuvo el valor de articularlas.

—¡Cállese!... —gruñó finalmente—. Usted es una mujer sin pudor y sin sentimientos religiosos... Estoy segura de que Dios la castigará... Váyase, si así lo desea, pero su baúl se quedará aquí...

—¡Ni hablar! —dije con tono desafiante.

Y me cuadré ante ella dispuesta a impedirle que hiciese un movimiento.

—Tenemos nuestro derecho... si no nos paga. Si se niega a abonarnos esos setenta francos, nos quedaremos con sus cosas.

—¡Quisiera verlo...! —exclamé—. Si pretenden guardar mi baúl, vendré inmediatamente con el comisario de policía... Si para usted la religión es remendar los calzoncillos del limosnero, robar el pan de las pobres chicas que hay aquí, y especular con lo que sucede todas las noches en los dormitorios, entonces...

La hermana Boniface palideció de una forma casi alarmante. Sabiendo que no tenía otra defensa, intentó chillar más que yo y ahogar mi voz con la suya.

—¡Señorita..., señorita...! —gritaba.

—¿Acaso va a decirme que ignora las porquerías que se hacen en los dormitorios cada noche...? ¿Por qué no dice que usted no sabe nada de lo que le estoy diciendo...? ¡Y dígame también que usted no lo alienta, ni que en cierto modo se beneficia de ello! ¡Vamos, dígamelo! ¿Por qué se calla, hermana Boniface...?

Le di tiempo para que me contestase, pero como no lo hizo, a pesar de que me sentía seca la garganta, añadí:

—Si la religión es todo esto: cárcel y burdel al mismo tiempo, debo decirle que me voy de aquí saturada de ese alimento espiritual... ¡Vamos, hermana, deme el baúl! ¡Quiero mi baúl... y me lo dará en seguida!

Había conseguido asustar a sor Boniface, que acabó disimulando sus temores bajo la máscara de la dignidad, para decir al final:

—Muy bien... Dejaremos que se vaya, pues no quiero seguir discutiendo con una perdida...

—¿Que dejarán que me vaya?

—Justo.

—Lo haré, aunque no me dejen... y con mi baúl; ¿entendido, hermana?

—Está bien, está bien... Puede llevarse su baúl...

—Eso ya está mejor. ¡Ni que esto fuera un puesto de aduanas...!

Me marché aquella misma tarde... Cléclé, que tenía un gran corazón, me prestó veinte francos de sus economías. Alquilé una habitación en la calle de la Sourdiere, y después compré una entrada de galería en el teatro de la Porte-Saint-Martin, donde representaban *Las dos huerfanitas*... Me quedé un poco asombrada, porque aquella historia se parecía muchísimo a la mía.

No hay que decir que pasé unas horas deliciosas, pues no hice más que llorar, llorar y llorar...

XIV

13 de noviembre

Rose ha muerto. La desgracia ha caído sobre la casa del capitán Mauger. ¡Pobre capitán…! Murió su hurón… Murió «Bourbakia»… Y ahora le ha tocado a Rose. Parece que estaba enferma desde hacía unos cuantos días, pero lo que la venció fue una repentina congestión pulmonar… La han enterrado esta mañana.

El pesado ataúd, llevado por seis hombres, estaba lleno de coronas y de flores blancas, como el de una muchacha virgen. Al cortejo fúnebre lo seguía una gran multitud. Puede decirse que todo Mesnil-Roy estaba allí… En cuanto al capitán Mauger, rígido en su levita oscura de militar, presidía el duelo, compuesto de varias filas de hombres y de mujeres que no paraban de hablar, mientras a lo lejos repicaban las campanas de la iglesia.

La señora Lanlaire me ha indicado que no debía ir a las exequias, y como yo tampoco deseaba ir…

La gorda Rose era para mí una mala mujer, por lo que no la quería. Su muerte me deja tranquila, impasible, con una total indiferencia, pero creo que

extrañaré no ver a Rose en el camino... Supongo que su muerte ha debido ser tema de largo cotilleo en la tertulia de las tenderas.

No sé bien por qué, pero sentía una gran curiosidad por conocer las impresiones del capitán sobre su desaparecida y fiel amiga... Los señores Lanlaire han salido esta tarde de visita y yo lo he aprovechado para ir hasta la cerca del capitán, esperando encontrarme con él..., pero el jardín estaba triste y desierto. Una azada tirada en un rincón indicaba el abandono del trabajo.

«El capitán no saldrá de casa hoy», he pensado. Era lógico que estuviera abatido por los recuerdos y el dolor. Lo más seguro era que estuviese llorando en su habitación... Pero me equivocaba, pues no tardó en aparecer en el jardín. Se había quitado la levita y llevaba la ropa de trabajo y su vieja gorra de policía. Al parecer estaba ocupado en abonar unos cuantos surcos... Poco después le he oído tararear en voz baja una marcha militar, pero al verme ha dejado inmediatamente su labor para venir hacia mí.

—Estoy contento de verla, señorita Célestine... —me ha dicho a manera de saludo.

He buscado palabras y frases para consolarlo, pero he tenido que desistir, pues me era imposible hablar al ver su expresión.

Al final he conseguido decir:

—Una gran desgracia, capitán... Comprendo que ha sido una gran desgracia para usted... ¡Pobre Rose!

—Si, claro... —ha dicho él, sin demasiada emoción.

La verdad es que le noté cierta impasibilidad. Sus gestos eran vagos y sus movimientos mecánicos como si hubiese estado durmiendo.

—Una gran desgracia... —ha repetido el capitán, hundiendo la horquilla en la tierra—. Y más desgracia porque soy un hombre que no puede vivir solo...

He creído oportuno ensalzar las virtudes domésticas de Rose, y he dicho:

—La verdad es que no le va a ser fácil reemplazar a Rose, capitán...

Entonces me he dado cuenta de que el señor Mauger no estaba verdaderamente emocionado, pues de pronto me ha parecido que sus ojos recobraban su viveza y sus movimientos eran más ágiles, como si se sintiera aliviado de un gran peso.

—Bah... —ha dicho después de un corto silencio—Al fin y al cabo, todo se sustituye... En este mundo lo único que no tiene solución es la muerte.

Esta resignada filosofía me ha sorprendido, y hasta me ha escandalizado un poco... En fin, he tratado de hacerle comprender al capitán todo lo que ha perdido con Rose.

—Conocía tan bien sus costumbres, sus gustos y sus pequeñas manías... —le he dicho—. Estaba la pobre Rose tan dedicada a usted.

—Sí... Lo único que habría faltado es que hubiese sido de otra forma...

El capitán, al decir estas palabras ha hecho un gesto, como si quisiera rechazar con él cualquier objeción para acabar confesándome:

—No crea usted, Célestine, que las cosas eran por dentro tal como parecían desde fuera... ¿Cree usted que Rose estaba verdaderamente dedicada a mí? Esto es algo que no podría discutirle a nadie, pero sí le diré que yo estaba harto de ella... ¿Comprende lo que quiero decir? Desde que tomé a un muchacho para que la ayudara, ella no hacía nada. Estaba todo abandonado... No podía comer a gusto ni un huevo cocido, aparte de que últimamente me hacía escenas todo el día por cualquier tontería... Bastaba que gastase diez centavos de más para que todo fuesen gritos y reproches. Y cuando veía que hablaba con usted, empezaba a contarme no sé qué historias, pues era terriblemente celosa... Respecto a usted, Célestine, no quiera saber cómo hablaba... ¡Había que oírla...! En fin, ahora ya no está en mi casa... y puede decirse que Dios ha querido que me dejase en paz.

Después de explicar todo esto, el capitán Mauger ha respirado fuerte y ruidosamente, como un viajero al regresar después de una larga ausencia... y ha contemplado el cielo con una nueva y profunda alegría, y las sombras violáceas que produce el ramaje de los árboles al filtrarse entre él los haces de luz.

Esta alegría, que por cierto no era nada caritativa para la memoria de Rose, me ha parecido un poco

cómica, hasta el punto de que he seguido incitando al capitán para que me hiciera más confidencias, por lo que le he dicho en tono de reproche:

—Capitán, creo que usted no es justo con Rose...

—¿Por qué no? —me ha contestado con viveza—. Al fin y al cabo, usted no sabe nada. No sabe, por ejemplo, las escenas que me hacía, como tampoco puede figurarse su tiranía, sus celos y su desenfrenado egoísmo. Era como si ya no me perteneciera nada de lo que había en mi casa..., pues todo parecía suyo. ¿No lo cree usted...? Pues le voy a poner un ejemplo: mi sillón Voltaire no era yo quien lo ocupaba, sino ella... ¡Ah!, cuando pienso que ya no podía comer espárragos a la vinagreta porque a ella no le gustaban... Si he de ser sincero, creo que lo mejor que ha podido hacer ha sido morirse. Y no digo que ha sido lo mejor por crueldad, sino parque habría tenido que terminar echándola de mi casa, pues estaba harto. Y si yo me hubiese muerto antes que ella, se habría llevado una gran decepción con mi testamento... ¡Le aseguro, Célestine, que le tenía preparada una gran sorpresa!

Los labios del capitán han esbozado una sonrisa que más parecía una mueca... Luego ha seguido hablando y, de vez en cuando, se interrumpía para reír.

—Verá, Célestine... Supongo que ella le diría alguna vez que yo había hecho testamento, legándoselo todo: la casa, el dinero, las rentas... Si supongo eso es porque sé que se lo decía a todo el mundo. Lo que sin duda no le

dijo Rose, porque lo ignoraba, es que dos meses después hice otro testamento anulando el primero... y no dejándole absolutamente nada. Ella creía que iba a reírse de mí...

El capitán no ha podido contenerse más y ha estallado en una grosera carcajada que ha recorrido todo el jardín, igual que el piar de una bandada de gorriones.

—¡Tuve una gran idea! —ha exclamado, sin dejan de reír—. ¡Una gran idea! ¿No le parece a usted que fue una gran idea? Dígame la verdad, Célestine... Lo único que me apena es pensar que ya no tendré ocasión de ver la cara que habría puesto al enterarse de que todos mis bienes eran para la Academia Francesa... ¡Ah, qué gran idea!

He dejado que acabase con sus carcajadas, y le he preguntado con cierta gravedad:

—Y ahora, ¿qué piensa hacer usted, capitán Mauger?

En vez de responderme en seguida, me ha mirado durante unos minutos, adoptando un gesto, entre malicioso y amoroso, para acabar diciendo:

—Célestine... ¿y si le dijera que depende de usted?

—¿De mí?

—Sí, Célestine...

—¿Cómo debo interpretar sus palabras?

Entonces ha habido una pausa, durante la cual me ha parecido que el capitán, con el busto erguido, trataba de avanzar por el camino de la seducción.

—Le voy a hablar francamente, Célestine, como antiguo militar que soy... —me ha dicho de pronto—. Le voy a hacer una proposición... ¿Quiere ocupar el lugar de Rose? Si acepta, no tiene más que entrar en mi casa ahora mismo.

—¿Y el testamento?

—¡Lo romperé! ¡Se lo prometo!

—Pero yo no sé cocinar... —le he advertido.

—No importa, cocinaré yo... y pondré también la mesa. Haré lo de los dos... Usted. será como una reina. ¿Qué me dice, Célestine? Dígame que acepta...

El capitán hablaba con acento galante, y su mirada se avivaba por momentos. Por suerte nos separaba la cerca, porque de lo contrario estoy segura de que habría peligrado mi integridad física.

—Además de que no hay una sola clase de cocina, Célestine... —ha agregado con voz ronca—. Yo sé muy bien que usted sabe cocinar lo que yo le pida..., poniéndole las debidas especias. ¡Ya lo creo que tiene que saber usted, Célestine...!

Al llegar aquí, yo he sonreído irónicamente, he amenazado al capitán con un dedo, como a los niños y le he dicho:

—¡Ah, ah! Capitán..., ¿sabe usted que es un pequeño cerdo?

—Nada de eso... —me ha rebatido con jactancia—. En todo caso, seré un gran cerda... Pero aún hay algo más, que quisiera decirle...

Entonces se ha arrimado a la cerca, ha estirado el cuello y, con los ojos inyectados en sangre, me ha dicho en voz baja:

—Si viniera a mi casa, Célestine...

—¿Qué, capitán?

—Pues...

—Pero, ¿por qué no habla, capitán?

—Pues... los Lanlaire reventarían de rabia. Estoy seguro... No me diga que no es otra gran idea. Célestine, acepte mi proposición.

Después de esta nueva estratagema, yo he fingido que estaba pensativa, como si tuviese que reflexionar sobre una elección decisiva... hasta que al final el capitán se ha impacientado, y con tono imperioso, mientras hundía los tacones de sus botas en el suelo, me ha apremiado para que le contestase, diciéndome:

—Vamos, Célestine, decídase... Le daría treinta y cinco francos mensuales... y mi mesa, mi cama y mi testamento. ¿Qué me dice? ¡Demonios, contésteme algo! ¿Le conviene o no le conviene? Contésteme...

—No puedo decidirme así, en un momento... Comprenda, capitán, que no son cosas para decidirlas sin pensar. Le sugiero que, mientras tanto, tome a otra mujer... —le he contestado.

Y me he alejado soltándole a la cara las carcajadas que hacía rato contenía.

Diría que no me separa de una vida mejor más que el problema de la elección... ¿Quién me conviene más? ¿El capitán o Joseph? Puedo elegir entre ser «ama sirvienta», con todos los riesgos que trae consigo, o sea soportar los caprichos de un hombre estúpido, grosero y voluble, expuesta a mil prejuicios y fastidiosas circunstancias... o casarme con Joseph y lograr cierta libertad regular y respetable, en una situación libre del control de los demás y de las sorpresas de cada momento. Entonces se realizaría una parte de mis viejos sueños.

Como es lógico, los sueños de mi primera juventud eran más ambiciosos. Pero es inútil soñar, porque a una mujer como yo no se le ofrecen grandes posibilidades en ese aspecto. Debo felicitarme de que me suceda algo distinto que a mis compañeras, y sobre todo, algo que no es el eterno y monótono ir y venir de una casa a otra, de una cama a otra, o de una cara a otra... Lo de Joseph hay que reconocer que, en cierto modo, sería algo diferente.

Así pues, descarto la proposición del capitán... Tampoco necesitaba la conversación de esta tarde para saber lo grotesco que es ese fantoche, pues no ignoro que es un extravagante sujeto... Aparte de que es tan feo, que no compensa ninguna otra virtud que posea, y también que no tiene resorte alguno para conquistar un alma... y menos un alma como la mía.

Rose creía que dominaba a ese hombre, pero él la

estaba engañando. Y es que resulta imposible dominar la nada ni reinar sobre el vacío.

Otra cosa que no puedo soportar es la idea de que tan ridículo personaje pudiera tomarme en sus brazos y que yo lo acariciara. Ni siquiera podría decir que es asco lo que siento ante esa posibilidad, porque el asco significa una acción realizada... y esa acción no sólo no ha ocurrido, sino que además no ocurrirá. Si por un milagro o por la razón que fuese cayese yo en la cama del capitán, estoy segura de que me sería imposible acercar mi boca a la suya, porque me lo impediría la risa. ¡Dios mío, qué hombre tan ridículo es el capitán Manger!

Lo que me ha llevado a acostarme con los hombres ha sido el amor o el placer, y también el deseo, la piedad, la vanidad o el interés... En cualquier caso, siempre he encontrado un aliciente para ello. Pero no podría hacerlo sólo porque sí. El hacer el amor es para mí un acto normal, natural y necesario..., que deja de serlo si se hace inconscientemente.

Sin embargo, debo admitir que no siempre me ha producido placer el acto sexual... Si yo me acostara con un hombre como el capitán, aparte de que estoy segura de que no encontraría el menor placer, me parecería que había hecho algo contra la naturaleza, mucho peor que lo que hacía con Cléclé... No obstante, reconozco que la proposición del capitán, aunque se trate de un hombre como él, me llena de orgullo y de confianza en mí

misma, pues al fin y al cabo es un homenaje a mi belleza y a mi condición de mujer.

Respecto a Joseph mis sentimientos son muy distintos. Por decirlo de alguna manera, Joseph ocupa mi pensamiento constantemente, y estoy como cautivada y atormentada por lo impenetrable que me resulta ese hombre. Joseph me turba y me encanta, y al mismo tiempo me asusta. Es brutal y horriblemente feo, pero si se mira detenidamente..., esa fealdad tiene algo que atrae, hasta convertirse en casi belleza, o en algo que está por encima de la fealdad.

No trato de ocultarme ni de ignorar la dificultad o el peligro que ha de significar vivir con él, casada o no, pues se trata de un hombre al que no conozco muy bien y del que puedo sospecharlo todo. Hay algo en él que me atrae como un vértigo. Estoy segura de que es capaz de todo, incluso de llegar al crimen con la mayor facilidad, pero creo también, sin que tenga ninguna prueba, que Joseph tiene una gran capacidad para hacer el bien. Pero... ¿qué quiere de mí? ¿Para qué le puedo ser necesaria? ¿Pensará hacer de mí un simple instrumento sin voluntad para sus propósitos... y un juguete para sus feroces pasiones? No lo sé, lo ignoro. Esta es la verdad.

Lo que más me intriga es saber si Joseph me ama y por qué... Esto es lo que me gustaría saber. ¿Le gustaré por mi simpatía, por mi inteligencia o por la capacidad para el vicio que quizá adivina en mí? ¿O es mi desprecio por todos los prejuicios lo que le atrae..., aun

cuando él alardee de sus sentimientos humanitarios? No tengo ninguna seguridad en este terreno.

Además de esa atracción por lo desconocido y lo misterioso, Joseph ejerce también sobre mí el encanto de la violencia y de la fuerza, que tienen como denominador común la virilidad. Debo reconocer que este encanto actúa cada vez con más poder sobre mis nervios, conquistando mis sentidos, los cuales diría que se exaltan con su presencia, haciendo hervir mi sangre..., como nunca me había sucedido en mi trato con los hombres. Este deseo podría decirse que es aún más violento, más sombrío y hasta más irrefrenable..., que el que me llevó a prodigar mis besos al señor Georges. Es algo que no puedo definir con exactitud. Lo único que sé es que se apodera de mí, espiritual y sexualmente, descubriéndome instintos que hasta hoy nunca supuse que yo tuviera y que por lo visto dormían en mí sin que yo lo sospechase... quizá debido a que ningún amor o estremecimiento voluptuoso los despertaron.

A veces me estremezco al recordar las palabras de Joseph: «Usted es igual que yo, Celestine... No nos parecemos físicamente, pero nuestras almas son muy afines... y hasta diría que son idénticas.» ¿Qué querrá decir con estas palabras ese demonio de hombre? Pero sea lo que fuere, consigue seducirme... y hacerme pensar en él casi obsesivamente.

Estas sensaciones me son tan nuevas, las

experimento tan agudas y tan persistentes que alteran mi equilibrio, haciéndome proseguir en un estado espiritual de continua seducción. Es inútil que intente pensar en otras cosas, que me ponga a leer o que me vaya a pasear por el jardín... ¡Ni el trabajo consigue que me evada de esos pensamientos!

Joseph acapara mi mente, hora tras hora... Tengo que rendirme a esta evidencia y obrar en consecuencia. Ese hombre, no sólo absorbe mis ideas presentes, sino también las del pasado. Joseph se interpone entre mi ayer y mi hoy, como lo demuestra el que sólo le veo a él... El pasado, con todos sus rostros, feos o bonitos, agradables o desagradables, se aleja cada vez más de mí, sin quedarme casi la imagen de ninguno... Cléophas Biscouille, Jean, el señor Xavier... William, del que aún no he hablado..., incluso el señor Georges, quien yo creí que había marcado mi alma para siempre, como antiguamente marcaban la espalda de los condenados con un hierro al rojo vivo. También se han borrado de mi pensamiento todos aquellos a quienes voluntaria, alegre o apasionadamente les di algo de mí misma, de mi carne vibrante... o de mi dolorido corazón. ¡Todos ellos han quedado reducidos a simples y vulgares sombras!... Unas sombras imprecisas y un poco extravagantes, que se van hundiendo en el olvido. Ahora ya casi no son ni recuerdos, y presiento que pronto serán totalmente olvidados. A veces estas impresiones me anonadan y me siento el alma desamparada.

Cuando estoy en la cocina, después de servir la cena, miro a Joseph y escruto sus ojos, su boca de criminal, sus mejillas, su cabeza mientras él sigue inclinado sobre su periódico a la luz de la lámpara... En esos momentos me digo: «No... no es posible que te atraiga tanto ese hombre. Es imposible que lo quieras... Es una locura.»

Pero me equivoco, porque la verdad es que le quiero. Debo reconocerlo y metérmelo en la cabeza como con un martillo... ¡Amo a Joseph!... ¡Amo a Joseph!... ¡Amo a Joseph!...

Ahora comprendo por qué nadie debe burlarse del amor, y encuentro una explicación al hecho de que haya mujeres que, con la inconsciencia del necio o bajo la fuerza invisible de la naturaleza y de los deseos, se arrojen a los brazos más monstruosos y acaben jadeando voluptuosamente sobre los rostros burlones de auténticos micos y demonios...

Joseph ha conseguido de la señora Lanlaire seis días de permiso. Ha pretextado unos problemas de familia y mañana parte para Cherburgo... Está decidido: quiere comprar el café. Parece que no piensa hacerse cargo del negocio por el momento, y que, durante algunos meses, dejará un amigo para que lleve el establecimiento... mientras él ultima sus planes. Supongo que yo formo parte de estos planes, aunque él me los ha explicado

desde otro punto de vista.

—Comprenda, Célestine... —me ha dicho—. Hay que pintar y adecentar el local debidamente, para que sea digno de mis nuevos clientes. Además, quiero poner en sitio bien visible un lema que dirá: «Al ejército francés...» Aparte de que no puedo dejar mi colocación ahora...

—¿Por qué? —le he preguntado.

—Porque de momento necesito seguir aquí...

—Entonces..., ¿cuándo se irá definitivamente?

Joseph se ha rascado la cabeza, me ha dirigido una disimulada sonrisa, y ha dicho:

—No lo puedo precisar ahora... Tal vez dentro de dos o tres meses, quizá dentro de seis, no sé... Depende de algunas cosas...

He comprendido que no deseaba hablar, pero he insistido:

—¿De qué...?

Ha vacilado antes de contestarme, pero después, y en tono misterioso, me ha confesado:

—Depende de un negocio..., un negocio muy importante.

—¿De un negocio?

—Sí...

—¿Y puede saberse de qué negocio se trata?

—De un negocio... simplemente.

Esto lo ha dicho con voz brusca, pero no irritada. Ha demostrado cierto nerviosismo, que sin duda ha sido lo

que le ha impulsado a callar.

Entonces me he dado cuenta de que no me ha nombrado para nada, de que no formo parte de esa espera ni de esos planes que Joseph trama... Esto me ha sorprendido y me ha descorazonado. ¿Habrá cambiado de idea? ¿Se habrá cansado de mi curiosidad y de mis vacilaciones? Sin embargo, yo creo que es lógico que me interese por los detalles de una decisión en la que voy a intervenir y compartir el éxito o el fracaso.

Ya no he vuelto a referirme a mis sospechas de que fue él quien violó a la pequeña Claire, pues comprendo que esto le habría llevado a romper conmigo.

Me angustia pensar que Joseph haya decidido prescindir de mí. Mi decisión, aplazada por coquetería o simplemente por molestarle, está ya tomada... ¿Cómo negarme a ser libre, a sentir que domino en un sitio, aunque sea un mostrador? ¿Cómo rehusar a mandar por vez primera, a saberme mirada y deseada por tantos hombres?... ¿Cómo iba a mostrarme indiferente y dejar pasar la oportunidad, una oportunidad que en el fondo se avenía con uno de los sueños de mi vida?

Como es lógico, por mucho que desee emprender semejante aventura, no pienso arrojarme a los pies de Joseph... Si las cosas llegan a suceder, tendrán que ser de forma que yo pueda siempre reaccionar y tener a mano mi defensa.

Debido a todo esto, y como esta noche deseaba saber con exactitud lo que Joseph opina, he puesto cara de

circunstancias, he demostrado tristeza, he suspirado y después he dicho:

—Joseph..., cuando se haya ido de aquí, estoy segura de que ya no sabré estar en la casa. ¡Me he acostumbrado tanto a usted... y a nuestras conversaciones!

—¿De verdad?

—Como se lo digo... Pienso que también tendré que irme de El Priorato...

Joseph no me ha contestado... Se ha levantado, ha dado un par de vueltas por la habitación como preocupado, mientras sus manos se movían en los bolsillos, por uno de los cuales asomaban sus tijeras de podar... Su expresión no era agradable.

Mientras iba y venía, sin dejar de mirarlo, he repetido:

—Sí, me iré... Creo que volveré a París. La provincia no me sienta bien del todo...

Ni una palabra de protesta, ni una sola objeción, ni una mirada suplicante... Joseph ha seguido en silencio, sin decirme lo que yo esperaba. Ha puesto un leño en el fuego, que parecía a punto de apagarse, y después ha vuelto a dar vueltas por la pieza, en el mismo silencio... Me he preguntado qué podía tener para portarse así. En cuanto a su mutismo, ¿qué podía deducir? ¿Aceptaba mi negativa de ir a Cherburgo? ¿Había perdido aquella confianza que, según me aseguró, tenía puesta en mí? ¿O no será que, en el fondo, teme mi imprudencia, mi

continua curiosidad?

Ante esta incertidumbre, le he preguntado con cierto temor:

—Dígame, Joseph, ¿no va a sentir usted pena cuando nos separemos para no volver a vernos más?

No ha dejado de caminar, y he pensado que no se iba a molestar en responderme, pero al final, mirándome de reojo, ha dicho:

—Claro que sí... Pero uno no puede obligar a la gente a que haga lo que no quiere... Creo que las cosas se deben aceptar o rechazar con toda libertad..., gusten o no gusten... Eso es todo.

—¿Y qué es lo que yo no quiero hacer, Joseph?

—Usted lo sabe bien, Célestine...

—No lo sé, Joseph... Dígame, ¿qué es lo que yo no quiero hacer?

—Además, tiene usted ideas sobre mí que no puede decirse que sean buenas... —ha replicado, sin contestar a mi pregunta.

—¿Que tengo ideas que no son buenas sobre usted? No comprendo... ¿Por qué me dice eso?

—Porque...

—¿Por qué, Joseph?

—Pues porque... ¡Bah!, dejemos esto.

—¡No, Joseph!... Lo que ocurre es que usted ya no me quiere. Sin duda tiene otra cosa en la cabeza que cuando me hizo su proposición para ir a Cherburgo...

—No es cierto.

—Pues entonces..., ¿por qué me dice que yo no quiero hacer lo que sea, cuando no le he dado aún ninguna negativa? He estado reflexionando... Eso es todo, y no me negará que es lógico que una mujer como yo piense sobre un proyecto así... Ni yo ni nadie se compromete para toda una vida... sin pensarlo antes.

—Sí, pero...

—No hay objeciones que valgan, Joseph... —le interrumpí con decisión, pues veía que me estaba apoderando de la situación—. Lo que pienso es que usted, si fuese como debería ser, lo que debió hacer es agradecerme mis vacilaciones, puesto que le prueban que no soy una mujer aturdida e irreflexiva..., que acostumbra a saber muy bien lo que hace y lo que desea.

—Eso lo sé, Célestine... Sé que usted es una buena mujer. No hace falta que nadie se lo diga... Y sé también que es una mujer admirablemente ordenada... Lo dije el primer día y lo sostengo ahora.

—¿Entonces...?

Joseph ha dejado de ir de un lado a otro, y fijando sus ojos, todavía desconfiados, en mí, me ha respondido lentamente, con cierta ternura:

—No es lo que usted cree, Célestine. No es eso... Yo no le prohibo reflexionar. ¿Por qué iba a hacerlo? Reflexione cuanto quiera... Después de todo, hay tiempo de sobra. Hablaremos de todo a mi regreso... Pero debo decirle que hay algo entre nosotros que no me agrada del todo. Me refiero a la curiosidad... Es un vicio que no

me gusta... y mucho menos en las mujeres, pues hay cosas que... Pero dejemos esto ahora...

Al terminar su frase ha movido la cabeza y ha seguido un momento de silencio. Luego ha dicho:

—En cuanto a que no la quiera, se equivoca, Célestine... Y la prueba es que no sólo pienso en usted, sino que sueño en usted. ¡Estoy loco por usted, Célestine! Esto es tan cierto como que Dios existe, lo crea o no. Veo que no me conoce bien, y sepa que lo que digo una vez lo digo ciento, si es necesario, por lo que no veo por qué habría de renunciar a mi proposición de que venga conmigo a Cherburgo... Insisto en que puede seguir pensándolo. Hablaremos a mi regreso... Lo único que le pido es que no sea curiosa... Puede hacer lo que sea con la mayor libertad... y yo también. En este asunto no hay error ni sorpresa posibles. ¿Comprende usted, Célestine?

Ha callado, pero después de una pausa se ha acercado a mí, me ha tomado las manos y ha añadido:

—Es posible que sea un cabeza dura, Célestine, pero lo que entra en ella se queda dentro para siempre... Y en estos momentos sueño en usted, Célestine... Sueño en usted y en el café de Cherburgo. ¿Comprende?

Los brazos de la camisa los tenía remangados hasta el codo, viéndosele sus recios músculos bajo la piel blanca... En los bíceps, Joseph tenía unos tatuajes, con figuras de corazones rojos, puñales cruzados y flores. De su pecho, ancho y convexo como una coraza, me llegaba

un fuerte olor a hombre, por no exagerar y decir que era un fuerte olor a fiera, tan temible como embriagador.

Me he sentido tan seducida por esa fuerza y ese olor que me he tenido que apoyar en un caballete para poder respirar... Ni Jean, ni el señor Xavier, ni ninguno de los demás hombres que he conocido, algunos de los cuales eran apuestos y refinados, me produjeron una impresión tan violenta como la que me produce Joseph, a pesar de que es ya un hombre maduro, en cuyo rostra se refleja cierta crueldad.

No pudiendo soportar más tiempo su atracción, me le he acercado y lo he abrazado, tratando de recorrer con mis dedos sus músculos, duros como el acero.

—Joseph —le he dicho con voz temblorosa—, tenemos que unirnos lo antes posible... Es necesario, ¿comprende? Mi querido Joseph, yo también sueño en usted... Yo también estoy loca por usted y no hago más que pensar en su proposición.

Pero Joseph, con gesto grave y paternal, me ha contestado:

—Ahora no puede ser, Célestine...

—¿Y por qué no?

—Porque no...

—Joseph, no le entiendo...

Entonces él, suavemente, ha rehuido mi abrazo, diciéndome:

—Debe comprender, Célestine...

—¿Qué?

—Que yo la quiero a usted más de lo que se imagina... Si se tratara únicamente de divertirnos, bien sabe Dios que no la rechazaría, ni dejaría pasar un segundo más... Pero considero que nuestro proyecto es algo muy serio y para siempre... Por lo tanto, hay que proceder con tacto. No podemos seguir adelante en nuestras relaciones... sin la bendición del sacerdote. Es como yo lo veo.

Nos hemos quedado mirándonos... Joseph tenía los ojos muy brillantes y la respiración agitada, y yo sentía mis brazos como rotos, de tanto forcejear con sus músculos. La cabeza me daba vueltas... y en el cuerpo sentía como un irrefrenable ardor.

XV

20 de noviembre

De acuerdo con lo convenido, Joseph salió ayer por la mañana para Cherburgo. A última hora, decidió retrasar el viaje unos días, aunque no sé por qué causa. El caso es que ayer, cuando me levanté, me dijeron que se había ido. Fue Marianne quien me dio la noticia, cuando parecía que aún no se había despertado del todo, pues tenía los ojos hinchados y casi ronca la voz.

Mientras la cocinera sacaba agua con la bomba, he visto que aún estaba en la mesa el plato en el que Joseph había comido su sopa, y su vaso de sidra vacío... Estoy intranquila y contenta al mismo tiempo, pues advierto que desde ahora he de ir haciéndome a la idea de una vida nueva.

En esta época el sol apenas tiene fuerza y el aire es frío. Más allá del jardín, el campo parece dormido bajo la bruma. A lo lejos, desde el invisible valle, llega hasta mí bastante débil el silbato de una locomotora. Pienso que podría ser el tren simbólico que transporta a Joseph y a mi destino... No he querido desayunar esta mañana,

pues me siento el estómago terriblemente pesado.

La bruma se vuelve más espesa, hasta invadir el jardín... ¿Y si Joseph no volviese?

Hoy he pasado el día muy agitada y nerviosa. Nunca la casa me había parecido tan abrumadora, ni los pasillos tan tristes, ni más helado el silencio... Jamás odié tanto el gesto malhumorado y la voz agria de la señora Lanlaire... He tenido con ella una escena muy violenta, y he creído que tendría que irme de El Priorato. Casi me es imposible hacer mi trabajo, pues no hago más que pensar en lo que haré durante los días que esté fuera Joseph... Lo que más temo son las comidas, sola con Marianne en la cocina. En estos momentos necesitaría poder hablar con alguien de confianza..., pero no tengo a nadie.

Cuando llega la noche, Marianne comienza a beber y acostumbra a caer en un estado de embrutecimiento. ¿Cómo confiarse a una persona así? ¡Es terrible! Parece como si el cerebro se le adormeciera. La lengua se le pone pastosa, los labios le cuelgan y llega un momento que le brillan como la polea de un viejo pozo... Pero lo peor no es esto, sino cuando se pone triste y empieza a llorar. Anoche, que parecía estar menos ebria que de costumbre, me confió entre continuos gemidos sus temores de que pueda estar encinta... ¡Marianne

embarazada! ¡Esto sí que sería el colmo!

Mi primer impulso fue reír, pero sentí un vivo dolor, algo así como un latigazo en pleno estómago... ¿Y si Marianne estuviera embarazada de Joseph? Casi sin quererlo recordé que el día de mi llegada tuve la sospecha de que se acostaban juntos, aunque mi sospecha no se apoyase después en nada... ¡No, era imposible que fuese Joseph! Si él hubiese tenido relaciones amorosas con Marianne, estoy segura de que lo habría sabido... o me lo habría olido. Además, en su género, Joseph es demasiado «artista».

De todos modos, intrigada, le pregunté a la cocinera:

—¿Está segura de que está encinta?

Marianne se palpó el vientre... y los dedos se le hundieron en él como si lo hiciesen en un almohadón de goma mal inflado.

—¿Segura? Pues no... Sólo sospechas... Pero tengo miedo de que sea verdad.

—¿Y de quién puede estar encinta, Marianne? Supongo que lo sabrá.

Dudó si responder a mi pregunta, pero después, casi con orgullo, repuso:

—¿De quién va a ser...? ¡Del señor Lanlaire!

Casi no pude con aquella nueva sorpresa, y por poco no me ahogué de risa... ¡Era lo único que me faltaba oír! ¡Vaya con el patrón! La verdad es que es un hombre sin muchos escrúpulos. ¡Qué barbaridad!

Marianne, creyendo que me hacía reír la

admiración, también rió, repitiendo:

—¡Sí, sí..., del señor! ¿De quién iba a ser?

¿Cómo era posible que no me hubiese dado cuenta de nada? Una cosa tan jocosa había ocurrido a un palmo de mis narices... y yo sin sospecharla. ¡No podía entenderlo!

Empecé a acosar a Marianne con preguntas. Quería saber los detalles de aquella divertida historia, y la cocinera, que estaba muy orgullosa, no tuvo inconveniente en darme pelos y señales de lo sucedido entre ella y el señor Lanlaire.

—Hará unos dos meses —dijo Marianne—, el señor entró un día en el fregadero, donde yo estaba lavando los platos del almuerzo... Hacía muy pocos días que usted había llegado a El Priorato... El señor acababa de hablar con usted en la escalera... Entró gesticulando en el fregadero, y yo vi en seguida que tenía los ojos enrojecidos, desorbitados y que resoplaba. Temí que iba a sufrir un ataque cerebral o algo parecido... Sin decir nada, se me echó encima, y adiviné en el acto sus intenciones. Como usted comprenderá, pensé que era el patrón... y no me atreví a defenderme. Y aquí son tan pocas las ocasiones que una puede... En fin, para mí fue una sorpresa que me halagó, y no puedo negar que me gustó. El patrón volvió otras veces... La verdad es que se trata de un hombre encantador y muy cariñoso. ¿No se lo parece a usted?

—¿A mí...? A mí me parece que es un puerco. ¡Eso

es!

—Es posible... —suspiró Marianne con los ojos extasiados—, pero es un hombre muy apuesto... y amable.

La fofa Marianne continuó riendo durante cierto tiempo. Parecía una bestia... mientras, bajo la rota blusa, sucia de grasa y de carbón, sus gruesos pechos subían y bajaban al compás de su risa.

—¿Está contenta por lo menos? —le pregunté.

—Pues sí, creo que sí... Estoy contenta y aún lo estaría más... si tuviera la seguridad de no estar encinta... A mi edad, sería una experiencia muy triste. ¿Comprende lo que quiero decir?

La tranquilicé lo mejor que pude, y ella asentía a cada una de mis palabras con un movimiento de cabeza, agregando al final:

—Para estar más tranquila, iré mañana a ver a la señora Gouin...

No puedo evitar el sentir una verdadera compasión por esa pobre mujer de oscuro cerebro e ideas elementales... ¿Cuál sería la suerte de la infeliz Marianne? No había más que mirarla para comprender que el amor no le había proporcionado ni siquiera ese pequeño halo de luz con que ilumina hasta los rostros menos agraciados... Es la misma Marianne de siempre, con su fofo rostro y su pesado cuerpo de foca.

A pesar de todo, me sentía casi feliz al comprobar que la dicha que debió reanimar, siquiera ligeramente,

la gruesa humanidad de Marianne..., se me debía a mí, porque fue después de yo provocar los deseos del patrón cuando fue a saciarlos de una forma tan sucia en la pobre infeliz.

Al pensar en esto, le dije con afecto a Marianne:

—Por favor, tenga cuidado... Si la señora les sorprendiera, sería terrible...

—No, no hay peligro —repuso ella—. El señor sólo me busca cuando la señora está fuera, ¿comprende? Además, no se queda mucho tiempo conmigo... y hay la puerta del fregadero, por donde sale al patio y del patio al callejón... Al menor ruido, el señor puede huir sin que lo vea nadie. ¿Y qué quiere? Si la señora nos sorprendiera..., pues tendría que tener paciencia.

—¿No comprende usted que la señora Lanlaire la echaría en seguida?

—¿Y qué podría hacer yo? —me contestó, satisfecha, la pobre Marianne, mientras balanceaba la cabeza como una vieja foca.

Durante unos momentos me imaginé la escena de aquellos dos seres sin amor en el fregadero, y después le pregunté a Marianne:

—¿Y el señor...? ¿Es tierno con usted?

—Sí, por supuesto... Bueno, creo que sí...

—¿Le dice palabras amables? ¿Qué le dice, Marianne?

—Pues no sé muy bien... Es difícil recordar... Cuando llega, se me echa en seguida encima y me dice:

«¡Ah, granuja! ¡Ah, granuja!» Luego empieza a resoplar muy fuerte y... ¡Ah, qué bonito es!

Cuando la dejé, Marianne se quedó un poco apesadumbrada, pensando en su problema... Ahora ya no, me atrevo a reírme de ella. La piedad que sentía por esa mujer se ha convertido en una dolorosa ternura. En realidad, me enternece por mí misma. Siento cierto desaliento y vergüenza... ¿Por qué? No lo sé muy bien. De lo único que estoy segura es de que una no debería reflexionar nunca sobre el amor.

¿El amor? ¡En el fondo no hay nada más triste! Porque, después de todo, ¿qué queda, al final del amor? ¡Nada! ¡Un simple sentimiento de tristeza o de ridículo! Por ejemplo, si pienso en mi experiencia,. ¿qué me queda de Jean, como no sea su retrato? Hay que reconocerlo. Del amor sólo queda esa decepción característica, producida por la creencia de haber amado a alguien que no tenía corazón, a un vanidoso o a un imbécil... ¿Pude amar yo de verdad alguna vez a ese fatuo de Jean, con su blanco y repulsivo rostro, peinado con raya en medio? ¡Ah, cómo me irrita ver su fotografía, que parece estar pavoneándose dentro del marco de felpa roja! No puedo soportar esos ojos de imbécil, que me miran continuamente con una expresión de lacayo insolente y servil! ¡Ah, no...! ¡Que vaya a reunirse con las otras al fondo del baúl, y que espere a que yo haga con tan odioso pasado un fuego que consuma todos los recuerdos!

Pienso en Joseph... ¿Dónde está ahora? ¿Qué puede estar haciendo? Lo más seguro es que esté en el café, mirando, discutiendo, tomando medidas, pensando en el efecto que produciré delante del espejo del mostrador, entre el brillo de los vasos y las botellas.

Me gustaría conocer ya Cherburgo, para poder imaginar en estos momentos a Joseph yendo y viniendo por sus calles, sus plazas y los alrededores del puerto. De cualquier modo, lo imagino conquistando la ciudad, como me conquistó a mí.

Pensando en todo esto, doy vueltas y más vueltas en la cama, en un agudo estado febril. Mi pensamiento oscila entre el bosque de Raillon y Cherburgo, entre el cadáver de la pequeña Claire y ese café del puerto que aún no conozco.

Después de un largo insomnio me he adormecido con la imagen ruda y severa de Joseph sobre mis pupilas, recortado sobre un fondo negro y encrespado, cruzado con blancos mástiles y rojas vergas.

Hay es domingo y esta tarde he ido a la habitación de Joseph a curiosear... Los dos perros han venido en seguida detrás de mí, pareciendo preguntarme dónde está Joseph... He visto una pequeña cama de hierro, una mesa y dos sillas, un perchero con una funda verde que

protege la ropa del polvo. Es todo su mobiliario. Aun cuando no es una habitación que puede considerarse lujosa, hay orden. Tiene algo de la rigidez y la austeridad de una celda monacal. En las encaladas paredes hay el retrato de Déroulède y el del general Mercier, además de varias imágenes de santos y vírgenes, pero sin marco... También hay una Adoración de los Reyes Magos, la matanza de los Santos Inocentes y una representación del Paraíso. Sobre la cama hay un gran crucifijo de madera oscura, con una pileta de agua bendita y una rama de boj.

Sé que esta inspección que he hecho en la habitación de Joseph es una falta de delicadeza, pero... Tampoco he descubierto nada, ni creo que haya nada que descubrir, pues se trata del modesto dormitorio de un hombre sin secretos, cuya vida es limpia y sin acontecimientos o complicaciones. Las llaves están sobre los muebles, y ningún cajón está cerrado. En la mesa hay unos paquetes de semillas, y sobre la chimenea, un misal de páginas amarillentas y una pequeña libreta, donde he visto registradas unas cuantas recetas: una para hacer un jabón, otra que instruye sobre el cocido bordelés, una tercera que indica las dosis de nicotina de no sé qué potingue, algo relacionado con el sulfato de hierro... Esta libreta de apuntes estaba sobre un libro titulado *El buen jardinero*. Pero no he encontrado ninguna carta ni ningún libro de cuentas. Ni correspondencia sobre negocios, o sobre política, ni familiar o amorosa. En el

armario, al lado de unas botas viejas, he visto un montón de folletos y varios números de *La Libre Parole*...

Debajo de la cama hay unos cepos para ratas... No he visto nada más que sea digno de mención.

Lo he revisado y palpado todo: las ropas, el colchón, los cajones... ¡No hay nada! En el ropero nada ha cambiado desde que lo estuve ordenando con Joseph, hace unos ocho o diez días. ¿Es posible que Joseph no guarde ni un solo objeto que me revele algún secreto de su personalidad? ¿Es posible que no tenga ni una de esas pequeñas cosas íntimas que pueden revelar los gustos de un hombre, sus pasiones... o sus pensamientos más íntimos?

¡Ah, al fin me ha parecido descubrir algo! En el fondo del cajón de la mesa he encontrado una caja de cigarros, con cuatro vueltas de papel y atada con un cordel... Con algún trabajo y ansiedad he desatado y abierto la caja, pero lo que contenía me ha decepcionado: cinco medallas entre algodones, un crucifijo de plata y un rosario de cuentas rojas... ¡Siempre la religión!

Una vez he terminado mis pesquisas, he salido de la habitación con la irritación de no haber encontrado nada de lo que buscaba. Me sentía totalmente frustrada por aquella impenetrabilidad de Joseph, quien parece transmitirla a todo lo que toca. Esta es mi impresión... Sus objetos son tan mudos como su boca, y tan

impenetrables como su mirada y su mente.

Durante todo el día he tenido presente esa imagen de un Joseph entre enigmático, burlón y torpe, pareciéndome que le oía decir: «Eres muy curiosa, Célestine, pero de nada te servirá. Puedes mirar y hurgar tanto en mi ropa como en mis baúles o en mi alma... Te aseguro que nunca descubrirás nada. ¡No sabrás jamás lo que yo no quiera que sepas!»

No quiero pensar más en todo esto. Eso es: renuncio, me niego a pensar en Joseph... Me duele la cabeza y creo que si continúo por este camino podría perder la medida de las cosas... Decido, pues, volver a mis recuerdos.

Cuando salí del convento de las buenas monjitas de Neuilly, tuve que recurrir de nuevo al infierno de las oficinas de colocaciones..., y eso que me había prometido no volver a pisarlas. Sin embargo, cuando una se encuentra sin trabajo y los amigos o los viejos compañeros ni siquiera contestan a nuestras llamadas de socorro, no queda otro recurso, pues los anuncios en los periódicos cuestan mucho dinero..., y hay que responder por correo a las solicitudes que puedan surgir. Para poder librarse de los servicios de las agencias, hay que tener algún dinero, y yo no lo tenía, pues los veinte francos de Cléclé se me habían ido de las

manos antes de que me diese cuenta. ¿Qué puede hacerse en esas circunstancias? ¿Acudir al socorrido medio de la prostitución? ¿Seducir a hombres que la mayoría de las veces son más pobres que una? ¡Ah, no! ¡Ni pensarlo! Por gusto, todo lo que sea necesario... En este terreno, cada vez que he tratado de mostrarme interesada he salido burlada. El final siempre es el mismo para mí: Tengo que empeñar las dos o tres alhajas que tengo para abonar el alojamiento y comprar comida..., y después caigo en manos de algún usurero y explotador, cuya máscara suele ser inevitablemente la del digno ciudadano dedicado a la menos digna profesión de agente laboral. ¡Ah, las agencias de colocaciones! ¡Buen truco!... En primer lugar hay que pagar por la inscripción, y después, esperar que la suerte le depare a una la «dicha» de un buen empleo.

Pero en esas horribles oficinas lo que abunda son las malas colocaciones. Si a una le urge ganar dinero, tendrá que elegir entre una vaca tuerta u otra ciega... Hoy, cualquier tendera del peor pelaje que ha ahorrado cien francos pretende que la tomen por una dama con títulos nobiliarios.

Lo cierto es que resulta penoso... La escena siempre es la misma. Después de mucho discutir y soportar humillantes indignaciones, además de los aún más humillantes regateos respecto al sueldo, una consigue llegar a un acuerdo con cualquiera de esas rapaces burguesas. Y vuelta a empezar... En el mejor de los

casos, se empieza a trabajar con una deuda inicial a la agencia del tres por ciento... de lo que se gane en un año de trabajo. Si por cualquier circunstancia es imposible resistir en la casa más de quince días, a la agencia no le importa, y lo que quiere es cobrar su comisión entera.

¡Qué bribones esos mal llamados agentes laborales! Saben dónde la mandan a una... Por ejemplo, en la época a que me refiero tuve que pasar por siete casas en menos de cinco meses. Cada colocación era peor que la anterior. Era como vivir en cárceles... El resultado fue que tuve que pagar a la agencia el tres por ciento de siete años de trabajo; es decir, casi cien francos, incluidos los gastos de inscripción... ¡Y todo para no sacar nada en limpio, puesto que me encontraba en la calle como al principio! ¿No es esto un abominable robo?

¡Claro que una se encuentra con ladrones en todas partes! Sobre esto no hay que asombrarse..., además de que siempre son los que tienen algo, los que roban a los que no tienen nada. ¡Es maravilloso! ¿Qué hacer en esas circunstancias? Al principio yo me enojaba, protestaba y me hacía mala sangre... Pero he llegado a la conclusión de que más vale que te roben a morir como un perro en un rincón de una calle. El mundo está irremediablemente perdido. ¿Para qué hacerse ninguna clase de ilusiones?... ¡Ah, qué pena tan grande que no triunfara el general Boulanger! Parecía que quería a la gente humilde.

La agencia donde esta vez había cometido la tontería de inscribirme se hallaba en la calle del Colisée, en una casa de triste y oscura fachada, que más parecía una vivienda de obreros que otra cosa. Había que atravesar un patio y subir una escalera... La oficina estaba en el tercer piso. En cuanto entrabas se olía a cloaca y a guisos. No es que quiera hacerme ahora la delicada, pero la vista de una escalera hedionda siempre me ha provocado náuseas y me ha hecho dar la vuelta en vez de animarme a seguir adelante. Sin embargo, esa vez llegué hasta el piso. La escalera era muy estrecha y los escalones estaban tan sucios que se pegaba a ellos la suela de los zapatos, y lo mismo de sucia estaba la barandilla, tan oleaginosa y húmeda que repugnaba poner en ella la mano.

Cuando se entra en una agencia de colocaciones, siempre se va con la esperanza de que «esa vez» una tendrá suerte. Pero es una ilusión que se esfuma rápidamente, en cuanto se pisan los primeros escalones, o se ven las húmedas paredes, en las que casi se podría asegurar que abundan las larvas más viscosas y los más horribles sapos. La verdad es que siempre me he preguntado cómo las elegantes señoras y señoritas se atreven a aventurarse por esos tugurios... ¡A estas alturas deberían estar por lo menos tan asqueadas como yo! Claro que, bien mirado, habría que preguntarse... si

hay algo que hoy repugne a las elegantes y bien perfumadas damas de la burguesía. ¡Ah, lo seguro es que no irían a esos antros si allí tuvieran que socorrer a algún menesteroso! Sin embargo, para contratar a una sirvienta que luego esclavizarán, creo que irían hasta sólo el diablo sabe dónde... No hay por qué asombrarse; las cosas son así.

La vez a que me refiero, la agencia a la que fui en busca de colocación la dirigía la señora Paulhat-Durand, una mujer de unos cuarenta y cinco años, de cabellos negros y ondulados, y fofas carnes terriblemente oprimidas por el corsé. Tenía prestancia, y conservaba algunos restos de belleza. Le gustaba cierta elegancia austera, pues siempre usaba vestidos oscuros. Una larga cadena de oro le cruzaba el pecho, y llevaba una corbata de terciopelo marrón. Sus manos eran muy blancas y tenía un aspecto digno, aunque quizá un poco altanero. Parece que vivía con un empleado, el señor Louis, al que todo el mundo conocía por este nombre. Era un tipo algo raro, muy miope y de gestos nerviosos, que casi no hablaba y que se desenvolvía con cierta torpeza dentro de su traje gris, algo corto y bastante raído. Parecía estar siempre triste o agobiado, y aunque no era viejo, ni mucho menos, se le notaba resignado y no muy feliz. El buen señor Louis no se atrevía casi a hablarnos, ni a mirarnos, pues la señora Paulhat-Durand era muy celosa... Cuando entraba con la carpeta bajo el brazo, se limitaba a saludarnos con la mano, sin volver la cabeza

hacia nosotras; arrastrando ligeramente los pies, se deslizaba como una sombra por el pasillo. El pobre se hallaba siempre agobiado de trabajo, pues tenía que llevar al día los libros y la correspondencia, además de otros menesteres.

La señora Paulhat-Durand no se llamaba ni Paulhat ni Durand. Esos nombres, que tan bien armonizaban entre sí, eran los apellidos de dos señores ya fallecidos, con los cuales había vivido y que le habían procurado los recursos económicos para abrir la agencia. Su verdadero nombre era Joséphine Carp. Como muchas otras colegas suyas dedicadas al mismo negocio, la señora Paulhat-Durand había sido sirvienta en otros tiempos. Esto se notaba en su vanidoso andar y en sus modales, con los que sin duda pretendía imitar a las damas a las cuales había, servido. A pesar de sus vestidos oscuros y su cadena de oro, no podía ocultar su origen inferior, pues era insolente como una vieja ama de llaves, aunque esta actitud sólo la reservaba para nosotras, pues con sus señoras clientes era de una melifluidad cuyo grado de servilismo estaba siempre en proporción al rango social y a la fortuna de la dama en cuestión.

—¡Ah, qué mundo éste de hoy! —solía decir, en un tono casi confidencial—. Podrá creerlo o no la señora condesa, pero camareras de lujo o simples sirvientas que no quieren trabajar, y de cuya moralidad no puedo responder, las hay a montones... Pero mujeres

trabajadoras, que sepan coser y que conozcan su oficio, le aseguro que casi no quedan... ¡Es terrible, pero es así, señora condesa!

La agencia de la señora Paulhat-Durand, sin embargo, tenía una gran clientela de señoras solicitantes, casi todas del distrito de los ChampsElysées. La mayoría de estas damas eran extranjeras y judías... ¡Ah, cuántas historias llegué a conocer en la dichosa agencia!

La puerta del piso se abre sobre un pasillo que da al salón donde la señora Paulhat-Durand reina, siempre enfundada en su vestido oscuro. A la izquierda del pasillo hay una habitación con poca luz, muy parecida a un desván, rodeada de banquetas, y una mesa cubierta con una tela roja muy descolorida. La antesala recibe la luz a través de una claraboya alargada, pero esa luz es tenue, y hace que los objetos y los rostros parezcan sumergidos en una claridad semejante a la crepuscular.

Allí nos reuníamos cada mañana un grupo de cocineras, camareras, jardineros, cocheros y mayordomos. Como es natural, pasábamos el tiempo de la espera contándonos nuestras penas y criticando a los dueños, al mismo tiempo que cada uno expresaba sus esperanzas de obtener la mejor colocación. Algunos traían libros y periódicos, que leían hasta que se iban. Había quien escribía cartas... A veces el tono general era de alegría, y otras era de tristeza.

Aquellas charlas solía interrumpirlas muy a menudo

la inesperada presencia de la señora Paulhat-Durand, que entraba como un rayo en la habitación, para decirnos:

—¡Basta ya, señoritas! ¡Cállense, por favor!... ¿No comprenden que no se oye más que a ustedes? ¡No hay manera de entenderse en todo el piso! ¡Esto es un horror!

Otras veces entraba para decir simplemente:

—Señorita Jeanne...

La tal señorita Jeanne se levantaba, se arreglaba los cabellos, y seguía a la señora Paulhat-Durand hasta la oficina, volviendo pocos minutos después con una desdeñosa mueca. Sus certificados no eran suficientes. Se necesitaban tantas cosas y tantas horas de espera para encontrar uno de aquellos puestos de trabajo... ¡Algún día van a pedir el premio Monthyon o algo así! ¿O quién sabe si no acabarán exigiéndonos un aval que garantice nuestras muchas virtudes?

A veces la señorita solicitada no había conseguido ponerse de acuerdo en el sueldo, y regresaba echando pestes y diciendo:

—¡Ah, no! Si ellos, que tienen más dinero, no dan el brazo a torcer, tampoco voy a ceder yo... ¡Hasta ahí podríamos llegar! Además de que se debe tratar de una sucia pocilga, donde no se puede sisar un mendrugo... Figuraos que es la propia señora la que hace las compras... ¡Ni hablar! Además, hay cuatro críos en la casa.

Todos estos detalles eran siempre puntualizados y explicados al auditorio de la sala de espera con gestos furiosos y gráficamente soeces... Ibamos pasando todas por turno al escritorio, llamadas por la agria voz de la señora Paulhat-Durand, cuyas lustrosas carnes se ponían verdes de cólera, a cada oportunidad que se le zafaba de hacer negocio con la mercancía que éramos nosotras para ella.

Por mi parte, en cuanto veía a la señora solicitante, sabía con quién estaba tratando y si la colocación podía convenirme o no. Muchas veces, para divertirme, en lugar de soportar sus estúpidos interrogatorios, lo que hacía era interrogarlas yo, aprovechándolo para burlarme de ellas.

Una de mis preguntas favoritas era:

—¿Es casada la señora?

—Claro que sí...

—¡Ah!

—¡Cómo! ¿Qué quiere insinuar?

—No, nada, señora; pero dígame: ¿tiene hijos?

—Claro que sí...

—¿Y perros?

—Sí...

—¿La señora obliga a que su camarera la espere?

—Cuando salgo por la noche, sí...

—¿Y la señora sale muy a menudo por la noche?

Al llegar aquí, los labios de todas ellas eran un tartajeo, no sabiendo si contestar o no. Era muy

divertido. Yo aprovechaba el momento para mirarlas fijamente, despreciando sus trajes y sus sombreros, y les decía en un tono desdeñoso:

—Lo siento, señora..., pero no me gusta esa colocación. No acostumbro a trabajar en casas donde hay señoras que tienen las costumbres que usted. Espero que sepa comprender...

Y seguidamente salía de la habitación, con gesto de triunfo y desprecio al mismo tiempo.

Un día tuve que entrevistarme con una mujer muy baja de estatura y cabellos mal teñidos, con los labios pintados de rojo, como las mejillas, que resultó muy insolente y olía a no sé qué, la cual me preguntó:

—¿Cuál es su conducta, señorita? ¿Tiene amantes?

—¿Y usted, señora? —le repliqué inmediatamente, con la mayor calma.

Algunas de nosotras, porque eran menos exigentes, estaban más cansadas, o eran más tímidas, aceptaban colocaciones que habrían podido calificarse de asquerosas... A éstas les silbábamos cuando salían de la agencia acompañadas de su nueva dueña.

—Buen viaje...

—Hasta pronto...

—Que no te pase nada en ese antro...

Cualquiera que nos hubiese visto allí, esperando el ansiado trabajo, habría podido imaginarse que estaba en un prostíbulo... sin errar mucho. Allí estábamos, con el cuerpo relajado y las piernas separadas, pensativas o

charlatanas, esperando que la patrona nos llamara: «Señorita Victoire... Señorita Irene... Señorita Zulma...»

Un día describí esta impresión mía en voz alta, y fue acogida con un estallido de risas. Entonces cada una contó en seguida lo que para bien o para mal conocía de tal clase de establecimientos... Según algunas, se utilizaban camisas con estrellas plateadas, y el corsé estaba totalmente en desuso allí dentro.

Una muchacha alta y delgada, que tenía aspecto de sucia y poseía negros cabellos y un poco de vello sobre el labio superior, dijo:

—Estoy segura de que es un trabajo menos agotador... Porque yo, la verdad, si se tiene en cuenta que hay días que me tengo que acostar con el señor, con su hijo, con el portero, con el mayordomo, con el repartidor de la carne, con el cobrador del gas, con el de la luz..., y a veces hasta con el hombre que recoge la basura, no puede decirse que no tenga mi lote.

—¡Oh, la muy cerda! —exclamaron varias voces casi a la vez.

—¿Y qué queréis, angelitos míos? ¡No todas pueden decir lo mismo! —replicó la muchacha insultada, a la vez que se encogía de hombros despreciativamente y se daba una palmada en las nalgas.

Hubo quien comentó también que en los prostíbulos se comía bien... y que hasta se podía beber champaña.

Durante aquella conversación me acordé de mi hermana Louise, que sin duda debía estar en una de

esas casas. Imaginé lo que debía ser su vida, quizá feliz, y en cualquier caso relativamente tranquila, ya que se sabía a salvo de la miseria y del hambre.

En resumen, asqueada más que nunca de mi triste juventud y de tener que ir de aquí para allá, y temerosa de mi incierto porvenir, yo también acabé pensando que «tal vez mi suerte habría sido mejor de haberme encontrado en un prostíbulo». ¿Y por qué no?

Llegaba la tarde, y después la noche..., que era todavía más triste que el resto de la jornada. Allí, en aquella oscura habitación, seguíamos todas sentadas, pero calladas ya, cansadas, tanto de la espera como de haber hablado todo el día... Una lámpara de gas se encendía en el pasillo, y, a través del cristal de la puerta, veíamos pasar de vez en cuando la encorvada figura del señor Louis... Cuando lo hacía para dirigirse a la oficina de la señora Paulhat-Durand, era que había llegado la hora de irnos... Había transcurrido un día más, sin ningún resultado práctico.

Cuando salíamos de la agencia, se nos acercaban inevitablemente unas viejas que, pagadas por las dueñas de los prostíbulos, tenían la misión de incitarnos a cambiar de profesión. Parecían mujeres respetables y nos hablaban con voz melosa mientras seguíamos acera adelante. Nos seguían discretamente, si había algún

policía a la vista, y cuando lo creían oportuno, nos abordaban y nos proponían:

—Decídete, muchacha: ven conmigo en vez de arrastrar esa vida tan miserable... Piensa que en mi casa puedes encontrar placer, lujo, dinero.., y la libertad. ¿Qué más puedes pedir?

Algunas de las muchachas, deslumbradas por tales promesas, seguían a las viejas alcahuetas. Siempre era la misma escena. Se las veía partir con tristeza... De vez en cuando se me ocurre pensar dónde puede estar tal o cual compañera de profesión, a las que un día vi desaparecer a la salida de una agencia de colocaciones. ¡Ah, la vida es realmente triste!

Recuerdo que una noche, después de haber intentado echar bruscamente de mi lado a una de aquellas celestinas, al final consiguió que la acompañara a un café del RondPoint, donde me ofreció un vasito de «Chartreusse». Aún me parece estar viendo las fofas carnes de aquella mujer, sus cabellos grises, su vestido de viuda burguesa y sus rechonchas manos, viscosas y llenas de anillos... Aquella noche me repitió su letanía con más convicción y entusiasmo que las otras veces, mientras que yo la escuchaba con indiferencia.

—¡Ah, si tú quisieras, hija mía! —me decía, con vehemencia—. No es necesario mirarte dos veces para ver que eres más bonita que la mayoría de muchachas que andan por ahí dándoselas de «mujeres de lujo»... La verdad es que resulta penoso ver que bellezas así se van

ajando entre las manos de vuestros desconsiderados señores... No entiendo cómo podéis soportar esa vida. Y total..., ¿para qué? ¡Para hacer lo mismo que te propongo yo, sin dejar de trabajar como una bestia de carga..., cobrando un sueldo de miseria! Muchacha, si me hicieras caso, no tardarías mucho tiempo en tener una fortuna..., porque yo tengo muy buena clientela. Todos son señores de edad, influyentes, generosos y muy educados. No digo que el trabajo no sea a veces un poco «duro», por llamarlo de alguna manera, pero te aseguro que merece la pena... Lo mejor de París desfila por mi casa: generales ilustres, magistrados, embajadores extranjeros, políticos influyentes...

Entonces hizo una pausa y se me acercó más, para decirme casi al oído:

—¿Y si te dijera que hasta el presidente de la República viene alguna vez a mi casa...? Como lo oyes, muchacha. Si eres inteligente, ese detalle te dará una idea de cuáles serían tus posibilidades. No hay otra casa en todo París como la mía, ni siquiera la de la Robineau... Ayer, por ejemplo, el señor presidente estaba tan contento que me prometió las palmas académicas... para mi hijo, que es jefe de lo contencioso en una casa de educación religiosa de Auteuil. ¿Te figuras lo que podría obtener una muchacha como tú en un sitio así, al que siempre vienen personalidades? Vamos, muchacha, ¿por qué no te decides?

Me miró largamente, como hurgando en mi carne y

en mi alma. No hacía más que repetir:

—¡Ah, si tú quisieras! ¡Qué éxito tendrías...! Conseguirías una fortuna en muy poco tiempo. ¡Vamos, muchacha, decídete!

Después me contó en tono confidencial otros detalles:

—Por el ambiente de mi casa no debes preocuparte... No caben líos, pues ya te he dicho que mis clientes son gente muy educada. ¡Con decirte que a veces vienen damas del gran mundo... acompañadas de sus maridos o con sus amantes! ¿Te imaginas el resto?

Le opuse varios inconvenientes: la insuficiencia de mi preparación amorosa, la falta de ropa interior de lujo, la falta de vestidos y de alhajas...

Pero aquella vieja bribona me interrumpió en seguida, diciéndome con tono tranquilizador:

—Eso es lo de menos, pequeña. No tienes que preocuparte... La ropa no es lo que más cuenta. Lo que importa es la belleza natural, ¿comprendes? ¡Un buen par de medias y nada más!

—Sí, lo sé, pero es que...

—Te aseguro que no tienes por qué preocuparte... —volvió a decir con benevolencia aquella mujer—. Ya te digo que mis clientes son ricos y muy elegantes, en especial los embajadores, que tienen algunos gustos en extremo delicados... Precisamente uno de ellos me pidió el otro día una muchacha que haya sido sirvienta.. ¿Qué te parece? Lo que él deseaba era una mujer con vestido

negro y delantal blanco, con la correspondiente cofia de lino fino... En cuanto a la ropa interior, yo misma te la pagaría, adelantándote el dinero..., si me firmaras un contrato por sólo tres meses. Te compraría lo mejor que encontrásemos, te lo aseguro... Bueno, dejaré que reflexiones sobre todo lo que te he dicho. Yo te daré mi dirección, y si te decides, sabrás dónde puedes encontrarme... Tengo tanta confianza en que esta vez aceptarás mis proposiciones, que mañana le anunciaré tu visita al presidente de la República... ¡No quisiera equivocarme! ¿Verdad que no me harás quedar mal?

Habíamos terminado de beber. La vieja pagó, y luego sacó una tarjeta y me la entregó con disimulo. Cuando salió, la leí: «Madame Rebecca Ranvet. *Modes.*»

En el tiempo que estuve yendo a la agencia de la señora Paulhat-Durand presencié unas cuantas escenas fuera de lo común. Como no puedo narrarlas todas, elegiré una que es como un documento de lo que pasa allí.

La antesala está separada del escritorio por un tabique, cuya parte alta es de cristal y tiene unas cortinas transparentes. En el centro hay un ventanuco, casi siempre cerrado. Un día vi que por culpa de la negligencia de alguien estaba abierto el postigo... Subí

a la banqueta, puse encima un taburete, conseguí llegar al marco de la ventana y la abrí un poco, viendo desde mi atalaya la habitación.

En aquel momento había una señora sentada en un sillón y una sirvienta de pie ante ella. La señora Paulhat-Durand estaba en un rincón, ordenando unas fichas en una gaveta. La señora había llegado de Fontainebleau y parecía tener unos cincuenta años. Tenía la clásica apariencia de la burguesa adinerada y displicente. Su vestido era serio y provinciano. El rostro era moreno, y yo hubiera dicho que se trataba de una mujer débil y sufrida, quizá a causa de una vida interior demasiado complicada. En cambio, la sirvienta tenía un aspecto simpático y alegre. Era esbelta y parecía muy limpia, según su impecable falda negra. Un jersey largo moldeaba su fino talle y un gorro de paño cubría su cabello rubio y ondulado, dejando al descubierto una amplia y despejada frente.

Después de un detallado examen, tan minucioso como humillante y agresivo, la señora decidió hablar:

—Entonces, ¿qué dice usted que es?

—Camarera...

—Pues no lo parece... Dígame, ¿cómo se llama?

—Jeanne Le Godec...

—¿Cómo dice?

—Jeanne Le Godec, señora...

La señora se encogió de hombros, y advirtió:

—Pero Jeanne... no es un nombre de sirvienta. Es

nombre de señorita. Si entra a mi servicio, supongo que no tendrá la pretensión de querer llamarse así...

—No, señora...

Jeanne bajó la cabeza y apoyó sus manos sobre el puño de su paraguas.

—¿De dónde es usted?

—De Saint-Brieuc...

—¿Cómo dice?

—De Saint-Brieuc, señora...

La señora hizo un mohín desdeñoso, que inmediatamente se transformó en una ofensiva mueca. Sus ojos se entornaron, y en su boca apareció un rictus de desagrado, como si alguien le hubiese hecho tragar un vaso de vinagre.

—¿De Saint-Brieuc? Entonces, ¿es usted bretona?

—Sí, señora...

—¡Oh! Lo siento, pero no me gustan las sirvientas bretonas. Por experiencia sé que las muchachas bretonas son muy tercas, y no demasiado limpias...

—Yo soy muy limpia, señora... —protestó la pobre Jeanne.

—Eso habría que verlo... Usted puede decirlo, pero yo puedo creer otra cosa. Pero no es de eso de lo que ahora se trata... Dígame, ¿qué edad tiene?

—Veintiséis años...

—¿Cómo dice?

—Veintiséis años, señora...

—¿Veintiséis años?... Eso será sin contar los meses

que costó criarla, ¿no es así? Lo cierto es que parece mayor... y que no tiene objeto que pretenda engañarme. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No la engaño, señora, se lo aseguro... En todo caso, si parezco mayor, es porque estuve un tiempo enferma.

—¡Ah! ¿De modo que estuvo enferma? —replicó entonces la señora, empleando un tono duro y burlón—. Dígame, ¿estuvo mucho tiempo enferma...? Le advierto que en mi casa hay trabajo, y lo que necesito es una mujer fuerte y robusta...

Jeanne quiso corregir el sentido de sus palabras anteriores, diciendo:

—Estuve enferma, señora, pero ahora estoy completamente bien...

—Eso es cosa suya... Pero no es de eso de lo que ahora se trata... Dígame, ¿es soltera o casada?

—Soy viuda...

—¿Cómo dice?

—Que soy viuda, señora...

—Supongo que no tiene hijos... Dígame, ¿tiene hijos?

—Tengo una hijita... —dijo Jeanne, con timidez.

—¿Cómo dice?

—Que tengo una hijita, señora...

Entonces, haciendo gestos y muecas como si estuviera espantando una nube de moscas, la señora exclamó:

—¡Nada de críos en mi casa! No los quiero a ningún precio. ¿Y dónde está su hija?

—En casa de una tía de mi marido...

—¿Cómo dice?

—Que está en casa de una tía de mi marido, señora...

—¿Y qué clase de mujer es esa tía de su marido?

—Tiene un despacho de bebidas en Rouen...

—Es un triste oficio... La embriaguez, la perversión..., ahí tiene lo que será un bonito ejemplo para esa niña... En fin, eso es cosa suya... ¿Qué edad tiene su hijita?

—Dieciocho meses, señora.

La señora dio entonces un respingo, escandalizada, al mismo tiempo que salía un gruñido de sus labios y decía:

—¡Hijos...! ¿Para qué tendrán hijos, digo yo, si no pueden educarlos ni tenerlos consigo...? ¡Esta gente tiene el demonio en el cuerpo! ¡Son incorregibles!

Hizo una pausa, pero estaba cada vez más agresiva, mientras Jeanne seguía más atemorizada, pues veía que no adelantaba nada en el aprecio de aquella fiera descontentadiza.

—Le advierto —añadió la señora, recalcando cada una de sus palabras— que si entra a mi servicio no toleraré la presencia de su hija en mi casa... ¡Nada de idas y venidas, ni quiero ver a extraños haciendo visitas! ¡En mi casa no tolero gente desconocida! ¡Ya hay demasiados peligros sin que una los busque!

A pesar de esta declaración, la pobre muchacha se atrevió a preguntar sin demasiada esperanza:

—En ese caso, supongo que la señora me permitirá ir a ver a mi hija... por lo menos una vez al año.

—¡Nada de eso!...

Esta fue la respuesta de la implacable señora, que, además, aún agregó:

—En mi casa no se sale nunca. Es un principio que no he de alterar. No es mi costumbre pagar sirvientas para que, con el pretexto de ir a ver a sus hijas, vayan por ahí frecuentando los malos sitios de París... No, eso sería demasiado... A propósito, ¿tiene certificados?

—Sí, señora...

Jeanne sacó de su bolsillo un sobre, en el cual había , varios certificados amarillentos, enseñándolos a la señora en silencio y con mano temblorosa.

Entonces la señora, temiendo ensuciarse las manos, y con gesto de desagrado, tomó uno de los certificados con la punta de los dedos y lo leyó en voz alta:

—«Certifico que la señorita J...»

Pero se interrumpió para dirigirle una hostil mirada a la muchacha, que parecía cada vez más turbada.

—«La señorita...» dice aquí —exclamó la cruel señora—. Lo que quiere decir que no es usted casada..., a pesar de que tiene una hija. ¿Qué significa eso?

La muchacha se explicó:

—Le pido disculpas a la señora... Me casé hace tres años..., y ese certificado es de hace seis. La señora puede

comprobar lo que digo...

—Después de todo, eso es cosa suya... —repuso la señora, y siguió con la lectura del documento—: «Certifico que la señorita Jeanne Le Godec estuvo a mi servicio durante trece meses y que no tengo nada que reprocharle respecto al trabajo, a su conducta o a su notable disposición...» ¡Bah, siempre lo mismo! En el fondo, estos certificados no prueban nada... por la sencilla razón de que no la informan a una de nada esencial. Dígame, señorita, ¿dónde puedo escribirle a esta señora?

—Lo siento, pero murió.

—¿Que murió? ¡Qué casualidad! ¿Está usted segura de que murió? Entonces tiene usted un certificado de una persona... que ya no existe. Deberá reconocer, mi querida señorita, que se trata de algo extraño, ¿no le parece?

Todo esto fue dicho por la implacable señora con un tono de grosera ironía y de humillante suspicacia, y después tomó otro de los certificados, y añadió:

—Y esta otra persona..., ¿también ha muerto?

—No, señora... La señora Robert está ahora en Argelia, adonde fue trasladado su esposo, que es coronel...

—¡En Argelia! —exclamó la señora—. ¿Y cómo quiere usted que escriba a Argelia? Una de las señoras ha muerto, la otra está en Argelia... ¡Eso es extraordinario!

—Pero tengo otros certificados, señora... —dijo la infortunada muchacha—. La señora puede ver e informarse...

—Sí, ya veo que tiene muchos informes, lo que quiere decir que ha tenido muchas colocaciones, lo cual no es un dato muy favorable para contratarla a usted, y más si se tiene en cuenta que aún es joven... En fin, dejemos los certificados y dígame qué sabe hacer.

—Además de los trabajos propios del hogar, sé también coser, servir la mesa...

—¿Sabe zurcir bien?

—Sí, señora...

—¿Y sabe cuidar las aves... haciendo que engorden?

—Eso no, señora... No es mi oficio...

—¡Vaya, no es su oficio! —gruñó la señora—. Su oficio es hacer lo que le mandan los señores. Por lo que veo, usted debe tener un carácter detestable... Juraría que es así.

—Se equivoca la señora... No discuto jamás las órdenes que se me dan...

—Eso lo dicen todas, y después nada les parece bien... Sepa que en mi casa hay que levantarse a las cinco...

—¿En invierno también?

—¡En invierno también!... ¿Qué pasa con el invierno? ¿Es que en invierno hay menos trabajo? ¡Vaya pregunta...! Además, sepa que la camarera limpia las escaleras, el salón, el escritorio del señor y el

dormitorio, y la cocinera se encarga de la antesala, de los pasillos y del comedor... En mi casa exijo limpieza y no quiero ver polvo en los muebles. Los picaportes de las puertas deberán estar siempre bien lustrados... y los muebles relucientes, como si acabaran de salir de la fábrica. En cuanto a los espejos, los quiero siempre muy limpios... Otra cosa: en mi casa la sirvienta se ocupa del corral...

—Pero si yo no entiendo de animales. Ya se lo he dicho a la señora...

—No importa, ya aprenderá... También tendrá a su cargo enjabonar la ropa, y la lavará y la planchará, menos las camisas del señor y mis trajes, pues los doy a lavar y planchar fuera... Deberá servir la mesa, ayudar a la cocinera a secar los platos, y a veces deberá ir también a la compra... Otra cosa importante que deberá tener en cuenta es que en mi casa quiero orden... ¡El orden sobre todas las cosas! Y no se haga ninguna ilusión respecto al socorrido producto de la sisa, porque en mi casa todo está bajo llave... Cuando necesite algo, tendrá que pedírmelo. Me horroriza el, despilfarro... Dígame una cosa: ¿con qué acostumbra a desayunarse?

—Pues... tomo café con leche, señora.

—¿Café con leche? ¡Vaya, ahora resulta que todas toman café con leche! ¿Adónde vamos a llegar...? Lo siento mucho, señorita, pero ésa no es la costumbre de mi casa. Tomará un plato de sopa... Es más sano para el estómago. Lo dicen todos los médicos... ¿Qué piensa

sobre ese particular? ¡Vamos, dígame algo!

Jeanne no decía nada, aunque se veía que intentaba hacerlo, hasta que por último se decidió:

—Pido disculpas a la señora, pero... ¿podría decirme qué acostumbra dar para beber?

Seis litros de sidra a la semana.

—Yo no puedo tomar sidra, señora. El médico me la prohibió...

—¡Vaya, el médico se la prohibió! Eso no es cosa mía; yo le daré seis litros de sidra. Si quiere vino, tendrá que comprárselo, ¿entendido? Y ahora, dígame cuánto quiere ganar.

La muchacha vaciló, miró la alfombra, al reloj de la pared y al techo, mientras movía el paraguas con gesto nervioso, hasta que dijo con timidez:

—Cuarenta francos...

—¿Cómo dice?

—Cuarenta francos, señora...

—¡Cuarenta francos! ¿Y por qué no diez mil? Usted está loca; nunca había oído nada parecido. Antes se pagaban quince francos y estábamos mejor servidas. ¡No sé adónde vamos a parar! Pide cuarenta francos y no sabe cuidar las aves del corral... ¡No! Yo pago treinta francos..., y creo que ya es demasiado. En mi casa no gastará, pues tendrá ropa lavada y buena comida... Dios sabe que estará muy bien alimentada.

Jeanne insistió:

—Siempre me pagaban cuarenta francos, señora.

—Pues vuelva donde se los pagaron. Nadie se lo impide... —dijo secamente la señora, que se había levantado ya, como dando por terminada la entrevista—. ¡Cuarenta francos! ¡Qué desvergüenza! Aquí tiene sus certificados, todos de gente muerta o ausente. ¡Vaya con ellos!

Jeanne recogió con cuidado los certificados y se los guardó en el bolsillo, mientras decía, con tímida y dolorosa voz:

—Si la señora quisiera, podríamos llegar a un acuerdo por treinta y cinco francos...

—Nada de eso. Ya se lo he dicho. Treinta francos... ni un centavo más. Váyase a Argelia... con la señora Robert. O vaya donde quiera. A mí me da igual, pues vagabundas como usted es lo que más sobra... ¡Váyase!

Con paso lento y entristecido, Jeanne salió de la oficina después de hacer las reverencias oportunas. Iba llorando y con los labios apretados.

Cuando estuvo fuera, la señora gritó iracunda:

—¡Qué plaga de servidumbre! Hoy es imposible hacerse servir como Dios manda...

La señora Paulhat-Durand, que había terminado de escoger sus fichas, respondió, entre consternada y severa:

—Ya se lo había dicho, señora... La verdad es que todas son igual. Quieren ganar cientos y miles sin hacer nada... Y hoy no puedo ofrecerle nada mejor... Si acaso, peor. Mañana trataré de conseguirle algo... Le aseguro

que es muy doloroso para mí no poder servir a señoras como usted, pero supongo que comprenderá mi posición...

Dejé mi observatorio en el momento en que Jeanne Le Godec entraba en la antesala donde estábamos todas.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntaron.

Sin contestar, Jeanne fue a sentarse en la banqueta que había arrimada a la pared, con la cabeza baja y los brazos cruzados. Estaba apesadumbrada y parecía que no podía articular ni una palabra. Yo veía cómo movía nerviosamente los pies bajo la falda.

Pues aún vi cosas más tristes que el episodio de la pobre Jeanne.

Entre las muchachas que diariamente iban a la agencia de la señora Paulhat-Durand hubo una que me llamó la atención con su cofia bretona y su aspecto. Evidentemente, se trataba de una campesina perdida en Paris..., y me inquietaba lo que podía ser de aquella muchacha en la espantosa ciudad, donde todo el mundo, como arrastrado por una fiebre maligna, parecia dispuesto a luchar, atropellando a quien fuese. Al ver a aquella joven pensé en mi pasado... ¿Cuál sería el motivo que impulsaba a aquella muchacha a vivir y luchar? ¿De dónde venía? ¿Por qué había dejado la tierra donde había nacido? ¿Qué locura o qué drama le

habían llevado a estrellarse contra el rompeolas del rugiente mar humano que es París?

Cada día que iba a la agencia y veía a la muchacha me hacía las mismas preguntas. ¡Estaba tan sola y aislada sentada en un rincón de la antesala!

Era muy poco agraciada; es decir, era tan terriblemente fea... que era como una ofensa para su sexo. Por poco favorecida que sea una mujer, la naturaleza nunca la ha tratado tan mal como a aquella pobre joven.. La mujer nunca llega a una absoluta fealdad, y siempre hay algo en ella, sean sus ojos, su boca, sus movimientos, o la tersura de su piel, que invita a que los otros la miren. Hasta en las ancianas queda casi siempre una gracia o un vestigio de lo que fueron, a pesar de que su cuerpo sea una ruina... La joven bretona no tenía ni eso. Era algo deprimente.

La pobre muchacha era bajita, de caderas aplastadas, tenía una cintura tan ancha que su cuerpo parecía un tonel, y sus piernas eran tan cortas que cuando caminaba parecía que lo hacía arrastrándose. Hacía pensar en esas vírgenes bárbaras o en esas imágenes esculpidas en los frisos de granito de los calvarios armoniosos, que el paso de los siglos ha ido deteriorando. ¿Y su rostro? ¡Ah, la desdichada! Su frente ofrecía una serie de abultamientos debidos a una extraña conformación ósea del cráneo, sus ojos eran de un color desvaído, entre las cejas tenía una pronunciada depresión, tal vez producida por un fuerte golpe

recibido, y en ella se iniciaba una grotesca nariz, de cuyos dos enormes orificios sobresalían gruesos y repugnantes pelos. El lastimoso conjunto se completaba con una piel grisácea y escamosa, una piel semejante a la de las culebras muertas... que parecía enharinada cuando le daba la luz.

Aquella desdichada criatura tenía, sin embargo, algo que muchas mujeres le hubieran envidiado: unos magníficos y abundantes cabellos de un color rojo y brillante con reflejos de oro y púrpura. Pero sus cabellos, en vez de atenuar su fealdad, aún la agravaban más, pues la comparación hacía resaltar los defectos.

Pero esto no era todo. Cada ademán suyo, cada gesto, delataban su torpeza. No daba un paso sin tropezar con algo, siempre le caía lo que tenía en las manos, sus brazos topaban con los muebles, haciendo caer al suelo lo que había encima. Cuando se caminaba a su lado, sus codos se clavaban siempre en el pecho de una, y sus pies, en vez de pisar el suelo, pisaban los zapatos de la que iba con ella. Era amable y se excusaba, pero un hedor insoportable salía de su boca, hasta hacer pensar si se hablaba con un cadáver.

Cuando la pobre desdichada entraba en la antesala de la señora Paulhat-Durand, automáticamente despertaba una irritación que se traducía en una sarta de insultantes recriminaciones. La miserable criatura cruzaba la habitación entre la rechifla general, pareciendo que rodaba como una pelota sobre sus

cortas piernas, e iba a sentarse en su sitio habitual. Cada muchacha retrocedía entonces con gestos de asco, haciendo toda clase de muecas, que subrayaban sacándose el pañuelo y llevándoselo a la nariz... Aislada por aquella especie de cordón sanitario en que se convertía el espacio que había a su alrededor, la triste muchacha se levantaba a veces y se apoyaba en la pared, silenciosa y execrada, sin quejarse nunca, sin el menor gesto de rebeldía, como si no comprendiera que aquel desprecio iba contra ella.

Aun cuando yo también me unía a las demás en aquel cruel proceder, debo decir que sentía una sincera piedad por la pequeña bretona. Yo sabía que aquella criatura era uno de esos seres que parecen nacidos para la desgracia, una de esas personas que, hagan lo que hagan o vayan donde vayan, siempre serán rechazadas, tanto por los humanos como por las bestias, pues hay cierto tipo de fealdad, cierta forma de dolor, que ni siquiera los animales toleran.

Un día, sobreponiéndome al asco y a la repulsa general, me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Louise Randon...

—Yo soy bretona... —añadí—. Nací en Audierne... ¿Tú también eres bretona?

Al principio, pareció sorprendida de que alguien le hablase con sencillez. Temiendo un insulto o cualquier clase de broma, no respondió en seguida, pero después,

hundiéndose el pulgar en una de sus fosas nasales, pareció que iba a contestar.

Yo repetí mi pregunta:

—Eres de Bretaña, ¿verdad? ¿En qué parte de Bretaña naciste?

Entonces me miró fijamente y, no viendo mala intención en mí, contestó:

—Soy de Saint-Michelen-Grève..., cerca de Lannion.

Al oírla ya no supe qué decirle. Su aliento me repugnaba, y no puede decirse que su voz fuese una voz normal, sino algo ronco y quebradizo como un hipo, algo que hacía pensar en gargarismos.

Mi compasión se diluía entre el ronquido de su voz y el olor de su aliento, pero aún le pregunté:

—¿Tienes familia?

—Sí...

—¿Qué clase de familia?

—Pues... tengo a mi padre, a mi madre y a mis hermanos; dos hermanos y cuatro hermanas... Yo soy la mayor...

—Y tu padre, ¿qué hace?

—Es herrero.

—Entonces, ¿eres pobre?

—Tal vez... Bueno, no sé, pero mi madre tiene tres campos, tres casas y tres trilladoras.

—Así..., ¿tu padre es un hombre rico?

—Sí, creo que sí... Cultiva sus campos, tiene alquiladas las casas, y con las trilladoras recolecta el

grano suyo y el de sus vecinos, que le pagan muy bien. Uno de mis hermanos trabaja en la herrería y hierra los caballos de la comarca.

—¿Y tus hermanas?

—Están bien... Tienen bonitas cofias con puntillas, y vestidos muy bien bordados.

—¿Y tú?

—Yo no tengo nada...

No podía resistir la fetidez que salía de su boca y tuve que apartarme un poco mientras seguía hablándole:

—Dime, Louise, ¿por qué trabajas de sirvienta?

—Porque...

—¿Por qué dejaste tu pueblo y a tu familia? ¿No estabas mejor allí que aquí? ¿Por qué viniste a París?

—Porque...

—¿No eras feliz allí?

Con voz lastimera y atropellándose, gimió al decirme:

—Mi padre me castigaba continuamente, y mi madre y mis hermanas, a pesar de que hacía todo el trabajo de la casa... y cuidaba a mis dos hermanas pequeñas... La verdad es que todos me pegaban continuamente...

—¿Y por qué te pegaban?

—No lo sé... Creo que lo hacían porque sí. Nunca lo entendí... Pienso que en todas las familias hay alguien a quien los demás castigan sin razón. La verdad es que

siempre me he preguntado a qué se debe eso...

Mis preguntas ya no la molestaban. Al final pareció más confiada conmigo, y hasta se atrevió a preguntarme:

—Y a ti..., ¿no te pegaban tus padres?

—También.

—¿Lo ves? Siempre la misma historia...

Louise dejó de hurgarse la nariz, pero fue para poner sus manos de roídas uñas sobre las nalgas, ya que no puede decirse que tuviese caderas... A nuestro alrededor las demás murmuraban y se quejaban por los cambios que se seguían sucediendo en el despacho de la señora Paulhat-Durand. Las voces subieron de tono hasta tal punto que las demás ya no podían oír ni entender nuestra conversación.

—Pero... ¿cómo fue que viniste a Paris? —le pregunté a Louise después de un corto silencio.

—Fue el año pasado... —dijo—. Había en Saint-Michelen-Grève una señora de Paris que estaba allí con sus hijos tomando baños de mar... Le pedí que me tomase a su servicio, porque había despedido a la sirvienta que tenía, ya que, según ella, le robaba. Me trajo a París... para cuidar de su padre, un anciano paralítico.

—¿Y por qué no seguiste en la colocación? Habrás visto que estar en Paris sin trabajo es horrible.

—No... Por mí me habría quedado, pero no nos arreglamos... me contestó Louise con cierta energía, que

me sorprendió un poco.

Hasta entonces sus ojos habían estado como apagados, pero de pronto los vi brillar con un resplandor que me pareció de orgullo, y su cuerpo se irguió como si se transformara.

—¿Cuáles fueron las diferencias? —le seguí preguntando.

—No... nos arreglamos..., porque el viejo comenzó en seguida a hacerme proposiciones deshonestas.

Me quedé como atontada por aquella revelación. ¿Sería posible lo que estaba oyendo? Los deseos de un infame anciano se habían despertado ante aquel montón de carne deforme, ante aquella burla de la naturaleza.

La verdad es que me era imposible pensar que aquella boca hedionda de dientes cariados pudiera provocar el deseo de besarla... ¡Ah, qué basura son Los hombres! Y sobre todo, ¡qué espantosa locura es el deseo!

Miraba a Louise y no podía creerla... Pero el brillo de sus ojos había sido más que elocuente. Ahora parecía ya extinguido y sus pupilas habían recobrado su aspecto mortecino y grisáceo. No dudaba de que había dicho la verdad.

—¿Y hace mucho que ocurrió eso? —le pregunté.

—Casi tres meses...

—¿Y desde entonces no has encontrado ninguna colocación?

—No... Y la verdad es que no sé por qué. Nadie me quiere. Cuando entro en el despacho de la señora Paulhat-Durand, todas las señoras gritan al verme: «¡No! ¡A ésta no la quiero!» Es como si alguien me hubiera echado alguna maldición. Estoy segura, porque si no es así... no puedo comprenderlo. Yo no soy fea del todo, soy fuerte, sé mi oficio... y tengo mucha voluntad. ¿Qué más se puede pedir? Es cierto que soy bajita, pero eso no es culpa mía. Estoy segura de que se trata dé un maleficio...

—¿Y cómo vives?

—En la fonda donde duermo..., limpio todas las habitaciones y remiendo la ropa. Me dan la comida y un camastro...

Al oír aquello, comprendí que aún había alguien más desgraciada que yo. Este pensamiento egoísta hizo que volviera a sentir la piedad que desde un principio me mereció aquella criatura.

—Escucha, Louise... —le dije con acento persuasivo—. Deberías pensar que en París es más difícil colocarse que en ningún otro sitio... Las señoras son muy exigentes. Quiero decir que temo por ti... y que desearía darte un consejo. En tu lugar, yo volvería a Saint-Michelen-Grève...

Mis palabras no la convencieron, y me miró asustada, al mismo tiempo que exclamó alarmada:

—¡No! ¡No! ¡Jamás volveré allí! No quiero volver a mi pueblo... La gente diría que he fracasado y que nadie

me ha querido en París. Se reirían de mí... ¡Eso es imposible! ¡Preferiría morir antes!

En aquel momento se abrió la puerta de la antesala y apareció la señora Paulhat-Durand, quien con su agria voz llamó:

—Señorita Louise Randon...

—¿Me llaman a mí? —preguntó Louise, con voz entre asustada y temblorosa.

—Sí... Es a ti a quien llaman. Anda... y trata de conseguir lo que sea. No dejes escapar la oportunidad.

Louise se dirigió hacia la puerta. Sus codos me rozaron el pecho y a los primeros pasos tropezó con la mesa del centro. Como rodando sobre sus cortas piernas, salió de la habitación en medio de la acostumbrada rechifla de las demás.

Subí a la banqueta y empujé ligeramente el ventanuco, para ver lo que en el despacho de la señora Paulhat-Durand sucedía... Nunca me había parecido tan triste aquella siniestra oficina; y sólo Dios sabe cómo se me helaba el alma cada vez que entraba en ella... Creo que recordaré toda mi vida aquellos muebles azules, amarillentos ya por el uso, igual que el gran registro abierto que había sobre la mesa, con su carpeta azul, también descolorida y llena de manchas de tinta. Sobre aquel pupitre de madera oscura había dos sitios con la huella de los codos del señor Louis. Al fondo, una estantería exhibía una cristalería y una vajilla probablemente heredadas. Y cerca de la chimenea, entre

dos lámparas y más alto que unas cuantas fotografías descoloridas, había aquel fastidioso reloj que hacía más largas las esperas con su isócrono tictac, además de la jaula en forma de cúpula, dentro de la cual dos canarios nostálgicos agitaban su plumaje enfermizo. Y en el centro estaba la famosa mesa de despacho, con sus compartimientos de caoba arañada por las avaras uñas de la dueña... Pero basta esto, porque yo no estaba en un puesto de información para inventariar aquella habitación que me era tan conocida, y me resultaba tan lúgubre como dramática, ya que mi loca imaginación la veía como un escenario donde la carne humana de todas las especies era ofrecida y mostrada al posible comprador en medio de aquel pequeño recinto burgués de inocente apariencia.

La verdad es que yo sólo deseaba ver a Louise Randon frente a las traficantes de esclavas... Allí estaba la pobre bestia, inmóvil y con los brazos caídos, cerca de la ventana y a contraluz. La sombra atenuaba su fealdad, como si se tratase de un opaco velo, pero no mejoraba la deformidad de su pequeño cuerpo... La luz destacaba los mechones de su cabello, bordeando los contornos de sus brazos y de su pecho, para perderse en los oscuros pliegues de su deplorable falda.

Una señora de cierta edad la estaba examinando. Sentada en una silla, yo no podía ver más que su espalda hostil y su agresivo cuello, además de su ridículo sombrero de piel gris, adornado con plumas, y una parte

de su vestido negro, que caía en círculo sobre la alfombra. También podía ver una de sus manos, con guante negro; a pesar de hallarse enguantada, era fácil ver que se trataba de una mano artrítica, nudosa y casi sin movimiento... De pie al lado de la mesa y con su habitual dignidad, la señora Paulhat-Durand esperaba el resultado de la entrevista.

El encuentro de aquellas tres personas en aquel vulgar escenario, era un hecho banal que no tenía color alguno. Sin embargo, yo lo veía como un terrible drama, como una tragedia social, horrible y angustiosa, peor, en el fondo, que un asesinato. No podía evitar que la garganta se me secara ni que el corazón me latiera con una violencia fuera de lo común.

—No la veo bien, hijita... —dijo la vieja señora—, vamos, no se quede ahí y venga aquí para que pueda verla mejor..

Louise obedeció, y la señora gruñó:

—¡Dios mío, qué pequeña es!

Al mismo tiempo que decía esto cambió de sitio su silla, lo que me permitió ver su cara. Esperaba ver una nariz ganchuda, unos largos dientes saliéndole fuera y unos ojos amarillentos de gavilán. Pero me equivocaba... El rostro de aquella anciana era sereno y hasta acogedor. Lo cierto es que poco o nada expresaban sus ojos: ni maldad ni bondad. Debía ser una antigua librera retirada de los negocios... o algo así. Lo digo porque estoy convencida de que los

comerciantes tienen un especial talento para lograr expresiones inocuas. A medida que se van afirmando en su profesión, o según van habituándose a las ganancias injustas y rápidas, se van desarrollando sus instintos más bajos y sus voraces ambiciones..., hasta que llegan a un punto en el que la expresión de su rostro se suaviza a fuerza de fingir, neutralizándose por completo y desligándose de toda relación con su mundo interior. De esta forma, lo que hay de malo en ellos, y que podría hacer desconfiar a los clientes, acaba sepultado en lo más íntimo de su ser, u oculto bajo la máscara de su rostro.

En aquella vieja señora no había nada de la dureza de su alma que se reflejara en sus pupilas, ni en su boca, ni en su frente, ni tampoco en los músculos distendidos de su cara. Para mí, la nuca era su verdadero rostro, porque a mi juicio sólo allí podía adivinarse que se trataba de una mujer tan inhumana como terrible.

Louise, siguiendo las órdenes de la vieja señora, se fue hasta el fondo de la habitación. El deseo de agradar la hacía aún más monstruosa, y su aspecto era realmente descorazonador.

En cuanto se puso a la luz, la señora gritó:

—¡Oh, pero qué fea es usted, hijita...!

Y tomando por testigo a la señora Paulhat-Durand, se regodeó, añadiendo:

—Dígame, mi querida amiga, ¿es posible que haya en el mundo una criatura más fea?

La señora Paulhat-Durand, siempre tan digna y solemne, contestó:

—Sin duda, no es una belleza... Pero le aseguro que es muy honesta.

—Es posible, es posible... —repuso la vieja señora—, pero es demasiado fea. Tanta fealdad no deja de ser una descortesía... ¿Qué dice usted, hijita?

Louise no había dicho nada. Se había ruborizado, simplemente, y después se limitó a bajar la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos, y a mí me pareció que estaba a punto de llorar.

—En fin, ya veremos... —dijo la señora, cuyos nerviosos dedos parecía que querían rasgar la tela de su vestido.

Después le preguntó a Louise sobre su familia, sus colocaciones anteriores, sus aptitudes para los quehaceres de la casa y varias cosas más: Louise contestaba con sobrios «sí, señora» o «no, señora», limitándose a cumplimentar las exigencias de aquel cruel y criminal interrogatorio, que duró lo menos veinte minutos.

—En fin, hijita —terminó diciendo la vieja—, por lo que puedo apreciar, parece que usted no sabe hacer nada. La verdad es que si me quedo con usted, tendré que enseñarle prácticamente todo, lo que quiere decir que durante cinco o seis meses no me servirá usted para nada... Además, es usted tan fea, que no sé si decidirme... ¿Y esa depresión de la nariz? ¿Recibió

algún golpe?

—No, señora. Siempre la he tenido.

—No... Desde luego, no es muy convincente... Y dígame, pequeña, ¿cuánto quiere ganar?

—Treinta francos, la ropa limpia y el vino... —dijo Louise con decisión.

La vieja señora saltó de su asiento como si le hubiese picado una víbora y exclamó indignada:

—¡Treinta francos...! ¿Pero es que no se ha mirado usted al espejo? ¡Qué insensatez! ¡Nunca había oído nada igual! Con esas pretensiones, estoy segura de que se morirá sin encontrar colocación... Sepa que si yo estoy dispuesta a tomarla a mi servicio, es porque en el fondo me inspira cierta piedad, pues de lo contrario... ¡Oh, es inconcebible! Lo que ya no entiendo es de dónde ha podido sacar usted esas pretensiones. Seguramente sus compañeras le habrán inculcado eso de ganar treinta francos... ¿En qué cabeza cabe? Le advierto que si es así, se equivoca al escucharlas, porque yo no pienso pagarle esa cantidad.

—Eso es cierto... —aprobó la señora Paulhat-Durand—. Hablando, hablando, se calientan los cascos entre ellas, y después no saben lo que dicen ni lo que piden... ¡Estas muchachas son un auténtico problema!

—Bueno, hijita... Si quiere considerarlo, le daré quince francos y se pagará usted el vino... —ofreció la vieja con tono conciliador—. Creo que es más que suficiente, y conste que no quiero aprovecharme de su

fealdad ni de su situación.

Después de un momento, suavizó su voz y dijo:

—Piénselo, hijita... Es una ocasión única y, probablemente, no encontrará otra... Vivo sola y no tengo familia, o sea que no tendrá mucho trabajo. Lo único que yo le pido a las sirvientas es que me quieran un poco... Vivirá conmigo y comerá conmigo, pero sin vino... Queda algo más: yo no olvidaré su comportamiento a la hora de morir, si ha sido bueno... Supongo que sabe lo que quiero decir. Estoy dispuesta a ser agradecida y a premiar sus sacrificios... Usted es fea, de acuerdo, pero si se porta bien, estoy segura de que acabaré acostumbrándome a su presencia... Al fin y al cabo, las caras dicen muy poco. Un bonito rostro no garantiza nada, y a veces todo lo contrario, pues suelen ser las sirvientas más rapaces... Hasta diría que en algunos casos la fealdad supone una garantía moral, porque... usted no pretenderá traer hombres a mi casa, ¿verdad...? En resumen, piense que lo que le ofrezco vale mucho más que una fortuna, porque estoy dispuesta a darle una familia... y puede que hasta un porvenir económico asegurado. Vamos, pequeña, ¿qué me contesta?

La pobre Louise estaba visiblemente deshecha... y al mismo tiempo las palabras de la señora le permitían soñar en una vida mejor. Sin duda su codicia de campesina le hacía ver cofres llenos de oro, además de un fabuloso testamento. Y estaban también la vida en

común con tan buena señora, la mesa compartida y los frecuentes paseos con ella por los parques y los jardines cercanos. Todo esto la maravillaba y á la vez la asustaba sin saber a qué carta quedarse.

Eran justamente las dudas y la desconfianza lo que hacía que todas aquellas promesas no fuesen del todo convincentes. No sabía qué hacer ni qué decir... Yo hubiera querido poderle gritar: «¡No aceptes!»... La veía en su nueva existencia de reclusa, atendiendo los más agotadores trabajos y soportando los peores reproches, comiendo lo justo y disputándoles los huesos a los perros. Sobre todo veía la eterna, paciente y repetida explotación de un ser indefenso... o «¡No escuches a esa bruja... y márchate!» Estas palabras estaban en mis labios, pero me contuve.

—Acérquese un poco más, pequeña... —dijo la vieja—. Acérquese, pues parece que me tenga miedo... La verdad es que ahora me parece menos fea. Será que me voy acostumbrando a su cara...

Louise se acercó lentamente, rígida y procurando no tropezar con las sillas..., pero cuando estuvo al lado de la vieja, ésta la rechazó con una mueca y exclamó:

—¡Dios mío!, ¿qué tiene esta muchacha? ¿Por qué huele tan mal? ¿Tiene el cuerpo podrido? ¡No había visto nada igual en mi vida! ¡Es increíble! ¿Cómo se puede oler tan mal? ¿Acaso tiene esta muchacha un cáncer en la nariz o en el estómago? ¿De dónde le viene ese olor?

La señora Paulhat-Durand intervino con su acostumbrada dignidad para decir:

—Ya se lo advertí, señora... Es el gran defecto de Louise. Por eso no encuentra colocación, pero como usted quiso conocerla...

La vieja seguía gimiendo y exclamando:

—¡Dios mío... Dios mío...! Si parece imposible. No..., no puedo contratarla, porque si la meto en casa, pronto no se podrá entrar en ella... Esto lo cambia todo. ¡Y pensar que ya estaba simpatizando, con ella! ¡No, no puede ser! A pesar de mi bondad, no puedo ofrecerle las mismas condiciones de antes...

La vieja había sacado un pañuelo del bolsillo, haciendo un ademán como si quisiera ahuyentar aquel hedor, y después repitió:

—¡No! No me es posible ofrecerle las condiciones de antes. Esto lo cambia todo...

—¿Por qué no hace un esfuerzo, señora; seguro que esta joven se lo agradecerá siempre? —dijo la dueña de la agencia.

—¿Agradecérmelo? Sí, es muy posible, pero no será el agradecimiento lo que le cure ese horrible mal. En fin, la admito, pero a condición de no pagarle más que diez francos... ¡Que acepte o lo deje!

Louise, que hasta entonces había conseguido contener las lágrimas, dijo con voz temblorosa:

—No... No acepto...

—Escuche, señorita Louise —dijo secamente la señora Paulhat-Durand, si no acepta esta colocación, no estoy dispuesta a preocuparme más por usted; conque usted verá... Si quiere, puede ir a otras agencias, porque yo estoy más que harta de tener que soportar siempre la misma escena... Pensándolo bien, usted me perjudica, y no voy a permitirle que vuelva a mi casa... ¡Ya lo sabe!

—Y conste —agregó la vieja— que el ofrecimiento que le hago se debe a la piedad... ¿No comprende que es una obra de caridad lo que estoy dispuesta a hacer con usted? Una obra de caridad... de la que acabaré arrepintiéndome, como ya me ha sucedido muchas otras veces...

Y dirigiéndose a la señora Paulhat-Durand, dijo:

—¿Qué quiere que haga? Tengo buen corazón, y es lo que me pierde. Soy tonta, no puedo ver sufrir a la gente... Pero a mi edad ya no se puede cambiar. ¿No es cierto?... Bueno, hijita, me quedaré contigo...

Al oír estas últimas palabras sentí un calambre en el estómago, lo que me obligó a abandonar mi observatorio... Nunca volví a ver a Louise.

Dos días después, la señora Paulhat-Durand me hizo entrar muy ceremoniosamente en su despacho. Después de examinarme de forma bastante molesta, como si no me hubiese visto nunca, me dijo:

—Señorita Célestine, tengo una buena colocación para usted... Pero tendrá que ir a provincias. No es muy lejos, pero...

—¿A provincias? Usted sabe , que no me gusta...

La señora Paulhat-Durand insistió:

—Eso es un prejuicio. No saben lo que es la provincia y la rechazan sistemáticamente, a pesar de que a veces salen excelentes colocaciones... No sé por qué les gusta tanto París.

—¿Excelentes colocaciones? ¡Ah, no! ¡Bonito cuento es ése...! La verdad es que no hay colocaciones buenas en ninguna parte.

La señora Paulhat-Durand me sonrió entonces amable y casi mimosa. Lo cierto es que nunca le había visto sonreír de aquella manera. ¿Por qué sería?

—Disculpe, señorita Célestine... —dijo—. A pesar de lo que usted diga, no hay malas colocaciones...

—Está bien... Entonces, las malas son las patronas...

—O las sirvientas... —replicó ella—. Les doy las mejores casas y se quejan. ¿Qué culpa tengo yo de lo que ocurre entre ustedes? En cuanto a las patronas, ¿qué quiere que yo le diga de ellas?

Hizo una pausa, me miró cordialmente y añadió:

—Usted es inteligente... Tiene una bonita figura, talle fino, y sus manos no están estropeadas por el trabajo... ¿Qué más puede pedir? Estoy segura de que va a tener suerte..., pero mucha suerte.

—¿Y cómo va a ocurrirme ese prodigio?

—Sólo portándose bien...

—Querrá decir portándome mal, ¿verdad?

—Eso depende del punto de vista... Al menos así lo concibo yo... Todo es cuestión de adoptar la conducta más apropiada.

La señora Paulhat-Durand parecía que iba a descubrirme algún secreto... Pude asistir al divertido espectáculo de ver cómo se le caía la máscara de su decantada dignidad. No era ya la dueña de la agencia, sino la antigua sirvienta «venida a más» y experta en toda clase de cochinadas. Sus ojos tenían una expresión asquerosa, y sus gestos denunciaban las habituales maneras de las celestinas de oficio, al estilo de la «madame Rebecca Ranvet. *Modes*» que yo conocía.

—Como le digo, todo es cuestión de adoptar la conducta más apropiada... —repitió.

—La verdad es que no la comprendo, señora Paulhat-Durand, y que no sé a qué puede referirse...

—Veamos, señorita Célestine... Usted no es una principianta. Estoy segura de que sabe lo que es la vida. Con usted se puede hablar, ¿no es así? Pues se lo voy a explicar claramente... Se trata de un señor de cierta edad, que vive solo, no muy lejos de París, y que es muy rico... Usted sería su ama de llaves o algo parecido, ¿comprende...? Son colocaciones que no abundan, muy solicitadas y muy ventajosas... Si se la ofrezco a usted, es porque confío en que no me hará quedar mal con mi cliente... Es una colocación con un gran porvenir, siendo

usted como es inteligente y bonita... Le repito que todo es cuestión de adoptar la conducta más apropiada...

Como es lógico, pensé en todo aquello, pues era lo que ambicionaba... Tenía ante mí como quien dice el paraíso soñado, que me sonreía y me llamaba. Muchas veces mis sueños sobre mi porvenir los había cifrado sobre bases como aquélla, en el capricho de un viejo o algo semejante. Sin embargo, por una inexplicable ironía de la vida, por alguna causa que ni siquiera hoy comprendo, la dicha que ambicionaba, y que se me ofrecía de aquella manera, la rechacé en el acto.

—No. No quiero tener nada que ver con ninguno de esos viejos cochinos —dije, sin casi creer en mis palabras—. No, muchas gracias, señora Paulhat-Durand... Precisamente acabo de dejar a un hombre, y si quiere que le diga la verdad, me dan asco todos..., lo mismo los viejos que los jóvenes.

La señora Paulhat-Durand se quedó estupefacta, y fue incapaz de reaccionar en seguida. Sin duda no esperaba aquella respuesta... Recobró su máscara de dignidad, que ponía tanta distancia entre la correcta burguesa que quería aparentar y la pobre sirvienta en busca de trabajo que yo era y me dijo:

—Pero, señorita, ¿qué se ha creído usted? ¿Por quién me ha tomado...? ¡Le aseguro que esto no volverá a repetirse! Usted será la más perjudicada... ¿Qué se imagina?

—No me imagino nada, señora Paulhat-Durand... Lo

único que le he dicho es que, por razones muy personales, estoy saturada de hombres... No he pretendido decirle nada más.

—No sabe usted nada de nada, señorita... El señor de quien yo le hablo es una persona muy respetable. Es miembro de la Sociedad de Saint-Vincent-de-Paul... Además, ha sido diputado realista.

Ante aquellos elogios, no pude evitar la carcajada y dije:

—¡Conozco muy bien a todos esos respetables caballeros que son miembros de las más santas sociedades y cofradías! ¡No! ¡Estoy harta de ellos! Santos, demonios y diputados..., todos son iguales... ¡No, gracias!

Pero casi sin transición, rectifiqué mi posición anterior, de una forma instintiva y caprichosa, para lo cual cambié de tono.

—¿Y quién es ese viejo? Porque a lo mejor, por uno más o uno menos, quizá me interese su proposición...

Pero la señora PaulhatDuránd había adoptado ya una actitud de desconfiada defensa.

—Es inútil, señorita... —me dijo con voz firme—. No es usted la persona seria y de confianza que mi cliente necesita; estoy segura... Con usted no hay garantía de ninguna clase. La verdad es que mi opinión sobre usted era equivocada.

Insistí..., pero fue en vano.. La señora Paulhat-Durand sabía ser inflexible cuando se lo proponía. Salí

del despacho triste y descorazonada.

En la antesala seguían las mismas banquetas de siempre, como símbolo del flujo y reflujo de carne humana que pasaba por allí. Me consideré como uno de aquellos tristes despojos del naufragio humano, llevados de aquí para allá en el tráfago de un mercado creado para que se sacie la indecencia burguesa.

A veces pienso en mí y me veo como el ser más extraño del mundo... Deseo muchas cosas que me parecen irrealizables, pero en cuanto comprendo que pueden realizarse o que están a mi alcance... dejo de desearlas.

En mi negativa de aquel día había indudablemente mucho de esto, pero también un infantil deseo de humillar a la señora Paulhat-Durand. Me acosaba un afán de venganza, que consistía en demostrarle a aquella mujer, habitualmente tan despreciativa y altanera, que no era más que una vulgar alcahueta.

Después, como era lógico, durante mucho tiempo lamenté mi negativa a aceptar aquella colocación en casa del acaudalado anciano, que para mí significaba el encanto de una cosa nueva, con todo el atractivo que podía encerrar la posibilidad de alcanzar un bienestar inaccesible... Recuerdo que pasé muchos días evocando lo que podría haber sido una experiencia. Imaginaba a un anciano muy pulcro, de manos suaves y con una agradable sonrisa en su rostro rosado, alegre y generoso, pero no muy apasionado, ni tan maniático

como el señor Rabour. O sea, que veía a aquel anciano dejándose llevar por mí como si fuese un perrito... «Vamos, venga aquí...», le diría.

Y él vendría a mi lado con una sonrisa cariñosa, sumiso y bullicioso.

«Ahora haga una gracia cualquiera, pero no se olvide de pavonearse un poquito... Es conveniente.»

Y lo haría graciosamente, para lo cual se sentaría sobre sus patas traseras y agitaría las delanteras. «¡Muy bien...!»

Y le daría unos terrones de azúcar como premio mientras le acariciaría su sedoso lomo... Ya no me asqueaba. ¡Ah, qué tonta había sido! Después de todo, un perro bueno y obediente siempre es algo con lo que una se puede entretener...

Había rechazado una bonita casa, un precioso jardín, dinero, tranquilidad y cierto porvenir... sin saber por qué. Nunca sé lo que quiero... y tampoco quiero lo que deseo.

Me he entregado a muchos hombres, y la verdad es que me asquean, pero sólo si están lejos de mí, porque en cuanto los tengo a mi lado... me entrego con la facilidad de una ramera, siendo capaz de todas las locuras. Lo cierto es que sólo opongo resistencia a las cosas que nunca me ocurrirán y a los hombres que jamás conoceré... Creo que nunca seré feliz.

Aquella maldita antesala estaba al borde de acabar con mis nervios... La penumbra, las otras compañeras,

el sórdido ambiente, todo contribuyó aquel día a que me sintiera mortalmente deprimida y todas las ideas lúgubres del mundo se me metiesen en el corazón. Era como si algo pesado e irremediable flotara a mi alrededor.

No esperé que la agencia se cerrara... Me fui de allí acongojada y con un nudo en la garganta. En la escalera me encontré con el señor Louis, que subía penosamente los peldaños, apoyándose en la baranda... Nos miramos unos segundos. No me dijo nada, ni yo a él. No hacía falta. Podría decirse que con la mirada nos lo dijimos todo... Evidentemente, él tampoco era feliz. Le escuché subir los escalones, hasta que llegó a su puerta... Después no sé lo que me pasó. Creo que perdí el sentido, porque cuando lo recobré estaba ya en la calle... No puedo recordar cómo bajé las escaleras. ¡Pobre de mí! ¡Ah, qué desgraciada me sentía en aquellos momentos...! ¿Qué podía hacer? Si dejaba pasar ocasiones como la que acababa de despreciar, por simples y fútiles motivos que no me afectaban, ¿qué iba a ser de mí? ¿Cómo iba a poder confiar en mí... si en los momentos decisivos me dejaba guiar por aquellos absurdos caprichos?

Una vez en la calle, me quedé aturdida un momento. No sabía cómo había llegado hasta allí, ni dónde

estaba... hasta que de pronto recordé lo sucedido y me, puse a buscar como una desesperada a las «reclutadoras del amor» que nos solían esperar allí, y especialmente a aquella Rebecca Ranvet, creyendo que la distinguirla gracias a su vestido oscuro... ¡Ah, si la hubiera visto, estoy segura de que habría aceptado sus proposiciones! Pero no estaba allí, ni ella ni ninguna de las otras.

La gente pasaba indiferente por la calle. Eran seres que no tenían idea de mi desesperación. Entonces compré una botella de vino, y después de vagar por no sé cuantas calles medio atontada, me dirigí a mi hotel.

En mi habitación sentí que me daba vueltas la cabeza..., bebí el vino con avidez y me eché en la cama.

Al anochecer oí que alguien llamaba en la puerta. Me había acostado a medio vestir, sin duda a causa de la bebida, que me impedía tener cabal conciencia de mis actos.

—¿Quién llama? —grité.

—Soy yo...

—¿Quién eres tú?

—El mozo...

—¿Qué mozo?

—El del hotel

Me levanté y fui a la puerta. Pero lo pensé mejor, retrocedí, y me puse un camisón. El cabello me caía sobre los hombros.

Luego abrí y pregunté:

—¿Qué quieres?

El mozo me sonrió. Era un muchacho de cabello rojizo muy bonito. Varias veces me lo había encontrado en la escalera... Me miraba de un modo extraño.

—¿Qué quieres? —repetí.

El continuó sonriéndome. Parecía indeciso, pues no hacía más que enrollar el extremo de su grasiento delantal.

Al final, decidió hablar:

—Señorita, es que... Es que yo quisiera...

Miró con un triste deseo mis pechos, mi vientre y mis muslos... No tuvo que decir más, pues comprendí lo que pretendía.

—Anda, entra, animal... —dije de repente.

Y lo empujé hacia dentro de la habitación, cerrando la puerta... ¡Oh, miserable de mí!

A la mañana siguiente nos encontraron borrachos y medio desnudos en la cama. No es necesario decir que nuestro estado debía de ser lamentable.

El muchacho fue despedido del hotel... Ni siquiera supe cómo se llamaba.

No quisiera dejar de hablar de la agencia de la señora Paulhat-Durand sin referir, aunque sólo sea como homenaje a su recuerdo, la historia de un pobre diablo que encontré allí. Nunca había visto una cara tan triste, ni un ser que pareciera tan abrumado por la vida.

Al parecer, su mujer había muerto al abortar, precisamente la víspera del día en que, después de dos meses de miseria y de privaciones, debían empezar en un nuevo empleo: ella para cuidar de las aves del corral y él como jardinero. Fuese por mala suerte, por cansancio o por poca ilusión de vivir, el caso es que el pobre hombre no había encontrado ningún trabajo después de aquella desgracia.

La verdad es que tampoco había buscado demasiado. Las escasas economías que tenía se las había ido gastando sin casi darse cuenta.

Cuando yo le conocí, estaba en la agencia en busca de trabajo de jardinero. Aunque se le notaba desconfiado, al final se franqueó conmigo... hasta confiarme la historia de sus desdichas.

Era una historia que inspiraba verdadera piedad, además de poseer indudable interés humano...

Cuando el marido y la mujer terminaron de ver los jardines, las terrazas, los invernaderos, la entrada del parque y la casa destinada al jardinero, llena de hiedra, de begonias y de parras, regresaron tímidamente al sitio del jardín donde estaba la condesa, que con mirada amorosa seguía el juego de sus tres hijos, vigilados por la doncella... Se detuvieron a unos veinte pasos de la señora: él se descubrió la cabeza, teniendo la gorra en

las manos y ella, con cierto apocamiento, enrollaba y desenrollaba la correa de un pequeño bolso de cuero. A lo lejos se veía el ondulante césped entre el espeso arbolado.

—Vamos, acérquense... —les dijo la condesa con voz alentadora y confiada.

El hombre tenía el rostro moreno, curtido por el sol, y sus nudosas manos eran de color terroso, con las puntas de los dedos deformadas. La mujer era algo pálida y tenía el rostro salpicado de pecas, pero daba la impresión de ser muy limpia, aunque quizá un poco torpe. Parecía no atreverse a levantar su mirada hacia la bella señora, que tan indiscretamente tenía el propósito de acosarla a preguntas y hurgar en su alma, como hacían todas las señoras con sus sirvientes... La buena mujer no dejaba de mirar el bonito cuadro de los tres niños que jugaban en el césped muy modositos y graciosos.

El hombre y la mujer, obedeciendo a la señora condesa, se adelantaron algunos pasos, cruzándose las manos sobre el vientre con gesto, mecánico.

—Bien, ¿lo han visto ya todo? —les preguntó la condesa muy amablemente.

—La señora condesa es muy buena... —contestó él—. Ya hemos visto que todo esto es muy grande y muy bonito... Es una magnífica propiedad. Aquí hay mucho trabajo...

—Cierto que sí, pero les prevengo que en ese aspecto

soy muy exigente y muy justa al mismo tiempo... Me agrada que todo esté lo más cerca de la perfección... Quiero muchas, muchas flores por todas partes. Ya sabe que tendrá dos ayudantes en verano y uno en invierno... Creo que es suficiente:

—Quisiera decirle a la señora condesa que el trabajo no me asusta... —dijo el hombre—. Cuanto más trabajo tengo, más contento estoy. Conozco muy bien mi oficio y me gusta... En materia de plantas y flores, lo que se necesita, creo yo, son buenos brazos, buen gusto, agua abundante, mucho estiércol... y perdone la señora condesa... además del correspondiente abono y las semillas más adecuadas...

El hombre hizo una pequeña pausa, y después agregó:

Mi mujer también es muy trabajadora, muy hábil en su labor, y muy buena administradora. Su aspecto no es el de una mujer fuerte, pero no está nunca enferma, es animosa y entiende más que nadie de animales... En el último sitio donde estuvimos había tres vacas y doscientas gallinas.

La condesa hizo un gesto de aprobación y preguntó:

—¿Les gusta el alojamiento que tendrán?

—Claro que sí, señora... Está muy bien. Se podría decir que es demasiado grande para unas personas tan modestas como nosotros... Ni siquiera tenemos muebles. Pero creo que nos acostumbraremos. Lo que más me satisface es que estemos alejados del castillo...

Siempre lo he creído necesario; así, los jardineros no se mezclan demasiado con los señores... Nosotros evitamos siempre molestar a los señores... Estar cada cual en su casa es lo mejor para todos, sólo que...

El hombre vaciló, como frenado por una súbita timidez ante lo que deseaba decir.

—¿Qué...? —preguntó la señora condesa, lo que aumentó la cortedad del hombre, quien apretó más fuerte la gorra entre sus dedos, sin dejar de darle vueltas, hasta que al final se atrevió a decir:

—Lo que yo deseaba es convenir lo del sueldo... Entendemos que no es bastante. No es que seamos ambiciosos, pero creemos que no nos va a alcanzar. Con un poquito más tendríamos suficiente... ¿Qué opina la señora condesa?

—Por lo que veo, ustedes olvidan que tendrán alojamiento, alumbrado, calefacción, verdura, fruta, un litro de leche diario y una docena de huevos cada semana... Todo esto vale mucho. ¿No lo han pensado?

—Sí, eso es una gran ayuda... —dijo el hombre, y miró a su esposa como pidiéndole consejo—. No puede decirse lo contrario...

La mujer balbuceó entonces:

—Sí, claro... Es... es una ayuda... ¿Y el aguinaldo? ¿Da también aguinaldo la señora?

—No... De eso, nada...

—Es una costumbre que...

—Es una costumbre que yo no comparto... —dijo la

condesa con tono seco y tajante—. Cada uno sabe lo que tiene que hacer en su casa, ¿no les parece?

El hombre preguntó:

—¿Y respecto a las comadrejas y las garduñas?

—Nada... Les daré simplemente la piel...

Esto lo dijo la señora condesa en un tono que demostraba que era inútil insistir y agregó de pronto:

—Les prevengo que una de mis normas es que el jardinero tiene prohibido vender o regalar verduras a nadie. Sé que a veces la abundancia lo permite, puesto que la tierra produce, pero esto no es razón para que persistan las malas costumbres... Cuando sobra, por cuando falta, pero en el primer caso prefiero que se pierda el sobrante de las cosechas... ¿Entendido?

—Sí, señora... Eso es la costumbre en todas partes.

—Veo que en lo esencial estamos de acuerdo. Y ahora díganme, ¿cuánto tiempo hace que están casados?

—Hace ya seis años, señora... —contestó la mujer.

—¿Y no tienen hijos?

—Teníamos una niña... pero murió.

—Está bien —aprobó en tono displicente la condesa—. Son jóvenes... y aún pueden tener muchos hijos.

—No los deseamos, señora condesa... Sin embargo, nunca se sabe, porque un hijo es algo que se pesca con mayor facilidad que una renta de cien escudos.

De pronto la expresión de los ojos de la condesa fue rigurosamente severa.

—Eso es algo que quisiera advertirles... No quiero críos en mi casa —dijo aquella señora en tono tajante—. Si tuvieran hijos, me vería obligada a despedirlos, ¿comprenden?

—Sí, señora...

—Lo comprendemos, señora... —repuso él.

—¡Ah, los chicos son una peste! —añadió la condesa—. Andan por todas partes, lo estropean todo, chillan, asustan a los caballos... y contagian las enfermedades. No, no toleraría chicos por nada del mundo. Ya lo saben. En el peor de los casos, tendrán que tomar sus precauciones... ¿Entendido?

—Sí, señora...

En aquel momento uno de los hijos de la condesa, que se había caído, fue a llorar al lado de su madre... quien lo tomó en sus brazos y lo meció, pronunciando cariñosas palabras..., hasta que el pequeño se recobró y volvió a jugar con sus hermanos.

La pobre sirvienta sintió tanta angustia que estuvo a punto de llorar... ¿Sólo los ricos podían gozar de la alegría y la ternura de la maternidad? Aquella mujer de aspecto tan pacífico, sintió que algo se sublevaba dentro de ella al mismo tiempo que la ira la enloquecía. Hubiera querido insultar a los pequeños, golpearlos, e injuriar y matar a la insolente madre, aquella madre egoísta que con sus palabras acababa de condenar la vida que desde hacía ya algunas semanas germinaba en el vientre de la infeliz... A pesar de su dolor y su

indignación se contuvo, comprendiendo su situación.

En aquel momento, la condesa acababa de concretar una de sus exigencias en aquel sentido, por lo que la mujer dijo simplemente:

—No tiene por qué preocuparse la señora... Tendremos el debido cuidado...

—Será lo más conveniente para todos, porque ya les digo que es un principio sobre el que no pienso transigir. Lo he observado siempre y no voy a dejar de hacerlo ahora por vez primera... Espero que se hagan cargo.

La señora condesa calló durante unos segundos, pareciendo reflexionar sobre algo, y después agregó con voz casi acariciadora:

—Además, pueden creerme... Si no se es rico, vale más no tener hijos.

Entonces, con el fin de agradar a su nueva señora, el hombre dijo:

—Eso, eso... La señora condesa tiene toda la razón del mundo.

No obstante esta contestación, por los ojos del jardinero pasó un sombrío resplandor de odio, que desmentía sus palabras.

La condesa no advirtió aquella enconada mirada, pues casi instintivamente se fijó en el vientre de la mujer, a la que con su rigurosa prohibición acababa de condenar a la esterilidad o al infanticidio.

La conversación no se prolongó demasiado. Después

de ponerse de acuerdo en todo aquello que sólo la señora condesa proponía, éste pasó a hacer las recomendaciones y advertencias relativas al trabajo, detallando todo lo que quería que hiciera el jardinero.

Después los despidió con una altanera sonrisa, diciendo en un tono que no admitía réplica:

—¡Ah, me olvidaba de una cosa...! Supongo que tendrán sentimientos religiosos, porque les advierto que aquí todo el mundo va a misa el domingo y comulga por lo menos una vez al año... Deseo que cumplan con estos preceptos y espero que no tengan ningún inconveniente...

El hombre y la mujer se despidieron de la señora condesa sin hablarse, tristes y pensativos. El camino estaba polvoriento y el tiempo que hacía era casi agobiante por su pesadez. La pobre mujer caminaba penosamente, con una especie de sofoco. De pronto se detuvo, dejó su bolso en el suelo y se aflojó el corsé.

—¡Uf! —suspiró.

Pareció sentirse más aliviada después de su fuerte resoplido, y su vientre descubrió la redondez característica de la futura maternidad que en aquel momento era como un delito para el matrimonio.

Siguieron andando. Al llegar al pueblo entraron en una hostería y pidieron un litro de vino.

—¿Por qué no le dijiste que estoy embarazada? —preguntó ella.

Y él contestó:

—¿Qué querías...? ¿Que nos echara a la calle antes de admitirnos? Ya sabes que casi todas las patronas tienen su manía contra los niños de los sirvientes.

—Sí, pero habrá que decírselo... ¿Qué más da que se le diga hoy o mañana? Nos tendremos que enfrentar con esa realidad...

—No hay realidad que valga. Ya la has oído... Si le hubiésemos dicho la verdad, no nos habría dado el empleo. Y el día que se lo digamos nos echará a la calle...

¿Y qué podemos hacer?

Como si no hubiese oído a la mujer, él murmuró:

—¿Qué quieres que hagamos? Elegir entre esa criatura que aún no ha nacido o el empleo... Si tú fueras una mujer... Si tú fueras una mujer como es debido, irías esta noche a casa de la señora Hulot... Ella tiene unas hierbas que resuelven estos casos en un momento... Es la única solución.

—¡Cállate! ¡Cállate! —exclamó ella, llorando—. No quiero oírte hablar así... Eso siempre trae desgracia. ¡No me hables de eso!

El hombre golpeó la mesa con los puños, diciendo:

—¿Desgracia? ¿Aún quieres mayor desgracia que la nuestra? ¿No comprendes que si no hacemos eso tendremos que morirnos de hambre? Tú sabes tan bien como yo, que empleos así no salen todos los días.

La mujer acabó comprendiendo. Cedió a las exigencias dramáticas del momento y fue a casa de la señora Hulot.

La desgracia ocurrió cuatro días después. El aborto se complicó y la desdichada murió de una peritonitis, después de sufrir los más horribles dolores.

Cuando el hombre terminó su relato, me dijo con la rabia grabada en el rostro:

—Es así como me quedé solo en el mundo... y sin recursos para comer. Durante algún tiempo pensé en la venganza. Quería matar a los tres niños que vi jugando en el jardín... No tengo malos sentimientos, ni los he tenido nunca, pero le aseguro que hubiera estrangulado a los tres hijos de aquella arpía... Sin embargo, no me atreví. Es lo que ocurre siempre. El tiempo va pasando y al final... uno tiene miedo... Se es cobarde, y... un buen día se descubre que sólo nos queda valor para sufrir y soportar más calamidades... ¡Es desesperante!

XVI

24 de noviembre

Aún no he tenido ninguna noticia de Joseph. Conociendo su sentido de la prudencia, no me extraña ese silencio, pero no puedo evitar la angustia que me atenaza.

Joseph sabe muy bien que antes de que se nos dé la correspondencia, pasa por las manos de la señora Lanlaire, Sin duda no quiere exponerse a una indiscreción, y quizá quiera evitar que el hecho de escribirme sea mal interpretado por la patrona, o maliciosamente comentado. No obstante, creo que Joseph tiene muchos recursos, y que podría haber encontrado alguno para darme noticias... si de verdad se lo hubiese propuesto.

Mañana es el día que tendría que regresar, según me dijo al irse. Pero... ¿regresará? Tengo mis dudas. ¡Ah, mi mente no permanece inactiva ni un momento! ¡No deja de cavilar, acosada por ese única pensamiento de volver a ver a Joseph...! ¿Por qué no me daría su dirección en Cherburgo? ¡Bah, no quiero pensar más! Lo que haya de

ser… será. Después de todo, no sirve de nada romperse la cabeza antes de tiempo. Y si lo hago, después tengo fiebre.

Aquí no puede decirse que haya ocurrido nada de particular durante estos días. Cada vez suceden menos cosas, y podría asegurarse que el «silencio» es absoluto.

El sacristán, debido a su amitad con Joseph, se ha encargado de sustituirlo en el cuidado de los caballos y las plantas de El Priorato… Lo he intentado, pero a este hombre es imposible arrancarle una palabra respecto a su entrañable amigo. Aún es más reservado, más desconfiado y más torpe de modales que el propio Joseph. También es más vulgar, y no tiene su altura, ni tampoco su fuerza. Sólo lo veo cuando tengo que darle alguna orden de los señores.

Lo cierto es que se trata de un tipo bastante extraño… Ahora es sacristán, pero de joven, según me contó la tendera, ingresó en un seminario, del que lo expulsaron debido a sus groserías y a su inmoralidad. ¿Sería él quien violó a la pequeña Claire…? Al parecer probó los más diversos oficios: pastelero, cantor de coro, vendedor ambulante de mercería, escribiente de abogado, sirviente, pregonero, comprador por cuenta de otro, ayudante de alguacil… y sacristán, cargo que tiene desde hace cuatro años. Al fin y al cabo, ha conseguido de alguna manera sus primeras aspiraciones, porque ser sacristán… es ser un poco cura. Ese individuo tiene los modales viscosos y rastreros propios de los guardianes

eclesiásticos. Es seguro que no pondrá el menor reparo ni a los más sucios trabajos. Yo creo que Joseph se desacredita siendo su amigo, aunque..., ¿podría decirse que es amigo suyo? ¿No será su cómplice más que otra cosa?

La señora Lanlaire tiene hoy jaqueca. Parece que le ocurre cada tres meses. Se queda encerrada en su habitación a oscuras durante dos días seguidos, y sólo puede entrar allí Marianne... A mí se ha negado a verme. Esa enfermedad de la señora supone una fiesta para el patrón, que se aprovecha todo lo que puede. Se pasa el día en la cocina, de donde hace poco he visto que salía muy acalorado. ¡Ah, cómo me gustaría verlos a él y a Marianne hacerse el amor! Creo que sería formidable, aunque después sintiera asco durante varias semanas.

El capitán Manger puede decirse que ya no me habla, limitándose a dirigirme rabiosas miradas por encima de la cerca. Parece que se ha reconciliado con su familia... y una sobrina se ha instalado en la casa para atenderlo. Es una joven bien parecida y de aspecto alegre, y tiene la nariz quizá un poco larga. Según las malas lenguas, sea cierto o no, la sobrina del capitán se encargará de los quehaceres de la casa y reemplazará a Rose en la cama de su tío. Así todo quedará en casa.

En cuanto a la señora Gouin, la muerte de Rose pudo ser un duro golpe para las tertulias del domingo en su trastienda, pero en seguida pasó los poderes de la

difunta a la mercera, que es quien ahora se encarga de interesar a las jóvenes de Mesnil-Roy por los oficios clandestinos de la infame tendera. Ayer fue domingo y estuve en su casa. Lo mejor de las comadres del pueblo estaba allí, pero, iniciada la tertulia, casi no se habló de Rose ni de su sustituta... Cuando conté la historia de los dos testamentos del capitán, todas se rieron. Tenía razón el capitán Manger cuando me decía que «todo puede reemplazarse»... Pero la mercera no tiene la autoridad de Rose, pues es una mujer que, desde el punto de vista de su vida íntima, no tiene nada que se le pueda censurar.

¡Con qué impaciencia espero la vuelta de Joseph...! Es algo más que una actitud nerviosa la mía: es un deseo, porque, en cierto modo, de él depende mi futuro... No puedo vivir con esta incertidumbre. La verdad es que nunca me sentí tan descorazonada y desesperada en lo que se refiere a mi trabajo. Nunca me había parecido tan despreciable la vida, lo cual se debe seguramente a la vulgaridad de la gente a la que sirvo y al ambiente tan miserable que me rodea, propicio para acabar de embrutecerme. Si no me sostuviese esa esperanza de poderme identificar con una vida nueva, creo que no pasaría mucho tiempo sin que me rindiese yo también en ese abismo de estupideces que veo extenderse cada vez más a mi alrededor.

¡Lo tengo decidido! Que a Joseph le salgan bien las cosas, o le salgan mal, que tome conmigo una resolución

u otra, el resultado será para mí fundamentalmente el mismo, ya que tengo firmemente decidido irme de aquí... Sólo es cuestión de horas. Una noche más de impaciencia y sabré a qué carta quedarme. Según las noticias de Joseph, veré lo que será de mí en un futuro más o menos próximo.

Me conozco y sé que me voy a pasar toda la noche recordando el pasado... Es la única forma para no pensar demasiado en las inquietudes del presente y no preocuparme en exceso por el porvenir. En el fondo los recuerdos me divierten y contribuyen a agudizar mi desprecio por muchas cosas que me repugnan. Por ejemplo, ¡qué seres tan insípidos he ido encontrando a lo largo de mi camino como sirviente! La verdad es que cuando los evoco ni siquiera me parecen reales. Sólo me dan la impresión de que lo son... por sus vicios. Si les quitaran a muchas de esas gentes los vicios que los sostienen, como puede hacerse con los vendajes de las momias; podría descubrirse que no son ni siquiera fantasmas, sino que se reducen a un montón de polvo o de cenizas; el polvo y las cenizas de la muerte.

Recuerdo, por ejemplo, la casa tan extraordinaria a la que me recomendó la señora Paulhat-Durand después de haber rechazado aquella otra colocación con el acaudalado viejo de provincias... Los señores eran

joyenes y no tenían hijos, ni poseían animales. El interior de la vivienda estaba muy descuidado, pero era lujoso, lo mismo el decorado que el mobiliario. En una casa, el lujo y la suntuosidad siempre suponen lo mismo: que se pueda sisar mucho... De esto me apercibí al entrar. Todo parecía un sueño. Con un poco de suerte podría olvidarme de todas las calamidades pasadas últimamente, hasta del señor Xavier, en el que aún pensaba de vez en cuando, y también de las monjitas de Neuilly, de la agencia de colocaciones y de las largas noches de insulso vicio y soledad.

La perspectiva era, pues, halagüeña y ya veía segura una existencia de poco trabajo y grandes ventajas en todos los sentidos. Me sentía tan feliz con mi nueva colocación que me prometí hacer lo imposible para refrenar las fantasías, y reprimir los impulsos un poco fogosos de mi enfermiza sinceridad. Debía conservar aquel trabajo el mayor tiempo posible. Esa era mi consigna de aquel momento.

En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron de mi mente todas aquellas ideas negras, lo mismo que mi furibundo odio a la burguesía, que se disipó en un instante y como por encanto. De nuevo me sentí invadida por mi loca y trepidante alegría de antes. Volví a ver agradable la vida y a considerar que todos los señores tienen siempre algo bueno, si se sabe descubrir.

El personal del servicio era poco, pero de calidad. Una cocinera, un criado, un mayordomo y yo... No había

cochero, pues los señores habían eliminado la caballeriza, y pedían coches de alquiler para sus viajes. En seguida confraternicé con mis compañeros. La misma noche de mi llegada, para darme la bienvenida y celebrar la ocasión, me obsequiaron con una botella de champaña.

—¡Caramba! —exclamé, aplaudiendo—. Esto es lo que yo llamo hacer bien las cosas.

El criado sonrió, al mismo tiempo que agitaba un manojo de llaves, entre las que había también las del sótano. Era el hombre de confianza de la casa.

—¿Me las prestará alguna vez? —le pregunté en tono de broma.

Y él, dirigiéndome una significativa mirada, me contestó:

—Claro que sí, pero a condición de que sea usted buena con Bibi... ¿No sabe? Es muy conveniente ser buena con Bibi.

¡Ah, era un tipo magnífico! Era un hombre con clase y sabía hablarle a las mujeres... Se llamaba William. ¡Qué bonito nombre!

Durante la cena, que se prolongó bastante, el viejo mayordomo apenas dijo nada. Comió y bebió bastante. Nadie se fijaba en él.

En cuanto a William, debo reconocer que fue encantador; me hizo arrumacos por debajo de la mesa y luego me invitó a café y a cigarrillos rusos, de los que parecía tener los bolsillos llenos. Después me atrajo

hacia él... Yo estaba un poco aturdida por el tabaco y la bebida. Estaba también bastante despeinada. William me sentó sobre sus rodillas y lo aprovechó para decirme al oído las cosas más audaces. ¡Dios mío, qué atrevido era!

A Eugénie, la cocinera, no parecía que la escandalizase la conducta de su compañero, ni las exploraciones que hacía en mi cuerpo. Parecía una mujer inquieta y soñadora, lo que no le impedía vigilar, pues en cuanto oía el menor ruido, no quitaba ojo de la puerta, como si esperara algo, y bebía un vaso tras otro. Tendría unos cuarenta y cinco años, mucho pecho, carnosos y sensuales labios, y unos ojos muy lánguidos y apasionados, además de una bondadosa expresión, aunque algo triste.

De pronto, se oyeron unos discretos golpes en la puerta de servicio. Aquello hizo que el rostro de Eugénie se iluminara. Dio un rápido salto y fue a abrir... Entonces quise sentarme correctamente, teniendo en cuenta la visita, pero William me sujetó, abrazándome más fuerte que antes.

—No te preocupes, no pasa nada... —me dijo con aplomo—. Es el chico...

En efecto, por la puerta apareció un muchacho muy joven. Era rubio, delgado, rostro claro y sin el menor principio de barba. Quizá tendría dieciocho años y era apuesto y delicado. Llevaba un traje nuevo, muy elegante, que dibujaba su grácil y esbelta figura, y una

vistosa corbata de color rosa. Era el hijo de los porteros de la casa vecina y acudía todas las noches..., porque Eugénie sentía por él una especial adoración. La cocinera apartaba todos los días en una cesta grandes botes con caldo, rodajas de carne, botellas de vino, fruta y pastas, que el muchacho llevaba a sus padres.

—¿Por qué vienes tan tarde esta noche? —le preguntó Eugénie.

—Mamá tuvo que ir a un recado y yo me he tenido que quedar en la portería... —se excusó el muchacho.

—Tu madre, tu madre... No sé si creerte. ¿Es verdad eso...?

Eugénie suspiró hondo mientras miraba al muchacho, al mismo tiempo que apoyaba las manos en sus espaldas, y decía con tono de angustia:

—Cuando te retrasas, siempre temo que te haya ocurrido algo. Ya sé que es una tontería, pero... Dile a tu madre que si esto continúa así, no te daré nada para ella...

El cuerpo de la buena mujer parecía temblar de emoción, mientras que sus fosas nasales se estremecían voluptuosamente.

—¡Qué guapo eres, Dios mío! —dijo de pronto, hablando con el muchacho como si se dirigiese a una imagen religiosa—. ¡Qué hermoso rostro tienes...! Pero dime, ¿por qué no te pusiste los zapatos nuevos? Cuando vienes a verme, quiero que estés resplandeciente... desde cualquier punto de vista que se

te mire. ¿Y esos ojos tan pícaros? ¿Qué me quieres decir con ellos? ¡Ah, estoy segura de que han mirado a otra mujer! ¿Y tu boca...? ¡Qué boca tan divina tienes...!

El muchacho tranquilizó a la cocinera con una simple sonrisa, al mismo tiempo que se balanceaba para decir:

—¡Por Dios, Nini! No seas así... Te aseguro que mamá ha tenido que ir a un recado... ¿Por qué tengo que mentirte? ¿Por qué?

—¡Qué pícaro eres! Está bien, está bien, pero no quiero que mires a las otras mujeres... —repuso Eugénie—. Tu precioso rostro es sólo para mí, y tus grandes ojos y tu delicada boca... ¿Verdad que me quieres, aunque sólo sea un poquito?

—Claro que sí, Nini... ¡Qué cosas tienes!

—Repítelo.

—Claro que te quiero, Nini... ¿Por qué no he de quererte?

Ella se echó entonces al cuello del muchacho, con la garganta palpitante y tartamudeando de amor, arrastrándolo después a un cuarto vecino.

William me explicó:

—Es su gran debilidad... No puedes figurarte cuánto le cuesta ese chico... La semana pasada lo vistió de pies a cabeza. ¡Ojalá que usted me llegara a querer así!

Aquella escena me conmovió. Desde aquel momento sentí el más sincero afecto por Eugénie... Aquel muchacho tenía un gran parecido con el señor Xavier.

Aunque tuviesen distinta edad, había el mismo denominador común de una moral podrida. Aquel pensamiento me puso muy triste de repente, pues sin quererlo me vi de nuevo en el dormitorio del señor Xavier el día que le di los noventa francos... ¡Ah, tu bonito rostro, tu divina boca, tus grandes ojos!

Los ojos de aquel muchacho eran los mismos ojos fríos y crueles, la ondulación de aquel cuerpo igual a la del otro cuerpo... Era también el mismo vicio el que brillaba en sus pupilas, el mismo incentivo que provocaba los besos, el mismo veneno que adormecía la voluntad a través del exacerbamiento de los sentidos.

Me desprendí de los brazos de William, cuyas súplicas iban siendo más insistentes.

—No... Esta noche, no... —le dije secamente.

—Sin embargo, había prometido ser amable con Bibi...

—Pero no esta noche...

Y me libré de sus brazos para poner en orden mi cabello y mi arrugada falda.

Como es natural, no pretendí cambiar nada de las costumbres de la casa en cuanto al servicio. William hacía la limpieza como mejor le parecía. Un barrido aquí, un plumerazo allá... y ya estaba. El resto del tiempo se lo pasaba charlando, revolviendo los cajones y los roperos y leyendo la correspondencia de los señores, que una podía encontrar en cualquier cajón...

Pronto hice como William. Empezó a acumularse el

polvo sobre los muebles y a reinar el desgobierno en las salas y en los dormitorios. Si yo hubiese sido la señora, me habría dado vergüenza vivir con aquel desorden. Pero tanto ella como el señor eran tímidos. No sabían mandar, como lo prueba el hecho de que detestaban hacerle una escena a nadie. Si notaban algún descuido, a lo más que se atrevían era a decir:

—Célestine, creo que se le ha olvidado hacer tal cosa...

Esta actitud no descartaba la posibilidad de contestar en un tono en el que la firmeza no excluyera la insolencia, diciendo, por ejemplo:

—Pido disculpas a la señora, pero creo que se equivoca. De todos modos, si la señora no está contenta...

Entonces ya no insistía más... y todo solucionado. La verdad es que nunca encontré unos señores con menos autoridad sobre el servicio, ni con menos sentido de lo que les correspondía, ni con menos personalidad.

En cambio, William sabía poner a cada cual en el lugar que le correspondía. Además, tenía una pasión que se repite en mucha gente de nuestra clase: las carreras. Conocía a todos los yoqueys, a todos Los entrenadores, a todos los apostadores y hasta a muchos gentileshombres que tenían la misma afición: barones, condes y vizcondes, que le demostraban simpatía y amistad, pues sabían que él siempre tenía datos valiosos sobre las carreras del momento.

Hay que advertir que esta pasión, para mantenerla como es debido, requiere salidas y continuos desplazamientos por la ciudad, lo cual no se compagina con un oficio tan poco libre como el de criado. Pero William había organizado su vida admirablemente: después de la comida del mediodía se vestía y salía de casa... ¡Ah, qué elegante estaba con su pantalón a cuadros negros y blancos, sus zapatos de charol, su sombrero y su gabán de color crema...! Los sombreros de William eran dignos de mención, pues la mayoría eran azul marino, y el cielo, las calles, los ríos, las multitudes y los hipódromos, podía decirse qué se reflejaban en ellos con los más prodigiosos matices cromáticos.

William no regresaba hasta el momento en que debía ayudar al señor a vestirse. A menudo volvía a salir después de la cena, diciendo que tenía una cita importante con unos ingleses o cualquier otro cuento por el estilo, y no regresaba hasta altas horas de la noche, un poco ebrio por haber bebido varios cócteles.

No pasaba una semana sin que invitara a sus amigotes a una comida en casa. Aquella gente se componía de cocheros, criados y algunos yoqueys, tan cómicos como macabros, pues tenían las piernas torcidas y las rodillas deformadas, además del acostumbrado y cínico aspecto de todos los crápulas de sexo ambiguo... Sus principales temas eran los caballos y las mujeres, refiriéndose los unos a los otros siniestras

historias de sus dueños, que, según ellos, eran todos pederastas. Después, cuando el vino se les subía a la cabeza, comenzaban a discutir de política... William, en este aspecto, era de una soberbia intransigencia, y se expresaba siempre con una terrible violencia reaccionaria.

—¡Mi hombre es Cassagnac! exclamaba inevitablemente en un momento dado—. ¡Cassagnac! Un hombre rudo, tan inteligente como astuto. Lo que dice Cassagnac es cosa hecha, tanto para sus amigos como para sus enemigos. ¡Que se atreva con él cualquier puerco canalla de esos que andan por ahí...!

Cuando la algarabía llegaba a su apogeo, Eugénie siempre se levantaba de la mesa para abrir la puerta. Entonces entraba el muchacho de sus sueños, que ponía cara de asustado, al ver la escena y todas las botellas vacías que había en la mesa y por el suelo. Eugénie siempre reservaba para él un vaso de champaña y un plato de golosinas... y después desaparecían en la habitación de al lado.

—¡Oh, tu bonito rostro, tu boca divina, tus grandes ojos!

En esas ocasiones el muchacho se iba con la canasta mejor provista que nunca... Así su familia también disfrutaba del festín.

Una noche que el muchacho se retrasaba, un cochero gordo y cínico que participaba en la reunión de William, viendo a la cocinera muy nerviosa, le dijo:

—No se ponga nerviosa, mujer, que al final llegará su querido marica...

Eugénie se levantó irritada y temblando, y se le acercó para decirle:

—¿Qué ha dicho usted...? ¿Que es un marica ese precioso querubín? ¡Repita eso otra vez!

—Sí, un pequeño marica...

—Bueno, y si eso le gusta al chico, ¿qué le importa a usted?

—A mí nada, pero...

—¿Pero qué?

—Nada, nada... Pero si duda de mis palabras, mi querida Eugénie, puede ir a preguntárselo al conde Hurot, que vive a dos pasos de aquí...

El cochero no tuvo tiempo de terminar lo que iba a decir, porque una tremenda bofetada de la cocinera le cortó en seco la palabra, en el mismo momento que apareció el muchacho... y Eugénie corrió a su encuentro como siempre.

—Ven conmigo, amor... ¡Vamos, no te quedes con estos canallas...!

Sin embargo, yo creo que el gordo cochero tenía razón.

William me hablaba con frecuencia de un tal Edgar, el célebre montera del barón de Gorgsheim. Estaba

orgulloso de conocerlo, y lo admiraba tanto o más que a Cassagnac... Edgar y Cassagnac eran los dos hombres que más admiraba William, y podia decirse que eran sus héroes preferidos... Si alguien se hubiese atrevido a bromear o a discutir sobre ellos, creo que habría salido malparado, pues William los defendía siempre incondicionalmente, cualquiera que fuese el tema de que se tratase. Cuando regresaba muy tarde por la noche, su disculpa siempre era la misma; «He estado con Edgar.» Estar con Edgar era para William no sólo una excusa, sino un galardón.

—¿Por qué no le invitas un día a cenar para que yo pueda conocer a tu famoso Edgar? —le propuse un día.

Pero William se escandalizó, y me replicó con una ofensiva soberbia:

—¡Qué cosas se te ocurren...! ¿En qué cabeza cabe invitar a Edgar a una cena de criados?

William había copiado de Edgar la manera de limpiar y lustrar los sombreros. Una vez, en las carreras de Auteuil, el joven marqués de Plérin abordó a Edgar para preguntarle:

—Dígame, Edgar..., ¿cómo consigue ese brillo tan magnífico de sus sombreros?

—¿Mis sombreros, señor marqués? ¿Que cómo consigo ese brillo? Es muy fácil —contestó Edgar.

Y se dispuso a complacer al marqués, halagado sin duda por la consulta, aun cuando el tal marqués de Plérin fuese un ladrón en las carreras y un tramposo en

el juego, lo que no le impedía representar en aquel momento lo más selecto de la sociedad parisiense.

—Mi sistema es de lo más sencillo... —repuso Edgar—. Todas las mañanas hago correr a uno de los criados durante un cuarto de hora por lo menos... Esta carrera hace que el hombre sude, pero esto no tendría nada de particular si no fuese porque segrega un sudor especial, que contiene una gran cantidad de grasa... Después de esa carrera, hago que se seque el sudor con un pañuelo, y con él lustra mis sombreros. A continuación se les pasa la plancha... y ya están. Ese es todo el secreto. Claro que es necesario un hombre sano y limpio, y mejor que tenga cabellos castaños, pues los rubios huelen a veces demasiado... Ya le he dicho, no todos los sudores son apropiados. El año pasado tuve el honor de explicarle mi sistema al príncipe de Gales...

El joven marqués quiso mostrar su agradecimiento, a Edgar dándole la mano, pero entonces Edgar le dijo casi al oído:

—Tome boletos para «Baladeur»... Están siete a uno y va a ser el ganador. Se lo aseguro, señor marqués.

Aunque parezca mentira, acabé por sentirme también halagada con aquellos éxitos que William obtenía con sus amistades... Para mí, Edgar era algo extraordinario e inaccesible, algo así como el emperador de Alemania, Victor Hugo, Paul Bourget o cualquier otra personalidad famosa. Por eso creo útil hacer constar en estas páginas el retrato de semejante personaje, tal

como William me lo describió a través de muchos comentarios.

Parece que Edgar había nacido en un indecente tugurio de los barrios bajos de Londres, entre dos eructos de whisky. De chico, supo ya lo que era una prisión, pues primero fue ladrón y luego mendigo y vagabundo. Más tarde, como era un crápula y reunía todas las deformaciones morales requeridas, consiguió trabajo como ayudante de lacayo. De las antesalas pasó a las caballerizas y se rozó con todos los tahures que pululan a la sombra de las casas ricas. De allí pasó a una de las aulas de sementales de Eaton, donde pudo pavonearse con la toca escocesa, el chaleco a rayas negras y amarillas, los calzones cortos de color claro y los zapatos de hebilla. Cuando casi no había alcanzado la mayoría de edad, el bueno de Edgar ya parecía un viejo de cara arrugada, mejillas rosadas, sienes amarillentas y cabellos ralos, peinados en graciosos rizos por encima de las orejas.

En una sociedad que se espanta del olor a estiércol, Edgar consiguió ser una persona mucho más relevante que un obrero o un campesino, puesto que llegó a ser considerado casi como un caballero. Fue en Eaton donde aprendió su oficio a fondo, sabiendo cómo cuidar un caballo de raza cuando está enfermo, poniéndole el

abrigo más adecuado, aparte de que llegó a conocer prácticamente todos los secretos de su higiene. Edgar sabía almohazar un caballo como nadie, sacando el mejor partido de la crin y los cascos, y todos los detalles que embellecen al animal y realzan su valor.

En los bares y otros sitios propios del ambiente, Edgar conoció a los yóqueys más importantes, a los entrenadores más célebres, a los barones más ladinos y a los duques más ladrones, granujas todos ellos que eran como la crema de ese lodazal en que chapotea el mundo de las carreras de caballos.

Edgar habría querido ser yóquey, pues calculaba todos los negocios y trucos que tendría a mano en esa actividad, pero creció demasiado... Si sus piernas han seguido siendo delgadas y arqueadas, su estómago pronto comenzó a desarrollarse, convirtiéndole en un barrigudo demasiado pesado para montar un caballo de carreras. Al no poder vestir la blusa de yóquey, recurrió a la librea de cochero...

Ahora Edgar tiene cuarenta y tres años, y es uno de los cinco o seis monteros ingleses más conocidos en toda Europa. Su nombre aparece en las publicaciones deportivas y en las crónicas mundanas y literarias. El barón de Gorgsheim, su actual señor, está orgulloso de él, más orgulloso que si hubiera llevado a cabo una operación financiera que hubiese causado la ruina de cien mil competidores. Cuando habla de «su» montero lo hace con un tono de insolente superioridad, lo mismo

que un coleccionista de cuadros podría hablar de «sus» Rubens. Además, desde que Edgar está a su servicio, el barón ha ganado en cultura y respetabilidad, pues la «posesión» de un servidor de tanto prestigio le ha valido la entrada en los más deseados y distinguidos salones. Podría decirse que gracias a Edgar ha podido vencer las resistencias que se le oponían, llegándose a afirmar que su triunfo es como «una victoria del barón de Gorgsheim sobre Inglaterra»... Los ingleses quizá no han conseguido dominar Egipto, pero el barón les ha conquistado su famoso montero. Es como si esto restableciera el equilibrio de las cosas, aunque yo no sepa muy bien de qué cosas se trata. Sea lo que fuere, el barón no habría sido tan aclamado si hubiese conquistado la India.

Pero esa admiración no está libre de envidias, pues hay mucha gente que sueña con quitarle los servicios de Edgar, para lo cual hasta ha habido quien ha tramado toda clase de intrigas, como si se tratara de una hermosa mujer.

En cuanto a la Prensa, como resultado de su respetuoso entusiasmo, ha llegado a tal confusión de valores que ya no se sabe, leyendo los periódicos; quién vale más... si el admirable montero o el admirable financiero, pues las dos glorias se confunden en una mutua apoteosis.

Entre la aristocracia, Edgar es algo así como un bello y rarísimo adorno. En cuanto a su físico, es un

hombre de talla media y de una fealdad muy inglesa y casi grotesca, y su nariz, extremadamente larga y aquilina, podría obedecer a un doble origen real, pues tiene tanto de semítica como de borbónica. Sus finos labios dejan ver algunas holgaduras entre los dientes, y su rostro, que amarillea un poco, parece como de laca roja en sus mejillas. Aunque algo gordo, no es obeso como los imponentes cocheros de otros tiempos, por lo que su gordura puede decirse que es proporcionada y regular. Camina con el cuerpo ligeramente inclinado, y los codos separados en un ángulo, que podría llamarse «reglamentario». Desdeñoso con la moda, pero deseando imponerla, acostumbra vestir con un lujo caprichoso. Parece que cuenta con un vestuario muy variado: levitas azules con el revés de moaré, pantalones de corte inglés y colores claros, corbatas blancas, pañuelos perfumados, zapatos muy lustrosos y sombreros tan relucientes que se han hecho famosos... ¿Cuántos jóvenes remilgados le envidiarán a Edgar su insólito y fastuoso ropero?

Edgar acostumbra a bajar de su automóvil, delante de la residencia del barón, alrededor de las ocho de la mañana, la hora de empezar sus quehaceres, pero no por eso deja de vestir elegantemente, llevando llamativas chaquetas con una gran rosa amarilla en el ojal. Si es invierno, luce cortos y muy elegantes gabanes, y entonces pone la rosa en la solapa del abrigo. Cuando él llega, sus subordinados acaban de cuidar de los

caballos, y pasa revista a todo, seguido de los palafreneros, siempre nerviosos y respetuosos. No hay nada que escape a la mirada del experto montero, sea un balde que no está en su sitio, una cadena sucia, la rotura de cualquier adorno metálico... Entonces refunfuña, se pone nervioso, amenaza con su voz nasal y, al gritar, fuerza sus bronquios, fatigados debido a lo poco que ha dormido la borrachera de la noche anterior. Entra en la cuadra y pasa sus enguantadas manos por las crines de los caballos, por el cuello, el vientre y las patas. En cuanto descubre el más leve descuido, insulta a los palafreneros con un argot que domina todas las blasfemias, y una retahíla de amenazas que anonadan a sus esclavos... Después examina los cascos de los caballos, la avena de los pesebres, los lechos de paja, su color y su espesor, que nunca encuentra a su gusto.

—¿Este mezquino lecho para los caballos es el que yo exijo? —exclama—. Sí, ya sé que es paja..., ¡pero para caballo de carga! Como mañana lo vuelva a encontrar igual, os juro que os la haré tragar...

A veces aparece el barón por las caballerizas, sin duda feliz al poder hablar con su montero, pero Edgar casi no le concede importancia, contestando a las tímidas preguntas de su patrón con breves y hoscas palabras. Por ejemplo, Edgar jamás dice «el señor barón», sino que es éste quien parece que tendría que decirle a él «señor montero», pues temeroso de irritar al omnipotente Edgar, siempre acaba por retirarse en

seguida y muy discretamente.

Después de haber inspeccionado bien toda la caballeriza, dando órdenes de tipo casi militar, Edgar vuelve a subir a su automóvil y se dirige hacia los Champs Elysées, deteniéndose en cierto bar, donde habla con varios individuos relacionados con las carreras de caballos, algunos de los cuales le dicen ciertos secretos al oído y otros le muestran telegramas confidenciales.

El resto de la mañana lo dedica a visitar a los proveedores del barón, para cobrar las comisiones que le corresponden. Con esta gente dedicada a comprar y vender caballos de raza, tiene muy animados coloquios.

—¿Qué hay, Edgar? —le saludan en cuanto le ven aparecer.

—Hola, Poolny.

—Oye... Tengo comprador para el caballo bayo del barón.

—Es igual... porque no está en venta.

—Podría haber cincuenta libras para ti...

—¡Ni hablar!

—Entonces, cien libras, Edgar...

—No hay que precipitarse, Poolny. Te prometo estudiar la oferta...

—Pero eso no es todo...

—¿Qué más hay?

—Tengo dos magníficos alazanes para el barón que podrían interesarle mucho...

—No los necesitamos...

—Podría haber cincuenta libras para ti...

—¡Ni hablar!

—Entonces, cien libras, Edgar...

—Bueno, Poolny... Te prometo estudiar la posibilidad de esa compra, ¿de acuerdo?

El resultado de estas entrevistas siempre es el mismo. Algunos días después, Edgar habrá convencido al barón de que debe desprenderse del caballo bayo, vendiéndoselo a Poolny, quien tiene dos magníficos alazanes que sería conveniente comprar... Poolny tendrá al caballo paciendo en el prado durante tres meses, y quizá dos años después se lo volverá a vender al barón.

El trabajo de Edgar podría decirse que termina hacia el mediodía. Para comer regresa a su departamento de la calle Euler, pues no vive con el barón. Tiene una vivienda de planta baja adornada con felpillas de vistosos colores y litografías inglesas, que cuelgan de las paredes y representan escenas de caza y célebres carreras. Hay también algunos retratos del príncipe de Gales, distintos todos... y uno con la correspondiente dedicatoria del famoso personaje. Allí hay también bastones, látigos, espuelas y trompas de caza, éstas dispuestas en forma de panoplia, para que en el centro se admire un busto de barro cocido que representa a la reina Victoria.

Después de comer, y libre ya de preocupaciones, con sus bien ajustados pantalones azules y en la cabeza uno

de sus brillantes sombreros, Edgar se dedicaba a sus negocios particulares y a sus placeres preferidos. Los negocios que llevaba por su cuenta eran varios, y abarcaban desde una sociedad con el cajero de un casino, hasta la colaboración con un editor, pasando por el extraño cambalache económico que tenía con un fotógrafo hípico, además de que era propietario de tres caballos de carreras, que entrenaba cerca de Chantilly. En cuanto a los placeres y las diversiones, Edgar era amigo de muchas mujeres, que conocían muy bien su casa y en la que sabían que siempre podían encontrar una buena cama y cinco luises... Pero esto no era muy frecuente, pues a lo que más se dedicaba por las tardes era exhibirse en el Ambassadeurs, en Le Cirque o en el Olympia, siempre correctamente vestido, para ir más tarde a L'Ancien, donde acostumbraba a emborracharse con cocheros que presumían de señores, y con señores que parecían cocheros...

Cada vez que William me contaba las historias de su amigo, siempre terminaba maravillado y diciendo más o menos:

—¡Ah, Edgar! ¡Ese sí que puede decirse que es un hombre!

Los señores en cuya casa trabajaba con William pertenecían al gran mundo parisiense, pero el señor era

un noble que no tenía un centavo... y de la señora no se sabía con exactitud su origen, aunque circulaban los más extraños rumores. Por ejemplo, William, que alardeaba de estar siempre bien informado de los chismes de la alta sociedad, decía que era hija de un cochero y de una criada que, sisando mucho y gracias a una conducta nada recomendable, habían conseguido reunir un pequeño capital, con el que se establecieron como usureros en un suburbio de París, ganando una fortuna con sólo prestar dinero, sobre todo a las mujeres de la mala vida. Fue lo que se dice tener suerte.

No sé si la historia es cierta, pero lo que sí sé es que la señora, a pesar de su elegancia y de su hermosa figura, tenía costumbres y gustos muy raros. Le gustaba la carne hervida, el tocino salado y el repollo, y echaba en la sopa vino tinto, igual que los cocheros. Cuando la veía hacer esas ordinarieces sentía vergüenza por ella... A menudo, cuando discutía con el señor y se acaloraba, gritaba: «¡Mierda!» Cuando perdía los estribos descubría sus orígenes, y de aquella boca salían palabrotas e insultos que hasta a mí me avergonzaban.

Nadie puede suponer cuántas mujeres hay que, con sus gestos angelicales, sus vestidos de tres mil francos y unos ojos que parecen estrellas, en la intimidad son tan groseras como unos carreteros y tan ordinarios sus ademanes y su lenguaje que no los mejora una prostituta.

—Las grandes damas —solía decir William— son

como las salsas de las mejores cocinas. Uno no debe saber cómo se han hecho, porque de otra manera no habría quien se atreviese a catarlas...

William soltaba a veces alguna de estas sentencias, humillantes por lo que a una le afectaban, pero normalmente era un hombre muy galante y amable, pues después de decir barbaridades de ese tipo me cogía cariñosamente y me decía:

—Claro que un pimpollo como tú, aunque halague menos la vanidad de uno... es algo mucho más serio.

Debo aclarar, sin embargo, que las palabras groseras y las rebeldías de la señora eran, siempre para su marido, pues con nosotros era siempre correcta, quizá por timidez más que por respeto.

Pero a pesar del desorden y la mala administración de la casa, la señora tenía los más inesperados detalles de tacañería con el servicio. Cuando le daba por la economía, reñia a la cocinera por unos centavos de lechuga, o por lo que costaba el lavado de la ropa, y discutía todas las cuentas. En cierta ocasión no paró de removerlo todo hasta conseguir que la compañía de ferrocarriles le reintegrara quince centavos que al parecer le habían cobrado de más al hacer un envío. Cada vez que tomaba un coche y le salía la avaricia, la pelea era segura, porque, además de no darle propina al cochero, buscaba el pretexto para no pagar lo que le pedían. No obstante, esto no impedía que el dinero, las joyas y hasta las llaves estuvieran siempre abandonados

sobre los muebles. A veces malvendía sus ropas de más valor y su mejor lencería por cuatro cuartos, y se dejaba engañar por los vendedores de objetos artísticos. En cambio, aceptaba sin pestañear las cuentas que le presentaba el mayordomo, y lo mismo las que le pasaba el bueno de William... Lo que ya no sabía nadie es lo que en aquella casa podía meterse en el bolsillo cualquier sirviente sin escrúpulos.

A veces yo le decía a William:

—Creo que exageras... ¿No crees que tú robas por robar, por vicio? Algún día te pasarás de la raya y te verás de patitas en la calle.

—¡Bah..., sé muy bien lo que hago! —me contestaba con seguridad—. Cuando se tienen dueños tan confiados, sería una necedad no aprovecharse... ¿No te parece?

La verdad es que poco provecho sacaba él de aquellas continuas raterías, porque todo su dinero iba a parar al mismo sitio: a las carreras de caballos.

Los señores se habían casado hacía cinco años... Al principio frecuentaron los medios sociales y daban fiestas en casa, pero, poco a poco, fueron limitando sus salidas y sus recepciones para vivir como en una campana de cristal, pues los dos eran muy celosos. La señora le reprochaba a él continuos flirteos con otras

mujeres, y el señor le reprochaba a ella que miraba demasiado a los hombres. Indudablemente se querían mucho, pero se peleaban continuamente como unos pequeños burgueses. La verdad es que la señora no había conseguido triunfar en el gran mundo, pues sus modales los reprobaban allá donde fuesen. Ella le recriminaba al señor que no hubiera sabido imponerse en los medios sociales que les correspondían, y él le criticaba las veces que le había puesto en ridículo ante sus amigos. Lo cierto era que no tenían la franqueza de confesarse sus sentimientos y optaban por el procedimiento más simple, que era reconciliarse cuando se acostaban.

Cada año, a mediados de junio, se marchaban al campo, a la región de Touraine, donde la señora poseía una finca magnífica. El servicio lo ampliaban con un cochero, dos jardineros, una segunda camarera y dos a tres criados para cuidar las aves del corral y las vacas.

¡Ah, qué felicidad! Yo soñaba ya en aquellas vacaciones... William me contaba detalles de su existencia allí, pero lo hacía con acritud, pues no le gustaba el campo y, según él, se aburría como una ostra en medio de los prados, los árboles y las flores... Tenía a Paris tan metido en la sangre que sólo podía soportar el aire enrarecido de los bares y de los hipódromos.

—¿Has visto nunca nada más insulso que un castaño? —me decía a menudo—. Ahí tenemos a Edgar, un hombre superior e inteligente... ¿Crees que le gusta

a Edgar el campo?

—¡Ah, pero las flores son muy bonitas! ¡Y los pájaros! —le replicaba yo.

Entonces William agregaba con tono burlón:

—¿Las flores dices...? Las flores sólo son bonitas cuando las lucen las mujeres en su sombrero... ¿Y los pájaros? Sí, ya sé, son muy poéticos..., pero por las mañanas no dejan dormir. Son peor que los niños llorones... Yo no puedo soportar el campo, y, si queremos ser sinceros, el campo sólo es bueno para los campesinos. Ellos sí que tienen motivos para que les guste, pues viven de él..

Hacia una pausa; se erguía con noble gesto y añadía con orgullo:

—A mí lo que me gusta es el deporte... Yo no soy un campesino, sino un deportista...

A pesar de las palabras de William, yo estaba muy contenta y esperaba el mes de junio con verdadera impaciencia... ¡Ah, las margaritas, y los senderos cubiertos de hojas! Pensaba en los nidos escondidos entre la hiedra y en los huecos de los viejos muros, en el canto de los ruiseñores, en la luz de la luna, y en las agradables charlas con los lugareños, junto al pozo, lleno de madreselvas y musgo, en los cuencos de leche recién ordeñada y en los pollitos, en los grandes sombreros de paja y en las misas de la iglesia del pueblo, con sus rústicos campanarios... Pensaba en todo eso, tan propio de la naturaleza, y que encanta y cautiva

al corazón como una de esas bellas romanzas que a veces oímos en un teatro.

Aunque me gustan las diversiones de la capital como al que más, lo cierto es que en el fondo. soy de naturaleza poética. Me conmueven los viejos pastores, el heno segado, los pájaros que saltan de rama en rama y persiguiéndose, el lino, que convertíamos en pelotas, los arroyos que cantan entre los guijarros, los muchachos tostados por el sol hasta parecerse a la uva rosada, sus torsos y sus robustos brazos... Todo eso me hace soñar y recobrar cierta esperanza en la vida. Al pensar en este universo, me siento como una niña, capaz de las mayores ingenuidades y del más inocente candor, y como si mi corazón se refrescara bajo la caricia de una lluvia bienhechora, igual que una florecilla que estuviera casi quemada por el sol o mustia por el viento.

A veces, mientras esperaba durante la noche que William viniera a mi cama, sentía una exaltación que me hacía recordar tantas cosas de la infancia y del campo... Bajo estas impresiones, recuerdo que hasta escribí unos versos...

¡Oh, pequeña flor!
Tú eres como mi hermana,
cuyo aroma
hace mi felicidad...

Y tú, cristalino arroyo,
y tú, lejana colina,
y tú, débil arbolillo
reflejado en el agua..,

¿Qué puedo decíros
en mi delirio,
si no es que os admiro
y suspiro por vosotros?

Amor, amor...
Amor de un día...
y de siempre.
Amor, amor...

¡Ah, pero esto duraba poco! En cuanto llegaba William, adiós la poesía... Traía el olor del bar, y las alas de la fantasía acababan naufragando en sus besos con olor a ginebra. Nunca le enseñé mis versos. ¿Para qué? Seguro que se habría reído de mí y del sentimiento que me los inspiraba.

Lo más probable es que William me hubiera replicado:

—¿Para qué sirven los versos? Ahí tienes a Edgar... ¿Necesita él hacer versos?

No era mi sentimiento poético el único que me empujaba al campo, sino también mi salud. La última y difícil temporada, mal alimentada y con tantos días sin

empleo, consiguió que mi estómago lo acusara y que no pudiera soportar la comida abundante y el champaña que después bebía. A menudo tenía vértigos, y cuando por la mañana me levantaba sentía que las piernas me flaqueaban y como un martilleo en la cabeza. Lo que más necesitaba era un período de tranquilidad, a fin de reponerme, y no podía haber nada mejor que el campo.

Pero aquel sueño de dicha y de salud estaba también destinado a desmoronarse.

—¡Ah, no! «¡Mierda!», como solía decir la señora...

Las disputas entre los señores comenzaban siempre en el tocador de la señora y, la mayoría de las veces, por los detalles más fútiles. Cuanto más nimios eran los motivos, más violentas las escenas. Después de haberse escupido al rostro toda la amargura y la cólera acumuladas durante varias semanas, no volvían a hablarse durante días... Entonces el señor se pasaba el tiempo encerrado en su despacho, haciendo solitarios o limpiando su colección de pipas. La señora no salía de su dormitorio, y se pasaba los días leyendo novelas de amor. Sólo interrumpía su lectura para ordenar los armarios o el guardarropa, lo que hacía con una furia frenética. No estaban juntos más que en las comidas... Al principio, como no conocía sus costumbres, me imaginaba que en la mesa comenzarían a arrojarse los

platos y las botellas..., pero me equivocaba. Era cuando se mostraban más educados. La señora hacía esfuerzos increíbles por parecerse a una mujer de mundo. Hablaban de sus problemas como si no hubiese ocurrido nada, más ceremoniosos que nunca, con una cortesía fría y afectada... Parecía que cenaban fuera de casa. Después, terminada la comida, se levantaban con aspecto grave y mirada triste; retirándose con la mayor dignidad del mundo, cada uno a su aposento. Ella volvía a sus novelas y a su ropero, y él a sus solitarios y a sus pipas. Algunas veces, pero pocas, el señor iba al club, donde pasaba una o dos horas

En estos días de crisis se dedicaban una mutua y rencorosa correspondencia, y yo era su cartero y tenía que llevar las respectivas misivas de una habitación a otra. Todo eran ultimátums, amenazas, súplicas, perdones y lágrimas. Era para morirse de risa...

Después de unos días se reconciliaban y entonces llegaban los llantos y las exclamaciones...

—Eres un malvado...

—¿Y tú?

—Bueno, se ha acabado...

Y se iban a un restaurante para festejar la reconciliación. Al día siguiente se levantaban siempre muy tarde, agotados de tanto amarse.

No tardé mucho en comprender la comedia que aquellos dos pobres actores representaban. Cuando empezaban con sus amenazas, yo sabía que no eran

sinceros; pues estaban muy unidos por diferentes causas: él por interés y ella por vanidad. La señora se aferraba al señor porque él tenía un nombre y un título, y él seguía al lado de ella por el dinero. Lo cierto es que en el fondo no se odiaban más que por el interés que los unía y sentían la necesidad de reprochárselo de vez en cuando, siendo una indignidad sus decepciones, sus rencores y sus desprecios.

—¿A quién pueden serle útiles unas existencias así? —le decía yo a William, y él, que tenía respuesta para todo, me contestaba:

—A Bibi... Para nosotros, son de gran utilidad...

A fin de demostrármelo, William sacaba de su bolsillo la prueba material de su afirmación, que era un magnífico cigarro habano robado aquella misma mañana... Cortaba la punta, lo encendía con la mayor satisfacción y, entre bocanada y bocanada de humo, me decía:

—Célestine, nunca debe uno quejarse de la estupidez de los señores... Es la mejor garantía que tenemos para pasarlo bien. Cuanto más felices se sienten, más crueles son... Cuanto más tontos son, más felices podemos ser nosotros. Es como una proporción aritmética. Anda, tráeme un poco de coñac.

Tumbado en un mullido sillón, con las piernas cruzadas, el cigarro en la boca, y una botella de coñac Martell a mano, William abría *L'Autorité,* y me decía con admirable osadía:

—¿Te das cuenta, mi querida Célestine...? Hay que ser más fuerte que los dueños a quienes se sirve. En esto consiste todo. Dios sabe que Cassagnac es todo un hombre y que piensa como yo; es por lo que yo admiro tanto a ese canalla. Pero no me gustaría estar a su servicio, ni al de Edgar... No lo haría por nada del mundo..Recuerda esto siempre, Célestine: sirviendo en casa de unos señores inteligentes, no se gana nada... Está demostrado.

Luego de unas pipadas, William agregó:

—Cuando pienso que hay sirvientes que se pasan la vida criticando, fastidiando y hasta amenazando a los señores... No lo he podido comprender nunca. ¡Qué torpeza! Matarlos..., ¿para qué? ¿Qué se consigue con matar la vaca que da leche o la oveja que da lana? Yo soy partidario de ordeñar la vaca y de esquilar la oveja... haciéndolo, claro, con toda habilidad y suavidad.

Cuando hablaba en este sentido, siempre acababa dándole vueltas al misterio de su política conservadora.

Durante este tiempo, Eugénie, entre tierna y amorosa, no hacía más que ir de un lado a otro de la cocina. Hacía su trabajo mecánicamente, como una sonámbula, como si estuviese lejos del mundo y de sí misma.

Con la mirada ausente, repetía sus consabidas palabras de adoración y de arrobo:

—¡Tu bonita boca..., tus suaves, tus grandes y preciosos ojos!

Todo esto acababa entristeciéndome hasta terminar llorando. A veces sentía una honda melancolía en aquella extraña casa, donde todos, y hasta yo, parecíamos unos tristes fantasmas.

Una de las últimas escenas que presencié fue extravagante y divertida...

Una mañana el señor entró en el tocador donde yo ayudaba a la señora a probarse un feísimo corsé de color malva con flores amarillas. La señora tenía un gusto horrible.

—¿Cómo? —dijo ella, dirigiéndose a su esposo con amable tono de reproche—. ¿Ahora entras sin llamar en las habitaciones de las mujeres?

—¡Bah, las mujeres...! —murmuró él—. Pero tú no perteneces al mundo de las mujeres...

—¿No...?¿Qué soy, entonces?

El señor parecía un idiota en aquellos momentos, un retrasado mental, pues redondeaba los labios estúpidamente y fingía una traviesa y juguetona ternura; le Contestó:

—Eres mi linda mujercita... Y creo que puedo entrar sin llamar. ¿O no?

Cuando el señor simulaba aquella actitud de enamorado tonto, yo sabía ya qué era lo que pretendía de la señora: sacarle dinero.

Pero ella, desconfiada, y, conociéndolo, le replicó:

—No se debe entrar sin llamar... Y eso de que sea tu mujercita, ¿estás seguro?

—Claro que estoy seguro, cariño...

—No sé, no sé... Yo no estoy muy segura...

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso... A fin de cuentas, ¿cómo puedo saber qué haces cuando no estás conmigo? Los hombres sois tan raros...

—Te digo que eres mi mujercita... La única que hay en mi vida..., ¡y basta!

—Pues si yo soy tu mujercita, tú eres mi bebé... Eso es: el único y gran bebé de tu pequeña mujercita. ¿Te parece bien, pequeñín mío?

Durante aquella escena, mientras le ajustaba el corsé a la señora y ella se acariciaba las axilas, yo tenía que hacer esfuerzos para no soltar la carcajada, pues aquellos cumplidos en diminutivo eran para estallar, entre otras cosas porque sus autores me parecían dos auténticos estúpidos.

Después de inspeccionar la habitación y revolver medias, frascos y cepillos, el señor cogió una revista de modas y se sentó en uno de los taburetes de felpa para hojearla.

—¿Hay pasatiempos esta vez?

—Si, creo que hay un jeroglífico...

—¿Lo has resuelto?

—No...

—Entonces lo haré yo...

Mientras el señor se esforzaba en resolver el jeroglífico de la revista, la señora dijo secamente:

—¿Robert?

—Dime, querida...

—¿No notas nada?

—No, cariño... ¿A qué te refieres? ¿Es algo del jeroglífico?

La señora exclamó malhumorada:

—En cierto modo sí que es un jeroglífico, pero no se trata de esto... Entonces, ¡no notas nada! ¿De verdad no has notado nada al entrar en el tocador? No puedo creerlo...

El señor se levantó y miró a uno y otro lado, y cada mueble, con un gesto que era cómico y grotesco.

—Cierto es que no advierto nada nuevo... ¿De verdad hay alguna novedad en esta habitación? Palabra de honor que no veo nada.

La señora se entristeció y gimió:

—Robert, ya no me amas...

—¿Cómo que no...?¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? Quizá hay aquí algo que debí ver, pero de eso a decir que ya no te amo... No estoy de acuerdo con tu afirmación. Eso es hablar por hablar, querida.

El señor se levantó, y agitando la revista de modas, y dando vueltas por la habitación, como una fiera enjaulada, exclamó:

—¡Qué ideas tan extrañas tienes a veces! No entiendo eso de decir que ya no te amo... ¿A qué viene eso?

—No, no me quieres... Estoy segura, porque si aún

me quisieras habrías notado algo...

—¿Y qué tendría que haber notado...? Ya que no lo he visto, dime de qué se trata.

—Pues se trata de mi corsé.

—Pero..., ¿qué tiene ese corsé de particular? ¿Por qué me tenía que fijar en él? Si, es muy bonito, pero reconoce que no es la única prenda bonita que tienes...

—Si, ahora dices eso..., pero la verdad es que mis cosas no te importan nada. Mientras yo procuro embellecerme para gustarte, tú adoptas una indiferencia insultante, y yo me pregunto qué soy para ti, y la respuesta es siempre la misma... ¿Para qué engañarse? Yo no soy nada para ti. Entras... ¿y qué es lo que más llama tu atención? El jeroglífico de una vulgar revista. No dirás que no es para sentirse herida..., además de que no vemos a nadie, de que no me llevas a ningún sitio y que vivimos aislados como dos lobos. Somos como dos renegados de la sociedad, y esto es muy humillante para una mujer.

—Vamos, cariño, no tienes razón para enojarte... Te lo suplico, querida... ¿Por qué dices esas palabras tan terribles? ¿De dónde sacas que vivimos como dos renegados? No lo entiendo...

Entonces el señor se acercó a la señora para abrazarla, pero ella lo rechazó; diciendo:

—¡No, déjame, que me molestas...!

—Pero, cariño, ¿por qué eres así?

—¡Me fastidias! ¡Ya lo has oído! No te acerques...

—En el fondo no eres más que un egoísta. Sí, eres un egoísta, un puerco y un imbécil. ¡Eso es!

—¿A qué viene eso ahora? Cariño, creo que es una locura lo que estás haciendo. No lo entiendo, no hay causa... Yo puedo ser un poco distraído, y no me he fijado en tu corsé, pero..., ¿crees que es motivo para insultarme así? Anda, cariño, sonríeme... ¡Qué bien te queda ese corsé, y qué color más bonito! Te cae estupendamente, querida...

La verdad es que el señor insistía demasiado, pues hasta me fastidiaba a mí, que no me importaba aquello... Debería haberse ido antes, y lo demuestra el que poco después la señora se puso a patear la alfombra, muy nerviosa, con los labios pálidos y las manos crispadas, mientras decía:

—¡Me fastidias! ¡Me fastidias horrores...! ¡Ah, cómo te aborrezco! ¡Vete en seguida! ¡No puedo soportar tu presencia...! ¿Qué esperas? ¡Sal inmediatamente de aquí!

El señor tartamudeó no sé qué, tan desconsolado que no podía hablar, aunque al final consiguió decir:

—Querida, creo que no eres razonable... ¡Y todo por un corsé! Eso no tiene sentido, reconócelo... Vamos, cariño, cambia de actitud y sonríeme. Es una tontería enfadarnos por tan poca cosa; ¿no lo comprendes?

—¡No, no lo comprendo! Lo único que veo muy claro es que no puedo soportarte... —gritó la señora con manifiesto odio—. ¡Ea, vete en seguida de aquí! ¿Cómo

voy a tener que decírtelo?

Entretanto, yo había terminado de ajustar el corsé. Me levanté, divertida por haber podido ver al desnudo aquellas dos almas que incluso se humillaban delante de mí. Parecía como si se hubieran olvidado de mi presencia o yo fuese invisible. Me limité a callar y a quedarme quieta en un rincón, pues en el fondo deseaba saber cómo iba a terminar la escena.

El señor, que hasta entonces había podido contener su indignación y se mostraba conciliador, acabó por estallar. Estrujó la revista, y la arrojó iracundo al tocador.

—¡Esto ya es inaguantable! —gritó—. ¡Siempre ocurre lo mismo! ¡Estoy más que harto! No puedo hacer ni decir nada, sin que me trates como a un perro... Es intolerable, y te advierto que yo también estoy harto de esta vida y de tus modales de verdulera... ¿Quieres saber qué pienso? ¿Quieres que me fije en tus cosas? Pues te voy a decir lo que me parece tu corsé... No sólo es de un mal gusto atroz, sino que parece comprado por una prostituta... Es un corsé que hiere la, vista, de lo horrible que es.

—¡Miserable...! —escupió la señora.

Y con los ojos inyectados en sangre, a la vez que cerraba los puños y se le salía ta saliva por las comisuras de los labios, se adelantó hacia el señor y le rugió:

—Miserable...! ¿Y eres tú quien se atreve a hablarme así? ¡Es inaudito! Me hablas así a mí, que te recogí del

lodo cuando estabas de deudas hasta la coronilla... Te salvé de la ruina y ahora me insultas... ¡Miserable.! Cuando estabas con el agua al cuello, no piabas.. ¡Ah, tu nombre y tu título! Tu nombre y tu título me los paso yo por... por ahí, pues de poco te servían cuando los usureros se negaban a darte un centavo... Por mí, puedes coger tu famoso nombre y tu flamante título... ¡y limpiarte el trasero con ellos! ¡Eso es! Ya puedes dártelas de noble y humillarme con tu brillante ascendencia, porque no me sacarás ni un ochavo; ¿te enteras? Ni ahora ni nunca conseguirás engañarme en ese sentido. Si quieres, puedes volver cuando quieras a tus enredos, a tus trampas... y a tus putas. ¡Rufián, que no eres más que un rufián!

Asustaba oír a la señora. Si aquella sarta de insultos me impresionó a mí, no digo nada del señor... al que le vi retroceder hasta la puerta, abrirla rápidamente y desaparecer.

Entonces, con voz más ronca, la señora aún le gritó:

—¡Chulo...! ¡No eres más que un puerco y un chulo!

Después, la señora, agotada, se acostó, y sufrió tal ataque de nervios que tuve que hacerle respirar éter...

Poco después volvió a coger sus novelas y a arreglar los cajones.

Supongo que el señor habría vuelto a sus solitarios y a sus pipas.

Otra vez empezó a ir la correspondencia de una a otra habitación. Al principio, sus notas eran discretas y

espaciadas, pero pronto fueron abundantes y extensas. Llegó un momento en que yo estaba ya agotada de tanto ir y volver llevando aquellos mensajes estúpidos. Menos mal que me divertía mucho.

Tres días después de aquella ruptura, la señora estaba leyendo una de las misivas del señor, escrita en papel rosa, con su escudo de armas, y de pronto la vi ponerse pálida, y me preguntó con voz aterrada:

—Célestine..., ¿usted cree que el señor puede llegar a matarse de desesperación?

Aquello era demasiado fuerte... y no pude evitar una grosera carcajada, tan estrepitosa que hasta tuve hipo.

La señora se quedó sorprendida ante mi risa y el hipo, y me preguntó:

—¿Qué le ocurre, Célestine...? ¿A qué viene esa hilaridad? Por favor, cállese... no estoy para algazaras.

Pero a mí me era imposible dejar de reír. Era demasiado jocoso todo, por lo que no pude tampoco callarme, y le dije:

—No, no; son demasiado estúpidas esas historias de los señores... Me hacen tanta gracia que tengo que reír... Lo siento, señora, pero es superior a mis fuerzas...

Como es natural, aquella noche tuve que irme de la casa. Una vez más estaba en la calle...

¡Ah, qué perro oficio... y qué perra vida!

El golpe fue demasiado rudo... y pronto me dije que

había cometido una estupidez, pues no todos los días se encuentra una colocación tan apropiada. Si bien se mira, lo tenía todo: un buen sueldo, muchas ventajas, un trabajo fácil, libertad y diversiones. Había que ir viviendo, simplemente... y, como decía William, no fijarse en si los señores son poco, bastante o muy estúpidos.

Con aquella colocación, otra menos impulsiva que yo habría podido ahorrar, comprarse algunos vestidos y hasta abrir un modesto negocio, para acabar casándose como Dios manda y no acordarse de las pasadas privaciones .. Se podía llegar a ser una señora, alcanzar la felicidad... y hasta pasar por la experiencia de la maternidad. Pero yo era una impulsiva. Por mi mala cabeza, tuve que volver a mi vida de calamidades y a soportar los vaivenes que me estaban esperando.

La verdad es que estaba desconcertada y rabiosa contra mí misma, y también contra William, contra Eugénie, contra la señora y contra todo el mundo. Aquello era inexplicable, pues en vez de sujetarme a lo más sencillo, que era ser humilde con una señora como la que tenía, me había empeñado en labrar mi propia desgracia, pagando cara mi necia actitud. Convertí en un desatino lo que habría podido tener una solución favorable... Hacemos cosas que no sólo son inexplicables, sino que no sabemos nunca por qué las hicimos..., aunque pasen años y se vean con la serenidad que concede el tiempo. Es como una locura que se

apoderase de nosotros, y sin que nadie sepa muy bien por qué, provoca nuestro instinto de rebeldía, y nos hace gritar e insultar a quien sea.

Esa locura fue la que me arrastró a injuriar a aquella señora... No sólo le reproché su origen y la estúpida mentira que era su vida, sino que le falté al respeto, casi tratándola como a una verdulera. Aun ahora, cuando lo pienso, no puedo evitar cierta vergüenza... Era tal mi odio a aquella estúpida mujer que hasta la habría querido matar, y bien sabe Dios que no tengo malos sentimientos, como he demostrado muchas veces a lo largo de mi vida.

Ahora, cuando recuerdo a aquella mujer, con su triste vida y un marido tan cobarde, siento piedad por ella. Tanto la compadezco, que mi verdadero deseo es que haya abandonado a su marido y sea feliz.

Después de la terrible escena que he contado, bajé a la cocina, donde William limpiaba la platería y se fumaba un cigarrillo ruso.

Cuando me vio me preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Nada... Que me voy, sencillamente...

Recuerdo que casi no podía hablar.

—¿Que te vas? —preguntó William, sorprendido pero no emocionado—. ¿Y por qué si puede saberse?

En pocas palabras y nerviosamente, le conté la escena ocurrida entre la señora y yo, y William se limitó a encogerse de hombros.

—Es una tontería… —me dijo—. Tu actitud no tiene ningún sentido.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme?

—¿Y qué quieres que te diga? A mí me parece una tontería y no creo que haya nada más que decir sobre el asunto, entre otras cosas porque ya no tiene remedio.

—¿Y tú qué piensas hacer? —le dije.

Me miró de soslayo y le vi un gesto que me pareció burlón. ¡Ah, qué desagradable me resultaba William en aquel momento!

—¿Yo…?¿Qué quieres que haga? —me respondió, fingiendo que no veía lo que había de súplica en mi pregunta.

—Pues entiendo que tendrás que hacer algo…

—No te comprendo…

—¿Cómo…? ¿Te vas a quedar cruzado de brazos? ¿Piensas continuar aquí?

—Pues claro que sí… Mi caso no es el tuyo. En cuanto a ti, creo francamente que estás loca si insistes en irte. ¿Por qué no…?

—¡No! —le interrumpí—. No pienso suplicar… Lo que ya no entiendo es que puedas quedarte en una casa de donde me echan a mí…

Entonces se levantó, encendió otro cigarrillo, y me dijo con su habitual frialdad:

—Eso no, Célestine. Nada de escenas. Yo no soy tu marido. En cuanto a lo sucedido arriba, reconoce que has sido tú quien ha decidido hacer una tontería…, de la

que yo no soy responsable. ¿Qué quieres que te diga? Quien tiene que cargar con las consecuencias eres tú... ¿De qué serviría que yo te acompañara en tu desgracia? Comprende que sería absurdo, Célestine... Ah..., la vida es la vida.

—Entonces..., ¿me echas de tu lado...? ¿Sabes lo que te digo? ¡Pues que eres un miserable y un canalla, como todos los hombres!

William sonrió entre cínico y comprensivo. La verdad es que era un hombre superior.

—No digas tonterías, Célestine... —me contestó—. Cuando convinimos que... yo no te prometí nada, ni tú tampoco. Uno se encuentra con otra persona..., se unen, y un día se separan... Las cosas son así. La vida es la vida. No hay que darle vueltas.

Después de estas conclusiones, William agregó:

—En la vida, mi querida Célestine, hay que ser siempre prudente, porque no sirve de nada actuar atropellando... Hay que tener cordura. Pero tú, por lo que se ve, no la tienes. Te dejas llevar demasiado de los nervios, y en nuestra profesión los nervios suelen jugar muy malas pasadas... Recuérdalo siempre, Célestine... La vida es la vida.

Era irritante. De buena gana me hubiera arrojado sobre él y le habría clavado las uñas en el rostro; en su impasible y cobarde rostro de criado. Sin embargo, no encontré otra salida para mi ira que las lágrimas, con lo cual parecieron aliviarse un poco mis destrozados

nervios.

—¡Oh, William, tú no sabes lo desdichada que soy! —le dije al final, en tono suplicante, y vencida por las circunstancias

William procuró darme ánimos... Debo confesar que empleó toda la fuerza persuasiva de que fue capaz. Durante todo el día me torturaron los más amargos pensamientos y tristes reflexiones.

—La vida es la vida... —repetía Williams.

No obstante debo hacerle justicia, pues durante el día, estuvo encantador, aunque un poco ampuloso. Aquella noche me ayudó a cargar mi equipaje en un coche y me llevó a un hotel, donde pagó por adelantado ocho días de alojamiento y recomendó que me atendieran bien.

Mi deseo era que William pasase la noche conmigo, pero tenía una cita con su admirado Edgar.

—Comprende que si lo hubiese sabido... Pero ahora no puedo cambiar de planes... y tener a Edgar esperándome toda la noche. Aparte de que quiero verlo, porque pienso que quizá sepa de alguna buena colocación para ti... Sería estupendo.

Al irse, antes de cerrar la puerta, me dijo:

—Mañana vendré a verte... Pórtate bien y no hagas tonterías, porque las tonterías nunca conducen a nada bueno. Lo que tienes que hacer, Célestine, es comprender la verdad de que la vida es la vida.

Al día siguiente lo esperé en vano... Pero pensé: «La

vida es la vida.» Sin embargo, al otro día estaba impaciente... y sentí un gran deseo de verlo. Fui a la casa, pero sólo encontré a una muchacha rubia en la cocina, que sin duda era mi sustituta. Reconocí que era más bonita que yo, y también mucho más descarada.

—¿No está Eugénie? —le pregunté.

—No, no está aquí.... —me contestó secamente.

—¿Y William?

—Tampoco está...

—¿Dónde está entonces?

—¡Qué sé yo!

—Pues necesito verlo... Vaya a decirle que quiero verle en seguida...

La muchacha me miró con el mayor desdén, y después me replicó:

—Oiga, ¿ha creído usted que soy su sirvienta?

Comprendí la situación y no insistí. Estaba cansada y me fui sin decir nada más.

«Es la vida...» Esta frase se me había grabado como si fuese el estribillo de alguna canción de moda.

Ya lejos de la casa, recordé con tristeza la alegría con que se me había recibido un día... y pensé que, probablemente, se habría repetido la escena con la muchacha que estaba en mi lugar.

La botella de champaña, los brindis... y William que habría enlazado a aquella joven rubia por la cintura, murmurándole al oído que «debía ser buena con Bibi».

Las mismas palabras, los mismos gestos, las mismas

caricias, mientras Eugénie devoraba con los ojos al hijo de los porteros vecinos y lo llevaba a su cuarto.

Mientras pensaba en todo aquello, andaba por la calle como un autómata, y me decía: «No hay por qué apurarse... La vida es la vida.»

Durante más de una hora estuve dando vueltas por los alrededores de la casa, con la secreta esperanza de ver a William entrar o salir... En cambio, vi entrar al tendero, a la sombrerera y a un recadero del Louvre, y vi salir al plomero y a dos o tres personas más... No me atreví a entrar en la portería vecina, pues sin duda me habrían recibido mal. Además, ¿qué habría podido decir?

Decidí alejarme, perseguida siempre por el irritante estribillo: «Es la vida...» Las calles me parecían terriblemente tristes, y los transeúntes espectros. Pero cada vez que veía acercarse un sombrero muy brillante, el corazón me saltaba inútilmente, porque nunca era William el que lo llevaba. Las nubes estaban muy bajas, tenían un color castaño y yo no abrigaba ya la menor esperanza.

Cuando llegué a mi habitación estaba asqueada de todo... ¡Ah, los hombres! Todos son iguales, sean cocheros, criados, curas o poetas... Son todos unos crápulas.

Creo que éstos son los últimos recuerdos que voy a transcribir aquí, aun cuando tengo muchos otros, que no referiré porque, en el fondo, todos se parecen, aparte de que me cansa describir siempre un mismo monótono panorama, parecidos rostros, similares almas y los mismos fantasmas. Y tampoco tengo ánimos para ello, pues las nuevas preocupaciones me distraen de esas cenizas del pasado.

¡Ah, eso sí! Hubiera podido hablar aún de mi estancia en la casa de la condesa Fardin, pero... Estoy demasiado cansada y descorazonada. Allí reinaba una vanidad que me asquea todavía más que las otras; la vanidad literaria, y una estupidez peor que todas las demás: la estupidez política.

Allí conocí a Paul Bourget en el esplendor de su gloria como filósofo, poeta y moralista... Era el intelectual que convenía a la vanidosa pequeñez de aquel mundo donde todo es ficticio: la elegancia, el amor, la cocina, los sentimientos religiosos, el patriotismo, el arte, la caridad... y hasta el vicio, que, con el pretexto de la cortesía y de la literatura, se suele engalanar con místicos oropeles y sagradas máscaras. Es un ambiente en el que sólo se advierte un único y sincero deseo: el del dinero, que añade un rasgo aún más odioso y bestial a todo lo que de ridículo tienen los fantoches que se codean con esa fauna. Es como si todos esos pobres fantasmas quisieran hacer creer que viven...

Allí conocí a Jean, más tarde el «señor» Jean, del

que podría decirse que es un psicólogo y un moralista, o sea un psicólogo de antesala y un moralista de cocina. El señor Jean vaciaba las escupideras, y Paul Bourget hacía lo mismo con las almas. Entre la cocina y el salón no hay tanta distancia como a veces se cree... Pero hace ya días que metí el retrato del señor Jean en el fondo de mi baúl. Ahora sólo me falta enterrar su recuerdo bajo una espesa capa de implacable e inamovible olvido...

En estos momentos son las dos de la madrugada... El fuego está a punto de apagarse y la lámpara humea. No tengo leña ni aceite, por lo que he decidido acostarme. Sin embargo, tengo aún muchas cosas en la cabeza y no creo que pueda dormir.

Lo más probable es que sueñe con lo que va a ocurrirme mañana... Por lo que puedo observar, la noche es tranquila y silenciosa. El intenso frío endurece la tierra bajo un cielo tachonado de estrellas.

La idea que más retengo es la de que Joseph debe estar ya de regreso... Lo veo a través del espacio, entre grave y soñador, recostado en su compartimiento del tren. Me sonríe, se acerca, viene hacia mí... Me trae por fin la paz, la libertad, la felicidad... ¿Me trae de verdad la dicha?

Mañana lo sabré...

XVII

Han transcurrido ocho meses sin que haya escrito una página de este diario, pues he tenido otras cosas que hacer y en qué pensar... Hace exactamente tres meses que Joseph y yo dejamos El Priorato para venir a instalarnos en el café del puerto de Cherburgo. Estamos casados, y los negocios marchan bien. El oficio me gusta y me siento feliz. Nacida cerca del mar, he vuelto a él. No lo echaba de menos, pero me agradó verlo otra vez. Claro que ahora ya no se trata de los desolados paisajes de Audierne, ni de la infinita tristeza de sus costas y del horror de sus playas, donde podría decirse que aúlla la muerte... Aquí nada es triste; por el contrario, todo es alegría. Me rodea el rumor alegre de una ciudad militar, el pintoresco movimiento y la abigarrada actividad de un puerto en tiempo de guerra. En esa tregua que hay entre dos viajes, al amor le gusta hacer de las suyas, y el espectáculo no deja de ser atrayente, más que nada por la variedad de matices que ofrece a cualquier mediano observador. En fin, aquí he podido volver a respirar ese olor de algas y de alquitrán entre el cual nací, y si no fue muy grato en mi infancia,

en cambio me ha gustado siempre.

En Cherburgo me he encontrado con jóvenes de mi pueblo, que se hallan aquí haciendo el servicio militar en buques de la marina. No les hablo nunca, ni se me ha ocurrido preguntarles sobre la suerte de mi hermano... ¡Hace ya tanto tiempo de todo aquello! Para mí, es como si hubiese muerto... «Buenos días»... «Buenas noches»... «Que te vaya bien»... Son las únicas palabras que cruzo con esos jóvenes. Cuando no están bebidos, son demasiado brutos, y cuando no son brutos, están demasiado bebidos. Sus cabezas son iguales a las de los viejos pescadores. Y nunca hay la menor efusión entre ellos y yo... A Joseph no le gusta que intime con simples marineros, y más si son sucios bretones que se emborrachan con bebidas baratas.

A pesar de todo y aun teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, creo que debo relatar en estas páginas, aunque sea brevemente, los acontecimientos que tuvieron lugar antes de nuestra marcha de El Priorato.

Como ya dije, Joseph dormía en las habitaciones que quedaban sobre el taller donde él arreglaba los arneses. Todos los días, en invierno como en verano, se levantaba a las cinco de la mañana. Un mes después de su regreso de Cherburgo, la mañana del 24 de diciembre, Joseph vio que la puerta de la cocina estaba

abierta. Al principio pensó que ello se debía a que alguien se había levantado antes que él, pero después advirtió que uno de los vidrios cercanos a la cerradura había sido cortado, sin duda con un diamante, y que se podía meter un brazo por el orificio hecho. La cerradura la habían forzado unas manos expertas. Y en el suelo había trozos de madera, de vidrio y de metal... Una vez inspeccionado el interior de la casa, se descubrió que las puertas, tan cuidadosamente cerradas por la señora Lanlaire, habían sido forzadas también... Todo parecía indicar que había sucedido algo horrible. Muy impresionado (narro los hechos tal como él lo refirió a los distintos magistrados y a la policía), Joseph atravesó la cocina y siguió por el pasillo, a cuya derecha estaban la despensa, la antesala y el cuarto de aseo, y a la izquierda el comedor y el saloncito, y más al fondo, el salón grande. En el comedor había un terrible desorden, y se advertía al primer vistazo que se habían saqueado todos los cajones. Los muebles estaban revueltos y fuera de su sitio, los cajones aparecían volcados sobre el suelo y sobre la mesa, y una vela acababa de consumirse entre varias cajas vacías. La magnitud del desastre aún fue más patente en las otras dependencias del servicio, y sobre todo allí donde estaba el armario que, como ya dije en su momento, con tenía la venerada platería, guardada por una complicada cerradura de la que sólo la señora Lanlaire parecía saber el secreto. Los tres cajones, que durante años permanecieran sujetos al

suelo y a la pared del fondo, estaban arrancados de su misterioso e inviolable tabernáculo, y su precioso contenido había desaparecido.

Al ver aquello; Joseph se apresuró a dar la alarma en toda la casa, gritando:

—¡Señora...! ¡Señor...! ¡Bajen pronto! ¡Han robado! ¡Han robado la platería!

Aquello fue una avalancha, pues en seguida apareció todo el mundo. La señora bajó en camisón y envuelta en una simple toquilla. Cuando el señor acudió, se ajustaba los pantalones, quedándole fuera la camisa. Estaban terriblemente pálidos, desgreñados, y con la expresión propia de quien se despierta en medio de una tremenda pesadilla.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡Han robado, señora...! ¡Han robado, señor...!

—¿Que han robado?

—¿Qué, qué?

Una vez en el comedor, la señora comprendió la importancia de lo ocurrido, porque gimió:

—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Qué desgracia!

Mientras, con los labios torcidos, el señor seguía preguntando:

—Pero..., ¿qué han robado?

La señora Lanlaire, siempre precedida por Joseph, cuando llegó a la habitación cercana a la cocina, abrió los brazos y gritó:

—¡Dios mío...! ¿Cómo es posible? ¡Han robado mi platería!

Lo revolvió todo, y al ver que no quedaba ninguna pieza de plata, gimió:

—¡Lo han robado todo...! ¡Todo! ¡Hasta el aceitero Louis XVI...! ¡Qué desgracia, Dios mío!

Mientras la señora miraba los cajones igual que se mira a un niño muerto, el señor se rascaba la cabeza y lamentaba la pérdida con la voz propia de un demente:

—¡Oh...! ¡Esto sí que ha sido...! ¡Oh...! ¡Esto sí que ha sido...! ¡Oh...!

Joseph no paraba de hacer muecas y de gruñir:

—¡EL aceitero Louis XVI! ¡El aceitero Louis XVI...! ¡Malditos bandidos!

Después siguió un terrible silencio, un silencio dramático, parecido al que se produce en el minuto inmediatamente posterior a los cataclismos y a los grandes desastres..., mientras la temblorosa y siniestra luz que Joseph tenía en las manos se paseaba por los rostros sin expresión y los cajones.

Igual que a los señores, también me despertaron los gritos de Joseph. Cuando bajé y vi el desastre, a pesar de lo tragicómicas que me parecieron las caras de los dueños, mi primer sentimiento fue de compasión... ¡Era terrible! Tenía la impresión de que aquella desgracia me afectaba también a mí, como si perteneciese a la familia, y estuve a punto de expresarle a la señora mi pesar, diciéndole algunas palabras de consuelo, pues sentía

una gran tristeza al verla tan desolada... Como es natural, esta impresión de solidaridad o de servidumbre se disolvió en seguida, pues me duró pocos minutos.

Todo delito me produce cierta admiración, a pesar de lo que tiene de violento, de solemne y de temible. No sé si me expreso bien al decir admiración, pues la admiración es un sentimiento, una exaltación espiritual, y lo que siento ante un delito sólo me afecta en la parte física o carnal... Es como una sacudida violenta, deliciosa y repulsiva al mismo tiempo, algo así como si me estuviesen violando... Esto es curioso, y puede que sea hasta horrible; nunca he podido explicarme estas extrañas sensaciones. En mi sensibilidad, todo delito, y principalmente el asesinato, tiene una secreta correspondencia con el amor... Un gran delito o un crimen pueden arrebatarme y seducirme de la misma forma que el más apuesto y varonil de los hombres.

Ante aquella escena del robo cometido en casa de los Lanlaire, y después del primer sentimiento de piedad, mi segunda reacción fue la de experimentar esa seducción del delito, que por último dejó paso a una alegría casi infantil, pues acabé diciéndome: «He aquí

dos seres que viven como topos, como larvas, cautivos voluntarios en los inhóspitos muros de esta prisión. Todo lo que puede significar una alegría de la vida, o una sonrisa en la casa, lo suprimen como algo superfluo. Lo que podría ser la excusa de su riqueza, el perdón de la inutilidad de su existencia, lo esquivan como si se tratara de una suciedad. No hay nada en su mesa que lo dejen para el pobre, ni un solo pliegue de su corazón se conmueve ante los que sufren. Son mezquinos hasta con su propia dicha... ¿Por qué habría de tenerles yo lástima? ¡Ah, no! ¡No hay ninguna razón para ello! Esto que les ha ocurrido es como un acto de justicia. Al robarles una parte de sus bienes, los ladrones han restablecido cierto equilibrio. Lo único que lamento es que no hayan dejado a estos dos odiosos seres totalmente desnudos y condenados a la mayor miseria. Deberían haber quedado tan desamparados como el pordiosero que llamó un día a su puerta y al que dejaron morir en la calle a sólo dos pasos de sus malditas riquezas.»

La verdad es que sentí un gran regocijo ante la idea de que los Lanlaire hubiesen podido verse condenados a una ruina total. Los imaginaba vistiendo harapos, con unas alforjas a la espalda y con los pies sangrándoles mientras arrastraban su miseria por los caminos y tendían su mano implorante en la puerta de otros malvados e implacables ricos... Pero cuando sentí una auténtica e intensa alegría, fue al ver cómo la señora

Lanlaire se aferraba a sus cajones vacíos, pareciendo más muerta que si lo estuviese de verdad, pues ella tenía conciencia de aquella otra «muerte», que siempre es tan horrible para los seres que no han querido nunca a nadie y sólo valoran en dinero las cosas que no tienen precio en realidad, como son las divinas manifestaciones del espíritu, la caridad y el amor... Aquel vergonzoso dolor era también para mí una alegría en la medida que significaba una venganza por todas las humillaciones que había tenido que soportar viendo sus miradas y oyéndola. Ahora era yo quien gozaba extraordinariamente, y deseaba gritar con todas mis fuerzas: «¡Bien hecho...! ¡Ah, lo que me habría gustado conocer a los ladrones, para agradecerles su hazaña en nombre de todos los mendigos que han llamado a estas puertas y no han conseguido ni siquiera un mendrugo! ¡Cómo me gustaría abrazar a esos magníficos tipos, que con su acción me han proporcionado tan agradables sensaciones!»

Como era lógico, la señora Lanlaire se recuperó de la sorpresa rápidamente, y lo primero que hizo fue dar rienda suelta a su agresiva y violenta naturaleza.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Por qué estás aquí? —le gritó al señor, con su habitual tono colérico y desdeñoso—. ¿No has visto lo ridículo que estás? Llevas la camisa fuera de los pantalones, y tu aspecto es de lo más deplorable... Lo que debes hacer es asearte un poco y llamar inmediatamente a la policía. Supongo que no

pensarás quedarte ahí, como un muerto, durante todo el día... Y haz que venga también el juez de paz. ¡Vamos, date prisa! ¡Qué hombre, Dios mío!

El señor Lanlaire se disponía a salir para cumplir las órdenes de su esposa, cuando ella le detuvo para reprocharle más violentamente:

—¿Cómo se explica que no hayas oído nada? ¡Buena ayuda tengo contigo! Asaltan la casa, violentan las puertas, rompen las cerraduras, abren los cajones... ¡y tú no oyes nada! ¿Para qué sirves entonces, pedazo de bruto?

—Tú tampoco has oído nada, querida... —se atrevió a replicar el señor.

—¡Cómo! ¿Yo...? ¿Acaso es lo mismo? Esto corresponde a los hombres... Vamos, no me discutas, y ve a hacer lo que te he dicho.

Mientras el señor Lanlaire subía a vestirse, la señora descargó su furia sobre nosotros, diciéndonos:

—Y ustedes..., ¿qué hacen mirándome como tontos? ¿Tampoco oyeron nada? Se comprende. ¿Qué puede importarles que nos roben a nosotros? ¡Qué bonito es tener sirvientes que sólo sirven para comer y dormir...! ¡Qué pandilla de brutos!

De pronto miró a Joseph, y le preguntó:

—¿Y los perros...? ¿Por qué no ladraron?

—No lo sé, señora... —dijo Joseph, con la mayor naturalidad—. La verdad es que no ladraron... y eso me extraña. No lo comprendo.

—¿Estaban sueltos?

Claro que sí, señora... Como todas las noches. Esto me hace pensar que los ladrones conocían la casa y sabían que hay perros.

—¿Y usted, Joseph? Usted siempre está en el sitio donde hace falta... ¿Cómo se explica que no oyera nada?

—No, no oí nada... Y lo más extraño es que tengo un sueño muy ligero. Si hay un gato en el jardín, lo oigo en seguida... Hay algo que no es natural en este asunto. Y sobre todo, que los perros no se dieran cuenta de nada. No me lo explico, señora...

—Está bien, déjeme tranquila... Ya veo que nadie sabe nada. ¿Y Marianne...? ¿Dónde está Marianne? Seguro que estará durmiendo como un lirón. ¿Qué se puede esperar de una gente así...? ¡Dios mío, qué castigo!

La señora salió de la estancia, hacia la escalera, desde donde comenzó a gritar:

—¡Marianne...! ¡Marianne...!

Entretanto, Joseph se dedicaba a mirar los cajones, y lo hacía con gesto grave y misterioso a la vez...

No es mi intención describir los múltiples incidentes que se sucedieron durante aquel día.... Pero sí diré que el procurador de la República fue llamado por telegrama y que llegó aquella misma tarde, y comenzó su

investigación en el acto.

A Joseph, a Marianne y a mí se nos interrogó por separado. Las preguntas que les hicieron a ellos fueron de rutina, pero a mí me interrogaron con una insistencia tan hostil, que al final estaba tan irritada que me faltó poco para estallar. En mi habitación lo registraron todo, no dejando rincón sin revolver. Mi correspondencia fue también examinada, lo que me pareció un grosero abuso de autoridad. Sin embargo, y gracias a una casualidad que bendigo, este diario escapó a la mirada de la policía; pues unos días antes del suceso se lo había enviado a Cléclé para que lo leyera, en respuesta a una afectuosa carta que me había enviada. Si los magistrados hubiesen llegado a leerlo, quizá habrian encontrado la prueba que necesitaban para acusar o sospechar de Joseph. Cada vez que pienso en aquella alarmante posibilidad, siento que me tiemblan las piernas.

El jardín también fue minuciosamente registrado en busca de huellas, pero la tierra estaba seca y dura, por lo que fue imposible encontrar el menor rastro. Las rejas, las paredes y las puertas de la cerca no hablaban, guardando celosamente su secreto.

Igual que en el caso de la violación de la pequeña Claire, también ahora acudió mucha gente a declarar... Uno decía que había visto a un hombre rubio sospechoso, cuya fisonomía no podía describir; otro hablaba de un hombre moreno, de extraño aspecto... y

así sucesivamente. En resumen, la investigación no dio ningún resultado, pues no se pudo conseguir una sola pista ni aventurar la menor sospecha.

—Es necesario esperar... —dijo misteriosamente el procurador de la República—. Quizá la policía de París pueda orientarnos en algo que nos permita hallar la pista de los ladrones.

Durante aquella fatigosa mañana no dispuse de un segundo para reflexionar y pensar que, gracias al robo, El Priorato había logrado vida y animación. La señora Lanlaire no nos daba ni un minuto de tregua. Había que correr de un lado a otro la mayoría de las veces sin motivo, porque la patrona estaba realmente extraviada. En cuanto a Marianne, parecía como si no se diera cuenta de qué clase de acontecimiento había trastornado la casa. Como la triste Eugénie, ella también seguía con su idea, que tan lejos estaba de las preocupaciones de los demás... En efecto, cuando el señor Lanlaire aparecía en la cocina, Marianne se quedaba extasiada, y parecía que se embriagara de gozo ante su presencia.

Aquella noche, después de una cena tan silenciosa como un funeral, medité en lo sucedido... Un pensamiento me asaltó en seguida: Joseph tenía algo que ver con el robo. Estaba segura. Y aún había algo más: habría puesto las manos en el fuego, segura de que había cierta relación entre su viaje a Cherburgo y la preparación de aquel audaz saqueo, tan

admirablemente llevado a cabo. Recordaba la respuesta de Joseph la víspera de su partida, explicándome que su decisión «dependía de algunos asuntos de cierta importancia».

Aunque procuraba comportarse con naturalidad, yo veía en los gestos de Joseph cierto desasosiego que no era habitual en él... y que sólo yo lo podía notar. Como es natural, no hacía nada para rechazar mi presentimiento o mi sospecha, entre otras cosas porque me era muy satisfactorio y me proporcionaba cierta alegría.

En un momento que Marianne nos dejó solos en la cocina al día siguiente, me acerqué a Joseph, y entre amable y emocionada le pregunté:

—Dígame, Joseph...

—¿Qué?

—Fue usted quien violó a la pequeña Claire en el bosque, y usted quien há robado la platería de la señora; ¿verdad que no me equivoco?

Joseph me miró como abrumado, visiblemente sorprendido ante mi pregunta. De repente, sin contestarme, me atrajo hacia él y me dio un beso tan fuerte que me torció el cuello, diciéndome:

—Célestine, no debe hablar de eso, puesto que va a venir conmigo al café de Cherburgo y porque nuestras almas son gemelas, ¿lo comprende?

En aquel momento recordé a una especie de ídolo hindú, de una fealdad atrayente, cambiante hasta llegar

a parecer hermosa, pero en realidad tan horrible como criminal, que un día apareció por los salones de la condesa Fardin... Joseph se le parecía en aquellos instantes...

Los días y los meses fueron pasando... Como era de esperar, los magistrados no descubrieron nada, y decidieron abandonar la instrucción del sumario. Según ellos, el robo había sido planeado y hecho por gente muy experta, que con toda seguridad habían llegado de París... ¡Ah, París tiene buenas espaldas! ¡Cualquiera encuentra nada allí!

El fracaso de aquellas investigaciones indignó mucho a la señora Lanlaire, que reaccionó violentamente contra la magistratura al ver perdida definitivamente su platería. Aunque los magistrados querían desistir, ella les ofrecía todos los días nuevas sugerencias, en especial sobre su famoso aceitero Louis XVI, hasta que acabaron por no escucharla.

En cuanto a Joseph, al final pude tranquilizarme, pues durante varias semanas temí que le sucediera lo peor... El volvía a ser el criado fiel y discreto, dedicado con devoción a su trabajo.

Cuando recuerdo cierta conversación que le oí a la señora Lanlaire, no puedo evitar la risa... La señora estaba hablando con el procurador de la República, un

hombrecillo muy delgado, de labios finos y rostro ictérico, cuyo perfil parecía el filo de un sable. Cuando yo pasaba cerca de ellos, el magistrado le preguntaba:

—¿Y el servicio? ¿No sospecha de ninguno de los sirvientes, señora Lanlaire...? ¿Qué me dice, por ejemplo, de ese Joseph?

—¿Joseph? —exclamó indignada la señora—. ¡Si ese hombre está a nuestro servicio hace quince años...! Es la honradez personificada, señor procurador... Una auténtica alhaja, señor mío. Si se lo pidiéramos, estoy segura de que se echaría al fuego por nosotros...

Después de reflexionar ligeramente, la señora Lanlaire me miró a mí, y esperó que yo saliera para decirle al procurador:

—Otra cosa es esa muchacha... Se llama Célestine y creo que en París tiene relaciones sospechosas. Se escribe con alguien de allí muy a menudo... Además, varias veces la he sorprendido bebiendo vino, y también comiendo nuestras ciruelas. Cuando roba el vino de los dueños, creo que es capaz de todo... La verdad es que no se deberían coger criados que vienen de Paris. Es muy peligroso.

Eso ocurre siempre con la gente desconfiada... Dudan y sospechan de todo el mundo, menos de quien les roba..., pues yo estaba cada vez más segura de que Joseph era el autor de la fechoría. Desde hacía algún tiempo lo vigilaba, y no por un sentimiento hostil, sino por curiosidad, pues estaba convencida de que aquella

«alhaja», aquel sirviente que era «la honradez personificadas, robaba todo lo que podía en la casa... En efecto, Joseph se llevaba continuamente pequeñas cantidades de avena, carbón, huevos y toda clase de menudencias que se pudiesen vender sin que se supiera su origen. Y el sacristán, su fiel amigo, no iba por las noches sólo para discutir sobre las grandes ventajas del antisemitismo. Como persona inteligente, paciente y metódica, Joseph no ignoraba las ventajas de los pequeños robos diarios, que según él suman pingües beneficios al cabo del año. Estoy segura de que con su sistema triplicaba o cuadruplicaba su sueldo, lo que no era de despreciar. Por supuesto que sé la diferencia que hay entre estos pequeños hurtos y el audaz saqueo de la noche del 23 de diciembre, pero esto sólo prueba que Joseph era capaz de trabajar también «en grande»... ¿Quién podía saber si estaba en combinación con alguna banda? ¡Ah, lo que me hubiera gustado conocer toda la verdad sobre aquel asunto!

Desde la noche en que su beso fue como una confesión de los hechos , su apego a mí era mayor que nunca, pero siempre me lo negó todo. Por más vueltas que di a su alrededor, tendiéndole trampas y envolviéndolo con dulces palabras, nunca se confió. Incluso me admiró ver cómo alentaba las tristes esperanzas de la señora Lanlaire... Hizo planes, reconstruyó los supuestos detalles del robo, pegó a los perros por no haber ladrado, y amenazó repetidas veces

con los puños a los supuestos ladrones, como si los estuviera viendo saltar la cerca.

La verdad es que en ciertos momentos no sabía qué pensar de Joseph, pues hasta a mí conseguía despistarme. Había días que dudaba de que mis sospechas fuesen ciertas, lo cual me era fastidioso.

Por lo demás, seguíamos llevando nuestra vida de siempre. Unas veces lo veía en la cocina y otras en su taller... Tuvimos una conversación un poco delicada.

—¿Qué hay, Joseph?

—Ah, Célestine... ¿Es usted?

—¿Por qué no me habla, Joseph? Parece como si me huyera...

—¿Huirle... yo? Ya veo que no comprende lo que ocurre.

—¿Y qué es?

—No, nada...

—Sí, estoy en lo cierto... —insistí—. Usted me huye desde aquella famosa mañana...

—Por favor, no hable de esas cosas, Célestine... Ya Le dije un día que tiene el pequeño defecto de pensar mal... ¿Se acuerda?

—Sí, pero... ¿Qué es pensar mal para usted? ¿Acaso pensar la verdad?

Joseph movió la cabeza con pesadumbre, como si lamentara y se viese obligado a reprobar mis palabras. No sé por qué, pero comprendí su pensamiento y rectifiqué mi actitud, diciéndole:

—Joseph, no me haga caso... Hablaba por bromear. ¿Iba yo a quererle si hubiera cometido esos delitos? Mi querido Joseph, yo...

—Usted es muy zalamera, Célestine, y su forma de proceder no es correcta...

—¿Cuándo nos vamos de aquí, Joseph? —le pregunté de pronto—. La verdad es que no puedo aguantar más en este lugar...

—Es pronto aún... Hay que tener paciencia y esperar todavía...

—¿Esperar? ¿Esperar qué...? ¿Por qué?

—Tenemos que esperar que pase cierto tiempo, pues aún es pronto... ¿No lo comprende, Célestine?

En aquel momento me tentó la curiosidad, y le dije en tono de reproche:

—Dígame, Joseph, ¿no tiene ninguna prisa en tenerme por completo, y como Dios manda; según dice usted mismo?

—No es que no tenga ninguna prisa, sino que me muero de deseos, Célestine... Sólo le diré que en cuanto la veo ya me hierve la sangre.

—Entonces, vayámonos cuanto antes...

El seguía firme en los planes que sin duda se había trazado y no estaba dispuesto a alterarlos ni siquiera por mí... Al final me dije: «Después de todo es lo más inteligente, porque si es cierto que ha robado la platería, no puede irse en seguida para establecerse... Las sospechas caerían rápidamente sobre él. Es una medida

de necesaria prudencia dejar que pase el tiempo hasta que se olvide el asunto.»

Otra noche, en mi impaciencia, recuerdo que le propuse:

—Dígame, Joseph: creo que hay un medio para irnos de aquí antes de lo previsto... Podríamos discutir con la señora y darle un motivo lo bastante importante para que tuviera «razón» de despedirnos a los dos.

—¡No! —protestó en seguida vivamente—. ¡Nada de eso, Célestine! Yo quiero a mis patronos... Son buena gente y deseo que guarden un buen recuerdo de mí... Además, es lo que puede sernos más conveniente. Hay que irse como se va la gente honesta... Es necesario que los patronos lamenten nuestra partida y que lloren cuando nos vayamos... ¿No lo comprende, Célestine? La verdad es que a mí también me dará cierta pena marcharme. ¿Por qué...? No lo sé muy bien, pero quizá sea porque he pasado aquí quince años de mi vida, y esto es una razón tan buena como cualquier otra para lamentar una cosa. Cuando se está tanto tiempo en una casa, se siente uno apegado a ella... ¿No le ocurre a usted lo mismo, Célestine?

—No, no —dije riendo—. Por supuesto que no...

—Pues eso no está bien... Hay que apreciar a los patronos en la medida que lo merecen. Yo le recomendaría esta actitud. Hay que comportarse de forma amable y abnegada, pues no se pierde nada así... Igualmente hay que irse como Dios manda, sin desaires

y especialmente al tratarse de la señora Lanlaire. Hay que quedar en buena relación con ella. Esto sobre todo...

Desde entonces seguí los consejos de Joseph. Durante los meses que seguimos aún en El Priorato, me propuse ser una sirvienta ideal para que la señora también pudiera decir de mí que era una alhaja. Para conseguirlo, empecé a deshacerme en atenciones con ella y con todos.

Como esperaba, la señora acabó siendo más humana conmigo, y hasta se convirtió en mi amiga, pero no creo que aquel cambio se debiera a mis atenciones. Lo que a mi juicio sucedía era que la señora había recibido un duro golpe en su orgullo, como ocurre cuando se ha perdido a una persona muy querida, cuando el dolor es tremendo y agotador, y ella había perdido su afán de lucha, abandonándose al abatimiento a que la sometían sus nervios vencidos y su humillado orgullo. Parecía buscar en torno suyo, y no sólo en las personas, toda clase de consuelo o de compasión... El Priorato, en otro tiempo un infierno, se había convertido en un auténtico paraíso.

Fue en medio de esta paz familiar y de esta dulzura hogareña cuando un día le anuncié a la señora Lanlaire la necesidad que tenía de dejarla... Inventé una historia romántica, diciéndole que volvía a mi pueblo para casarme con un buen muchacho que me esperaba hacía tiempo. Con palabras muy sentidas le expresé mi pena, mientras elogiaba sus virtudes como patrona.

No hay que decir que la señora Lanlaire se quedó muy sorprendida, y la angustia le salía por los ojos... Después de la primera impresión, intentó convencerme de que desistiera de mi propósito, y me ofreció mayor sueldo y una habitación mucho mejor que la que tenía. Ante mi firme decisión, no le quedó más remedio que resignarse.

—Ahora que ya me había acostumbrado a usted... —dijo—. Está visto que últimamente no tengo suerte en nada.

Pero aún le quedaba otra prueba a la señora Lanlaire, que fue cuando pocas semanas después Joseph le explicó que se sentía enfermo y que no podía trabajar más, que quería descansar, aunque sólo fuese una temporada.

—¿Usted también me abandona, Joseph? —gimió la señora Lanlaire—. ¿Usted también...? No es posible... Todo el mundo me abandona. ¡Esto es una maldición! Entonces lloraron todos: la señora, Joseph, el señor Lanlaire, Marianne...

—Con usted se lleva nuestro afecto, Joseph, supongo que se da cuenta... —confesaron cada uno a su manera.

¡Claro que se daba cuenta...! Joseph no sólo se llevaba su afecto, sino también su platería.

Una vez libre de aquel trabajo que había llenado

tantos años de mi vida y me había causado tantos sinsabores, al sentir por primera vez que ya no era una sirvienta, me quedé perpleja... Estaba sorprendida más que nada porque no sentía el menor escrúpulo al pensar que me aprovechaba de un dinero robado, temiendo que aquella actitud fuese tan sólo pasajera. Joseph había llegado a dominar tanto mi espíritu como mi carne, pero yo pensaba que también aquello podía ser una simple y momentánea perversión de los sentidos. A veces me preguntaba si no sería que mi imaginación, tan inclinada a los sueños más fantásticos, habría creado artificialmente a Joseph, haciéndolo tal como yo lo veía, cuando podía ocurrir que fuese nada más un bruto, un ignorante campesino incapaz de cometer el menor delito.

Por otro lado estaban también las consecuencias de todo aquello, cuyo resultado era mi cambio de profesión. Siempre había creído que el día que dejara de ser una sirvienta, el cambio supondría para mí como una gloriosa liberación. Pero no fue así... ¿Sería que yo también llevaba en la sangre, a pesar de mi innata rebeldía, ese virus que le transmite a una «alma de criado»?

Creo que desde el primer momento extrañé todo lo que suponía el pequeño lujo burgués. En seguida adiviné lo que sería mi pequeño hogar, austero y frío, parecido a un hogar de obreros, igual que mi vida, mediocre y privada de todas esas bonitas cosas, suaves

al tacto, que tanto me han gustado siempre... Lo cierto es que ya no podía volverme atrás.

¡Ah...! ¿Quién habría podido decirme aquel día triste y lluvioso que llegué a El Priorato..., que iba a terminar al lado de aquel hombre extraño, tosco, callado y que me miraba con tanto desdén?

Bien, ahora estamos ya en el café, y Joseph parece rejuvenecido, pues no anda encorvado, ni parece que le canse el trabajo, a pesar de que no para en todo el día sirviendo las mesas. Su actitud, que tanto me asustó al principio, ha terminado por ser acogedora y protectora. Ha cambiado también de aspecto, pues ahora siempre va afeitado y con su rostro moreno tan brillante como la caoba. Lleva una chaqueta azul muy limpia y usa boina, con lo que parece uno de esos viejos lobos de mar que durante su vida han visto cosas extraordinarias en los más lejanos países... Pero lo que más admiro de él es su tranquilidad No creo haberle vista nunca una mirada de inquietud. Se comprende que su vida la ha apoyado siempre sobre bases muy sólidas, pues se le ve seguro de lo que hace y de lo que desea. Ahora defiende con más tesón que nunca ese compendio de cosas que son la familia, la propiedad, la religión, la marina, el ejército, la patria... Debe confesar que me asombra continuamente.

Al casarnos, Joseph tuvo la gentileza de darme diez mil francos... El no sólo se ocupa del café, pues el otro día la comisaría marítima le adjudicó por quince mil

francos, que pagó al contado, un lote procedente de los despojos de un naufragio..., y pocos días después lo vendió con un considerable beneficio. También hace pequeñas operaciones bancarias, prestando dinero a los pescadores, y ya piensa en comprar la propiedad vecina para abrir un café-concierto.

Lo que más me intriga es que tenga tanto dinero. ¿Qué fortuna es la suya...? No creo que lo sepa nadie. Cuando le hablo de eso, no le gusta, ni quiere que le hable de El Priorato. Es como si lo hubiese olvidado todo, como si su vida hubiese empezado el día que compró el café. Y cuando le hago alguna pregunta respecto al pasado, siempre finge que no comprende lo que le digo, pero yo noto cómo los ojos le brillan siniestramente, igual que en aquella época. Estoy convencida de que jamás sabré nada concreto acerca de él, ni conoceré el misterio de su vida. Y tal vez sea ese misterio lo que tanto me liga a él.

Joseph vive pendiente de todo lo que se relaciona con el café. Tenemos tres mozos y una sirvienta para la limpieza y la cocina. Me parece que todo marcha estupendamente... Cierto que en tres meses hemos cambiado cuatro veces de sirvienta, pero hay que reconocer que son muy exigentes. ¡Es increíble lo desvergonzadas y lo ladronas que suelen ser las mujeres que se dedican a esos trabajos en Cherburgo! Esta dificultad del servicio es muy engorrosa para la buena marcha de nuestro negocio... Yo me encargo de la caja,

y tengo como trono el mostrador, que está bien iluminado, y abastecido con botellas de toda clase.

La verdad es que estoy en mi puesto como un adorno del establecimiento, para entretener con mi conversación a los clientes... Por eso, Joseph quiere que vaya siempre bien arreglada, por lo que no me niega nada que sea para embellecerme. Le gusta que por las noches esté lo más atractiva posible, con tentador escote. Hay algunos clientes que me cortejan y, mientras, no paran de beber. Joseph trata muy bien a este tipo de clientes, pues son los que más dinero dejan en el negocio.

Además del café, tenemos también cuatro huéspedes que comen con nosotros y por la noche son los clientes que casi beben más. Conmigo son muy correctos..., a pesar de que hago lo posible para que se encandilen conmigo... En este sentido, sin embargo, puede decirse que no paso de amables miradas y alguna sonrisa intencionada. No pienso en nadie más que en Joseph. Tengo bastante con él... y creo que aunque lo engañara con el almirante, perdería en el cambio. Joseph es un hombre rudo y de cierta edad, pero muy pocos jóvenes serian capaces de satisfacer como él a una mujer. Lo más extraño es que, aun reconociendo que no es muy bien parecido, no veo ninguno que me parezca tan atractivo como él. ¡Lo tengo metido en el cuerpo! ¡Ah, nadie puede hacerse una idea de cómo me ha conquistado ese viejo monstruo...! En cuestiones de

amor le creo capaz de inventar todos los trucos posibles... Cuando pienso que no salió nunca de la provincia, me pregunto una y otra vez dónde pudo aprender... lo que sabe. ¡Es realmente maravilloso!

Pero donde Joseph ha conseguido sus principales éxitos desde que estamos en Cherburgo, ha sido en el campo de la política. Tal como él proyectó desde un principio, en el sitio más destacado del café hay una frase que dice: «Al ejército francés», cuyas letras son doradas de día y rojas de noche. El local se ha convertido en el centro obligado de todos los patriotas y antisemitas de la ciudad, los cuales acostumbran a fraternizar con tremendas borracheras, en las que se mezclan los suboficiales del ejército y los marinos graduados... Varias veces ha habido violentas peleas, y los suboficiales llegaron a desenvainar el sable, dispuestos a exterminar a sus imaginarios y traidores enemigos.

La noche del desembarco de Dreyfus en Francia, creí que el café se venía abajo con los gritos de: «¡Viva el ejército!» y «¡Mueran los judíos!» Joseph, que ya es popular en la ciudad, aquella noche tuvo un éxito fabuloso cuando subió a una mesa y gritó:

—Si el traidor es culpable, que se le embarque de nuevo... y si es inocente, ¡que se le fusile!

Por todas partes se oía corear las palabras de Joseph... Aquella incitación hizo que el clima y la euforia llegasen al paroxismo.

—¡Eso es, que lo fusilen!

—¡Viva el ejército!

—¡Que lo fusilen! Cuanto antes, mejor...

—¡Eso es! ¿Por qué tantos miramientos?

Por todo el local lo único que se oía eran los gritos, el escalofriante ruido de los sables y los puñetazos sobre el mármol de las mesas. Alguien quiso hablar para decir no sé qué, pero fue recibido con una rechiflada, al mismo tiempo que Joseph se le echó encima, arreándole un guantazo en la boca que le hizo saltar cinco dientes... El individuo aquel fue golpeado y, lleno de sangre y medio muerto, fue arrojado a la calle.

—¡Viva el ejército!

—¡Mueran los judíos!

—¡Muerte a los traidores!

Aquella noche le expuse mis temores a Joseph, pues el clima de violencia y de bestias alcoholizadas me asustaba, pero él me tranquilizó, diciéndome:

—No tienes por qué preocuparte. Lo que ha ocurrido hoy no es nada. Este ambiente es necesario para nuestro negocio.

Cuando volví ayer del mercado, Joseph, restregándose las manos de alegría, me anunció:

—Hay malas noticias... Se habla de la guerra con Inglaterra.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Y si llegan a atacar Cherburgo?

—¡Ja, ja, ja! —repuso Joseph—. Eso nos haría ricos

en cuatro días... Las cosas son así, Célestine.. Y voy a decirte otra cosa...

—¿Qué es? —dije, sin poder disimular cierto temor, pues sabía que Joseph tramaba alguna de las suyas cuando le veía aquella mirada.

—Cuanto más te miro —dijo al fin—, más me convenzo de que no pareces bretona. Lo que pareces es alsaciana... Y pienso en el efecto que harías en el mostrador.., si te vistieras con el traje de esa región.

De momento me alarmé al oírle, pues creí que me iba a proponer algo desagradable, pero lo que dijo me halagaba, porque de cierta manera me iba a dar la oportunidad de ayudarle en una atrevida empresa.

Cada vez que veo pensativo a Joseph, comienzo a imaginar tragedias, robos nocturnos en las casas de los próceres, cuchillos y personas que agonizan en los matorrales... Pero aquella vez me había equivocado, pues todo se reducía a un simple disfraz.

—¿Comprendes cuál es mi idea? —me preguntó—. En el momento en que se declare la guerra, una bonita alsaciana bien vestida, inflamará los corazones y exaltará el patriotismo... Te aseguro que no hay nada como el patriotismo para que se emborrache la gente... ¿Qué piensas de todo eso...? Podrías llegar a ser tan popular que incluso saldrías en los periódicos... Dime, Célestine, ¿qué te parece mi idea?

—No sé, Joseph, pero creo que me gustaría mucho más ser una dama... —le contesté con cierta sequedad.

Entonces él se irritó, y por vez primera nos dijimos palabras un poco fuertes.

—¡Ah, no eras tan delicada cuando te acostabas con cualquiera! —me insultó Joseph.

—¿Y tú? —le repliqué—. ¿Qué eras tú cuando...? Basta, no quiero seguir... Hablaría demasiado, y luego sería peor.

—¡Puta...! ¡Maldita y desconfiada ramera...!

—¡Ladrón!

—¡Ramera!

En aquel momento entró un cliente en el café... y callamos. La misma noche todo se arregló con los acostumbrados besos y las consabidas caricias...

Lo he decidido... Hoy mismo haré las oportunas gestiones para que me hagan un bonito traje de alsaciana, con telas de seda y terciopelo. En el fondo, y lo sé muy bien, soy muy, muy débil ante la voluntad de Joseph. A pesar de cualquier pequeño conato de rebeldía que pueda dominarme en un momento dado, la verdad es que Joseph es mi dueño, puesto que me posee como podría hacerlo un demonio. Soy feliz siendo suya y estoy segura de que haré siempre todo lo que él quiera, y también iré allí donde su voluntad me dicte... ¡Con Joseph me veo capaz de llegar hasta el crimen...!

Marzo de 1900